CARLOS SISÍ

GUERRERO

LA LLAMA EN EL VIENTO

ILUSTRADO POR TOMÁS HIJO

minotauro

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
1. Necronautas a orillas del Fordo Azul
2. La piedra y la hoja
3. Salvia, la oveja y el cayado de un rey
4. La bellasabia y el sacrificio de Senepia
5. La leyenda de Excessus
6. Masta Zhul el Impostor
7. El corazón del falso hombre
8. El lugar más hermoso del mundo
9. Zorros y conejos
10. Una oportuna lengua de fuego
11. Guiso de patatas y ayuco tostado
12. Túneles y galerías
13. La marca roja en el pecho
14. La puerta está cerrada
15. La Llama en el Viento
16. In Flam Mas Gran
17. Mentiras, parlamentos y acuerdos
18. El Tan Do Ka visita el Cenobio
19. De la condenación
20. Caltha Celeste la Condenada
21. La inesperada colaboración de Iana Delorne
22. Redención
Láminas
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro

y en nuestras redes sociales:

You Tube

SINOPSIS

Los Necronautas, auténticos Hijos de Mor Nasur, son una raza de guerreros legendarios e invictos, pues nunca han perdido un solo combate. Su líder, Morgo Palis, es el custodio de la Hoja Negra, una espada sobre la que pesa una terrible maldición: Debe bañarse de manera regular en sangre para mantener encerrado al demonio que está atrapado en su interior. Sin embargo, una serie de argucias y conspiraciones de sus enemigos provocan que la espada se pierda, imposibilitando que sea alimentada.

La amenaza de la liberación del demonio inicia una serie de acontecimientos en cadena que involucrarán a un par de valientes de Umbralia, a la joven pastora de ovejas Salvia Túneles, y al imposible hombre falso, el Impostor Masta Zhul. Sus caminos acaban convergiendo en la búsqueda de la Hoja Negra, en una carrera contrarreloj llena de peligros y situaciones tan desesperadas como desesperantes, con cita en un destino funesto, enloquecedor, a caballo entre éste y el mundo más allá.

Con láminas ilustradas por Tomás Hijo, un artista ya consolidado en España y a nivel internacional gracias a proyectos como El Tarot de *El Señor de los Anillos*.

CARLOS SISÍ

GUERRERO

minotauro

Para Vicky, David, Nuria y Natàlia en particular,
y a todo el equipo de Minotauro en general,
por permitirme haceros llegar estas historias.
Gracias muchas, con todo el cariño.

Capítulo 1

Necronautas a orillas del Fordo Azul

El amanecer en Umbralia olía siempre a sal marina, a alga secándose en la orilla, a marisco, y el aire era tan húmedo y fresco que podía cuartear el pulmón de un hombre cuando abandonaba su choza y salía al exterior.

El paisaje casi siempre incluía a mujeres que faenaban en sus botes de casco trincado, a menudo con *copote* caliente en el estómago (que era una sopa espesa de pescado y harina que tomaban antes de lanzarse al mar). Cuando volvían a sus hogares lo hacían con aromas profundos a océanos entretejidos en las ropas, los cabellos mojados, y cuando recibían los besos y las carantoñas de su progenie, sus mejillas sabían a mar y a sal.

Mas esa mañana no había botes cabalgando el oleaje suave, ni siquiera los más pequeños, construidos con tablones sencillos calafateados. Las gaviotas, que por lo común se disputaban los restos de pescado con los albatros y otras aves, daban vueltas por el aire y por tierra preguntándose quizá qué ocurría aquella mañana, y lo que ocurría se dejaba ver de vez en cuando en algún claro fortuito a través de la bruma cenicienta que se arrastraba lánguidamente por la playa: restos humeantes de alguna fogata y los pasos apresurados de los hombres que se movían de un lado a otro, el corazón latiendo con fuerza en sus pechos; carros y bultos, fardos apilados, improvisados armeros construidos con toscas ramas que mostraban manguales, rompecabezas, mazos de cadena, espadas y espadones tan grandes y pesados que un hombre fornido se veía obligado a esgrimirlos con ambas manos. Perolos, calderos y cacerolas con guisos o restos de cocido, barriles con salazones, verduras, legumbres y grano, y otras muchas cosas. Preparativos para la guerra.

Lurdun Bavastro, que no había conseguido pegar ojo más que unos instantes, miraba hacia los riscos donde una almenara oscura

dormía sin dar señales. Sus grandes bigotes dorados se movían al viento como si quisieran escapar del rostro.

—¡Buen día a ti también, Lurdun! —dijo, inesperadamente, una voz a su lado.

Lurdun se volvió dando un pequeño respingo.

Se trataba de Enca Fendor, por supuesto, erguido cuan largo era, y por cierto que era más alto que un hombre con el brazo extendido hacia el cielo. Una mugrosa piel de zorro decoraba sus hombros anchos. Soltó una carcajada cuando vio el aspaviento de sorpresa de su amigo.

—Por los vientos abrasadores de Ducarta —soltó después de reír un rato largo—. ¡Que la promesa cierta de la guerra te tenga a ti con el cuerpo como el de un pececillo trabado en la red!

—Ave de mal agüero —susurró Lurdun apretando los dientes—. ¿Qué mal reconcomio te trae por este lado de la playa?

—No te apures —dijo Fendor sonriendo—, que no vengo a malmeter en tus cuestiones, pues son solo tuyas y no tengo yo que ver… ¡ni acaso quisiera!

—Pues más te vale —soltó Lurdun—, que ya tengo yo con lo mío. ¿Qué me quieres, entonces?

—Saca barriga y toma aire, hombretón —dijo Fendor—, que solo acudo a saludarte… ¡Y ver si has dormido algo, por cierto, antes de que las cosas se tuerzan!

Lurdun sacudió la cabeza con parsimonia.

—¿Y se torcerán? —preguntó, más para sí mismo que para su compañero—. Que por tres días y tres noches nos tienen aquí apostados sin que se vea señal alguna de que esas comadrejas de Lastas y Malenas vayan a acudir a la cita.

Fendor se miró ambos pies, se sacudió la arena húmeda de las botas, y se rascó el cuello pensativo.

—Se diría que es peor la espera que una hoja de acero quebrándote el corazón, ¿no es cierto? —dijo.

—No diría yo tanto ni tan deprisa —respondió Lurdun—. Pero sí. Algo tiene la espera que también te mata por dentro.

Miró alrededor. Los hombres iban y venían ocupados en mil quehaceres. Movían armas de un lado a otro, arrastraban fardos de paja, odres, acarreaban palas o maderos para fortalecer las defensas, y se ocupaban de otras cuestiones. Los fardos y los bultos se movían de un lado para otro una mañana, y de otro lado para uno a la mañana siguiente, pero mantener a los hombres ocupados era una buena decisión. Como Lurdun decía, la espera podía ser peor que la guerra.

—Pues si no vienen…, ¿qué haremos? —susurró Fendor.

—Habrá que ir a Cuernabaja y descubrir qué se ve desde allí. No sé cuántos hombres traerá la sabandija de Salacio, pero entre cincuenta y ochenta, me calculo yo; y supongo que algunas mujeres, si lo que dicen de sus tratos es cierto.

Fendor asintió, lúgubre.

—Te digo que esos hombres —continuó diciendo Lurdun en voz baja, señalando con un gesto vago hacia delante— no aguantarán mucho más así como estamos. Están inquietos y alerta desde que sale el sol hasta que vuelve a salir, duermen poco o nada, están lejos de sus familias y ni siquiera les dejamos beber más que lo que quepa en un pichel. Dime entonces, ¿qué estamos cultivando aquí, en esta playa?

—Problemas —respondió Fendor—. Eso seguro. ¿Y entonces?

—Pues entonces pídele a Mudor Cenador que cabalgue en su caballo hasta Cuernabaja, y que en ello preste cuidado pues Salacio puede tener espías y exploradores apostados casi en cualquier parte, y sus arqueros quebrarán su cabezota con un solo flechazo así galopara como el viento. ¡Y que en llegando allí, mire! Cincuenta u ochenta hombres no caminan en silencio por estos lugares, y aunque mantuvieran sus bocas cerradas y aten pieles de ovejas a sus pies, mucho polvo del camino será levantado, y frotarán sus cuerpos y ropas con los arbustos y olerá a romero y a espliego a cuatrocientos pasos alrededor. Que mire, que vuelva y nos cuente.

Fendor asintió.

—¿Y si no hay rastro de Salacio? —preguntó.

—Pues si no hay rastro de Salacio, entonces habrá que preguntarse… —dijo en voz baja, pasándose la mano por los bigotes, los ojos entrecerrados.

—¿Qué te preguntarás?

—Pues bien —susurró Lurdun despacio—, habrá que… preguntarse… ciertamente…

Fendor esperó un tiempo, mas luego puso los brazos en jarras y adelantó la cabeza, enfadado.

—¡Suelta esa lengua, Lurdun, pececillo! ¡Que por las piedras y los bichos que viven debajo estás consiguiendo inquietarme!

Lurdun se puso repentinamente en pie.

—¡Que me den con un canto en el hocico hasta que de dientes no me quede uno! —protestó—. ¡Estoy pensando, si sabes qué es eso!

Fendor permaneció en silencio entonces, el rostro mohíno.

—Pues bien —exclamó Lurdun después de un rato—. Me cabe pensar… pues ese Salacio es una perra taimada y tiene más veneno en las tripas, la lengua y las entendederas que una serpiente verde… si no nos habrá convocado aquí para resolver nuestra disputa y habrá…

habrá tomado otro camino después.

—¿Otro camino? —preguntó Fendor, confundido—. ¿Qué otro camino? No hay ningún otro camino hacia aquí desde el valle?

—Aquí, en la orilla del Fordo Azul… —siguió diciendo Lurdun, pensativo—. Aquí, cerca del mar, cuando ellos no tienen barcos ni necesitan de ellos…

—Explícate —pidió Fendor.

—¡Usa tu cabeza para algo más que para llevar cabellos en ella! —soltó Lurdun—. Y pregúntate: ¿por qué aquí?

—¿Aquí? Mil millones de ortigas punzantes —exclamó el otro—. Pues no lo sé, pececillo pensador. Es aquí porque aquí acordamos que sería… ¡Tú estuviste de acuerdo!

—Escúchame bien con esas orejas —repuso Lurdun—. Estuve de acuerdo porque nuestros hombres se han criado aquí, han entrenado aquí, aquí corren de lado a lado para fortalecer el cuerpo, aquí crecen, aman y mueren. Y eso nos da una ventaja. Es lo que pensé. Estuve de acuerdo porque sus hombres encontrarán este suelo demasiado blando, y serán torpes moviéndose y hundiéndose en la arena húmeda. Pero no acerté a hacerme la pregunta ¿por qué aquí?

—Bueno —exclamó Fendor alzando la voz—. ¿Y por qué aquí? ¡Que tu cabeza toda ella es como una madriguera llena de túneles y recovecos, y algunos de esos recovecos no han visto nunca la luz del sol!

Lurdun asintió.

—Para… alejarnos de casa —respondió inquieto. Y tan pronto la respuesta se abrió paso fuera de su boca, el corazón se le encogió en el pecho y la piel se le enfrió tan repentinamente que no pudo evitar estremecerse.

2

Las órdenes se extendían por la playa a voz en grito, y los hombres se miraban confusos. «Volvemos al hogar», eran las órdenes, y esas órdenes se tornaban en preguntas pronunciadas con gestos confundidos. «¿Volvemos al hogar?» se preguntaban los unos a los otros, pues casi nadie lograba entender el motivo del regreso sin que se hubiera celebrado batalla. Todo se retrasaba a medida que los hombres se interrogaban.

Después de un rato, sin embargo, acabó por comprenderse el problema. Los hombres y mujeres de Lastas y Malenas les habían tendido una trampa, y era posible que sus hogares estuvieran amenazados, y entonces se apresuraron y la playa se convirtió en un

hervidero de piernas que empujaban barriles, apilaban fardos y retiraban trastos.

Nadie en Umbralia tenía demasiada experiencia en una guerra de esas dimensiones, una que hubiera movilizado a la práctica totalidad de los miembros de la aldea. A pesar de ello, todos y cada uno de aquellos hombres habían combatido en numerosas ocasiones a lo largo de su vida y habían dedicado gran parte de su tiempo en aprender a combatir y usar sus armas, y muchos de los recursos naturales que explotaban, como el vino, la cebada, el trigo y el pescado, los habían utilizado siempre para adquirir metales y armas. Motivo de ello era la configuración de la región, un damero dispar de aldeas y poblaciones cuyas fronteras eran zonas nubladas intermedias que unos decían que eran suyas y otros creían que les pertenecían a ellos, y cuyo equilibrio se resolvía siempre con peleas y pequeñas o grandes escaramuzas. Así, las aldeas cambiaban de rendir cuentas a uno u otro señor, aunque para el común de sus habitantes tales cosas no eran más importantes que intentar vaticinar el tiempo en los próximos días o semanas.

En los últimos tiempos, sin embargo, el ladino Salacio Mordaz había confabulado con las deshonrosas artes del engaño y la conspiración para procurarse el control de la región. Era capaz, y era inteligente por añadidura, y era conocedor supino de las inquietudes del corazón y el pensamiento de todo hombre sobre el suelo, y sabía que apoderarse de todo era una mera cuestión de tiempo. En su imaginación se vislumbraba Salacio como señor absoluto de la región, en posición suficiente para poder tratar con los grandes señores de los feudos, señores como Bruiben Verdejo o aun con la señora de las Tierras del Quejo, Zalaca Hebras, Reina de Lobos; y se veía él sentado a la mesa de roble rojo con el rostro veteado por los destellos multicolor de las paredes de cristal del hogar de ella. Pues la cuestión era que, con Lastas y Malenas bajo su poder, Salacio había enviado mensajeros a Umbralia y requerido su rendición absoluta, el pago de un descabellado diezmo de compensación por la toma de posesión, la cesión de toda reserva y todo manso, doscientas cabezas de terneros y la misma cantidad de ovejas, y el Juramento de Lealtad a su Casa conforme a las leyes ancestrales de la región. Lurdun y otros hombres del Consejo ni siquiera habían respondido; demasiado bien sabían que esas condiciones no se podían cumplir. Era, sencillamente, una declaración de guerra.

Salacio había designado el lugar donde los ejércitos darían fin a la contienda, declarando un ganador, y ese lugar había sido la playa. Mas ahora los hombres daban alas a sus pies para regresar al hogar, situado a medio día de camino, con el corazón enfermo de miedo y los

labios apretados por el temor de que sus familias pudieran haber sufrido el ataque del enemigo.

Mas cuando los hombres se afanaban por disponerlo todo, alguien señaló la almenara del risco y bramó con toda la fuerza que le permitían sus pulmones:

—¡La almenara! —gritó—. ¡La almenara está en llamas!

Hasta cinco hombres montaron en sus caballos y se apresuraron a ascender por el monte hasta el risco para recibir noticia de qué se veía, aunque ya un emisario descendía de allí con el rostro contraído por el miedo. El sonido de las espadas y los espadones y el crujir trepidante de los escudos de madera tachonados con hierro se levantó por todo el campamento mientras los hombres gritaban: «¡A la guerra! ¡La guerra acude!», y eran en verdad voces aliviadas, pues era posible que sus familias y sus tierras estuvieran, después de todo, a salvo.

—¡Mil estrellas desciendan del firmamento y coronen mi testaruda cabeza! —exclamó Fendor entre las voces de los hombres—. ¡Pues la almenara arde, finalmente! ¡Acaso estábamos equivocados y Salacio acude al combate como había dicho!

—Pues no te diré yo ni que sí ni que no —susurró Lurdun con el ceño fruncido—. Que aún no sabemos qué pasa.

—¡Y por qué otro motivo iba a encenderse la almenara, Lurdun testarudo! —protestó Fendor.

—Pues eso hemos de ver —fue la respuesta.

Y mientras eso ocurría, los jinetes y el emisario se reunieron a mitad de camino e intercambiaron unas pocas palabras, mas de lo que dijeron no pudieron oír nada debido a la distancia, y luego bajaron todos a la vez hacia el campamento, donde un gran número de hombres esperaban ansiosos.

—¿Qué ocurre? —clamaba alguien.

—¿Avanza ya el enemigo hacia nosotros? —preguntaban otros.

—¿Es la hora de la guerra?

Tanto Lurdun como Fendor avanzaron entre la multitud dando codazos.

—¡Petegard el Joven! —exclamó Lurdun—. ¡Habla ahora! Pues… ¿qué habéis divisado desde el risco y sobre la almenara?

Petegard resolló brevemente antes de responder.

—¡Escuchad! —dijo—. ¡Que no hemos visto nada por el este, ni tampoco por septentrión o meridión! Pues lo que hemos visto es un barco que llega desde occidente cruzando el mar!

Un murmullo creciente de sorpresa y asombro creció entre los congregados, y uno a uno fueron alzando sus voces con preguntas.

—¡Silencio! —exclamó Lurdun—. ¡Silencio os digo! Pues… ¿qué

misterio es ese de un barco? —Y repitió—: ¿Un barco, dices? ¡Si ni Lastas ni Malenas cuentan con barco alguno, aunque sea pequeño y de río, que jamás vi yo bote alguno ni siquiera en el Rentaguas, por caudaloso y traicionero!

—¡Un navío grande como no lo he visto en estas costas! —aseveró Petegard.

—Pues dejad los caballos ahora —dijo Fendor—, que esto lo hemos de ver con nuestros propios ojos.

Fueron Lurdun y Fendor al galope ascendiendo por el camino acompañados de tres hombres que marchaban junto a ellos, y mientras subían iba Lurdun mirando hacia el mar, y cuando hubieron remontado un trecho pudo ver con sus propios ojos la forma difusa del navío que Petegard había mencionado, mas aún estaba a cierta distancia y no pudo decir siquiera si llevaba bandera alguna; y cuando llegaron arriba y miraron, tampoco pudieron decir gran cosa de él.

—¡Que me cuezan los dedos y se los sirvan a los perros! —soltó Fendor—. Es negro el navío.

—Negro, sí —susurró Lurdun, pensativo—. Y grande, por añadidura.

—Grande es. ¡Cien hombres y treinta caballos entran ahí con soltura! —valoró Fendor mientras inclinaba la cabeza.

—Pues… ¿será esto alguna artimaña de Salacio el mentiroso?

Fendor negó con vehemencia.

—No lo creo, viejo amigo —dijo—. ¡Pues que me salten los ojos si ese no es un navío de gran presencia! Un buque digno de un rey, si alguna vez he visto alguno. Ni en sus sueños más febriles imaginaría Salacio la víbora un calzado como ese para sus pezuñas.

Lurdun sonrió brevemente y luego asintió.

—No te falta bigote, y razón aún menos. Mas dime de una vez cómo colocamos ese barco en el lío que nos traemos entre manos. Porque un rato llevo observando y ese navío no pasa por casualidad por nuestra línea de costa, sino que avanza decidido hacia la playa.

—Que un ave de carroña descienda sobre mi cabeza y haga de mi testa su nido —barbotó Fendor poniendo una mano sobre los ojos, pues allí, en la altura del risco, empezaba a lucir un sol tímido y frío de primera hora de la mañana—. Que también tú tienes razón.

—Y lo lamento —susurró Lurdun—. Que aunque otras veces he buscado tener razón, mucho me gustaría equivocarme aquí y ahora.

—No creo yo en las casualidades, viejo —opinó Fendor—. Que digo que si ese buque va hacia la playa, con la playa y con lo que allí se trata tiene que ver.

Lurdun asintió con gravedad.

—Pues opino lo mismo. Ahora bien —siguió diciendo Lurdun—, si son amigos o enemigos está por ver.

Se dio la vuelta y miró a los hombres que los habían acompañado.

—Bajad a la playa e informad al resto —dijo—. Que buque es, como decía Petegard, y que viene hacia nosotros. Que se preparen para lo que haya de venir, sea lo que sea.

Después de eso, y sumidos ya en sus reflexiones personales, continuaron mirando hacia el horizonte con el gesto torcido. No ayudaba, por cierto, la bruma baja y pesada que cabalgaba sobre las olas, pues ocultaba a ratos la silueta del buque, y aunque ambos eran adultos con casi cuatro centenares de lunas a sus espaldas y la decadencia propia de la edad se iba notando en sus cuerpos, contaban aún con una vista sagaz y aguda, y a medida que el barco se acercaba, iban desgranando más y más detalles.

Repentinamente, Lurdun sacudió la cabeza, pestañeó y se inclinó hacia delante, adelantando la cabeza sobre los hombros, y tanto avanzó hacia el borde del risco que pensó su amigo que, llevado por la desesperanza, iba a lanzarse por él.

—No lo creo… —susurró—. Mis ojos me engañan…

—¿Qué dices? —exclamó Fendor, visiblemente preocupado—. ¿Qué otra cosa has visto?

—No otra cosa —explicó Lurdun—, sino la misma… ¡Pero dime si no me equivoco! ¡Dime qué ves en sus negras velas!

—¿Pues qué ves tú en ellas? te pregunto de una vez por todas, ¡que tengo el cuerpo tan en vilo que podrías usarlo como pedernal!

—¡El símbolo! —gritó ahora Lurdun mientras señalaba con el brazo extendido—. ¡El símbolo que lucen las velas!

Fendor miró, aún sin comprender. Mas cuanto más miraba, más parecía entender lo que sus ojos veían, y vio un puño blanco pintado sobre la vela, extendido hacia lo alto, con una trenza como de espinos con rayos solares sinuosos y trazados con rasgos toscos. El conjunto de ese trabajo de pintura, sin embargo, era armonioso si no fuera por lo que representaba.

Pues el símbolo y lo que representaba todo el mundo en la tierra de Miriks lo conocía, e incluso más allá de Miriks, donde las tierras a las que llamaban Baldías estaban afectas por un mal antiguo que mataba a hombres y mujeres con solo respirar, y no había allí animales de los comunes sino otros, hostiles y depravados, que no servían para alimentarse ni daban leche o alguna otra cosa; incluso allí se conocía el símbolo, aun cuando fueran muy pocos los que habían llegado a verlo con los ojos propios y vivieron para contarlo después.

—El puño blanco bajo los rayos del día… —graznó Fendor con la voz encogida en su cuerpo ancho y fuerte.

—Pero cómo… qué… —balbuceó Lurdun, incapaz de comprender.

Y de repente, coincidiendo con el vuelo rasante de una gaviota que se acercó allí por si hubiera, tal vez, alguna cosa que comer, Lurdun vio la escultura en madera del puño en la proa, y las amuras dentadas como gigantescos huesos negros, y ahí no tuvo él ninguna duda de que lo que veía era lo que pensaba.

Y tragó saliva y exclamó con voz ronca:

—Los Necronautas.

3

Lurdun y Fendor llegaron a la vez a la playa, galopando sobre sus monturas. Tanto los azuzaban con las botas en los ijares que los caballos cabalgaban con los ojos muy abiertos y relinchando como protesta. Y mientras llegaban, gritaron dando aviso tanto como pudieron.

—¡Necronautas! —decían—. ¡Llegan los Necronautas!

Los hombres parecieron congelarse allí donde estaban. Demasiado bien conocían esa palabra y lo que significaba, pues hasta a los niños más pequeños que aún se agarraban a los pechos de sus madres se les hablaba de los Necronautas, y más cierto que el cielo se sostenía sobre toda montaña era el hecho de que nadie, en toda tierra pisada por hombre o mujer, ignoraba las leyendas que se contaban sobre ellos.

Cuáles eran sus tierras o qué partes del mundo eran su hogar, se desconocía, si acaso había alguna. De los Necronautas se sabía que iban y venían en un barco negro de increíbles proporciones, sesenta y cinco brazos de eslora al decir de algunos, aunque otros hablaban de ciento cincuenta brazos, y veinte de manga. Su capacidad sin embargo era muy superior a la estimada por Fendor: casi dos mil pasajeros cabían en él, y más de treinta caballos en sus establos, y poseía además un prodigioso contenedor de agua potable con capacidad para ochenta veces ochenta ánforas de gran tamaño. Construido con abetos, pinos y robles, el navío, que entre los Necronautas era conocido como el *Nessentia* o Madre, según su credo, había requerido más cáñamo y alquitrán del que se hubiera visto en un solo lugar por nadie que aún estuviera vivo; el equivalente al necesario para la construcción de cientos de navíos de cualquier otra clase. Pues ese era, y no otro, el hogar de los Necronautas, su ciudad sobre las aguas, el lugar que vislumbraban cuando cerraban los ojos y soñaban con el remanso y la

paz, y aunque a veces desembarcaban en ciertas islas que solo ellos conocían y tenían en ellas construcciones y almacenes secretos, pasaban la mayor parte de su tiempo sobre el buque y entre las olas, pues sus vidas estaban ligadas a los océanos y su credo hablaba de profundidades marinas y de poderes subacuáticos ancestrales que eran principio y final de toda vida y toda muerte.

Lo que hacía que su sola mención helara el corazón y el cuerpo entero de cualquiera que los viera aparecer era el hecho inequívoco de que los Necronautas eran invictos. Nadie había vencido jamás a los Necronautas en batalla, ni se conocía a nadie que osara jactarse de ello por el mero temor de que la mentira llegara a sus oídos y acudieran a rebatirla. Mas los Necronautas no luchaban por mor de su credo o por cuestión política alguna que les interesara, que lo que ocurría en tierra en el mundo no era de su incumbencia. Los Necronautas luchaban porque la batalla era su modo de vida, y luchaban en el bando de cualquiera que pudiera pagar su precio. Eran, sencillamente, mercenarios.

Mientras las voces y los lamentos y la desesperanza se extendían por el campamento, Lurdun le daba vueltas a ello. ¿Qué hacían allí los Necronautas? Ese pensamiento lo obsesionaba, mas por mucho que pensara no terminaba de encontrar solución alguna. Se decía que su pago era una cantidad desorbitada, tan desmesurada que solamente los señores más poderosos podían permitirse; así que la idea de que Salacio el mezquino, el cobarde y ruin tahúr hubiera podido acercarse al coste de contratar a los Necronautas para luchar a su lado le parecía… absurdo. Imposible.

—No… No puede ser —se repetía una y otra vez mientras los hombres corrían y se gritaban órdenes contradictorias, sin sentido ni autoridad alguna. Miraba a un hombre joven llamado Durlan Vesta, que no tendría por cierto la mitad de su edad, dejando caer su arma sobre el suelo blando y llenando su boca de granos de arena, mostrando así su repulsa a continuar viviendo. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—¡Lurdun Bavastro! —llamó alguien a su lado.

Lurdun miró. Era Senepia Lucerna, la Primera Herbolaria de entre los suyos, encargada de administrar curación a los heridos. Senepia se había ganado el respeto de Lurdun porque era sesuda y cabal (características muy propias de las herbolarias), mucho más de lo que solían ser sus hombres, más acostumbrados quizá a entrenar los músculos que sus entendederas.

—¿Qué se dice por aquí? ¿Es cierto lo que dicen los hombres?

—Me temo que así es —respondió Lurdun con aire distraído, pues

seguía pensando en el motivo por el que los Necronautas pudieran estar acercándose a la playa.

—No lo entiendo —exclamó ella—. ¡Dime qué asuntos tienen que tratar aquí esos prodigios de la guerra! ¡Si hasta cien cabras con los cuernos en llamas podrían hacer que los nuestros sufrieran graves bajas!

En otras circunstancias, Lurdun se habría reído, pero se limitó a sacudir la cabeza con gesto afligido.

—Es lo que trato de cavilar yo —dijo al fin—. Pues en esto me puedes quizá ayudar, Senepia. ¿Qué sentido tiene que los Necronautas tengan como su destino nuestra playa? Nuestra playa en la que solo se ha pescado y reído y festejado y entrenado en calma desde tiempos inmemoriales…

Senepia, alta y espigada y de pelo brillante como el oro viejo como casi todos los hijos de aquellas tierras, torció el gesto.

—Pues esperaba que tú me lo explicaras. ¿Estás seguro de que este es su rumbo?

—Seguro sí estoy —asintió Lurdun—. A menos que en viniendo hacia aquí viren y vayan en alguna otra dirección…

—No tendría sentido tampoco —exclamó Senepia. Se quedó mirando una de las bolsas de hierbas que llevaba atada a su cinto, como parte de los preparativos para la guerra; algunos de los muchos remedios con los que tendría que tratar a los heridos—. ¡Necronautas en Umbralia!

—¿Crees que Salacio puede haberlos hecho llamar?

Senepia dejó escapar una especie de graznido y escupió en la arena cuanto había en su boca.

—No me hagas reír —soltó—. Esa hiena delirante no podría encontrar siquiera el paradero de esos seres inmortales, señores de la guerra, aunque le pintaras un mapa en toda la grasa de su trasero.

Lurdun asintió.

—¿Quizá es una casualidad? —preguntó entonces.

—¡Ya he dicho lo que pienso yo de eso! —dijo Fendor acercándose a ellos. Venía pasándose una mano sobre el puño cerrado de la otra, como si hubiera tenido que calmar a alguno de los hombres a la manera de ellos, con un puñetazo—. No creo en casualidades. Si me dices que mire al cielo y veo pasar dos nubes iguales, diré: ¡Algo trama el cielo, que teje engaños a nuestros ojos!

—Pues entonces… ¿qué haremos? —quiso saber Senepia.

—Los hombres ya han decidido, parece —dijo Fendor—. ¡Ninguno atiende a razones!

—¿Qué quieres decir? —preguntó Lurdun.

Fendor señaló con el brazo, y cuando miraron, vieron a varios hombres salir de la playa y empezar a correr por la hierba rala y tupida hacia el interior del valle. Ni siquiera llevaban armas, o macuto alguno, seguramente para poder correr más rápido.

—Mil millones de moscas aposentadas en una sola bosta de vaca —escupió Lurdun—. ¡Huyen!

—He estado convenciendo a algunos de que se queden —dijo Fendor levantando el puño—, pero me temo que es cosa perdida. Nadie aquí quiere morir, Lurdun, y aunque esos hombres son en verdad valientes y hubieran intentado vencer ante las huestes de Salacio, demasiado bien saben que nada tienen que hacer ante los Necronautas.

—Y tienen razón —añadió Senepia—. Si es cierto lo que se dice.

—Cierto es —asintió Lurdun—. Cierto es, me temo yo.

—Pues… ¿qué hacemos?

Lurdun pensó unos instantes. Mas de tanto cavilar empezaban a dolerle las sienes como si fueran a explotarle, y compuso una mueca de fastidio.

—Déjalos ir —susurró despacio al fin—. Que no hemos traído aquí a amigos y vecinos para ver cómo caen y perder todo lo que tenemos, sino a tener una oportunidad, y luchar con dignidad por la posibilidad de la victoria.

Senepia asintió.

—Y tú, Senepia, llévate lejos a las mujeres que han venido a ayudar con las cuestiones de las heridas. Regresad al hogar y avisad a todos.

—¿Adónde iremos si cuando lleguemos todo sigue como cuando nos fuimos? —preguntó.

—A las montañas —dijo—. A septentrión. Intentad llegar a Moranda del Cueste, que Salvero Estelia escuchará vuestra petición de cobijo. Mas menciona solamente a Salacio, que si sospecha que los Necronautas están metidos en nuestros asuntos, cerrará el muro y prenderá fuego al camino con tal de que no paséis.

—Y no lo señalaría con el dedo —recalcó Fendor.

—Y tú y yo…, amigo… —añadió Lurdun—, … nos quedaremos aquí en la playa.

—¿Lucharemos?

Lurdun negó con la cabeza.

—Sabes que no conseguiríamos nada. Y así como no me lanzo por el risco para averiguar si puedo volar, pues sé que no puedo, no me trabaré en batalla con ellos, pues ganarlos no entra en lo posible.

—¿Entonces?

Un puñado de hombres pasaron corriendo a su lado en dirección al valle, ataviados con premura y terror. Llevaban entre todos unos fardos con quesos y salazones, seguramente para el camino de vuelta. Lurdun los conocía bien, por descontado. Se había criado con todos ellos; con Ezno Titergal, que era, además de buen luchador, un cazador consumado con un instinto sobrenatural para adelantarse a los animales, con Niapa Meru, con Giles Modrino. Buenos hombres, sin duda, pero también hombres con familia.

—Entonces… nos quedaremos y esperaremos, que a la velocidad que lleva el buque no esperaremos demasiado, y en tanto lleguen sabremos si los Necronautas tienen asuntos con nosotros o están aquí por otra cosa. Y si es cuestión otra y no es asunto nuestro, tal vez veamos caer la noche hoy.

Fendor asintió.

Capítulo 2

La piedra y la hoja

No se quedaron solos como habían previsto, pues viendo que los hombres más destacados de Umbralia permanecían en la playa de pie, las piernas separadas y los brazos en jarras, dispuestos a recibir su destino, algunos otros les hicieron compañía y miraban el océano con el rostro levantado y orgulloso. Mas Lurdun lo consintió porque, a decir verdad, ninguno de aquellos tenía familia ni nadie de quien ocuparse en la aldea, y eso significaba que podían morir sin preocupaciones.

Ver acercarse el barco era, sin embargo, otra cosa. Mucho talante y un corazón más prieto que las rocas más duras de las montañas había que tener para no caer arrodillado en la arena o, por contra, salir corriendo, pues el tallaje del navío, visto de frente, parecía un esqueleto marino de alguna criatura ancestral más grande que algunas montañas, y las amuras estaban recorridas por raíces resecas y endurecidas por la brea y la sal, y el puño de proa apuntaba a ellos como si los maldijera.

El tamaño era también otra cosa. Observarlo era como contemplar una ciudad a cierta distancia, una donde grandes torres de madera negra se levantaban como los bastiones de defensa que de hecho eran, provistos de arqueros y catapultas, y en cuya parte más alta humeaban braseros que destilaban un humo rojizo. Fendor dejó caer la mandíbula y se quedó observando, pensando que, si tuviera que morir, bien podría decir que ya todo lo había visto.

Pero lo más sorprendente aún estaba por ver.

El *Nessentia* no contaba con quilla desde su parte central hasta la parte de proa, lo que le permitía llegar hasta la misma orilla y hacer caer unas rampas confeccionadas con medios troncos para dejar salir a los hombres. Parte de ese prodigio se debía a un sólido hechizo que un viejo hechicero de Ventina había realizado sobre el buque cuando

estaba todavía en construcción allá en los astilleros de Mor Nasur, y parte a su prodigiosa arquitectura, un ingenio sin precedentes cuyo secreto ningún hombre vivo conocía o recordaba ya. Y cuando los hombres vieron al barco arremeter contra la playa y embarrancarse allí, pensaron que se desataría una hecatombe de cáñamo, alquitrán y madera y que verían las torres estremecerse y caer, esparciendo aceite y llamas. Mas no ocurrió nada de eso, y unos hombres vestidos de negro abandonaron el interior del navío y salieron a su encuentro.

Lurdun miró a los hombres y pestañeó, pues había imaginado guerreros colosales, tres o cuatro cabezas más altos que ellos y tan anchos de espaldas que habrían hecho que Fendor pareciera un alfeñique, todos portando grandes mazas de guerra pobladas de pinchos, maestros en la muerte y la batalla. Mas el primero de ellos era un hombre de apariencia normal, no muy diferente a ellos mismos e incluso un tanto más delgado, sin más músculos que el más común de los muchachos de Umbralia. Llevaba el cabello largo y negro recogido en una coleta al modo de las mujeres, y los otros se le parecían. Hombres comunes que hubieran parecido fuera de lugar en mitad de una batalla.

Los hombres alrededor de Fendor y Lurdun intercambiaron una mirada confusa.

Después de esperar unos instantes, como nadie dijera nada, Lurdun se dirigió a ellos:

—Sabed —anunció con voz grave— que os encontráis en las playas de Umbralia, lugar que es nuestro por nacimiento y por derecho, pues todos aquí hemos nacido en este lugar como lo hicieron nuestros ancestros. Y dado que estáis en nuestra casa y no habéis sido convocados, os pregunto… ¿qué asuntos os traen aquí?

El hombre que estaba en primer término miró alrededor con parsimonia y pareció observar los restos diseminados por la playa: las defensas antimonturas abandonadas, los fardos, los bultos e incluso las armas que los hombres habían dejado abandonados en la arena. Miró todo eso girando la cabeza con suavidad y luego posó su mirada sobre Lurdun. Mas cuando pareciera que fuese a decir algo, se volvió hacia el navío y lanzó un chiflido largo y agudo a la manera de los cabreros, y justo cuando los hombres de Umbralia pensaron que del interior del navío iban a salir las huestes de Necronautas en respuesta, todos en actitud de ataque, no ocurrió nada.

Lurdun carraspeó, inquieto e impaciente.

—Pues bien —inquirió entonces—, ¿qué contestáis?

—Pues bien —repitió el hombrecillo—, ¿qué contestáis?

Morgo Palis sonrió. Era una pregunta curiosa para ser formulada a un Necronauta, por cierto, pues daba a entender que el hombrecillo pudiera pensar que existía la posibilidad de que no lo hubiera oído, lo que, desde luego, resultaba irónico.

Los Necronautas vivían en el buque al que llamaban Madre entre ellos y *Nessentia* para cualquiera que no perteneciera a su clan, pero no nacían en el barco. Existía un lugar más allá de las Tierras Baldías que ellos llamaban Mor Nasur. Esta tierra existía en oriente y se extendía por septentrión hasta el océano, y por meridión con tierras yermas y casi desérticas donde el calor es sofocante en verano y gélido en invierno, y todo el que pasa allí un tiempo perece por enfermedades que afectan a la vista y a la piel. Con tierras estériles desprovistas de nutrientes y condiciones extremas de vida, el territorio de Mor Nasur tuvo que concentrarse en producir, únicamente, guerreros mercenarios que eran entrenados desde infantes con un único propósito: ser hábiles luchadores. Estos guerreros eran reclutados por los territorios anexos para ser empleados en sus eternas y constantes guerras fronterizas, y cada guerrero que esa tierra producía rendía ya por siempre tributo a la comunidad para que sobreviviera, prosperara y pudiera criar y formar nuevos guerreros, pues los nasur estaban orgullosos de su origen y nunca abandonaban a los suyos.

Ocurría que por mor de las condiciones especiales de aquellas tierras, y por pura herencia de padres a hijos, los nasur, por añadidura, no solo nacían con una predisposición genética a las condiciones hostiles de su territorio, sino que se les cubrían los ojos cuando aún eran bebés y no se les permitía ver más que en la ceremonia de su madurez, cuando alcanzaban la altura de un tejo milenario estancado en su crecimiento y que habían emplazado en el centro de la aldea. El Udum, lo llamaban. Antes de eso, todo nacido en Mor Nasur entrenaba duramente y durante todo el día a lo largo de toda su infancia y adolescencia, con los ojos siempre vendados. Así adiestraban el resto de los sentidos: el olfato y el oído sobre todo, pero también otras cosas, como la intuición. Por eso se rio Morgo Palis, pues estando allí sobre la rampa de medios troncos podía oír el sonido de los ropajes del hombrecillo deslizándose sobre la piel, la fricción del aire entrando y saliendo de sus fosas nasales, y los latidos de su corazón sonando como tambores en las profundidades de una gruta, y de ese sonido y de lo más profundo de su aroma corporal aprendió que el hombrecillo estaba tan inquieto y nervioso como se podía estar.

—Parece que los hombres tuyos se han retirado —dijo Morgo. Podía sentir todavía el lejano retumbar de sus pisadas sobre el suelo, aceleradas y presurosas; una huida en toda regla.

El hombrecillo se meció distraídamente de uno a otro lado.

—No es ese asunto tuyo ——replicó Lurdun—. Y por cierto que lo educado cuando se es invitado es contestar a las preguntas del que hospeda, pues a menos que demostréis otra cosa, aquí sois amigos por nuestra parte.

Con la excepción de Morgo, los Necronautas rieron de buena gana.

—Somos invitados —exclamó uno de ellos, risueño.

Morgo no las tenía todas consigo. Habían sido contratados para intervenir en una batalla, al decir de algunos, pero comparado con la experiencia que acarreaban, Morgo consideraba la situación como una disputa entre granjeros, nada que no pudieran solucionar en lo que tarda un ave en cruzar un valle. Casi un centenar de hombres intervendrían en la batalla, les habían dicho, la mayoría demasiado jóvenes, y el resto con demasiada edad sobre los huesos. Pero tanto daba el tamaño si batalla era, al fin y al cabo, y ese no parecía el caso, pues allí solo veían uno de los bandos y el otro estaba ausente, y del primero apenas se contaban seis hombres, la mayoría desarmados.

Era demasiado extraño.

—Te lo diré dos veces —dijo Morgo—. Y no acostumbro a repetirme. Dime ahora, ¿por qué tus hombres han huido hacia el valle?

Lurdun consideró rápidamente sus opciones. Muchas argucias se le podían ocurrir y muchas tretas podía probar, mas sus probabilidades con aquellos hombres eran escasas y decidió probar a ser honesto.

—Han huido, sí —exclamó al fin—, porque vinimos a resolver batalla con unos vecinos, y ante eso demostraron valentía, decisión y arrojo. Mas viendo tu barco desde esa atalaya supimos de vuestra llegada y en eso desesperaron, que vuestra reputación os precede.

Uno de los Necronautas compuso una mueca de fastidio. Tenía en su cinturón un cráneo decorado con trazos rojos de un tono muy vivo, como de lirio. Eran los huesos de la cabeza de uno de sus hermanos, al cual llevaba siempre a la batalla para que siguiera viendo la gloria del combate más allá de su última marcha, pues honor más alto no había.

—¿Les damos persecución? —preguntó.

Morgo levantó una mano en el aire.

—Espera, que este hombre de aquí habla con la boca desnuda y quiero saber qué más ha pasado. —Miró a Lurdun y continuó—: Te

pregunto también: si habéis venido a combatir, ¿dónde está el otro bando?

—Pues no se han presentado —respondió con sencillez—. Y llevamos aquí apostados varios días con sus noches y empezábamos a inquietarnos.

—¿Qué clase de vecino no se presenta a una batalla? —quiso saber Morgo.

—Son hombres enviados por una rata carroñera alimentada con los despojos de hombres caídos con deshonra, y si a él lo siguen, les doy yo la misma consideración. Y de hombres así puedes esperar cualquier cosa.

Morgo entrecerró los ojos.

—Dime entonces, ¿cómo se llama tu vecino?

—Salacio Mordaz es el nombre suyo.

Morgo asintió. Era, en efecto, el nombre del otro contendiente, como le había informado la persona que los había contratado. El hombrecillo decía la verdad.

—Entonces tú debes de ser Lurdun Bavastro —susurró.

Al oír eso, Fendor se adelantó y se emplazó de manera que cubrió a su amigo con su cuerpo.

—Por los siete ojos de la nécora de Brumassa —barbotó—. ¡Dinos tú si eres amigo o enemigo, que entonces veremos!

Los Necronautas volvieron a reír, y vio Lurdun que tras ellos, en el interior del oscuro hangar que era la entrada, se habían reunido unas dos docenas de hombres que miraban atentos lo que ocurría, y también ellos rieron la ocurrencia.

—Enemigos somos —soltó Morgo—. ¡Eso por delante y por descontado! Pues todo el que no es hermano nuestro es enemigo de nacimiento. Mas eso no significa que queramos malgastar tiempo y esfuerzo con vosotros, que estamos más interesados en lo que tenéis que decir que en ver el color de vuestra sangre.

Lurdun avanzó hacia un lado para quedar junto a Fendor, en actitud hostil con los puños cerrados.

—Entonces, ¿si respondemos vuestras preguntas, nos dejaréis ir y continuaremos cada uno por su lado? —preguntó.

—Muchas cosas han de resolverse primero, y luego veremos, que nuestro contrato incluye veros caer, eso os digo. Mas las circunstancias han cambiado y quiero entenderlas primero. Pues jamás los hermanos, Hijos de Madre, hemos viajado tanto y tan lejos para vernos con un puñado de hombres en una playa.

Se volvió hacia el barco y gritó:

—¡Verno! ¡Solgo! ¡Bajad aquí una mesa y unos asientos! ¡Bajad

también algo de vino y unos picheles, que somos invitados y hemos de agasajar a nuestros anfitriones!

Y diciendo eso, todos los hombres en el barco volvieron a reír, mas la mesa y las sillas y también una botella de cristal verde aparecieron prontamente y las instalaron sobre la arena, a pocos brazos de la rampa, ante la mirada atónita de los hombres de Umbralia.

—Pues bien —susurró Lurdun mientras los Necronautas disponían—. Que si hoy es en verdad el último día y no vuelvo a ver anochecer, al menos diré que tomé vino con los Necronautas antes de partir, y me imagino yo que eso es al menos un tramo de peldaños en la Escalera del Mérito.

—O dos pares de tramos —soltó Fendor. Pero él miraba la botella verde de vino y se relamía, pues le parecía mejor consuelo que ver su cuerpo fallecido ascendiendo por la escalera que esperaba a todos al abandonar este mundo.

3

El vino resultó un gran consuelo para todos. No conocían ni producían vino alguno en Umbralia, y los comerciantes que llegaban hasta allí preferían traer otras cosas cuya venta era mucho más rápida y estaba asegurada, mas aquel vino era de Solalia, una tierra bendecida por un clima benigno con más días soleados y templados de los que uno podía querer ver en toda su vida, y allí cultivaban uvas que luego pisaban en unos lagares de piedra, y las dejaban fermentar hasta producir un mosto de aroma embriagador al que añadían pétalos de ciertas flores, especias y otros ingredientes secretos. En alta mar, ese vino era un gran compañero de solitarias y nostálgicas noches y los Necronautas lo tenían en alta estima, pues antes de servirlo o beberlo lo dejaban reposar durante un largo, largo tiempo, en quedas criptas sepultadas bajo tierra sin que allí entrara un solo rayo de sol.

—¡Por los azotes del viento en una cañada rocosa —soltó Fendor jubiloso—. Que bien merece haber vivido hasta aquí para probar este vino!

—Pues ahora entiendo la destreza en combate de estas gentes —exclamó otro de los hombres de Umbralia alzando su pichel—. Que este vino da valor y calor a la vez, ¡y pone los músculos del cuerpo como ramas de roble!

—Y yo aplaudo la lengua veraz de los Necronautas —añadió Lurdun—. Que aun sabiendo lo que va a pasar, o quizá por ello, estamos aquí brindando.

Morgo Palis le dirigió una mirada valorativa.

—¿Acaso sabes lo que va a pasar? —preguntó—. Porque no me atrevería yo a decir que el agua del océano seguirá estando bajo el cielo y no al revés, aunque llevo toda la vida contemplándolo así.

—Hablaba yo de lo que has referido antes —dijo Lurdun—. Pues conocías mi nombre, y eso solo se explica si aparezco en tu contrato.

Morgo asintió con suavidad.

—Te apresuras en tus conclusiones, aunque aciertes —dijo Morgo con un guiño—. Sabía tu nombre porque aquí, en las tierras de Umbralia, eres el cabeza visible. Si preguntas alrededor «¿con quién tengo que hablar si voy a Umbralia?», todos te dirán: «Con Lurdun Bavastro, pues es hijo de jefes y su casa es la Casa de Umbralia».

Lurdun asintió.

—Pero estoy en tu contrato.

—Así es.

—No solo yo. También todos los míos.

—Todos tus hombres tuyos —repuso Morgo.

—Y hablas libremente de ello porque no tenemos ninguna oportunidad de haceros frente.

Morgo sonrió.

—¿A las puertas de Madre? —dijo, señalando el impresionante navío con un gesto vago—. ¿Con ella abigarrada de los mejores guerreros que existen, los que no han conocido derrota alguna aun cuando han participado en cientos de batallas? Cualquiera de nuestros niños, de los que no levantan un palmo del suelo, acabaría con vosotros aun con los ojos vendados.

El comentario hizo que Fendor y el resto de los hombres intercambiaran una mirada preocupada.

—¿Y acostumbran los Necronautas a compartir su vino y su tiempo con aquellos que han de matar? —preguntó Lurdun a continuación.

—Por cierto que no —dijo Morgo—. Pero aquí hay cosas que discernir y entender antes de ejecutar. Esperábamos una batalla, y esa batalla debíamos resolverla nosotros. Mas me dices que el otro bando no se ha presentado, y en eso te creo porque tus palabras están en armonía con los latidos de tu corazón.

—Así es en verdad —afirmó Lurdun.

—Entonces dime, ¿por qué no habría de presentarse tu enemigo? Por lo que sé, son más numerosos, y no son débiles precisamente ni están poco armados, y cuentan con buenos hierros y grandes caballos de montaña y de invierno por añadidura, acostumbrados a caminar por la nieve. Hasta diría que teníais la batalla perdida.

—Eso habría que verse —terció Fendor—. ¡Que cada hombre de Umbralia vale por seis de los de ellos!

—Sea cierto o no, vuestro enemigo debe de pensarlo sin duda —exclamó Morgo—, si se ha acobardado como parece.

Lurdun negó con la cabeza.

—No lo creo —repuso—. Salacio es un hombre de corazón negro. Le quitaría un barril de manzanas a una familia con seis vástagos solo para venderlo y llenar cualquiera de sus cofres con esas monedas, aun cuando no volviera a verlas ni usarlas para nada más que para saber que están en su poder.

—¿Y qué tiene eso que ver? —preguntó Morgo.

—Que los hombres de ese talante piensan más hacia dentro que para fuera, y viéndose a sí mismos decorados por la vanidad de sus ojos, se piensan superiores y más capaces; y hombres que piensan así van seguros por los caminos y no aceptan pensamiento de que otros puedan acaso vencerlos.

Morgo asintió.

—Veo que el vino pone pólvora en tu cabeza, y que arde con presteza, pues encuentro sentido en lo que dices, y una gran verdad además. Mas entonces… ¿qué crees que puede haberlos retrasado? Porque llevamos escudriñando la playa los mismos días que vosotros habéis esperado, y no viendo rastro de ellos ni de combate alguno, hemos decidido venir.

Lurdun tomó otro sorbo de vino. En verdad era prodigioso el hecho de que sí que parecía que podía pensar más concentrado y con más acierto.

—Un momento os pido —dijo—, pues una cosa no entiendo. Habéis dicho que la batalla la teníais que resolver… pero, ¿en qué sentido?

—Acabarla —dijo Morgo.

—¿También el otro bando? ¿El bando de Salacio?

—Acabarla de manera que no quedara hombre alguno caminando sobre el suelo, de arena o tierra o hierba.

—¡Por Drokk! —exclamó Fendor—. ¡Ahora sí que me arderán los sesos y me saldrá humo por las orejas, que de todo esto no entiendo yo nada! ¡Y pensar que estoy bebiendo y dialogando con mi asesino! En verdad creo que la batalla con las ratas de Salacio tuvo lugar hace días y que a mí me dieron muerte, y que ahora me encuentro en algún lugar inverosímil al que acaso acudes después de la última partida, ¡uno donde ocurren las cosas más locas!

—Por el brillo plateado de las estrellas en los mares —exclamó Morgo—. Desde luego se te ha acelerado la lengua, que tanta retahíla

de palabras no las había oído yo desde hacía varias lunas completas.

—Disculpad a mi amigo y hermano —pidió Lurdun—. Que lo que dice tiene algún sentido, pues creíamos que había sido Salacio quien os había mandado llamar para acabar con nosotros.

Morgo sonrió.

—No, por cierto. Debe de haber un pez más grande que vosotros o Salacio. Uno interesado en estas tierras o sus gentes, o lo que sea que trabajéis aquí o extraigáis de la tierra.

—Pues que me cuezan en un caldero herrumbroso —dijo Lurdun—, que aquí comemos animales como los hay en todas partes, y sacamos peces de los mares y los asamos o los cocinamos con hierbas de huertos modestos, y lo único que extraemos de la tierra es carbón o piedras mundanas con las que construimos nuestras casas. Decidme qué tiene todo eso de especial.

—Eso me parecía —dijo Morgo pensativo—. Porque en verdad os digo que lo que cuesta contratarnos es muy superior a lo que costaría vender cada árbol, cada roca y cada cacharro que podáis tener en vuestras casas. Entonces… Entonces…

Algo no le cuadraba a Morgo Palis, Primer Merú de los Hijos de Madre, Protectores de Mor Nasur. Algo estaba fuera de lugar. Lo notaba en el aire, en el aroma salubre del océano, lo percibía en la piel y rechinaba con persistente insistencia en su cabeza tal y como lo haría una campana de hierro en un torreón abovedado. Y aunque estaba disfrutando la charla con aquellos hombres, empezaba a pensar que se trataba de una pérdida de tiempo, que lo que necesitaba saber no lo conocían ellos, y que podían beberse una botella o diez, que no iba a sacar nada en claro.

—¿Entonces? —quiso saber Lurdun con manifiesta curiosidad.

Morgo no respondió, pues su mente y su cabeza entera habían quedado repentinamente trabadas en lo que debía hacer a continuación. Aquellos hombres eran entretenidos, pero había cosas que hacer. Solo tenía que levantar la mano para que sus hombres acabaran con ellos en un instante, y podía enviar emisarios a caballo para que acabaran con los que habían huido, pero él había esperado una batalla, una batalla con al menos doscientos intervinientes, suficiente como para que su espada se alimentara de al menos diez de ellos.

Mas ahora no tenía batalla alguna, y el tiempo…

El tiempo apremiaba.

No por el contrato, por cierto, sino por la espada.

Se miró el cinto y la funda de cuero negro, y le pareció oír su voz, la voz de ella, retumbando dentro de su cabeza, pidiéndole que la

dejara estar, que la dejara tranquila.

Necesitaba la batalla.

Pensó en marchar hacia donde quiera que se ocultara Salacio y acabar con sus gentes. Los enclaves de Lastas y Malenas, fueran estos aldeas o pueblos o algo mayor, que tanto le daba. Podría acabar con absolutamente todo el mundo que quisiera hacerle frente, dejar a los que se mantuvieran desarmados, y regresar de nuevo a Madre para mantener el equilibrio entre la piedra y la hoja.

Podría hacer eso.

Mas estaba discurriendo esas y otras cosas cuando algo ocurrió.

Capítulo 3

Salvia, la oveja y el cayado de un rey

Si Lurdun o Fendor hubieran prestado atención a sus hombres mientras estaban esperando en la playa, las cosas tal vez hubieran sido diferentes.

Muchas veces durante la noche decían cosas como que habían oído susurros apagados bajo la arena de la playa, que por la mañana algunas cajas o algunos fardos o barriles aparecían medio enterrados, cuando el resto estaban igual a como los dejaron, y se les decía que el viento debía de haberlos cubierto casi completamente. Que habían oído ruidos.

Pero nadie les había prestado atención.

«Son los nervios del combate», les decían. Y a menudo se reían de ellos.

Mas con sus propios ojos vieron todos, y de repente, de qué se trataban todas aquellas anomalías.

Surgieron del suelo, todo alrededor, como pequeñas explosiones más propias de iracundos volcanes de pequeñas proporciones que de otra cosa. Ni siquiera los Necronautas pudieron anticiparse, porque lo que surgió del suelo lo hizo de repente, sin aviso previo, sin provocar ninguna vibración que lo delatara.

—¡Por todas las maldiciones! —bramó Fendor, perdiendo asiento y cayendo de espaldas sobre la arena.

Lurdun, por su parte, consiguió mantener el equilibrio y se incorporó mientras su asiento corría menos suerte y se tambaleaba hacia un lado. Y cuando miró, abrió mucho los ojos y creyó haber perdido el juicio por haber tomado, quizá, demasiado de aquel vino suave pero potente.

Pues lo que se había formado allí a su alrededor eran unas monstruosidades hechas de pura arena, con una protuberancia retorcida por cabeza y dos brazos grandes y duros como la arenisca.

Morgo Palis fue el primero en reaccionar.

—¡Gólems de arena! —gritó hacia el barco. Mas apenas había terminado su aviso cuando una nueva monstruosidad emergió abruptamente bajo sus pies y lo lanzó por el aire unos metros. Cuando cayó, lo hizo de mala manera y se vio obligado a rodar por el suelo blando con el rostro cubierto de tierra blanca y granos de arena.

«Gólems», había dicho el Necronauta.

¡Gólems!

Todo lo que había llegado a saber sobre gólems lo había aprendido de viejos cuentos que las ancianas relataban a los pequeños cuando les dejaban entretenerlos con alguna historia. O en boca de viajeros que solían contar una medida de verdad por diez medidas de patrañas. Y durante toda su vida había pensado que tales cosas no existían aun cuando el mundo estaba plagado de criaturas excepcionales e incomprensibles que no llegaría a ver nunca, mas no por eso dejaban de existir. Y de los gólems se decían varias cosas; unas que eran elementales antiguos que existían desde antes de que el hombre pusiera el pie en la tierra aquella, y otras que eran conjuros de hechiceros que invocaban para defenderse. Que los había de fuego y de agua, y los había también de escarcha y de hielo, y de tierra, de cualquier material que existiera sobre o debajo del mundo, incluso de paja o de barro, y que de esos materiales estaban hechos, por lo que un gólem de hierro era imposible de penetrar por una hoja, y uno de agua, imposible de dañar con armas convencionales.

Pues en cuanto a la arena…, ¿cómo se podía dañar una montaña de arena animada?

Sacudió la cabeza para alejarse de esos pensamientos y se dio la vuelta, preocupado por sus hombres. Vio entonces como uno de aquellos prodigios aplastaba con una poderosa, gruesa y corta pata su pecho tendido, y lo vio ceder ante el peso, lo que hizo que la sangre brotara a chorros abundantes por los huecos donde habían estado los ojos, y también por la nariz, la boca y las orejas, y el pecho crujió con un ruido espantoso como de madera y se desparramó su contenido tiñendo la arena de sangre.

Lurdun soltó un grito, pues en su vida había visto heridas graves y heridas mortales, pero nunca una atrocidad espantosa como esa, y retrocedió dos pasos y dio con sus nalgas en la arena.

—¡Gólems de arena! —gritaban desde el interior del barco, y la noticia se extendió con rapidez por el navío. Y acto seguido, un puñado de hombres salieron todos a una desde el interior, y Fendor los observó boquiabierto porque se movían con una rapidez que no había visto jamás en ningún hombre o mujer que hubiera visto hasta

entonces. Y describían piruetas y atacaban a los gólems con armas distintas, como lanzas, cuerdas y redes, mas todo intento por dañarlos o quebrarlos o apresarlos resultaba fútil y no se progresaba en detenerlos.

Morgo Palis no creía lo que veía. Con un rápido vistazo contó diez, doce gólems alrededor del buque. Dos de ellos avanzaban ya hacia el interior andando con torpeza pero con rapidez, dejando un rastro de arena húmeda, como barro empapado, mientras desde la proa los acribillaban con lanzas, flechas, virotes y dardos sin que ninguna de esas cosas pareciera afectarlos de alguna manera.

—¡Brea! —gritó dirigiéndose al barco mientras corría hacia la entrada—. ¡Usad brea o alquitrán y quemadlos!

—¡Se quemará la nave! —gritó uno de sus hombres a poca distancia mientras rodaba para esquivar los ataques de uno de aquellos prodigios.

—¡Mejor repararla que perderla! —gritó Morgo—. ¡Usad brea, digo!

Los hombres corrieron la voz.

—¡Brea! —decían.

—¡Traed alquitrán!

—¡Aceites!

Miró alrededor con los dientes apretados.

Les habían tendido una trampa.

Necronautas en asuntos de granjeros, con dos ejércitos ridículos de patanes vestidos con pieles. Era como contratar a un hechicero maestro, uno de los que fundaron aquella torre escuela tal vez, la que acabó convertida en un laberinto de infortunios con una sombra abyecta morando en sus corredores, y pedirle que extendiera mantequilla sobre una hogaza. Era desproporcionado. ¿En qué turbio momento se había convencido de que aquello podía ser buena idea?

Una trampa.

Pero ¿quién?

Eran conjuros, eso seguro. Alguien había conjurado todas aquellas abominaciones, y lo había hecho en aquel mismo momento, mientras hablaban, o habría oído a los gólems acercarse, o formarse bajo el suelo. Y era alguien muy poderoso por añadidura, porque ningún hechicero que él conociera podía invocar tantos gólems a la vez, y mantenerlos todos activos.

Pero… ¿desde dónde?

Algún túnel subterráneo, pensó.

Túneles y cámaras bajo tierra.

Volvió a apretar los dientes, furioso.

Se llevó la mano al cinto y emplazó la palma sobre la empuñadura de su espada, pero desistió. Excessus no lo ayudaría en esos momentos, no sobre criaturas sin sustancia, sin sangre ni alma: simple materia conjurada con el único propósito de destruir, movida seguramente por una mente concentrada.

Y escondida bajo tierra.

Una mente sagaz y astuta, sin duda, una con dotes estratégicas, pues ni veinte hombres con veinte palas podrían excavar con la suficiente rapidez como para encontrarla y ponerle fin a tiempo. Mas cuando pensaba eso, varios gólems habían avanzado hacia las amuras del buque y las golpeaban con contundencia letal, pues las esquirlas de Madre saltaban por los aires enredadas en una lluvia de granos de arena.

—¡Brea! ¡Echadles brea! —gritó al verlos, y echó a correr hacia el barco. Mas por mucha que fuera la prisa que se daba, su camino se veía constantemente entorpecido y se veía obligado a piruetear y hacer malabarismos y saltos y rodar sobre sí mismo para esquivar a los gólems, pues una gran parte de ellos parecían buscarlo a él.

En medio de sus virajes vio a Lurdun y algunos de los otros hombres, y por descontado que no estaban tan apurados como él. Miraban alrededor, boquiabiertos, alejados de las abominaciones, pero sin ser atacados.

«Pues estas bestias me buscan a mí», se dijo, y tan pronto pensó en ello y se dio cuenta, volvió a llevarse la mano al cinto y tocó la empuñadura de la espada y abrió mucho los ojos mientras comprendía, y en ese instante de súbito y atemorizado conocimiento del propósito del engaño, de la treta, de la trampa en la que habían caído, pensó además: «No. Quieren la espada. Quieren a Excessus y quieren…».

—Quieren la piedra —exclamó en voz alta, y distraído y encogido con aquella pavorosa comprensión y el peligro que representaba, un brazo enorme de arena endurecida lo alcanzó en el pecho y volvió a lanzarlo muy lejos mientras un dolor intenso y lacerante lo atravesaba, agudo y profundo como el que deja un estilete clavado en las carnes hasta la empuñadura.

Mientras tanto, en el *Nessentia*, una cascada de alquitrán negro y pestilente se estaba vertiendo por la borda hacia los gólems que atacaban los planos de crujía y los socavaban con enorme diligencia, embadurnaba sus cuerpos y formaba charcos aceitosos y viscosos sobre el mar en calma. Y casi al mismo tiempo se lanzaron antorchas encendidas, algunas de las cuales se apagaban al contacto con la brea y no conseguían prender, mas después de un rato el alquitrán prendió

y unas lenguas de fuego vivo y voraz se levantaron y envolvieron a los monstruos de arena y toda la regala, y prendieron cuerdas y aparejos con una rapidez tan grande que tanto Lurdun como Fendor tuvieron problemas para comprender qué pasaba.

—¡Madre arde! —gritaban los Necronautas.

—¡Controlad el fuego!

—¡No dejéis que se extienda!

Morgo Palis tenía sus propios problemas. El pecho y los costados le dolían una barbaridad, como si alguien hubiera estado golpeándolos de manera repetitiva e insistente con un canto rodado, pero los gólems se le acercaban con una rapidez pasmosa.

«Estúpido, botarate, carne de membrillo», se repetía una y otra vez mientras trataba de concentrarse en superar el dolor. Lo consiguió por poco, por cierto, pues en el último momento, y mientras una columna de arena se precipitaba hacia él, rodó sobre el suelo blando y consiguió ponerse en pie de un salto.

Pero cuando lo hizo, vio algo nuevo. Algo que terminó por proporcionarle el engranaje que le faltaba en el complicado rompecabezas que se estaba formando a su alrededor.

Un grupo de hombres a caballo en la distancia, moviéndose con rapidez hacia ellos. En otras circunstancias los habría oído llegar desde hacía mucho, pero con todo lo que estaba pasando…

Y comprendió.

No había nada al azar. Hasta eso estaba calculado.

Pero no eran los hombres de Salacio. Eran otros hombres, unos que conocía bien, por cierto, de hacía tiempo, y en particular a uno de ellos. Cuando lo reconoció, no pudo evitar decir su nombre en voz alta:

—Narron —susurró—. Narron De Calderos.

Narron Hojaparda De Calderos era su nombre.

Ahora lo entendía.

Entendía por qué los gólems iban tras él, en especial.

Porque Narron siempre lo había querido muerto.

Rio entre dientes, porque si aquellos hombres de Umbralia estaban allí empujados por las intrigas de una culebra, Narron era rey de Serpientes, y otro de los hijos de Mor Nasur. Su hermano entre hermanos, como todo hombre nacido en aquellas tierras. Pero Narron siempre había querido el control de la producción de mercenarios en Mor Nasur, pues allí había mucho que ganar, y quería establecer reglas alejadas del espíritu del dogma y credo de Madre, y ante eso, él, Morgo Palis, siempre se opuso. Hubo intrigas y disputas, y Morgo Palis y Narron De Calderos pelearon durante tres días y tres noches sin

interrupción hasta que ninguno pudo mover un solo músculo, y cuando Morgo descubrió que había pocos que lo apoyaban, creó la orden de los Necronautas y se lanzó con los que le eran fieles a las aguas para olvidar el destino de su tierra.

Pero Narron no había olvidado, y mucho sabía que Morgo podría regresar a Mor Nasur para poner las cosas en su sitio, que él aún se dedicaba a la batalla y se encontraba fuerte y en forma, y Narron ya no tanto, siempre conspirando en salones o dormitorios, según se diera el caso, y de esas alianzas que él tejía para enriquecerse debía de haber dado con uno o varios hechiceros de terrible poder que ahora usaba contra él.

Narron quería a los Necronautas fuera.

Y se puso rojo de rabia y apretó los dientes y los puños, y repitió su nombre de nuevo.

—Narron, hijo de una pústula y de una vaca infecta.

Mas cuando hubo terminado, distraído como estaba, uno de los gólems lo alcanzó de nuevo y ya no supo más.

2

Los gólems eran imbatibles por su propia naturaleza, y cercaban la entrada del buque-hogar de los Necronautas. Las espadas los atravesaban, cierto, pero era como clavar la hoja en el suelo de la playa. Fácil de introducir, fácil de extraer, mas nadie en todo el ancho y largo mundo podría decir jamás si allí había habido una espada clavada, y la playa se enteraba aún menos. Como quiera que el fuego consumía la proa del buque, además, los Necronautas se vieron obligados a lanzarse al mar desde la regala, y allí caían y nadaban intentando alcanzar la playa.

Pero Narron De Calderos no daba tregua. Desde la orilla, un grupo de los suyos lanzaba flechas negras, delgadas y largas, cargadas de conjuros y venenos, y esas flechas buscaban a sus objetivos aun bajo el agua, y por mucho que los Necronautas nadaban como los peces y se movían haciendo fintas a grandes velocidades, las puntas de acero se clavaban en sus carnes y los atravesaban de lado a lado, y el mar se volvió rojo bajo el alquitrán en llamas.

Hubo unos cuantos que estaban consiguiendo controlar el fuego en cubierta, mas contra estos se levantó un brazo de mar de varios metros de altura, turbulento y agitado como una tormenta concentrada, pues eran gólems de agua conjurados con las mismas artimañas que los gólems de arena, y estos ascendían desde el mar y barrían de la borda a todos los hombres que pudieran suponer un

obstáculo.

Era una combinación demoledora. En ocasiones, un gólem de arena apresaba a uno de aquellos guerreros e introducía su cabeza en su cuerpo sin que pudiera defenderse o hacer nada, y allí se asfixiaba y se le llenaban el estómago y los pulmones de arena; en otras, los gólems de agua causaban remolinos en el agua que arrastraban a los desafortunados mercenarios hasta el fondo, donde perecían igualmente.

Todo el clan de Madre, la invicta tripulación del *Nessentia*, no duró más que unos lánguidos y sobrecogedores instantes, y mientras morían, la fenomenal estructura que era un navío y un hogar a la vez, se quemó o se fragmentó fatalmente, y los otrora altivos mástiles cayeron sobre la playa de pescadores, un desatino de lugar para todos los lugares que el buque había visto, recorrido y salvado, incluyendo los peligrosos Cañones del Eterno Derrumbe; y allí quedaron inservibles e inútiles junto a las implorantes cuadernas que apuntaban al cielo, condenados a ser arrastrados por la mareas y a perderse en el olvido del fondo de los océanos junto con sus creencias. Allí continúan hoy, cuajados de percebes, almejas, mejillones, balanos, esponjas y caracoles, sin que nadie los haya reclamado o visitado jamás.

Y así ocurrió lo imposible.

Lo impensable.

Contra todo pronóstico, los Necronautas habían caído.

3

En los confines más orientales de Umbralia había una zona muerta y tierra de nadie, como era costumbre entre regiones, y después de eso lucía bajo el sol la aldea de Puntapié.

Era hasta ocho y diez veces más pequeña que Umbralia, pero notablemente más feliz. Apenas diez familias vivían allí. Cuatro de ellas cohabitaban una cabaña grande que llamaban Arcae (Gran Arcae, casi siempre, para ser exactos), y no vivían con el ganado, que se mantenía en una construcción diferente, ni el suelo era de tierra batida sino de una composición dura que hacían con barro cocido y era agradable en verano y cálida en invierno, y tenía además dos pisos, uno sobre el otro, comunicados por una escalera interior, y se levantaba sobre el resto de las casas como un pequeño palacete.

Pues allí vivía Salvia Túneles, que trabajaba cuidando y llevando ovejas, y de ellas extraía lana, queso, leche y también carne cuando nacían los corderos, lo que ocurría a menudo porque Puntapié se extendía sobre un valle precioso lleno de pasto, generosamente regado

por un río que cambiaba de nombre al circular por diferentes regiones, y el de allí era Cienagua. Y las cabras, como las vacas, los cerdos y otros animales, crecían allí sanos, fuertes, y mucho y a menudo.

En cuanto a Cienagua, pocos ríos podían atribuirse el mérito de haber visto momentos tan felices, pues las familias contaban ya con sus propias zonas y sus propias pozas, más o menos, y se bañaban desnudos y dedicaban largo tiempo a la pesca o a la mera observación de las hojas de los árboles, y en el agua tenían a sus hijos y celebraban las fiestas.

Aquel día, Salvia Túneles, que tenía por cierto el cabello más rizado de aquella y otras regiones y era además joven y de rasgos dulces coronados por ojos brillantes y llenos de vitalidad, andaba buscando a una de sus ovejas junto al río. No era la primera vez, por cierto, y eso la tenía bastante enfadada. Había seguido sus huellas hasta el río, mas allí se perdían justo donde había una sucesión de piedras que permitían, con unos sencillos saltos, pasar al otro lado. Al otro lado no había sino un ascenso suave que terminaba por volverse empinado y subía hasta cotas más altas, y allí la hierba moría y se volvía piedra dura.

—¡Pues en verdad que esta oveja se cree cabra, que siempre tira al monte! —rezongaba mientras cruzaba al otro lado—. ¡La próxima vez que te pille, Mona, ataré tu pata a una estaca durante las horas de sueño, y usaré hierro por soga, a ver si consigues darle dentelladas a eso también!

Así gruñía y protestaba mientras localizaba otra vez el rastro y lo seguía, oteando a la distancia de vez en cuando.

—¡Mooonaaa! —llamaba—. ¡Maldita Mona! ¡Cabra, más que cabra! ¡Estúpida huidiza!

Se paró para secarse el sudor de la frente, pues era mediodía y hacía calor, y respiró un dulce olor de mimosas que crecían por allí. Era uno de sus aromas favoritos, el de las mimosas, y a pesar del contratiempo de la búsqueda, se alegró de haber ido tan lejos a por su oveja, pues podría detenerse a la vuelta y juntar quizá unos lilos o unas camelias para adornar las ventanas de su hogar.

—Más me valdría olvidarme ya de esa oveja —se dijo—. Y dejarla ir, si irse es lo que quiere. —Miró al cielo límpido desprovisto de nubes y suspiró—. Pues «cabras» no cuido yo, ¡ni sé nada de ellas, por añadidura!

Salvia se había acostumbrado a hablar sola, pues sola pasaba mucho tiempo y ni hermanos o hermanas tenía, a pesar de su edad, pues su madre había contraído unas fiebres hacía tiempo que la habían dejado estéril, cosa que lamentaba a menudo, aunque en

silencio y en secreto, pues se iba al río que había arrastrado sus lágrimas más de una y más de cien veces.

Miró el rastro todavía húmedo de las pisadas de Mona y arrugó el ceño. Estaba claro que a esa oveja le gustaba trotar entre las piedras, pues hacia arriba iba, por lugares por donde nunca había visto una oveja trepar.

—¡Qué fastidio, en verdad! ¡Mona idiota! ¡Cabezota!

Era la cuarta vez ya que iba a por ella.

Seguramente, pensó, la oveja había subido a por plantas de achicoria, que arriba crecían en cierta medida, y de las que gustaba mucho más que mucho. «Tendré que plantar algunas ahí abajo, si no quiero verme trotando entre las piedras una quinta vez», aunque las ovejas de Salvia se alimentaban no solo con pasto donde encontraban hierba, arbustos y tréboles, sino también con restos de legumbres y alfalfa, algo que era una cosa muy inusual para dar a una oveja.

Trepó y trepó, maravillándose de la independencia de Mona, hasta que consiguió fatigarse de veras, y eso era decir mucho, que la muchacha era joven y fuerte y estaba bien alimentada, y estaba acostumbrada al trabajo duro de sol a sol.

Tanto trepó que empezó a perder el rastro del animal.

—¡Obcecada y buena para nada! —dijo mientras la llamaba con gritos, silbidos y chiflidos a los que solo respondían sus ovejas, como era costumbre en Puntapié—. ¡Estoy por dejarte aquí sola, que a menos de cuatrocientos pasos es tierra de lobos, y ya van a dar buena cuenta de ti! ¡Y entonces vas a ver!

Mas cuando estaba a punto de desistir, oyó a la oveja responder a cierta distancia, y se sintió aliviada por ello.

—¡Bueno! ¡Por fin respondes! —exclamó—. ¡Ya voy por ti! — Y añadió—: ¡Y entonces vas a ver!

Salvia saltó de una piedra a otra, y ayudándose de las manos, con las que se agarraba a las raíces y los arbustos más antiguos y recios, consiguió llegar a un rellano.

Mona la miraba con una expresión culpable.

—¡Que se te queme el vellón, abrasado por el sol, y pierdas el gusto por el prado, que no te daré más que huesos para alimentar tu gordo trasero! —soltó furiosa.

La oveja baló con suavidad.

Mona se fijó en algo que estaba a sus pies. Era una especie de vara, larga y recta como nada que hubiera visto en su vida.

—¿Qué…, qué tienes ahí, estúpida? — preguntó, más para ella que para su oveja. Y cuando se acercó se quedó fascinada de lo que veía.

Era un cayado, construido a la manera como se construyen los cayados, con el extremo superior curvo para facilitar asir y dirigir al ganado, pero era grueso y parecía recio como el corazón de una montaña, y liso, suave, sin marcas ni dobleces, pues los cayados que ella había visto durante toda su vida y que en Puntapié estaban por todas partes eran de madera tallada casi de cualquier manera, sin decoraciones ni florituras, y este tenía unas marcas esculpidas como de enredaderas con hojas, y el color parecía el mismo que arranca el sol al trigo cuando está presto para ser cosechado.

Abrió mucho los ojos y sonrió.

—El cayado de un rey —susurró.

Y cuando lo asió y lo sostuvo en sus manos se sorprendió de su peso liviano, más liviano aún que los cayados que a veces se hacían para los niños, para que empezaran a educarse en el trato con las cabras, las vacas y otros animales, mas al tacto parecía duro como una vara de hierro.

—Qué cosa sorprendente —dijo—. Pues… ¿qué hace esto aquí, y de dónde viene?

Miró alrededor, en primer lugar por si había otros tesoros semejantes, y luego por si acaso viera a alguien. Quizá un pastor rico que viajara por estas tierras, que los cayados eran excelentes para ayudarse en las travesías y no perder pie contra las muchas piedras del camino. Mas no vio nada ni a nadie, y buscó la mirada de la oveja, pues el mango estaba húmedo y caliente, como si Mona lo hubiera arrastrado hasta allí de alguna parte.

—Oye, Mona —dijo—, ¿dónde has encontrado esto?

Mona no emitió ningún ruido ni hizo otra cosa que soltar unas defecaciones negras, compactas y minúsculas.

—Una respuesta muy poco apropiada —dijo Salvia—. ¿Qué significa? ¿Significa que has robado esto?

Otra vez permaneció Mona callada.

Respirando el aroma a hierba fresca de la defecación de la oveja, Salvia pensó que aquel prodigioso cayado debía de pertenecer a alguien, pues nunca había oído que semejantes cosas brotaran de la tierra por arte de magia, ni colgaran de los árboles.

—Déjame ver un momento —susurró—. Me pregunto si habrá alguien por aquí.

Estuvo deambulando un rato, mirando entre los arbustos, sobre las rocas y más allá del rellano de tierra entre las rocas del montículo, curioseando con cada vez mayor prudencia, pues se dijo que si había algún viajero en sus tierras podía ser alguien bueno o alguien menos bueno, que de eso la habían advertido siempre sus padres y los otros

miembros de la aldea; y en eso estaba cuando, en efecto, oyó unas voces.

Salvia se encogió, con el cayado apretado entre los dedos. No había hecho ningún esfuerzo especial y el corazón le latía en el pecho como si fuera a explotarle. Parecía una tontería, pero todo aquello estaba siendo una aventura fascinante a la que no estaba acostumbrada.

—Silencio ahora —se susurró, intentando concentrarse en las voces.

—No podemos hacer mucho más —decía una de ellas, la voz de un hombre, sin duda, y uno grande por añadidura, grave y profunda.

—Pues te digo que morirá si lo dejamos aquí —afirmaba otra voz.

—¿Acaso tengo que recordarte que este hombre quería darnos muerte? A ti y a mí, y a todos los tuyos y a todos los míos, por añadidura.

—Eso no lo sabemos —exclamó la otra voz—. Pues las cosas no estaban saliendo como estaban planeadas, y en viendo la trampa, quizá este hombre hubiera decidido algo diferente.

—Es un asesino, Lurdun —dijo la primera voz.

—Lurdun —susurró Salvia con los ojos muy abiertos. Le resultaba curioso y fascinante enterarse en secreto del nombre de otro hombre, pues en aquellos lugares los nombres de las personas no se regalaban así como así a cualquier desconocido, y eran cosas muy personales e íntimas reservadas a los miembros de una misma aldea—. Se llama… Lurdun.

El nombre quería traerle un recuerdo. Sin duda lo había oído antes, aunque cuanto más pensaba en él, más bailaban los sonidos en su mente, cabalgando y descabalgando, y pensó que quizá se había confundido con Murdum, el chico de los Romen, que vivía en la Gran Arcae. O incluso con Vudun, que era un comerciante viajero ocasional que solía dejarse caer por la aldea en otoño o a finales del invierno, y que traía ánforas y vasijas y ungüentos exóticos que las madres usaban como medicinas.

—Pues aunque sea un asesino, hemos obrado bien, eso te digo —dijo la voz entonces, sacándola de sus pensamientos.

—¡De acuerdo entonces! Pues que se nos retribuya una recompensa por nuestras buenas acciones, sea en esta vida o en la otra. ¡Felicitaciones a ti y felicitaciones a mí! Mas ahora vámonos, te digo, que gente muy peligrosa lo busca, ¡y no quisiera yo encontrarme en medio! ¡Que más valoro mi vida o la tuya que la de él!

Hubo unos instantes de silencio mientras Salvia escuchaba con toda su atención, que no recordaba haber vivido un momento más

emocionante en toda su vida.

—Hagamos esto entonces —dijo la voz del que se llamaba Lurdun—. Volvamos al hogar y veamos qué ha ocurrido allí. Que lo que ocurrió en la playa no tenía que ver con nosotros, como has visto, pues gracias a que perdieron el interés en nosotros pudimos escabullirnos mientras el barco ardía y se perdía en la memoria de lo que alguna vez fue. Y pudimos de paso sacar a este personaje de allí.

—Y te diré que pesa como dos hombres, a pesar de lo menudo de su cuerpo —protestó la primera voz.

—Sí —asintió Lurdun—. Pero luego, si todo está en orden, volveremos aquí y nos lo llevaremos al hogar en un caballo.

—¡Que me echen mil odres de ese vino que esta gente traía consigo en el gaznate, que no alucinaré tanto! —protestó la voz más grave—. ¿Quieres llevarte a este fenómeno a casa?

—A la mía y a la tuya, sí.

—¿Y puede explicarme el señor Lurdun, cabeza visible de toda tierra nuestra, por qué haría algo así? —preguntó con un tono inconfundiblemente enfadado.

—No lo sé, Enca Fendor, viejo amigo. Debes confiar en mí, como has hecho otras veces. Pues es este un hombre harto especial que ha tratado con reyes y personajes importantes de los que oiremos hablar pero no veremos nunca, y he aquí que acaba en nuestra playa con la intención de matarnos… a nosotros, que de los más comunes de los hombres somos los más más comunes, más comunes y ordinarios que las piedras. Y aún puedo añadir más: su destino acaba de algún modo en nuestras manos, y aun después de habernos enfrentado a los peores sortilegios y los seres más atroces que haya presenciado jamás de un modo alocado, inverosímil e increíble… conseguimos arrastrarlo aquí y salvarlo.

Hubo otro instante de silencio.

Salvia estaba tan fascinada por todo lo que estaba oyendo que temió que los cabellos se le trocaran en fuego y acabara explotando de pura excitación. ¡Sortilegios! ¡Reyes y personajes importantes! ¡Seres atroces! Todo cuanto escuchaba le interesaba vivamente, pues su vida hasta ese momento había sido un círculo perfecto constante, y tan repetitivo que cuando intentaba echar mano a la memoria todo le parecía lo mismo, las mismas ovejas, el mismo pasto, las mismas casas.

—De acuerdo —susurró la primera voz, la del hombre que se llamaba, al parecer, Enca Fendor—. ¡De acuerdo, lo admito! Hay algo aquí que podría parecer el principio de una historia, de esas que cuentan en los caminos y las casas de asueto donde se beben vinos e

hidromieles. Ahora bien…, si es destino o desatino no sabría yo decirte…

—¡Ea! —repuso Lurdun—. Pues volvamos a casa entonces, que tengo el corazón inquieto con todo lo que está pasando. Volveremos después y lo acarrearemos si sigue aquí, ¡y si sigue vivo!

Salvia oyó entonces ruido de ramas y entró en pánico. ¿Y si su camino los llevaba hasta ella? Pues aunque parecían voces amables y hablaban de reunirse con sus familias y de salvar a un hombre, ni por asomo pensaba ella delatarse, que mucho la habían advertido su familia y las otras familias de presentarse ante un extraño, sobre todo en mitad del monte, sin que nadie supiera adónde había ido.

Se escondió entonces como pudo y esperó hasta que el ruido de las voces y la fricción con los arbustos que por allí prosperaban con generosidad desapareciera, y cuando todo eso hubo terminado, esperó un poco más todavía.

¡Qué historia acababa de escuchar! El corazón aún le palpitaba. Miró el cayado en su mano y descartó que fuera de aquellos hombres, pues sus voces eran rudas y fuertes, como la de los hombres que presentaban batalla, y no como la de los pastores como los que había muchos en su aldea.

Y pensó después si el hombre que estaba herido y que habían dejado allí no sería acaso un pastor, uno que poseyera tantos rebaños y tanta tierra que se hubiese mandado construir un cayado como aquel, tan estilizado y fino y bonito que daba gusto verlo. Pero se encogió de hombros, y concluyó que no lo averiguaría si no avanzaba hasta él.

«Pues bueno, Salvia —se dijo—, lo sensato en estas circunstancias sería volver corriendo a la aldea y avisar a alguien, a uno de los jefes de familia, que llevan aquí mucho más tiempo que tú, y saben de cosas que ni puedes imaginar, pues por vivir largos años han visto y hecho mucho y han resuelto problemas que ni conoces».

Eso se dijo, pero si regresar a la aldea era una buena idea, también era la más larga de llevar a cabo, pues había cruzado el valle, saltado el río y trepado largo tiempo.

«Y de todas maneras, no te creerían, que todo esto es tan inusual como ver brotar copos de nieve del suelo y ascender hacia los fríos cielos de invierno, y no al revés».

Arrugó el ceño, como solía hacer, y se animó a echar un vistazo prudente primero. Pues imaginaba que le preguntarían quién era el herido y qué aspecto tenía, y si les dijera que había recorrido tan largo trecho para no echar siquiera una mirada o dos, la llamarían cosas y ninguna de ellas aplaudiría su inteligencia.

«Eso es —se dijo a continuación—, un vistazo mientras permaneces oculta. Solo para ver qué aspecto tiene, o si es soldado o granjero, y el alcance de sus heridas, para que las madres puedan preparar ungüentos y remedios que lo alivien. ¡Que de lo contrario no sabrían ellas qué traer, que no es lo mismo un hachazo en el brazo que una infección por picadura que un resfriado o los temblores de fiebres!».

Y diciéndose esto, avanzó con prudencia, sin atreverse siquiera a rozar rama alguna, para no hacer ruido.

Capítulo 4

La bellasabia y el sacrificio de Senepia

Morgo Palis se encontraba tumbado en el suelo en el interior de una pequeña oquedad; una antigua lobera, con toda probabilidad. Era angosta y de techo bajo, pero la entrada era grande, demasiado quizá, como si los hombres la hubieran agrandado para que ninguna alimaña quisiese considerarla un hogar.

No estaba tumbado por gusto, por cierto. Pensar en moverse hacía centellear un sinfín de dolores espantosos, sobre todo en los costados, pero también en el pecho. También notaba sabor a cobre en la boca, lo que le indicaba que por algún lugar sangraba, fuera un diente perdido, uno partido u otra cosa, pero cuando intentaba utilizar la lengua para averiguar, esta no le transmitía muchas sensaciones.

Además, apenas veía por uno solo de los ojos. Y aun este no podía abrirlo del todo, porque tenía la cara hinchada, y eso podía notarlo también. Y notaba otras cosas: que perdía la consciencia a ratos sin que pudiera hacer nada por evitarlo, pues en un instante se veía transportado por el bosque y luego estaba en el suelo, solo, y luego había voces a su lado que hablaban de él y luego ya no.

Mas, a pesar de todo, seguía contando con el fino oído que su adiestramiento como guerrero le había proporcionado, y podía oír con prístina claridad como algo se acercaba hacia él, moviéndose con extrema lentitud.

«Pues si es un lobo o alguna otra alimaña, sean buenas noches, que yo me habré de ver en el hogar al otro lado de los pórticos, tras la Escalera del Mérito», se dijo.

Mas pensando eso empezó a recordar.

«Madre», pensó, y en el acto lo acometió una profunda tristeza.

La había visto arder con grandes lenguas de fuego envolviendo su bello casco. Tendido en la arena con un lacerante dolor en el pecho, tan fuerte que apenas podía respirar, vio a sus hermanos en llamas, y

a otros ser envueltos por brazos de mar que ascendían de manera sobrenatural de la superficie por lo demás en calma, y ahogarse en ellos al no poder escapar en dirección alguna. Todo eso había visto mientras tosía sangre y se desmayaba a ratos, de manera descontrolada, y se creía morir por el sufrimiento de su cuerpo.

«No es posible», se decía mientras su rostro se desfiguraba en una mueca atroz por la pena que lo dominaba. No lo creía, y sin embargo, había ocurrido.

Los Necronautas, así como cualquier hijo de Mor Nasur, habían sido adiestrados para superar y dominar el dolor. El dolor de una herida, de una herida profunda, el dolor de una quemadura de gravedad, el dolor de una flecha en el pecho, o de diez, todo ese dolor. Era una cuestión de cabeza, de la mente que está embutida en la carne, dentro del cráneo. Era una cuestión de voluntad. Pero el dolor físico era una cosa, el dolor de la pérdida de alguien querido era otra, y el dolor insoportable e indescriptible de haberlo perdido absolutamente todo… era muy distinto.

Su hogar. Sus hermanos. Su casa.

Y de repente sintió que el aire le faltaba en el pecho.

«La piedra», pensó, e intentó abrir mucho los ojos, por instinto, pero a cambio recibió una bofetada de dolor tan fuerte que se le estremeció todo el cuerpo, y eso arrancó un enjambre de latigazos tan severo que perdió brevemente la consciencia.

Cuando despertó, reanudó rápidamente el hilo de sus pensamientos. «La piedra», pensó de nuevo. La piedra que guardaban en lo más profundo y protegido de Madre…

¿Qué había sido de la piedra?

De manera instintiva intentó llevarse la mano al cinto, pero estaba muy lejos de conseguirlo. No podía mover el brazo, pues incluso superando el umbral del dolor, simplemente no respondía. Estaba roto, o algo peor.

«La piedra», se repitió.

El sonido de la fricción, por cierto, continuaba allí; seguía oyendo como algo se acercaba. Algo que se movía con tanta lentitud que estaba seguro no se trataba de los dos hombres que lo habían llevado allí, ni de sus enemigos, pues estos harían arder el monte entero si sospecharan que se ocultaba en él. Era otra cosa.

Se concentró en el sonido.

Las pisadas tenían una dimensión especial. Tenían…

Profundidad.

Era algo grande. No tan grande como un oso, ni tan pequeño como un lobo de monte como eran característicos por esas latitudes. Y

escuchó el suelo crujir bajo los pies, y el roce de los arbustos, pero no a mucha altura, sino a media, lo que le indicaba que lo que se acercaba era…

«Un muchacho —se dijo—. O alguien pequeño. Alguien agachado».

Pero no podía hacer nada al respecto, y si algo habían aprendido los hijos de Mor Nasur era a aceptar el destino. Si el muchacho quería cortarle el cuello, lo haría. Si quería meter brasas encendidas en su estómago, lo haría. Así que dejó de pensar en ello.

Su mente viró hacia otra parte.

«Narron Hojaparda De Calderos —se dijo, y a pesar del dolor insoportable se las ingenió para apretar los dientes y concentrar su rabia en las sienes, que temblaron debido a la concentración con la que se esforzaba en dirigir su odio—. Pues si salgo de esta, contra todo pronóstico, yo hago el juramento sobre el suelo de este mundo que arrancaré tus ojos y los echaré en aceite hasta verlos explotar, y cocinaré tu lengua y tus entrañas todas, una por una, dejando el corazón en último lugar para que huelas tu propia carne arder. Y luego te mataré. Eso juro».

El otro pensamiento en su cabeza era: la piedra.

La piedra, la piedra, la piedra.

Estaba seguro de que Narron sabía de la espada y de la terrible maldición que era la responsabilidad de blandirla y alimentarla. Y puesto que lo sabía, eso significaba que…

«Que el mundo como se conoce, desde Urissa la Blanca en el sur hasta Retoria en los páramos helados del norte, está condenado—se dijo. Y luego lo repitió una y otra vez—: Condenado, condenado».

Lloró.

Lloró por sus hermanos, por Madre, lloró por la pérdida y por el sufrimiento insoportable al que el mundo se vería sometido sin que hubiera remedio alguno. Todo Miriks caería esclavizado por la inenarrable capacidad para el mal que era su espada. A menos que…

Intentó abrir los ojos, pero fue incapaz. La carne alrededor de los párpados estaba hinchada por los derrames internos. Y de repente, fuera porque había vuelto a perder la consciencia o porque se había despistado, el furtivo estaba a su lado.

2

Salvia miraba al hombre que había encontrado en la vieja lobera con los ojos muy abiertos. Una vez vio a un hombre de la aldea perder una pierna debido a un mal tajo con un hacha mientras cortaba leña. La

herida era espantosa, y la visión del hueso blancuzco entre la carne magra y roja le produjo pesadillas nocturnas durante varias lunas. Pero incluso esa visión palidecía ante lo que tenía delante.

Nunca en toda su vida había visto a un hombre tan magullado como en ese momento. La cara desfigurada, las manos hinchadas hasta parecer morcillas de cerdo, que preparaban removiendo mucho la sangre de estos cuando se les daba muerte. Las piernas se torcían atendiendo a una posición imposible en la que, simplemente, las extremidades no se pueden doblar. Y la ropa que vestía era un coágulo carmesí sin que se supiera dónde empezaba el tejido o terminaba la carne, todo bañado en sangre.

—Por todas las semillas que se han plantado desde que se creó el mundo —susurró.

No sabía qué hacer; estaba tan asustada como compadecida.

Una cosa era clara: no corría allí ningún peligro. Aquel hombre estaba más allá de cualquier ayuda. Era imposible que se mantuviera vivo por mucho más tiempo, si hasta le costaba trabajo encontrar los orificios de su nariz en el amasijo de carne hinchada que era su cara.

Se impresionó tanto que se retiró un par de pasos y dejó caer el cayado al suelo, donde produjo un ruido metálico.

El hombre susurró algo. O quizá era un estertor, y uno de muerte por añadidura. Salvia no pudo oírlo, pero era ciertamente un moribundo, y en la aldea se los honraba, así que con cierta prudencia se acercó para escucharlo mejor. No podía salvarlo, pero quizá podría traerle agua, algo que lo aliviara en sus últimos momentos.

—¿Qué…? —preguntó.

—Mmmm… —dijo el hombre.

—Sí —susurró ella—. No…, no hagas esfuerzos —dijo—. Solo descansa. Ya está. Ya ha terminado todo.

—Nmnn…

—Tranquilo… —susurró con verdadera aflicción. A la muchacha le costaba manejar la situación, estar allí con la certeza de que aquel despojo debía de estar recorrido por un sufrimiento supino. Si alguno de los jefes de familia estuviera allí, se dijo, le daría muerte con una piedra y un golpe certero en la frente, para que dejara de dolerse, como se hacía con los animales. Mas ella no podría jamás hacer tal cosa, y se dolía por ello—. Tranquilo… —repitió.

—Aaaa… yuuu…

Y se desmayó.

«Aaayuu…», pensó Salvia. Y de pronto cayó en la cuenta. Ayuda. Eso había dicho. Ayuda.

Dejó escapar unas lágrimas, que resbalaron abundantes y

ardientes por sus mejillas.

Ayuda.

Aquel hombre se estaba aferrando a la vida, más allá de lo humano y lo posible. Mas ella solo sabía de ovejas y de algunas plantas, pero de las que sabía todo el mundo que caminara sobre dos piernas por el mundo, como el uso de las hojas de eucalipto para un catarro, o la cola de caballo para las hemorragias, o la dama blanca para contrarrestar el veneno de algunas alimañas y bichos, así que no veía cómo podría ayudarlo.

Pensó en quedarse a su lado en sus últimos momentos, que de seguro eran pocos, mas se resistió a hacer algo natural en tales momentos, como es tomar la mano del que está desvaneciéndose, pues estaba segura de que tenía todos los huesos rotos por varios sitios. Así que se quedó allí, escuchándolo respirar pesadamente, y cerró los ojos y le rindió, en silencio, el Homenaje de los que Marchan según era costumbre en la aldea.

Ve ahora tú que marchas,
al pórtico del otro lado,
donde la pena está desterrada
y los campos son verdes
y la miseria y el dolor no se conocen.

¡Ve ahora y marcha al fin!

Deja atrás y olvida,
abandona tu cuerpo mustio,
viejo y enfermo,
pues donde vas no lo precisas.

Ve ahora y sonríe al nuevo día,
pues has de vivirlo por tiempo mucho,
sin que la noche vuelva a enfriar
tu corazón y tus huesos
para siempre y un día.

Y así, con los ojos cerrados, se quedó Salvia un largo tiempo, afligida y cabizbaja, con el corazón dolorido y la mente llena de preguntas.

3

Fue el olor a humo lo que la hizo salir de su ensimismamiento.

El hombre continuaba allí tumbado, respirando con gran esfuerzo.

Toda vez que su pecho subía y luego bajaba producía ruidos sibilantes que salían de su boca entreabierta, y cada vez que lo hacía parecía que iba a ser la última. Pero la tarde extendía ya sombras alargadas fuera de la lobera y el tono de luz había cambiado en demasía, indicando que caía la noche, y Salvia se preguntaba si no debía bajar a la aldea y dar aviso antes de que todo el mundo se preocupara.

Mas estaba pensando en eso cuando el característico olor a humo empezó a llegarle.

No olía como el humo que sale del fuego de un hogar, que ese lo conocía bien. Olía como a fuego salvaje, descontrolado.

Olía a incendio.

Súbitamente inquieta, Salvia abandonó la lobera y salió al exterior por la gran abertura, y allí su corazón se encogió. Por supuesto que olía a humo: una gran columna de humo blanco y de humo negro se levantaba en el valle, y recorría los prados a medida que el viento lo arrastraba y lo mantenía pegado al suelo, como jirones de niebla.

¿Qué estaba ocurriendo?

«La aldea», pensó entonces. El humo salía desde detrás de una loma distante, y lo único que había allí…

Tragó saliva, la cabeza dándole vueltas, el estómago encogido por un súbito pinchazo.

Lo único que había tras la loma era la aldea.

Su aldea.

Puntapié.

—No… —exclamó. Y salió corriendo como si estuviera hecha de hojas y una súbita y poderosa ráfaga de viento la hubiera arrancado del suelo.

4

Salvia nunca había recorrido tanta distancia en tan poco tiempo; mas el esfuerzo que la llevó a hacerlo sin pensar en las consecuencias, dejando que el vestido que llevaba se enganchara en multitud de espinas de zorzales y de arbustos, no tuvo recompensa. Más bien al contrario.

Le temblaban las rodillas y las piernas todas ellas, y cuando se enfrentó al origen del incendio, no pudo sostenerse por más tiempo y cayó al suelo, y la congoja se apoderó de su pecho hasta hacerle pensar que iba a estallar y que no podría volver a levantarse.

Porque delante de ella, a cierta distancia, las casas de la aldea ardían con vivas llamaradas de un amarillo tan intenso que parecían

salir de otro mundo, y la Gran Arcae era una columna de llamas que atravesaban las viejas vigas que los padres de los padres colocaron tiempo atrás empleando sus solos músculos, algunos burros y unas sencillas poleas. Y cuando se recuperó del espanto e intentó levantarse para ver si aún se podía hacer algo, o qué había sido de su familia, para el caso, vio un grupo de caballos con jinetes que portaban antorchas, y arqueros con flechas encendidas preparadas, y otros hombres a pie que llevaban espadas; y en el suelo vio cadáveres, algunos aún llameantes, y vestían ropas que eran propias de sus gentes. Así supo ella que se trataba de cadáveres de los suyos, y que aquellos hombres los habían quemado y asesinado.

—No… —susurró, pero su garganta apenas produjo un graznido grave y bajo que nadie hubiera podido entender.

Se incorporó, mas algo le trabó la mano y tiró de ella hacia abajo. Ella quiso gritar, pero una mano suave pero firme le tapó la boca.

Salvia se revolvió, pensando que su vida había llegado a su fin, pero cuando empezó a revolverse para librarse de su tenaza, unos ojos despiertos y amables se pusieron ante ella.

Era una mujer, una que por descontado no era de Puntapié y a la que no había visto nunca, por añadidura. Tenía sangre salpicándole el rostro y el pelo revuelto mezclado con tierra y arena, y una herida de consideración en el mentón, como si alguien la hubiera golpeado con una piedra. Salvia se quedó mirándola, respirando con esfuerzo. La mujer se llevó un dedo a los labios y asintió despacio, hasta que Salvia comprendió y asintió a su vez.

Por fin, ella la liberó.

Era una mujer de cierta edad, no tanta como su madre, pero adulta de todos modos. Tenía la piel curtida y endurecida, como de cuero, y una pluma azul adornándole el cabello, aunque estaba torcida y sucia y despeluzada, como toda ella, a decir verdad. Pero sus rasgos eran amables, y la sensación que daban no se quedaba atrás, y Salvia confió.

Ella hizo un gesto, indicando que la siguiera, pero Salvia miraba el incendio y a sus vecinos muertos en el suelo y pensó en correr hacia allí de todas maneras, pues intentaría algo o moriría con ellos, que tanto le daba.

—Si vas allí —le susurró la mujer al oído—, morirás sin remedio.

Salvia la miró. Sus ojos estaban húmedos, y su boca se agitaba como si tuviera vida propia. El dolor la hacía pensar con rapidez, mas todo cuanto pensaba la empujaba a correr hacia las llamas para buscar a sus padres, y luego pensaba que esa era probablemente la peor de las ideas, y se quedaba trabada en el sitio, esposada a la desesperación

que sentía.

—Vamos —le susurró la mujer con suavidad, y luego añadió—: Ven.

Pero Salvia no pudo seguirla. No pudo. Allí, ocultas entre los arbustos, la mujer la abrazó y ella se dejó abrazar y sollozó con hondo pesar durante un rato.

5

Se habían apartado todo lo que pudieron, alejándose de la aldea y los incendios. Todo olía a humo, sus cabellos y hasta sus ropas. Para entonces el sol se había retirado y empezaba a caer la noche, pero el fuego era tan vivo y tan extendido que el aire corría caliente alrededor.

Aún acuclilladas, la mujer se volvió hacia Salvia.

—¿Eres de esa aldea? —preguntó.

Salvia asintió.

—De acuerdo, entonces —siguió diciendo la mujer—. Yo me llamo Senepia Lucerna. Soy Primera Herbolaria de la región vecina, Umbralia. ¿La conoces?

Salvia movió otra vez la cabeza en señal de afirmación.

—Pues bien —continuó diciendo Senepia—, esa gente ha arrasado tu aldea. Era muy pequeña, así que no han tardado demasiado tiempo. Han muerto todos. Con la mano en el corazón rindo homenaje a tu familia y vecinos, y te doy aliento en estos momentos de pérdida.

Salvia agachó la cabeza y otra vez las lágrimas corrieron por sus mejillas. ¿Cómo era posible que hacía solo unos ratos largos estuviera persiguiendo una oveja por el monte y ahora lo hubiera perdido todo? ¿Cómo podían cambiar tanto y tan rápido las cosas?

—Las cosas cambian, sí —exclamó Senepia como si hubiera podido escuchar sus pensamientos—, pero debes agradecer las cosas buenas, que llegan no por capricho, sino con alguna finalidad. Y una de esas cosas buenas es… que te has salvado. No sé dónde estabas ni qué hacías, pero estás aquí ahora, y eso significa… que la línea de vida tiene un plan para ti.

Salvia pestañeó, confusa. Consumida por la aflicción y la tristeza, no tenía la cabeza para muchas vueltas.

—Entiendo… —susurró sin embargo.

Senepia asintió.

—No lo creo —repuso con una sonrisa afligida—. Pero no importa. Te has salvado y vendrás conmigo a mi pueblo, que aquí no encontrarás más que cenizas como alimento y lágrimas para beber, y

solo eso.

—Tu pueblo… ¿ha sido… atacado también? —preguntó.

—Espero que no —fue la respuesta—, aunque la mayoría, si notodos nuestros guerreros y hombres, han muerto, pues se les dio persecución, y algunos intentamos refugiarnos por este lado y tal vez por eso han destruido vuestras casas. Así que por eso te digo que… vendrás conmigo. Resarciré la deuda que he adquirido contigo.

—Todos tus… hombres y guerreros… —susurró Salvia.

Senepia asintió.

—¿Alguno se llamaba… Lurdun? —preguntó.

Senepia abrió mucho los ojos.

—¿Cómo…? ¿Cómo conoces tú ese nombre? —quiso saber, ahora muy excitada y ansiosa, los ojos abiertos cuanto podía—. ¿Dónde lo has oído? ¿Acaso lo conoces? Y si lo conoces… ¿de cuándo?

—Yo… —repuso Salvia dubitativa—. Los oí hablar en el monte…

—¿Hablar? —insistió Senepia—. ¿A uno o a varios? ¿Cuándo? Pues… ¿en qué monte los oíste hablar? ¡Y dime también si fue hace mucho o poco!

Salvia sacudió la cabeza. De repente le dolía como si hubiera estado golpeándose las sienes con dos troncos de roble.

—Habían… Estaban hablando sobre un hombre herido, que habían salvado de… unos hechiceros y unos seres….

—Así es, muchacha —dijo Senepia, feliz de comprobar que la muchacha decía la verdad—. Continúa.

—Lo han dejado en una lobera, no muy lejos…

—¡Por las siete virtudes de la hierba Esmir de Talania! ¿Sabes quién estaba herido?

—Estuve con él —explicó Salvia—. Mas su nombre lo desconozco. Negros eran sus ropajes, pero… escucha… ese hombre no era amigo de ellos, pues el otro que acompañaba a Lurdun mencionaba que era un asesino, y a pesar de ello Lurdun quería salvarlo…

Senepia entrecerró los ojos.

—Muy propio de Lurdun —dijo—. En verdad hablas de él. Mas entonces… ¿a quién habían arrastrado hasta una lobera, y para qué?

Salvia se encogió de hombros.

—Qué misterio… Pero dime, ¿siguen allí ahora?

—No, por cierto —declaró la muchacha—. Pues mencionaron que querían regresar al hogar para traer caballos y transportarlo con ellos, y allá se fueron hace ya largo rato. Mucho me sospecho yo que si son hombres fuertes como para transportar el cuerpo de otro hombre por ese monte deben de tener mucha resistencia y buenas piernas y andar ya lejos.

—Sí —asintió Senepia—. En eso tienes razón también, que Lurdun es fuerte entre los fuertes. ¿Sabes quién era el otro?, pues has mencionado que eran dos.

—Lo supe —dijo ella después de unos instantes—. ¿O quizá no? Si lo supe me temo que lo he olvidado…

—Tampoco importa, por cierto —decidió Senepia—. Que si Lurdun conserva la vida ya es mucho, y hay que dar gracias por ello.

—Mas una cosa debes saber —intervino Salvia—: no debes… albergar esperanza alguna con ese hombre herido, pues los huesos de su cuerpo están todos rotos, me temo, y su cara no parece ya una cara de hinchada como está, y tiene sangre escapando de su cuerpo por lugares más de uno.

Senepia sacudió ligeramente la cabeza.

—Quién es ese hombre no sé decirlo —susurró—. Has mencionado ropas negras y entre los nuestros nadie lleva ropas negras como no sean calzas prietas, pues dan calor y los hermanos pañeros no suelen trabajar el cuero con ese color ya que requiere demasiado esfuerzo. Pero sí sé de algunos que hemos conocido hace poco y que vestían de negro. Mas si es así…

—Volvió a sacudir la cabeza—. Si ese hombre era uno de los Necronautas, por la vida de todos los míos y la vida de muchos otros que ni siquiera conozco, que ignoro por completo qué plan tenía Lurdun en la cabeza cuando pensó en salvarlo…

Salvia no supo qué decir.

Senepia pareció pensar por unos instantes, moviendo la cabeza de delante atrás, como si se meciera.

Luego, echó mano a su cinto, donde llevaba todavía las muchas bolsas con los ungüentos y hierbas preparadas para los heridos de la guerra, y sacó una pequeña bolsita de cuero que parecía haber sufrido contacto con algo húmedo y pringoso, y tenía el tamaño de una nuez grande, no como las que se obtenían de los nogales de Puntapié, sino más como las nueces de las tierras cercanas a Entrerríos, lejos al oeste, que eran grandes como puños y solían comer mezcladas con miel, cuando podía conseguirse.

—Mira aquí —dijo Senepia—. Esto es bellasabia, aunque en algunos lugares lo llaman «remedio de reyes», pues un pellizco basta para sanar los males más grandes. Es un prodigio de nuestra casa, y su secreto se remonta hasta muchas generaciones atrás. En verdad te digo que muchas lunas son necesarias para su fabricación, y mira… —continuó, desenvolviendo el cuero que la cubría—. Para producir este poco se requieren varias docenas de ingredientes, algunos de los cuales los traen desde muy lejos y otros cuestan lo mismo que doce

caballos, y la tierra no los produce todos los años sino solo cuando hay temporadas de grandes lluvias.

Salvia miró con fascinación lo que le mostraba. No lo sabía, pero de repente había conseguido liberarse un tanto de la profunda tristeza que la invadía.

Era una pequeña bola no diferente a una de barro común, de aspecto granuloso, como de tierra, y húmeda. Olía a tierra mojada y a pasto fresco, y también a heces de cabra.

—Llévame ahora con tu herido —dijo—. Que si está vivo todavía, después de lo que me has contado, sabré yo que él es el receptor de este preparado, y no uno de nuestros hombres como habría querido, pues si vivo sigue, será sin lugar a dudas una clara línea del destino.

Salvia no las tenía todas consigo. Aquella mujer hablaba de sanaciones de grandes males, pero las fiebres eran una cosa y el dolor de tripas otra, y una herida abierta podía tratarse con emplastos de barro con hojas, sí, con cortezas de árboles y plantas determinadas, pero lo que ella había visto…

—Mas… ¿qué ocurre? —preguntó la herbolaria—. ¿Dudas?

—No has visto tú con tus ojos a ese hombre —susurró la muchacha.

Senepia pareció súbitamente ofendida.

—Llévame, niña. Que incluso la muerte sabe esperar cuando los destinos son determinados y se ponen en cadena, y aquí veo yo muchas cadenas en funcionamiento, que no es normal ni común lo que está ocurriendo.

Salvia asintió despacio.

Mas cuando estaba en ello, ocurrió que oyeron una voz a poca distancia, y las dos se estremecieron.

—¡Aquí veo a alguien! —gritaba la voz—. ¡A mí los hombres!

Senepia apretó los dientes.

—Que las ratas de dos barriles llenos me mordisqueen la cara por toda eternidad —masculló. Se había distraído con la conversación y todo lo que tenía que escuchar y aprender de la muchacha que había olvidado el peligro que corrían.

Entonces miró a la muchacha, con el rostro contraído por el miedo súbito, y pareció determinarse.

Extendió su mano y tomó la de ella, y allí depositó la bolsita de bellasabia, y con la otra mano cerró los dedos de la muchacha alrededor.

—He aquí tu destino —dijo —. Que como ves, todo está en marcha y en movimiento.

—¡Aquí! —bramaba la voz, cada vez más cerca, y por todas partes

sonaron cuernos de llamada y ladridos de perros y el resoplar de caballos en la distancia.

—Llévale esto a tu herido —dijo con rapidez, el rostro curtido por el sol ahora lívido—. Pero antes espera a que aleje yo a los hombres a alguna otra parte, y cuando lo haga, aléjate agachada y en silencio, que si tengo yo razón conseguirás zafarte así mientras tanto haga yo lo mío.

—Pero… —dijo Salvia—. ¿Tú…?

Senepia compuso una expresión severa.

—Yo haré lo mío —declaró.

Y diciendo esto, tomó un canto del suelo, se puso en pie, y lanzó la piedra con todas sus fuerzas.

El proyectil voló por el aire y debió de alcanzar al propietario de la voz que solicitaba la ayuda de sus compañeros asesinos, pues oyó Salvia un grito de dolor seguido de improperios y exclamaciones como no las había oído nunca.

—¡Aquí, hijo de mil padres, perro de caza estéril, viejo y tullido!

—¡Ramera rastrera! —gritó el hombre—. ¡Ven aquí, te digo, o hundiré mi hierro en tu boca sucia!

Senepia echó a correr, alejándose de Salvia.

La muchacha, cuyo corazón latía otra vez desbocado, oyó al hombre alejarse de su lado en pos de la herbolaria, gritando iracundo, y oyó también el sonido de las piezas metálicas de su armadura y sus pisadas toscas entre los arbustos, y luego oyó caballos correr en la dirección por donde se había ido ella, y sobre eso los gritos de Senepia increpándolos para que supieran dónde estaba y la siguieran.

Salvia se quedó inmóvil unos instantes, sin atreverse siquiera a respirar. No podía creer lo que acababa de pasar. Esa mujer se había sacrificado para alejar a la chusma y darle a ella una oportunidad.

A ella, que lo único que sabía era de ovejas, y aun así de ovejas no lo sabía todavía todo.

Varias palabras revoloteaban por su cabeza mientras esperaba el momento. Bellasabia. Destino. Líneas. El herido.

Propósito.

Y contó hasta cinco y luego contó hasta diez, y sin atender ningún plan ni saber dónde estaba el enemigo, empezó a alejarse de allí en dirección opuesta, gateando por el suelo como un perro pequeño.

O como una oveja.

Capítulo 5

La leyenda de Excessus

De algún modo inopinado consiguió Salvia escapar de la escena, escabulléndose entre los zarzales, hasta llegar al río. Del vestido no quedaba ya demasiado, pues se había rajado por partes muchas y de la falda colgaban solo jirones, mas debajo del vestido llevaba unas bragas largas de estopa que cubrían sus muslos, como las llevaban todos en la aldea, y debajo de estas otras de lienzo, que la estopa era hostil con la carne y del trabajo la piel se resentía y dolía, y con eso consiguió no herirse a pesar de los agarres y tiranteces de las ramas bajas.

Había hombres rastreando por aquí y por allí, pero no tuvo Salvia problema alguno para esquivarlos, bien tumbándose en el suelo u ocultándose tras una roca, o arrastrándose a algún otro sitio, pues para su búsqueda, en lugar de servirse del fulgor helado de las luces lejanas en el firmamento utilizaban antorchas, y los veía ella venir desde la distancia.

Por fin se encontró trotando monte arriba, y allí no vio ya a nadie, pues era un camino hostil imposible de encontrar de noche a menos que se conociese de antemano, y ella lo sabía.

Cuando regresó, el hombre seguía allí y, cosa increíble, aún respiraba.

«Será cosa de las líneas del destino, como dijo esa mujer», pensó, y se miró la mano cerrada con fuerza con la bolsa en su interior y allí observó la bola de bellasabia. Era un nombre bonito, pensó, para algo que parecía más bien la bola de excrementos de una cabra que alguien hubiera hecho rodar por el barro.

Miró al hombre de nuevo.

Había sangre alrededor, sangre que había escapado de su cuerpo mientras descansaba tumbado, y formaba una suerte de charco debajo de él. Mas no era líquido, sino una mancha reseca y negra, y pensó

que no debía de perder demasiada.

«De lo contrario estarías subiendo por la Escalera del Mérito —pensó—, y a estas alturas estarías ante los grandes pórticos para ver qué cosa hay después de ahora». Y luego reflexionó sobre qué debía hacer con la bellasabia.

¿Debía dársela a comer? ¿O aplicarla sobre los huesos rotos y las heridas?

Parecía un emplasto, eso sin duda. Pero pensó que era una cantidad muy pequeña para tanta herida y que eso la herbolaria debía de haberlo sabido. Era imposible que una bola tan pequeña pudiera sanar el cuerpo entero.

Recordó las palabras de la herbolaria.

«Solo un pellizco basta para sanar grandes males».

«Sin duda creo que tendrá que comérsela», decidió. Y luego pensó también que su madre lo habría sabido, y pensando eso la acometió de nuevo un arrebato de honda tristeza recordando a su madre, cuyo cuerpo debía de yacer abajo, en el valle, atravesado por una flecha o una espada, o carbonizado. Y se dio cuenta de que jamás volvería a verla, o a hablar con ella, como tampoco vería a su padre ni besaría sus manos llenas de callos del trabajo y de tierra, como era costumbre en el hogar cuando regresaba al atardecer.

Y lloró de nuevo, un pequeño rato, hasta que se obligó a concentrarse en lo que tenía que hacer.

«Pues sería terrible que después del sacrificio de la herbolaria, de… Senepia —se corrigió—, no llegara yo a tiempo de darle este ungüento y muriera delante de mí. No. Ya está bien de muertes por hoy».

Se adelantó hasta su boca, con la bellasabia en la mano, y trató de ver algo.

«Me ayudaría un poco de luz aquí», pensó, pues le costaba trabajo discernir dónde tenía el hombre los labios. Mas la sangre se había secado sobre ellos y le costó cierto esfuerzo separarlos para abrirle la boca, cosa que hizo no sin cierto asco, pues el interior era oscuro y tenía los dientes de delante partidos, como la gente de cierta edad, y de estos quedaba apenas la mitad.

¿Cuánto debía darle?, se preguntó a continuación.

«Un solo pellizco sirve para curar grandes males».

—Sí —dijo de viva voz, sin darse cuenta de que estaba hablando en voz alta—, pero este hombre padece algo que va más allá de un gran mal.

Miró la bola, o lo que discernía de ella, y se decidió por partir un poco más de la mitad. Era blanda en extremo, y muy húmeda y fría, y

el contacto la hizo estremecerse, porque incluso en el interior de la lobera la noche hacía estragos y el frío comenzaba a calar en la carne.

—Está bien —dijo para sí, pensativa—. Pero si te meto esto en la boca te asfixiarás con ello, pues es como un barro compacto, y no creo que puedas masticarlo ni chuparlo. No creo que puedas hacer nada.

Pensó por unos momentos.

Quería salvar a ese hombre. Un asesino, al decir de Lurdun y su amigo (cuyo nombre seguía sin recordar), pero un hombre al fin y al cabo. Se preguntó si aquel hombre herido sería amigo de los que habían quemado su aldea entera y dado muerte a sus padres y sus vecinos, pero decidió que no, que sus ropas eran distintas, y los otros llevaban piezas de armaduras y eran de complexión más fuerte y gruesa, y aquel era un hombre delgado, casi sin músculos, que no parecía capaz de intervenir siquiera en una pelea. Pero sobre todo pensó que le daba lo mismo. Era una manera de «deshacer los nudos de una soga», como le había dicho su padre una vez.

«Imagina una soga que debe usarse para atar algo —le solía decir su padre—, pero cada vez que alguien le da uso, piensa que su trabajo es importante y que no tiene tiempo de deshacer los nudos que ya existen, así que hace uno nuevo. Al final, cuando la soga ha pasado ya por varias manos, tienes algo inservible, demasiado corto y bueno para nada. En lugar de eso, pequeña, puedes detenerte un momento y deshacer los nudos que los demás han ido creando. No tendrás tiempo para hacer lo que querías hacer, y eso es tan cierto como que el cielo es luminoso en verano, pero a cambio, el siguiente que la reciba tendrá una soga estupenda y como nueva, y hará su trabajo mejor y más contento. ¿Lo entiendes?».

Sí, Salvia lo entendía. Y recordando con vívido cariño las palabras de su padre, decidió que haría eso mismo: deshacer los nudos, detener la cadena de asesinatos, salvar una vida para compensar todas las muertes.

Así que arrancó pequeños pellizcos de bellasabia y los masticó brevemente para separarlos y deshilacharlos, y en verdad tenía la textura del barro y el sabor de la hierba, solo que más intenso, y empezó a introducirlos con cuidado en la boca del herido. Los metió dentro, a ambos lados de la lengua, para que se fueran deshaciendo con el calor del cuerpo y este absorbiera sus propiedades.

Dedicó un rato largo a ello, con cuidado, y cuando terminó, se tendió al lado del herido sintiendo que estaba agotada de cansancio. Mucho subir y bajar. Mucha excitación. Y demasiada muerte.

Se quedó dormida sobre la fría piedra sin darse cuenta.

Despertó bruscamente cuando oyó un sonido a su lado, y lo primero que la sorprendió fue la intensidad de la luz. Acostumbraba a despertar cuando el cielo empezaba a clarear y el sol asomaba aún tímido por el extremo más alejado del valle, hacia el este, mas ahora el cielo estaba ya azul y cantaban los pájaros fuera.

«Que me llenen el cuerpo de lana y coma pasto todo el día», pensó, súbitamente asustada.

¿Y dónde estaba, a todo esto?

Pieza a pieza, los acontecimientos del día anterior empezaron a encajar en su sitio.

—¡Por Drokk! —exclamó.

El hombre herido estaba a su lado, moviendo el cuerpo y los brazos como si intentara desentumecerse. Mas su cara no estaba ya tan hinchada y ahora podía ver sus facciones, más o menos, aunque aún estaban lejos de ser normales.

Pero se movía.

Movía el brazo y las caderas, como cuando uno intenta encontrar una posición cómoda para dormir.

Se incorporó de un salto y se alejó unos cuantos pasos.

«No es posible», pensó mientras le miraba las piernas. Ya no se doblaban hacia lados donde ninguna pierna se había doblado jamás, sino que se proyectaban rectas desde su cintura.

Incluso su respiración sonaba normal otra vez, y no parecía una serpiente partida por la mitad.

Recordó la bellasabia. ¡La bellasabia! No podía creerlo como no fuera por el hecho de que lo estaba viendo con sus propios ojos. Aún estaba allí la bolsita, y también la bola de la que quedaba un poco más de la mitad, y se quedó mirándola estupefacta, como si fuera el mayor prodigio mágico que hubiera visto jamás, como de hecho era.

—Tú… ¿Tú me has… ayudado? —preguntó el herido.

Salvia dio un respingo y se quedó sorprendida. El día anterior no había podido más que soltar sonidos que no logró ni entender, sonidos básicos que no contenían mensaje alguno, como los de un animal moribundo. Y ahora…

Asintió con rapidez.

—Oigo tu… cuerpo moverse… pero no puedo verte…

—Sí —dijo Salvia con rapidez—. Os he ayudado…

El herido giró la cabeza hacia ella, con lentitud y no sin esfuerzo. Pero el hecho de que el cuello aún respondiera era del todo prodigioso.

—Te veo… —susurró. Y la máscara aborrecible que era aún su rostro se estiró para conformar una especie de sonrisa.

Salvia retrocedió todavía un par de pasos más, de tal suerte que pisó el cayado que había encontrado el día anterior. Se quedó mirándolo como si lo estuviera viendo por primera vez.

—¿Cómo…? —preguntó con esfuerzo el hombre. Luego compuso una mueca de dolor y respiró profundamente dos y tres veces antes de continuar—: ¿Cómo lo has… hecho?

—¿Cómo os he curado? —preguntó ella con timidez.

—Sí… Pensé que… era el final…

—Y lo era, por descontado —afirmó ella—. Pero una mujer me dio un remedio, y lo introduje en vuestra boca durante la noche.

El hombre permaneció en silencio unos instantes. Luego movió la boca como si estuviera recorriendo sus propios dientes con la lengua, y tragó saliva y movió los labios a uno y otro lado, como saboreando, hasta que sus ojos se abrieron tanto como se podía, que no era mucho.

—Pues… claro —dijo al fin—. El remedio de los… reyes…

—Sí —confirmó Salvia—. Bellasabia.

—No es posible… —exclamó el herido, sacudiendo ligeramente la cabeza.

—Una mujer me lo entregó —dijo Salvia.

—Nadie pudo haber… haberte entregado algo así… No en estas tierras…

Salvia resopló con impaciencia.

—Entonces debo de haberlo imaginado —soltó con cierto tono de sorna— y lo que habéis tomado esta noche ha sido un puñado de barro mezclado con meado de cabra. ¡Pero qué curioso y qué gran fortuna, porque ha hecho el mismo efecto que vuestro remedio de reyes!

El hombre se quedó inmóvil unos instantes, hasta que rompió a reír. Al menos al principio, porque la risa, como de hiena moribunda, le produjo una tos aberrante que lo obligó a enderezarse un poco y escupir un borbotón de sangre mientras se sacudía con espasmos descontrolados. Salvia se asustó un poco, pero después de aquello el hombre volvió a reír, esta vez más controladamente.

—Tienes carácter —dijo el hombre—. Pues… pues tienes razón y yo he de admitirlo. Que remedio de reyes es lo que he tomado, pues ya lo había tomado antes, hace mucho tiempo…, y recuerdo y reconozco el sabor.

Tosió otra vez y escupió un poco más de sangre. Era negra, demasiado negra todavía a pesar del prodigio de la curación.

—Pues os ha sanado, pero no del todo —observó Salvia.

—No —confirmó él, apoyando otra vez la cabeza en el suelo y dedicando unos instantes a respirar profundamente y con alivio—. No del todo. Pues… cuando la muerte muerde a su presa, no es fácil que la deje escapar… Quién iba a decir que en estas latitudes habría remedio de reyes.

Salvia no reveló lo que sabía, y esto era que la elaboraban allí mismo, en Umbralia. Apenas a un día andando desde aquel mismo lugar. Al fin y al cabo, no sabía mucho de ese hombre, y lo que sabía no era bueno. Y luego pensó si podrían seguir elaborándola, después de todo, ya que la herbolaria a buen seguro había muerto para salvarla a ella, y quizá el secreto de tamaño prodigio habría muerto con ella.

—Así que me has salvado —continuó diciendo el hombre—. Qué cosa curiosa. Los hombres que nunca imaginé que me salvarían me traen hasta aquí trepando por rocas encrespadas, y cuando me dejan y me rindo a mi suerte, apareces tú, una muchacha flaca, y me da a comer la única cosa que podía salvarme… ¿Cómo… cómo se explica este misterio?

Salvia entrecerró los ojos.

—Líneas de destino, quizá —repuso—. Mas ahora que estáis mejor debo dejaros, que ya he perdido el tiempo y todo lo demás.

El hombre se volvió para mirarla otra vez. Aún le costaba enfocarla, pues cuanto veía era borroso e incluso encontraba difícil ver los contornos de su rostro, aunque solo fuera por el contraluz que entraba por la puerta de la lobera.

—Espera un momento —le pidió—. Es un ruego. Que si bien me has escondido de los ojos de la muerte, esta sigue buscándome con las manos, y su tacto es legendario.

Ella no respondió.

—Dime solo una cosa —pidió—. ¿Por qué me has salvado?

—Necesitabais ayuda —respondió ella—. Y yo la brindo. Que así me enseñaron mis padres y con eso yo los honro.

—Pues bien —contestó él—. Que buena crianza te dieron, y yo… yo lo aplaudo. Mas dime una última cosa, que aunque los brazos puedo moverlos mejor, me cuesta llegar a mi cinturón, y hay algo que me inquieta.

Tampoco esta vez dijo ella nada.

—Dime, te lo ruego… ¿hay una funda negra colgando de él?

Ella miró. Mas allí no vio funda alguna, y dudaba que estuviera bajo su cuerpo.

—No. Ninguna funda —le aseguró.

—¿Una funda negra, como la vaina de una espada?

—No —dijo ella.

El hombre se mantuvo en silencio unos instantes.

—Lo imaginaba —respondió despacio—. Pues entonces entiendo la línea de ese destino de la que hablas, que si las cosas están escritas como dices, alguna mano de algún otro mundo que las compone aún debe de estar riéndose a pecho partido.

Salvia pestañeó varias veces.

—No consigo entenderos, yo… —repuso.

El hombre sacudió ligeramente la cabeza, que era todo cuanto podía, y levantó mínimamente la mano para hacer un gesto vago, y la dejó caer sobre su pecho cubierto con la ropa ensangrentada.

—Tanto da —respondió—. Vete ahora, que da igual. Y si aprecias consejo… busca a tu familia y prodígales cariño, y abraza a los tuyos y disfruta del sol y del cielo y de los árboles y de cuantas cosas disfrutes, sean cuales sea.

—Mi familia la he perdido —dijo ella, seca.

—Siento… Siento oír eso —repuso él, y en tanto lo decía experimentó de pronto una repentina congoja, pues cuando estaba tumbado en la arena dejado por muerto por los gólems tuvo momentos lúcidos de apenas unos instantes, pequeños centelleos de realidad, y en ellos vio a Madre arder, y los gólems de agua ahogando a sus hermanos todos y todo lo demás. Y supo entonces que se había perdido todo, que los habían emboscado, y que del navío y de sus hermanos y de todo lo demás había llegado el final.

Se quedó inmóvil unos momentos antes de continuar.

—Pues en eso estamos en las mismas —dijo despacio y en tono apesadumbrado—, que también yo lo he perdido todo. Hogar… hermanos… familia…

Salvia pensó unos momentos.

—Creo que los hombres que los mataron y quemaron mi aldea te buscaban a ti —añadió después.

El hombre movió la boca como si, de repente, la encontrara seca.

—¿Acaso los viste? —preguntó él con suavidad.

—Sí.

—Y… ¿cómo eran?

—Llevaban piezas de armadura. Iban a caballo, portaban antorchas, y llevaban arcos y otros los acompañaban a pie. Y empuñaban espadas.

—¿Llevaban faldones negros y azules los caballos?

Salvia sacudió la cabeza.

—En eso no me fijé —respondió—. Pues tenía los ojos puestos en mis vecinos, que ardían o yacían en el suelo sin vida.

—Una visión terrible para una muchacha —se compadeció él.

—¿Y vos? —preguntó ella reuniendo valor para hacer la pregunta —. ¿Sois un… un… asesino? Porque eso oí decir de vos, y me gustaría saber si la planta que he salvado extenderá sus raíces bajo el suelo y asfixiará al resto de las plantas y flores, arrebatándoles el sustento bajo la tierra.

El hombre sonrió.

—¿De verdad quieres… hablar de esto? —dijo él.

—Ahora que he hecho la pregunta, sí.

Él asintió.

—Muy bien —respondió el hombre—. Puesto que ya nada se puede hacer sobre ciertas cosas, pues ni hoja ni piedra existen ya para ponerles remedio, te hablaré sin tapujos de las cosas, de lo que fue y de lo que será, e intentaré llegar al meollo del asunto con rapidez, así tú puedas decidir gastar tu tiempo en cualquier otro lado, que eso te debo, que ahora es escaso, aunque no lo sepas.

Salvia inclinó la cabeza. Sentía de repente una gran curiosidad. ¿En qué manera podía ser su tiempo escaso?

—Escucha, niña, que esta historia no la ha oído nadie nunca fuera de los hermanos, y desde luego nadie la ha pronunciado jamás más allá de las fronteras de un reino llamado Mor Nasur, del que seguro no has oído hablar.

—No… —admitió ella.

El herido asintió.

—Mor Nasur es un lugar apartado donde nadie puede llegar, pues solo los nacidos en ese lugar adquieren la fortaleza para resistir una vieja maldición que sobre allí pesa de los tiempos de la caída de los Antiguos. Imagino que incluso aquí conocéis las viejas historias de los Antiguos…

—Todo el mundo sabe quiénes eran los Antiguos —declaró ella.

—No todos —replicó el hombre después de toser un poco más—. Pues hay hombres y mujeres en algunas partes del mundo que desconocen que lo que respiran es aire, o de dónde viene el agua de los ríos. Mas déjame seguir:

»Es por esas significancias que la tierra produce guerreros. Hablo de guerreros excepcionales, con una constitución excepcional que no puede compararse a la de ningún hombre, pues ni el frío ni el calor extremo pueden hacer que un nacido en Mor Nasur enferme, y nacen con los ojos preparados para ver todo y cualquier cosa en batalla, y sus brazos son largos para llegar mejor a hundir un hierro en el cuerpo del enemigo.

Salvia echó la cabeza hacia atrás.

—No tengas espanto —continuó él—. Que cada región en este mundo que nos ha tocado vivir produce sus gentes particulares, pues la hermosa Toslana engendra cocineros de enormes cualidades, por ejemplo, y al decir de muchos es Sendero Claro la zona que procura las mujeres de rasgos más puros y hermosos, ojos luminosos como farolillos de cristal templado en una noche clara, cabellos suaves que huelen a las más excelsas flores de un prado tranquilo. Y nuestra tierra… nuestra tierra fue elegida por tu línea del destino para plagar de muerte este mundo. Y te diré por qué.

Salvia permaneció en silencio, expectante.

—Ocurrió que Mor Nasur se dio cuenta muy pronto de que sus hombres y sus mujeres todas eran especiales, así que… —carraspeó ligeramente— … estando en un lugar tan apartado y prohibido para el común de los mortales, nuestros ancestros decidieron criar a sus hijos como guerreros. Cuando un Mor Nasur nace, da comienzo su entrenamiento. Se lo deja desnudo en la noche bajo el frío para que su cuerpo se endurezca, se lo priva del cariño de una madre para que su corazón no lo traicione cuando crezca, que es el corazón la mayor debilidad de un hombre, y cuando no levanta un palmo del suelo ya busca su propio alimento; cuando sus brazos son tan cortos como la pata de un jabalí ya dan golpazos con palos que hacen explotar la cabeza de un lobo. Hacemos muchas de estas cosas que no creerías, y más aún, que no quiero yo desvelar.

Salvia negó con la cabeza.

—Me parece espantoso —sentenció.

—Puede que lo sea, o puede que no, que muchas de las cosas que vemos y juzgamos están sujetas a perspectivas, y cada uno tiene las suyas. Pues esto te digo: aun teniendo como oficio la guerra y la muerte, y sangre en las manos desde infantes, nuestros hijos son los más felices. Créelo. No hay peleas, ni rencillas, ni miseria o tristeza en nuestro hogar, y cada hermano lo es de su hermano aun sin vínculo de sangre, y todos se respetan y protegen como muchas familias de las tuyas no lo hacen aun siendo el padre del hijo y el hijo del padre.

Salvia pensó en ello. No encontraba explicación, pero lo que había dicho la sorprendió y le caló muy hondo, pues era contrario a lo que siempre había visto y le habían dicho sobre cómo tratar a las personas y a los recién nacidos.

El herido suspiró hondo.

—Los hombres de nuestro pueblo cobraron fama y de ellos se hablaba lejos en el norte, también en el este, y en el oeste, pues cuando salían de nuestra región para comerciar a veces había peleas, que el mundo era distinto antes, y en todas vencían sin esfuerzo. No

las mujeres, por cierto. Aunque cualquiera de ellas es también un guerrero excepcional, no gustan de dar muerte. No abandonan nuestro pueblo. Son mujeres y tienen un vínculo especial con la naturaleza y el mundo: ellas engendran vida, no la quitan.

A Salvia la complació oír eso.

—Muy cabales me parecen.

—Fuera como fuese —continuó diciendo el hombre—, un día apareció un hombre pálido en Mor Nasur. Era, y esto puedo decírtelo con seguridad, el único hombre que había llegado a nuestro pueblo desde que fuera emplazada allí la primera piedra y el primer árbol fuera talado. Mas el hombre no era bueno, como luego se demostró, y causó problemas muchos y varios que serían largos de relatar, y las gentes de mi pueblo lo espiaron para ver en qué estaba enredado. Con esto descubrieron una verdad terrible: que el hombre pálido intentaba apresar un viejo demonio de la tierra, de los que surgieron durante el periodo de la Caída de los Antiguos, pues era un demonio de gran poder como no lo había visto el hombre en toda su existencia.

Salvia pestañeó.

—¿Qué… qué es un… demonio?

El hombre soltó una breve carcajada apagada.

—Por toda la sangre que se haya vertido sobre la tierra desde el principio de los tiempos, niña —dijo—. ¿Acaso ignoras lo que es un demonio? Pues muy felices han sido tus días si desconoces tal cosa…

—Muy felices han sido —repuso la muchacha con tono de reproche.

—Bien está —declaró él—. Pues… ¿qué te diré? Te diré que los demonios son criaturas atadas a la naturaleza de este mundo, pero a la vez por encima de ella, pues no la necesitan para existir como nosotros, que precisamos agua para beber, un suelo sobre el que sustentarnos y aire para respirar. Mas largo tiempo hace que duermen, por alguna causa, y viven en los subsuelos del mundo o muy arriba, más allá de los lindes del cielo, por encima de la noche, o bien existen invisibles, ausentes, enredados en el mismo aire que respiramos. Y estos demonios son terribles y despiadados y no se los puede vencer con armas de las que manejamos los hombres, pues sus cuerpos están aquí y en otro lado al mismo tiempo, y son más antiguos que cualquier otra cosa. En otros lugares los llaman de otro modo, pero se refieren a lo mismo.

—Suena… terrible —balbuceó Salvia, asustada.

—Pues cuando eso descubrieron, las gentes de Mor Nasur le pidieron al hombre pálido que se marchase y abandonase sus experimentos, y no de Mor Nasur, sino de toda la región que llaman

las Tierras Baldías, para que no pudiera seguir trabajando.

»Fue para él una gran ofensa —continuó—. El hombre pálido se enfureció, pues tenía allí sus intereses, y para revelar o llamar o seducir a un demonio hacía complicados experimentos con el aire y creaba líquidos de un color verde tan intenso que no se encuentra en la naturaleza, mires donde mires. Y empaquetando sus cosas con gran enojo, robó una de las espadas de nuestros jefes y la maldijo.

—¿Maldijo la espada? —preguntó Salvia en voz baja.

El hombre asintió, cada vez con menos esfuerzo.

—Era una de las nueve espadas de los Altos Señores de Mor Nasur, bellamente tallada su negra empuñadura, con las marcas familiares de los ancestros grabadas en su hoja. Y era afilada y recia como el más puro de los aceros, aun de los que se producían en la Luz del Oeste cuando esta aún se alzaba orgullosa sobre la tierra, tiempo atrás. Y la maldijo, según nos dijo, con un demonio inferior llamado… Excessus.

—Excessus —susurró Salvia.

—No podía compararse a los grandes demonios, pero él no lo pretendía, como averiguamos luego. Trastear con uno de los grandes hubiera sido como invocar un fuego eterno en el que arder por siempre, o cortarse los dos brazos y las dos piernas para ver si algo crecía: disparatado, inútil y letal. Pero ese pequeño demonio era suficientemente capaz de destruirlo todo. Toda planta, todo árbol, toda tierra, las rocas todas, y cada persona o animal en este mundo.

Salvia sacudió la cabeza.

—¡No puedo creeros! —exclamó.

—Cree o no, es lo mismo, pues la historia es cierta, y eso pasó.

—Pero entonces… ¿qué ocurrió con… con la espada? ¿Matasteis al demonio? ¿Acaso la… la enterrasteis en algún agujero, en algún abismo, en los confines del mundo?

El hombre suspiró.

—No puede matarse —declaró él con suavidad—. Y no puede… no debe esconderse, porque eso liberaría al demonio en el interior de la hoja, y una vez liberado, acabaría con el mundo, pues fue creado para esa tarea; del mismo modo que existe un demonio que crea mundos, hay otros que los destruyen, y así se rinden honores al Equilibrio.

A Salvia le costó entender esa parte, pero siguió escuchando. Quería saber más.

—Una cosa nos dijo el hombre pálido —continuó el herido—. Después de maldecir la hoja, el hombre lanzó una proclama a los Altos Señores de Mor Nasur y a todos los hombres y mujeres que se

congregaron aquel día. Esa proclama está grabada en una piedra en el Templo de la Contención, en nuestra ciudadela, y todos los hijos de Mor Nasur la han aprendido de tal manera que pueden recitarla.

—Cuál…, ¿cuál es la proclama? —preguntó Salvia en un susurro.

El hombre tendido en el suelo cerró los ojos y recitó:

Que la negra hoja sea vuestra condena,
vuestro dolor y vuestro infortunio,
vuestro deber oscuro y terrible,
que en salvando el mundo os condenéis
manchando vuestras manos de sangre
que no os correspondía arrebatar.

Pues de no saciar su hoja con sangre,
despierte el demonio en su interior,
y despertando devore el mundo todo él,
a vosotros y a ellos todos,
y se viertan lágrimas como ríos
que llenen los mares y los océanos
hasta no quedar nada más.

Salvia se estremeció.

—Eso… eso es lo más… terrible que he escuchado jamás.

—Terrible es, sin duda —susurró el hombre—. Terrible…

—Entonces… Si he entendido yo bien la proclama… ¿estáis obligados a…?

El herido asintió.

—Estamos condenados a saciar la hoja con sangre, a menudo, de hecho, para mantener al demonio aplacado. De lo contrario, el demonio escapará de la hoja, y una vez liberado no se detendrá…

—Pero… Pero eso… —balbuceó ella, pensativa—. ¿Por eso sois… un asesino?

—Es una manera de decirlo, y hay otras maneras. Pues escucha… si mato a un hombre que no busca la muerte ni ha hecho nada para merecerla, seré un asesino, que de eso no hay nada más cierto bajo el cielo. Mas si doy muerte a hombres que se han predispuesto para presentar combate y están dispuestos a perder la vida, y hago eso por un propósito elevado que mantiene al mundo a salvo… ¿dirás lo mismo?

—Me parece a mí que no…—susurró ella tras pensarlo un poco.

—Matar un hombre para que se salven todos los hombres en todas las ciudades, en cada camino, en cada hogar…

—Sí —asintió ella—. Entonces… ¿lucháis por eso? Por eso… ¿por

eso matáis?

—Nuestros ancestros dudaron primero de las palabras del hombre pálido, pues por aquella época no había todavía muchos hechiceros ni se veían prodigios como los que se ven ahora, que no es raro encontrar hombres y mujeres haciendo sortilegios en las batallas e incluso en… en los campos, para hacer brotar mejores cosechas. —Tosió de nuevo un par de veces—. Pero en aquellos tiempos lejanos… la proclama parecía una patraña y no fueron pocos los que se rieron de ella.

»Mas cuando dejamos la espada desatendida, sin que nadie le hiciera caso, apartada en el interior de un arcón en un sótano, empezaron a ocurrir cosas.

Salvia contuvo la respiración.

El hombre percibió su excitación y sonrió.

—No pierdas el aliento —dijo—, que no estuve yo allí para relatarte como me gustaría, pues eso ocurrió mucho, mucho antes de que yo naciera, incluso antes de que naciera mi padre, o el padre de mi padre, y mucho antes también. De lo que allí pasó en realidad cuando la espada empezó a tener hambre, hambre de veras, hay diversas historias que se contradicen.

»Imagino que, con el devenir de los años, las historias tienden a extenderse como mantequilla bajo el sol en un poyete de piedra, y que algunas cosas son ciertas y otras son exageradas o directamente inventadas. Mas lo que sí se sabe es que es cierto que hubo un instante de gran peligro en el que la historia de la maldición de la espada quedó confirmada.

—Suspiró hondo—. La situación pudo salvarse debido al sacrificio de treinta de nuestros hombres, que entregaron su vida, y su sangre, para volver a dormir a la hoja.

—Eso es espantoso —opinó Salvia.

—Después de eso, quedó claro que teníamos un problema. Mucho y largo tiempo pensamos cómo resolver el dilema de la espada. Sangre necesitaba, de eso no había ya duda. Todo lo que necesitábamos saber era… cómo proveerla.

Salvia se llevó una mano a la boca.

—Se pensó entonces que parecía cosa de ese destino del que hablas, que semejante artefacto necesitado de sangre acabase entre gentes que estaban especializadas en derramarla, pues en ello éramos los mejores. Y se nos ocurrió que podríamos aprovechar las guerras que hubiera, que por entonces eran más que las que se producen ahora, pues todas las regiones estaban en conflicto, y aprovechar las vidas de los hombres dispuestos a morir. Con el tiempo acabamos

siendo contratados por uno u otro bando, ¡o por los dos!, y la cosa funcionó, pues nuestra fama era ya mucha y todos querían pagar por tenernos a su lado, que así la victoria era segura. Así, por muchas generaciones, mantuvimos el hambre de Excessus aplacada. La responsabilidad de la espada pasó de padre a hijo, de portador a portador, hasta… hasta nuestros días. Hasta hoy. Hasta mí, Morgo Palis, hijo de Banto Palis hijo de Palis Verbata de Hera.

Salvia recordó las palabras de él, hacía solo unos momentos pero también una eternidad.

—Y esa espada… —dijo mirando su cinto.

El hombre se dio cuenta de que lo observaba y asintió.

—Por eso te decía… —susurró con un lamento—… que no hay nada que hacer. Que vayas a hacer lo que quieras. Si no puedes reunirte ya con tu familia, ve a meter los pies en el agua del río que suena cerca de aquí, o a pastar las ovejas que cuidas.

—Cómo… ¿Cómo sabéis que cuido ovejas?

Morgo sonrió.

—Toda tu ropa huele a oveja —dijo—. Tu cabello huele a oveja. Hasta tu piel huele a oveja, mezclado con ese aroma inconfundible a juventud, que la piel no huele igual cuando eres un bebé, un joven o un adulto o un anciano.

Y trató de escuchar Salvia, mas no pudo percibir el sonido del agua por mucho que supiera que corría monte abajo.

—Entonces vos llevabais la espada mas ahora os la han quitado. O la habéis perdido, puesto que me preguntasteis si la llevabais y no la teníais.

—Usas la cabeza —señaló—. Te habría venido bien si hubieras tenido la oportunidad de crecer y hacerte mujer.

—¿Por qué decís eso? —preguntó la muchacha.

—¿Acaso no es obvio? —replicó él—. La espada se ha perdido. O sigue perdida o se la han llevado, que tanto da. No está, no puede ser alimentada, y es cuestión de poco tiempo que el demonio Excessus se libere y se apodere del mundo, que los demonios no pueden ser combatidos.

—Pues… ¡Pues claro que no es lo mismo! —protestó ella—. Pues a ver: si se la han llevado sería cosa un tanto más complicada, pues primero habría que encontrar a los ladrones, y de seguro estos se mueven de un lado para otro. Pero si está perdida… me digo a mí misma que no le habrán salido patitas, como a un pato o a una oveja, y se habrá ido por ahí a buscar otras espadas, así que puede encontrarse.

Morgo sonrió; la actitud de la muchacha le parecía, cuando

menos, tan dulce como inocente.

—Veamos —siguió ella—. Cuando yo pierdo algo, mi madre dice… decía… —se corrigió, torciendo el gesto— …que volviera para atrás con la mente. Primero, el último sitio que recordara, y llegando a eso mirara por si lo había perdido allí. Luego, el siguiente sitio. Y así una y otra vez hasta llegar donde ya no recordara tenerlo o haberlo visto.

Morgo sacudió la cabeza.

—Es buen consejo —dijo—. Mas no hay caso, pues la espada estaba segura en su funda y no se cae así como así, que de eso se aseguró mi padre y el padre de mi padre antes que yo. La espada ha sido sustraída, y en este tiempo que estamos ahora debe de andar ya lejos.

—Pues bien —exclamó ella—. Que si la espada ha sido robada, y lo tenéis claro en la cabeza, entonces hay una pregunta que hacer: ¿quién querría robar algo que está maldito y sobre el que pesa una maldición y te obliga a verter sangre en ella y con ella? Pues antes de hoy podía yo imaginar muchas cosas horribles, ¡pero algo así lo supera todo!

Morgo tardó un rato en responder.

—Es un objeto notorio —declaró con sencillez—. Es algo único en todo el ancho mundo. Y esas cosas siempre son codiciadas, aun cuando sean peligrosas, o una carga. Lo único siempre tiene valor.

—Pues… ¡vaya! —respondió ella.

—De todas maneras —continuó Morgo, ahora con los ojos cerrados—, yo sé quién la tiene, y está… está perdida. Es un guerrero excepcional llamado Narron Hojaparda De Calderos, un hijo de Mor Nasur, como lo soy yo, y por tanto, habiendo obtenido lo que quería, habrá huido lejos y ocultado su rastro de tal manera que ni un lobo de las montañas con el estómago vacío encontraría sus pasos.

—Narron… Hojaparda… —repitió Salvia—. Pues seguramente… si decís que es de los vuestros… querrá mantener al demonio aplacado y no ver el mundo destruido y cuantas cosas hay en él, pues… ¿quién desearía la destrucción del mundo si eso lo incluye a uno mismo?

—Pues niña… —empezó Morgo con un hilo de voz ahora—. Quién sabe lo que se cuece en la cabeza de Narron, que tiene las entendederas cruzadas y desde que nació siempre ha querido lo que no es suyo, y de lo poco ha querido mucho y de lo mucho, mucho más…

Salvia lo examinó con interés.

—Señor Morgo, señor… —dijo con prudencia—. ¿Os encontráis… bien?

—Mucho he hablado, me parece… que tengo la boca más seca que una hoja de abedul, y aún estoy lejos de estar bien —exclamó—, pues ni incorporarme puedo todavía, aunque… aunque agradezco estar vivo, así sea solo para ver el final de todas las cosas…

Salvia frunció el ceño.

«Qué hombre tan pesimista», observó para sí misma.

Mas cuando iba a protestar, descubrió que Morgo se había dormido, pues su cuerpo le pedía reposo para la sanación. Y ella, que tenía muchas preguntas y una sensación en el cuerpo como si de su frente fuesen a germinar patatas en cualquier momento por brote espontáneo, se quedó en el sitio, la cabeza llena de cosas que nunca había tenido dentro, cosas como demonios encerrados en espadas, lugares remotos con guerreros invictos excepcionales y hechiceros pálidos, y en su mente se contó la historia que acababa de escuchar una y otra y otra vez hasta que el estómago le pegó un pellizco, que hacía ya tiempo desde que probó bocado.

«Qué dilema —resolvió al fin mirando la salida de la lobera—. Pero hagamos una cosa cada vez, y lo que va primero va primero, que si yo tengo hambre, este Morgo tan grande tendrá hambre dos veces, si no tres, y a ver qué encuentro yo de comer sin que me vean, si aún andan buscándome».

Y pensando eso se acercó a la salida con infinita prudencia, mas estando en eso vio el mango del cayado.

—Tú le servirás más a ese Morgo, tan herido —le dijo al bastón—. Yo… yo ya no cuido ovejas.

Y salió y abandonó la lobera.

Mas cuando la cueva se quedó otra vez quieta y queda con el susurrante sonido de la respiración de Morgo, por un instante el cayado… pareció crujir ligera y brevemente de una manera imperceptible.

Capítulo 6

Masta Zhul el Impostor

Una cosa vio Salvia cuando salió fuera que el día anterior no había visto. Una nube negra en lontananza, por donde fluía el mar, lo bastante difuminada y grande como para indicarle dos cosas: que el incendio debía de haber sido de consideración, y que estaba ya casi extinguido.

Se preguntó si los mismos hombres que habían quemado su aldea andaban también por ahí quemando casas, o si se trataba de otra cosa. Seguramente ese hombre malvado del que había hablado Morgo, De Calderos, estaba buscando una de dos cosas: al propio Morgo o bien la espada. Lo primero no era una noticia muy buena, pero lo segundo…

Lo segundo arrojaba un destello de optimismo, pues significaba que todavía había esperanza.

Sacudió la cabeza y trató de concentrarse.

«Una cosa cada vez», se recordó.

Miró mucho y largo rato, de manera muy prudente, sirviéndose de las rocas y las oquedades para esconderse. Había grietas muy estrechas donde un hombre no habría podido meter un brazo, pero ella encajaba a la perfección, y en esos sitios se ocultaba para otear si no habría más guerreros buscando por los alrededores.

«Muy listos no deben de ser, si no han pensado que un hombre subiría al monte para esconderse, ¿o acaso esperaban verlo correr desnudo por el prado, como una oveja?». Ese pensamiento la hizo sonreír un poco, a pesar de las circunstancias, aunque mientras se movía despacio prestando mucha atención, su mente confabulaba y le arrojaba preguntas de todo tipo que, por otro lado, eran perfectamente normales: «Me pregunto qué será de mí ahora, o qué haré después de que se me pase la tristeza, pues la tierra está quemada y me presupongo yo que las ovejas estarán muertas, o habrán escapado, o se las habrán llevado consigo para comer mientras van por ahí a la

búsqueda de personas o espadas. ¡Qué locura estos días!».

Después de un rato se recordó que, mientras bajaba a por agua, bien podría buscar también la espada, caso que se le hubiera caído por mucho que dijera que estaba asegurada en su vaina, pues sus ropas estaban rotas de todas maneras, y tanto así podrían estar también rotos los seguros o las cintas que hubiera instalados en la dichosa vaina.

Mas buscando y descendiendo de piedra en piedra, se distrajo un poco y dejó que la sobresaltara una voz cercana.

—¡Eh! —llamó la voz—. ¿Quién anda ahí?

Salvia se arrojó al suelo dando un pequeño salto; por unos instantes se asemejó a una rana, y una con un vestido raído por añadidura. De repente, una fina capa de sudor le cruzó la frente.

«Por los centollos y las cigalas rojas», se dijo.

—¿Qué pasa, Friedo? —preguntó otra voz a cierta distancia.

—¡He visto algo ahí! —gritó el tal Friedo.

—¡Ya vamos! —fue la respuesta.

«Que me cuelguen de una soga», se regañó ella. Oía sus pasos y el roce de sus piernas contra los arbustos, y un miedo repentino la atenazó.

«Viene a por mí, ese bruto».

Ignoraba qué hacer. Si se atrevía a moverse, se descubriría. Si se quedaba quieta, la descubrirían también, pues el soldado o lo que fuera estaba claramente acercándose.

«¡He bajado demasiado y demasiado deprisa!», se dijo, y luego se preguntó cómo sería que la ensartaran con un hierro. Se imaginó que algo así debía de doler mucho, muchísimo, y ese pensamiento la congeló en el sitio. Cuando oyó el sonido de una espada deslizándose fuera de su funda se estremeció aún más.

Cerró los ojos y pensó: «Bueno, ya está. Por fin voy a saber cómo es ese asunto de la Escalera del Mérito y todo lo demás. Espero haber hecho yo cosas lo bastante meritorias como para que mis peldaños lleguen a los pórticos, o me tendré que conformar con los terrenos más bajos…».

Y cuando apretaba los párpados con toda la fuerza que podía, oyó un sonido fuerte a su lado y se sorprendió de tal modo que pensó que el corazón se le iba a salir por la boca. Anticipándose al dolor del pinchazo, abrió la boca para gritar.

—¡Por las barbas de Manesa Vireles! —exclamó la voz cerca de ella. Y acto seguido oyó Salvia otro sonido, uno diferente que conocía bastante bien.

—¿Qué ocurre ahí, Friedo?

—¡Es solo una oveja! —protestó este.

Salvia abrió los ojos.

Mona había salido de donde fuera que estuviera, pasó a su lado y se situó sobre una piedra como si fuera la joya de la corona en el palacio de un rey, su lana blanca cimbreando ante la brisa fresca de la mañana.

«¡Mona! Por todos los vientos y todos los molinos de la región. ¡Mona la oveja escapista!».

No podía creerlo.

—¡Friedo, estúpido botarate! —gritó la voz más lejana—. ¡Te has dejado engañar por una oveja!

—¡No sonaba a oveja, por cierto, y no me llames botarate, o sacaré vino de tus venas! ¡Al menos hurgaré en ellas hasta que lo encuentre!

—¡Media legua recorras sobre un toro en llamas que no sabrás que estás ardiendo! —gritó una tercera voz, y oyó Salvia risas de hombres que ni sabía que estaban allí.

«Menuda mujer de monte estás hecha, Salvia tontorrona», se regañó, pues no se había percatado de que todo alrededor, al parecer, estaba lleno de guardias a la caza.

—¡Baja aquí! —dijo alguien—. ¡Venid todos! Que hace rato que ha amanecido y ya estoy harto de esto.

—Queda este monte por registrar —dijo el hombre cerca de ella.

—Que le den al monte, y a mí me den un pichel de vino y un trozo de queso, y un catre donde tumbar los huesos hasta que se quiebren. ¡Vámonos, os digo! Suficiente es suficiente. ¡Vamos, que me huele la ropa a humo!

—Pues por mí de acuerdo —exclamó en voz baja el guardia que tenía más cerca—. Que tengo cardos hasta en los calzones.

«Mona, Mona… —pensó Salvia tan contenta como satisfecha—. ¡Cuando se hayan ido iré a por ti y besaré hasta el último de tus bucles lanudos y te buscaré unas achicorias yo misma, de las más frescas y lozanas que encuentre! ¡Mona, oveja buena!». Salvia parecía pensar que Mona había salido al paso adrede, a propósito, para salvarla.

La espera fue dulce. Estaba tendida entre la hierba verde y la brisa soplaba del lado contrario a los incendios, así que era fresca y agradable y reconfortó su cuerpo inmóvil, enmarcado por una sonrisa. Acariciaba unas piedras sobresalientes, menudas, cubiertas de musgo, y las notaba agradables al tacto.

Y sonrió.

Era muy curioso, pensó. Muy mucho, como ella decía; pero en todos los años que llevaba allí nunca había disfrutado tanto de algo

tan pequeño como un instante sobre el suelo, la mejilla sobre la tierra, la mano sobre la piedra, y nada más.

Y nada menos.

2

Salvia volvió a la lobera sin sufrir más percances, seguida por Mona. Había conseguido unas hierbas, *hivaritas* verdes, sobre todo, pero también algunas espinacas silvestres, y transportado agua con ayuda de un destartalado cubo de los que solía dejar la gente de la aldea para llenar cacharros. Perdía un poco, pero supo reparar la fisura con unas hojas y unas piedrecitas de río.

«Veamos —dijo fatigada—. El agua primero».

Metió los dedos en el cubo y los puso encima de los labios de Morgo; este despertó como si le hubieran echado lava del interior de un volcán, y aceptó de buena gana dar unos largos tragos que bebió directamente del cubo. Después de eso, sin decir nada, cayó como desmayado y se quedó dormido de nuevo.

«Pues bien —pensó Salvia—. ¡Buenos días y buenas noches, y gracias por nada!». Ni siquiera podía imaginar que aquel hombre hubiera usado un sencillo cazo en toda su vida, por la manera en la que había bebido, o cosa similar.

Mas luego se concentró en preparar las hierbas.

Miró a Mona, algo confundida. —Escucha, Mona —susurró—, ¿has visto a alguien preparar espinacas o *hivaritas* sin agua caliente? Pues yo no. Hasta acedías he visto cocinar sin fuego, solo con sal, pero hierbas…

Miró alrededor, pensativa, y siguió hablando consigo misma como si mantuviera una conversación con su oveja.

—No es que no quiera, estúpida. Es por el fuego. Claro, no lo habías pensado porque solo eres una oveja y yo una muchacha, pero si hago fuego, el humo dirá a todos que estamos aquí, y no tardarán en venir a ver y echarnos el guante.

Mona baló suavemente.

—¡Si ni siquiera sabes hablar, y mira que es sencillo!

Miró las espinacas silvestres, luego las tocó y las olisqueó, y no le parecieron diferentes de otras plantas que comían crudas en la aldea, más como pasatiempo en los paseos que a veces daban solo por disfrute, pues por lo general preferían sus hierbas hervidas como parte de un guiso, o como sopa. Pero tomó un trozo y lo mordisqueó y no notó sabor malo, ni ácido, ni picante, sino fresco y algo amargo, pero como tantas otras hierbas.

«Pues sin fuego será», se dijo.

Hizo dos montones con mezclas de hojas, flor y raíces, y se comió su parte, y pensó en conejos, que por allí, al otro lado del monte, había muchos, y pensó, no sin cierta nostalgia, en los lazos que colocaban los adultos en las trochas que frecuentaban esos animales. Era muy capaz de fabricar una trampa como esas usando cáñamo y

juncos de los que crecían de manera abundante junto al río, porque un poco de carne era lo que Morgo, como cualquier hombre en vías de curación, necesitaba.

—¿Qué andas trasteando? —preguntó el hombre de manera repentina.

Salvia dio un respingo.

—¿Ya despierto? —preguntó—. Por la forma en que volviste a caer cuando bebiste agua, pensé que dormirías varias lunas seguidas.

—¿Beber? —preguntó Morgo, pestañeando varias veces.

—El agua del cubo —observó ella, dubitativa.

Morgo se pasó la lengua por los labios y asintió.

—Sí —dijo—. Sin duda. Más que curioso. Aunque noto el agua en mi boca y en mis labios, no recuerdo haber bebido.

—Pues lo has hecho —dijo ella—. Y como un cerdito sin modales.

—Un… cerdito —exclamó él, divertido.

Morgo pensó que la situación no podía ser más absurda. Si le hubieran dicho lo que iba a vivir ese día, se habría reído y habría abierto dos o tres botellas del vino más especial de su Casa, aunque solo fuera para vaciarlas por la borda, aunque solo fuera para que los peces celebraran la fiesta y rieran también.

Él, que había dado muerte a más hombres de los que cabrían en diez veces diez manos de dedos llenas, el que se sentaba en el Orde Cenital de la cámara sagrada de Madre, el custodio de la hoja negra, temido por cuantos corazones latían en el mundo bajo el cielo azul, allí tendido con una muchacha llamándolo…

¿Cómo lo había llamado?

Cerdito sin modales.

Pensó que reír le dolería y evitó hacerlo, pero no fue así, y encontró en ello un gran alivio, porque la risa, según los curanderos de su Casa, ordena los músculos del cuerpo y los tensa primero y los destensa después, y todo queda en su sitio y ajustado de nuevo y es más recomendable que dos barricas llenas de potingues y mejunjes varios.

A Salvia también la alivió la risa, y sonrió, pero bajando la mirada por pura costumbre, pues compartir una risa tan diáfana con un desconocido se consideraba una actitud reprochable.

—Bueno. Un cerdito sin modales. Si me hubieras llamado guarro deleznable me habría llamado menos la atención, pero … cerdito. Hace ya demasiadas lunas que dejé de parecer un cerdito. Mas dime, ¿qué es ese olor que huelo? Huele a hierbas de cocinar. A espinacas, me parece.

—Cierto es —asintió ella—. He hecho dos montones, uno para

cada uno, a falta de otra cosa. Estaba pensando en poner trampas para conejos.

—Montones de espinacas… —exclamó Morgo, ceñudo—. Que los dientes de un monstruo marino me despedacen y separen mi cuerpo en dos montones. ¿Eso quieres que comamos?

—Eso he pensado. ¡A falta de otra cosa! Fuego no podemos hacer. Antes he visto un grupo de esos guardias que andan buscando.

—Vaya —dijo Morgo—. Otra vez me pillas desnudo y en barrica vieja. Que no me he enterado yo de nada.

—Tu cuerpo te pide descanso y tú parloteas como una vieja cotilla.

Morgo rompió a reír de nuevo, y lo hizo esta vez con tanta voz que Salvia echó miradas furtivas y preocupadas a la entrada de la lobera, pensando que sus risas llamarían la atención de los guardias.

—¡Guarda silencio! —exclamó—. No he hecho dos montones de espinacas silvestres crudas para que ahora nos sorprendan por culpa de tus carcajadas.

—Perdón. Perdón te pido, niña —se disculpó Morgo intentando contenerse—. Es que… no estoy acostumbrado a que me hablen así.

—Pues, ¿cómo te han hablado hasta ahora? ¿Acaso eres un alto señor?

—Pues algo así, como te he dicho. Que el custodio de la espada no es cualquier cosa.

—En todo caso no queda ya espada alguna.

Le acercó su montón de espinacas y otras hierbas y Morgo rehusó con un gesto de cabeza.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella, confusa.

—Niña, desde que estoy aquí tendido sigo oliendo a bellasabia, en algún lugar por aquí cerca. ¿Es cierto?

Ella pestañeó. La bellasabia. ¿Dónde la había dejado?

Miró por el suelo y localizó el cuero con el resto de la pequeña bola al lado del cuerpo del herido.

—Sí—dijo con sencillez—. Ahí. A tu lado.

—Alcánzamela —pidió él—. Haz eso por mí, te lo ruego.

Salvia lo hizo, y él la recibió en su mano. Mas cuando tuvo la bellasabia en su poder, abrió mucho los ojos, y en ellos danzaron la sorpresa y la estupefacción.

—¡Por los siete cerrojos del tesoro del capitán Clavijo! —exclamó —. ¡Qué prodigio es este!

—Bellasabia —se apresuró a decir ella—. ¿Acaso no lo es? Porque…

—Por mis juramentos y mis votos y mis responsabilidades todas,

claro que lo es…, pero te digo que los más altos de los reyes entre los reyes, los dignatarios más elevados y los autoproclamados emperadores de las despiadadas tierras del sur, que nadan en barreños llenos de piedras preciosas y delicada orfebrería de los tiempos de los Antiguos, no han visto nunca una cantidad semejante contenida en un solo lugar…

—¿Cómo? —preguntó ella.

—Niña, ¿desconoces acaso qué tesoro es este?

—Creo que por completo, viendo yo tu comportamiento.

Morgo estudió la bola y descubrió con facilidad que faltaba un pellizco de algo menos de la mitad.

—Por el hermoso verde de la luna —soltó, ronco—. Niña… ¿qué… cantidad de esta bola… me has dado?

—Pues… —habló ella dubitativa—. El pedazo que echas a faltar en el contorno de la bola —dijo al fin.

Morgo la miró como si acabara de convertirse en una serpiente y hubiera echado a bailar. Incluso entonces no habría compuesto él una expresión tan estupefacta; él, que había visto barcos de acero y otros metales sumergidos en los océanos más profundos, ingenios en los que los Antiguos dominaban los fondos acuáticos sin velas y sin que el agua inundara sus camarotes; él que había visto criaturas altas como un abeto gigante de montaña y con la piel dura como la de las rocas, jamás había recibido una noticia tan sorprendente y alocada como aquella. Cuando consiguió reponerse, soltó una enorme carcajada, echando la cabeza hacia atrás.

Salvia estaba verdaderamente incómoda.

—Por la lana que cabe en un carruaje de cuatro bueyes y seis palos —dijo—. ¿Qué es lo que encuentras tan divertido?

—Pues mira… si rozas la superficie de esta bola con el dedo, así, con suavidad, como cuando aplicas un empasto en una quemadura grave… y luego pones el dedo en el labio de un hombre, y él pasa la lengua luego por su labio… ya está. Curará cualquier mal. Se le sanarán los huesos rotos. Si está febril, quedará frío, y si está frío, entrará en calor…

Salvia abrió mucho los ojos y se llevó una mano a la boca para cubrirla, pues se había abierto sola de la pura sorpresa.

—Por mis antepasados todos —soltó.

Morgo rio.

—Pues vaya —dijo enseguida—. No me extraña que ayer no pudiera moverme siquiera y hoy esté mejorando tan rápidamente. Que con esto sin duda viviré para siempre y un día, así arda toda la tierra y se quiebren los caminos y las montañas todas, ¡que yo caeré por los

abismos y, golpeándome con cada saliente, no moriré!

Salvia sonrió tímidamente, entre abochornada y divertida.

—Está bien —dijo—. La he malgastado, ¿es eso?

—Has… has gastado la fortuna de todo un palacio —exclamó él.

Salvia no terminaba de comprender. Si era algo tan valioso, tan especial, tan mágico y potente…, ¿cómo era posible que se fabricara en la región de al lado, en Umbralia? Por aquella mujer, además, que llevaba ropas viejas y una pluma destartalada como adorno en la cabeza, y la piel la tenía oscurecida y curtida por el trabajo duro bajo el sol… No lo entendía.

—Mas escucha —continuó Morgo—, que sus propiedades son mucho mayores de las que crees. Toma apenas un pedazo pequeño, con el dedo, como te he dicho, y luego llévate el dedo a la boca y mantenlo allí. Te sentirás llena de vitalidad y salud por espacio de un par de días, y el hambre desaparecerá tan del todo que mirando un guiso de patatas y gallina vieja dirás: «No, gracias, que me encuentro llena y aborrezco este guiso».

—No me suena que dijese yo que no a tal cosa —exclamó ella.

Morgo sonrió.

—Lo dirías, créeme —repuso él.

Ella se encogió de hombros e hizo lo que le pedía, introduciendo su propio dedo en su boca. Podía tener un nombre bonito y sugerente, pero otra vez confirmó que aquella cosa sabía a simple barro, y por unos instantes pensó si no le estaría gastando una broma, después de todo, pues no faltaba tanto para su cumpleaños, y todos en la aldea sabían (o supieron, en realidad, que no había tal broma) que era para la muchacha un evento más importante que la celebración de la cosecha.

Y cosa curiosa: si unos instantes antes había experimentado un pellizco en el estómago e incluso había salivado ante la sola visión de unas hierbas silvestres sin una mísera patata que echarles encima, tardó apenas unos instantes en comprobar que se sentía llena y satisfecha, y que pensar en dar algún otro bocado le parecía algo de lo que podía prescindir.

—¡Mil hogazas de pan me traigan —soltó, hablando con rapidez—, que las pondré yo en fila y las rechazaré una a una!

Morgo volvió a reír con ganas.

—Ea, entonces —dijo al fin—. Problema de la comida resuelto. Ni conejos ni esa oveja que traes ahí, que no recuerdo haber comido yo un puñado de hierbas en mi vida, y en mi tierra no le damos eso ni a los caballos, ¡por mucho que les guste!

Rieron los dos, y así se demostró que aquella curandera era sabia

entre sabios, pues los guardias que los perseguían, el drama de la pérdida de Madre, la destrucción de la aldea y los incendios y todo lo demás parecieron perder fuerza y presencia y se difuminaron en el agua como el humo de una hoguera cuando esta empieza a apagarse y el viento amaina.

Ocurrió además algo inopinado. Intercambiaron una mirada de cierta complicidad, allí en el interior de una vieja lobera abandonada donde no se refugiaban ni las víboras que reptan escasas entre las raíces musgosas, en los albores del final de todos los tiempos y todas las cosas, pues Excessus no andaba lejos, y tramaba y conspiraba (como solo los demonios saben hacerlo) para verse libre.

3

Cuando vio a sus hombres volver, Narron Hojaparda De Calderos compuso primero una expresión atónita, mas un instante después se fue volviendo su rostro del tono de ciertas especias exóticas que se conseguían solamente de viajeros que venían de muy lejos, hechas con plantas rojas y frutos de exuberantes tonos borgoña, similares a pimientos, y tanto fue así que los hombres que tenía cerca empezaron a alejarse de él con pequeños y furtivos movimientos sutiles.

Les había asignado una zona de búsqueda y sabía perfectamente cuánto se tardaba en registrarla bien; se podía hacer en menos tiempo, pero no estaría bien hecha.

Y no iba a contrariar a Masta Zhul por culpa de unos patanes zopencos hijos de mil padres, pues antes que eso les daría muerte tantas veces como cicatrices tenía en el rostro, una por cada agujero de su cabeza donde una vez creció pelo, aunque solo fuera por dar lección a sus otros hombres.

Y pensando eso, decidió hacerlo, y pareció tranquilizarse un poco.

—Pues bien —dijo Narron cuando tuvo a sus hombres más cerca—. ¿Qué informáis?

—Mi señor Narron —empezó uno de ellos balbuceando, pues si cuando decidieron abandonar el trabajo encomendado se sintieron felices y aliviados, y era en sus mentes una feliz idea, ahora que tenían al señor delante ya no se lo parecía tanto, y pensaron todos en sus cabezas que más les habría valido quedarse allí por siete días examinando cada brizna de hierba que volver con las manos vacías y sin nada que contar—. Le informamos que hemos registrado la zona toda ella como ordenasteis, y que en haciendo eso los hombres y yo, ninguno hemos encontrado nada.

—Y habéis dedicado a la tarea todo el tiempo necesario —siseó Narron— hasta estar bien seguros de que no quedaba palmo sin registrar, ni arbusto sin agitar, ni nadie escondido en parte alguna, incluyendo montes y colinas y los recodos del río.

El hombre asintió con vigor y, ante eso, Narron sonrió.

—Pues te digo yo ahora que no os esperaba de vuelta hasta por lo menos mañana en la mañana, pues observando la zona vi que había un monte y un valle largo que se extendía hasta donde alcanza la vista, y sé yo por mis propias experiencias lo que se tarda en buscar bien entre todo eso.

—Mi señor, nos hemos dado prisa y…

Nadie entre los reunidos, y eran más de treinta y menos de cuarenta, pudo decir luego lo que ocurrió en realidad; tan rápido era Narron Hojaparda. Pero en un instante la cabeza del guardia estaba colocada sobre sus hombros, como lo había estado siempre, y al

momento siguiente volaba por el aire como un canto rodado que un hombre fuerte hubiera lanzado empleando los dos brazos. Y a decir de algunos de los que quedaron, incluso cuando contaban lo que vieron aquel día ya de viejos, arrugados y decrépitos, sentados junto al calor del hogar entre los suyos, la cabeza siguió hablando unos instantes mientras volaba, y luego el aire de los pulmones se terminó y continuó moviendo la boca como si dijera muchas cosas, mas sin emitir sonido alguno.

Los demás hombres (incluido Friedo) no tardaron mucho en caer. Narron espoleó su caballo con las botas y se movió con rapidez entre los suyos, alzando y dejando caer la espada suya, que era plateada y tenía engastadas piedras rúnicas que le conferían ciertos poderes, y los cuerpos se separaron y los brazos fueron amputados y brotó sangre mucha, y con ello murieron todos y cayeron al suelo privados del hálito de la vida.

—Mi señor Narron… —susurró uno de los guardias que estaban con él.

—¡Escuchad todos! —gritó, con el rostro cruzado por una salpicadura de sangre fresca de un tono rojo brillante—. ¡Que cuando digo una cosa, esa cosa es importante! ¡Y en todo lo relacionado con este asunto que nos trae, la importancia es extrema!

—¡Sí, señor Narron! —exclamaron los hombres al unísono, golpeándose el pecho con el puño como era costumbre al dirigirse a un señor.

—¡Prestad atención a mis palabras! ¡Que si digo que os rompáis los dientes todos con una piedra del suelo, eso haréis, y los recuperaréis del suelo y me los presentaréis para que vea yo que habéis hecho lo que se ha dicho, pues ay del que se escabulla de sus tareas, que esta y yo —rugió, levantando la espada sobre su cabeza— le daremos lección!

—¡Sí, señor Narron!

Narron esperó unos momentos para calmarse y calmar al caballo suyo, que estaba relinchando por oler la sangre alrededor y temer pisar algún cadáver, como si aún no pudiera distinguir entre dormidos y muertos, o supiera siquiera qué había pasado. Luego miró al cielo con el ceño fruncido.

Era casi la hora.

Soltó un gruñido de rabia y frustración.

—¡Vamos! —bramó—. ¡Id todos ahora! ¡Removed todas las piedras! ¡Buscad! ¡Rastread huellas, que os comportáis como postes que alguien hubiera clavado en esta playa! ¡Buscad sobre la tierra y bajo el agua! ¡Encontrad la espada y traedme a Morgo, acaso la tenga

él, o traedme acaso su cadáver, que sepa yo que no ha escapado y sigue con vida para mofarse!

Los hombres se miraron unos a otros, pues eran su guardia personal y tenían instrucciones de caminar a su lado; así se arrastrara, corriera o cabalgara hacia el horizonte por siempre jamás, ellos debían seguirlo para darle cobertura, pues su trabajo y su prioridad eran defenderlo de todo mal.

—Pero… señor Narron… —exclamó alguien.

—¡Marchaos! —gritó este, tan enfadado que otra vez su tez se puso del color rojo de la sangre que circulaba como lava en un volcán por dentro de su cabeza—. ¡Que no os necesito conmigo sino buscando! ¡Dejadme solo! ¡Y si no os veo nunca porque nada habéis encontrado, mejor, que hasta que no tengáis algo no quiero veros conmigo.

Torpemente, mirándose unos a otros, los hombres comenzaron a alejarse, unos mirando continuamente hacia atrás, otros a la carrera, cada uno en una dirección. No dejaba de ser una imagen divertida, pues algunos comenzaron a hurgar en los arbustos más cercanos, como haciendo ver que ponían todo el ahínco en su tarea.

Narron estaba furioso. Masta Zhul era imprevisible, y no sabía cómo reaccionaría cuando le dijera que no tenía lo que le había prometido. Incapaz de hacer ninguna otra cosa, levantó la cabeza hacia el cielo y soltó un grito grave y estruendoso que hizo que los hombres que se alejaban aceleraran el paso.

Después de eso, esperó.

Y esperó.

Se apresuró el día y se volvió caluroso, y de su rostro brotó un sudor pegajoso, pero a pesar de eso no se movió para buscar sombra ni cobijo. Permaneció sobre su caballo, cabizbajo, como si dormitara, pues no había dormido ni la noche anterior ni la otra, mas descansaba a la manera de los hijos de Mor Nasur, en un letargo inquieto, escuchando alrededor, latente pero alerta, los ojos cerrados, pues no los necesitaba para saber qué ocurría en el entorno.

Y llegó la tarde y esperó.

De todos modos, ya no se podía hacer otra cosa.

Masta Zhul apareció en el horizonte, sobre una colina gibosa, cuando la tarde aún era joven.

Narron levantó suavemente la cabeza. Había oído cómo se acercaba desde mucho antes de que su figura fuese visible sobre la colina, pues al caminar emitía esos ruidos sutiles que no podían oírse en ninguna otra parte ni se parecían a nada que hubiera escuchado antes, en ningún otro lugar. Ruidos que recordaban, vagamente quizá, al susurro de las culebras cuando se arrastran, o al sonido que produce la rueda de una polea pequeña cuando gira, pero no tan fuerte. Y miró y lo vio allí, y arrugó el gesto.

De todos los hombres con los que podía trabajar, Masta Zhul era el que menos le gustaba, pero era también el que más podía pagarle. El único que podía pagarle lo que su corazón anhelaba.

Conoció a Masta Zhul en una batalla, uno de los muchos trabajos que él mismo se procuraba ofreciendo sus servicios como mercenario, pues otra cosa no sabía hacer. No contaba con el apoyo de los suyos, los hijos de Mor Nasur, pues eran favorables al credo de Madre y a su líder, su pesadilla personal y su obsesión, Morgo Palis, así que se veía obligado a rodearse de chusma, gentuza y patanes que tampoco sabían hacer otra cosa más que aplastar cráneos o seguir órdenes.

Mas qué había sido de Morgo y su espada, no lo sabía. Había visto cómo los gólems lo aplastaban, lo zarandeaban, lo hundían en la arena y lo arrojaban lejos, y había visto con sus propios ojos cómo sus piernas y sus brazos se desmadejaban de maneras abyectas, no como las piernas y los brazos normales, sino de maneras impropias, lo que significaba a todas luces que se habían quebrado y no por uno u otro sitio, sino por varios. Y sabiendo eso y sabiendo que ya no podría huir de la batalla por sus propios medios, se concentró en destruir el buque que era bandera y refugio de los de la calaña de Morgo, lo que le llevó un rato largo.

Había sido una buena treta. Más que eso, había sido un acto heroico, una hazaña sin precedentes en la historia del mundo. Cuando sus actos se conocieran, todos los grandes reyes y los más altos señores de todas las regiones querrían contar con él. Inventaría algún engaño para la gente de Mor Nasur; algo convincente, y se ganaría su favor, y si eso no funcionara utilizaría el miedo, que era a su entender un arma mucho más útil y poderosa. Mor Nasur había sido muy inconsciente al no confiar en él para el liderazgo, pues con él a la cabeza, nadie, en ninguna parte, nunca, podría hacerles sombra.

Masta Zhul empezó a avanzar en su dirección, la cola del trapo pálido que llevaba anudado al cuello tremolando debajo de él. Alto y delgado como un espantajo, proyectaba una sombra ridícula y

pequeña bajo su cuerpo espigado.

Llevaba un sombrero extraño, del todo inusual en el ancho mundo, que incluso Narron Hojaparda, que había viajado lejos y a menudo, nunca había visto uno así. Era como de cuero marrón, aunque muy desgastado, y la parte superior estaba hundida como si alguien lo hubiera golpeado con un hacha. El ala que se extendía a todo su alrededor parecía útil, sin embargo, pues sin duda debía de eliminar los reflejos del sol que podían cegar la vista de uno, o molestar a los ojos en general.

Nadie le había visto la cara nunca, jamás, pues una cosa lo caracterizaba: llevaba una suerte de armadura ligera ajustada sobre la piel, de manera que cubría su cuerpo entero, incluso sus manos, pues no se veía ni una sola parte de él, y sobre la armadura una túnica suelta, apenas una tela enrollada, tan vieja y gastada que parecía ser de un tono pardo cuando, en otro tiempo, fue blanca y naranja y luminosa en partes.

Mas por la armadura se adivinaba que el hombre había sufrido grandes daños en algún otro tiempo, pues no había protuberancia en la zona de la nariz, y esa carencia resultaba inquietante cuando se hablaba con él.

Y los ojos.

Los ojos eran la peor parte.

Algún artificio mágico había reemplazado sus ojos por dos oquedades negras donde pulsaba una inquietante luz azul, mas la izquierda parpadeaba con un ritmo caprichoso, a veces mucho y en ocasiones poco, y hacía molesto mirarlo durante una conversación, pues la luz era fría, como la del cielo durante la noche, y no se parecía a ninguna llama que Narron hubiera visto en parte alguna.

Pero era un hombre rico, eso sin duda. En aquel combate, y después de resultar ganador, Narron descubrió la torre donde Masta vivía: apenas una pequeña construcción abandonada en el centro de un lago. No se hubiera interesado de no haber visto una extraña rejilla, hecha de un hierro muy fino, de la que salía un sonido que ninguno de los hombres de allí podía oír. Y cuando quiso verla de cerca comprobó que sobre ella pesaba un maleficio terrible, pues con solo tocarla recibió un golpe terrible que lo lanzó varios brazos lejos, y después de eso le dolía la mano y olía como a quemado, aunque no pudiera ver en su piel marca alguna, y el brazo entero estuvo dormido un buen rato.

Mas Narron se las apañó para destruir la verja, y sospechando que allí se ocultaba algún hechicero poderoso, ordenó a sus hombres que lo esperaran y se adentró en ella.

Fue el lugar más extraño que Narron, o todo hombre vivo que él hubiese conocido, hubiera visto jamás. No había nada en la torre más que una especie de puerta, hecha toda de hierro, instalada en el suelo, como una trampilla para un sótano o algo similar. Y le costó muchísimo esfuerzo forzarla, para lo que usó un hacha primero, cuya hoja se melló y quebró, y después la hoja de la espada que poseía por entonces, que tenía por nombre *Vendaba del Amanecer*, y cuya pérdida lamentó mucho. Mas cuanto más le costaba más, se excitaba pensando que allí se ocultaban, quizá, grandes tesoros o alguna cosa de valor, y más esfuerzo ponía.

Mas después de la torre de piedra rota recubierta de enredaderas y viejas marcas de hollín, como si allí se hubieran encendido muchas hogueras en el pasado, todo cambiaba mucho.

Narron había visto construcciones de los Antiguos en el pasado y estaba seguro de que aquella era una. Sonreía como un niño que ve el aleteo de una mariposa por primera vez, pues esa es una de las cosas más fascinantes que puede ver un infante de cuantas suceden en el mundo. Se trataba de un túnel vertical de paredes tan lisas y curvas que ningún herrero del mundo hubiera podido construirlas de modo alguno, incluso con la ayuda de magia, y en uno de los lados había enganches de hierro que conformaban una especie de escalera de mano, mas estaba sujeta a la superficie por unos cierres metálicos como tampoco los había visto nunca, todos iguales, uniformes, simétricos, y así supo Narron que estaba en el interior de una vieja estructura de los Antiguos.

¡Oh, la excitación era mayúscula! Narron descendió por allí con una sonrisa socarrona en el rostro, pues más que en tesoros y cosas similares pensaba en armas, armas míticas como las de las leyendas, una lanzadora de clavos, quizá, con la que doblegar a los mejores guerreros sin esfuerzo.

Llegó así a una red enmarañada de túneles, y se fascinó con cuantos detalles veía. Pequeñas planchas con agujeros tan minúsculos que no podía concebir una herramienta capaz de realizar tal trabajo. Protuberancias extrañas, pequeños ornamentos de vivos colores, largos juncos negros que salían de las paredes y el techo, y eran flexibles y suaves al tacto, y cuando los presionaba con los dedos se hundían y volvían a su forma como por arte de magia.

Vio muchos de aquellos pequeños milagros y atravesó salas grandes y pequeñas, con cosas diminutas y otras grandes como casas con aspas como de molino en su interior, pero hechas de pesado hierro, y al cabo descubrió luces atrapadas en las paredes que no calentaban la mano cuando las tocaba.

Narron estaba exultante, hipnotizado, tan fuera de sí que había olvidado la posibilidad de encontrar algo allí que representara un peligro, o acaso que pudiera activar una trampa, como las de los relatos de construcciones de los Antiguos. Y en eso estaba cuando oyó moverse algo o a alguien en una cámara cercana, y se preparó para su llegada.

Era un hombre. Alto y delgado. Con una túnica revistiendo una armadura ligera que le cubría la cara entera. Mas por entonces no llevaba el sombrero ridículo pero útil.

—Me llamo Masta Zhul y esta es mi casa —le dijo con sencillez cuando se encontraron.

Tenía un acento extraño, y la armadura que vestía hacía que su voz sonara profunda, grave, con inflexiones inquietantes. Pero Narron no se dejó amedrentar. Había mordido la presa, y no le importaba nada aquel hombrecillo: si era su casa se la arrebataría. Si todo aquello era suyo, lo haría desaparecer para quedárselo como propio, tuviera que verter su sangre o no.

—Haz como quieras —respondió Narron—. Puedes luchar conmigo y morir, pues soy un hijo de Mor Nasur y nunca he perdido un combate, o puedes irte, que a mí tu vida me da lo mismo, pero si lo haces, asegúrate de no regresar jamás, que tan pronto te vea por aquí te daré muerte.

—Yo tampoco he perdido nunca un combate —respondió Zhul, y diciendo eso inclinó la cabeza a un lado, tanto así que Narron pensó que se burlaba de él.

—Pues cuando pases al otro lado no digas mentiras y expliques que no te di oportunidad —dijo Narron mientras apretaba los dientes, sacaba un puñal de su cinto, que el hacha y la espada las había quebrado intentando acceder, y separaba las piernas preparándose para el combate—, pues algún día iré yo por allí y desmentiré tus palabras y serás expulsado y privado de cuanto te hayan entregado.

—Nunca he mentido ni pienso ir a ninguna parte —respondió Zhul.

—Mentiroso o no, date por muerto —ladró.

Narron se limitó a avanzar hacia él, sin apresurarse, mientras estudiaba sus movimientos, mas aquel hombre delgado en extremo no se movió. Era tan delgado que parecía acaso una muchacha, pero Narron no iba a cometer el error de juzgarlo antes de tiempo, pues más de una sorpresa se había llevado en su vida, y los hombres delgados eran ágiles como los hombres más fornidos no podían serlo.

Narron lanzó el primer ataque hacia el lado inferior del costado de su adversario, y el hombre lo deflectó con rapidez. Era rápido, eso

lo había supuesto, pero Narron lo era también, y empezó a describir fintas, ataques falsos, amagos y otros trucos sucios, y con ninguno consiguió alcanzarlo ni hacerlo retroceder, que el tal Zhul utilizaba los brazos como si fueran postes de acero, y no conseguía alcanzarlo de modo alguno.

Lucharon de esta manera durante un largo tiempo, golpe tras golpe, sin que Zhul devolviera los ataques en ningún momento. Pero Narron, a pesar de su forma física, comenzaba ya a dar muestras de fatiga mientras su enemigo se mostraba impertérrito.

«Cómo es esto posible —se decía Narron—, ¡que esté yo cansado y este cobarde oculto en una armadura ni siquiera jadee!».

Después de otro largo rato, y con la frente cubierta de sudor, Narron retrocedió un par de pasos. Zhul lo miraba o parecía mirarlo, pues por ojos tenía dos luces tan inquietantes como imposibles, mas por tener el rostro cubierto por la armadura no sabía Narron decir qué pensaba.

—Eres hechicero —susurró Narron—. Pues nadie en el mundo se agota menos que un hijo de Mor Nasur, y aquí estoy yo rendido y tú fresco como hoja de lechuga bajo la lluvia.

Zhul no dijo nada.

—Mas por cuanto sé de hechicería, todos los hechizos tienen una duración. Luego, el engaño desaparece. Dime entonces qué ventaja tendrás, pues pareces versado en defenderte pero no en atacar, o ya me habrías hecho daño.

—Tus palabras me producen sensaciones encontradas —admitió Zhul—. Pues razón tienes: ando atado a una necesidad que me obliga a renovarme. Es un antiguo dilema cuyo umbral de resolución se acerca obligado, y sin cuya resolución me veo empujado al abismo del olvido. Y eso yo no deseo.

Narron movió la cabeza. Le costaba entender lo que decía, o a qué se refería, pero hablaba como un hechicero, o un mago, para el caso, siempre con acertijos y retorciendo las palabras para que una cosa pareciera otra.

—Luchas bien —continuó Zhul—. He estado contando tus técnicas y midiendo tu esfuerzo físico. Es muy superior a la media. Quizá tú tengas éxito donde otros han fracasado.

Narron bajó la guardia, curioso.

—Pues… ¿qué quieres decir?

—¿Aceptarías un encargo? —preguntó Zhul.

—¿Qué tipo de encargo? Pues te advierto que aunque no te haya vencido hasta ahora no significa que no pueda yo vencerte.

—Una búsqueda —respondió Zhul mostrando una clara

indiferencia a cuanto Narron acababa de decir.

—¿Qué tipo de… búsqueda? —preguntó este.

—Acompáñame, por favor.

Narron retrocedió otro paso.

—¿Por… quién? —preguntó, confuso, pues no conocía a ningún Favor.

—Por favor es un ruego educado. Significa que deseo que me acompañes y que te lo pido en buenos términos.

Narron no respondió, pero cuando Zhul se dio la vuelta y se puso a andar por el corredor, el hijo de Mor Nasur calculó sus posibilidades. Cansado o no, calculó cuánto tardaría en lanzarse contra él, ahora que estaba de espaldas, y hundir el cuchillo en la base de su cuello. Pero no sabía todavía si la armadura que llevaba resistiría el impacto, o si el hechizo de defensa que actuaba en su cuerpo rechazaría el ataque, así que, como además de todo experimentaba una gran curiosidad, decidió seguirlo, que tiempo habría de intentar un nuevo ataque.

El hombre delgado lo llevó por corredores y escaleras sin pronunciar palabra, y en eso atravesaron puertas que se abrían solas a su paso y producían un sonido extraño y metálico, y cruzaron estancias de piedra tan lisa que parecía que las habían cortado con un sencillo cuchillo, cosa que era imposible, donde había estatuas majestuosas sin mucho detalle, motivo quizá por el que se veían hermosas, simples, elegantes, y Narron las admiró furtivamente sin que pudiera decir de qué material estaban hechas.

—¿Qué… sitio es este? —preguntó, sin darse cuenta siquiera de que formulaba la pregunta, tan embriagado estaba por cuanto veía.

—Un lugar fuera de su tiempo, eso seguro —declaró Zhul—. Que por motivos que se me escapan, ciertas cosas y lugares insisten en prevalecer.

—Entonces, vives aquí…

—No es correcto —respondió Zhul con rapidez—. Pero este es el lugar donde paso los días y las noches.

—¿Por qué?… ¿Qué haces en este lugar?

Zhul se volvió, inclinó suavemente la cabeza y respondió:

—Te lo he dicho antes. Prevalecer.

Luego se dio la vuelta de nuevo y continuó su camino.

Llegaron a la última de las salas, un habitáculo de techos altos por donde caían unos torrentes de agua. Narron conocía el sistema porque en algunas ciudades empleaban la fuerza del agua para mover engranajes, ruedas y poleas, y esos torrentes hacían mover unas palas sumergidas en el agua que debían de estar activando algo, a juzgar por el ruido que hacían. Mas lo que Masta Zhul quería que viese no era nada de aquello, sino una complicada estructura de gran tamaño que tenía una forma similar a un panal de abejas, pero de la que salían una suerte de cuerdas negras con un brillo similar al que despide el acero cuando se pule cuidadosamente.

—Este es mi corazón —dijo el misterioso hombre.

—Tu… ¿corazón? —preguntó Narron mirando la estructura; mas por mucho que miraba, no veía él nada que comprendiese ni mucho ni poco, que era tan distinto a todo lo que conocía que de una manera inconsciente ladeó la cabeza como si una perspectiva diferente pudiera arrojar alguna luz—. Mas… ¿qué tipo de hechicería haces aquí?

—La hechicería es un arte supersticioso —repuso Zhul—. Mas por alguna razón que desconozco… funciona. Es un hecho comprobable y notorio. Mi corazón no tiene nada de eso. Sin embargo, funciona con las mismas reglas que hacen que todo cuanto conoces se mueva y exista.

Narron se llevó las manos a la cabeza. ¿Dónde estaba? ¿En qué extraño y turbio asunto se había metido? ¿En qué estaba pensando cuando se aventuró en aquel lugar?

—Comprendo tu confusión —dijo Masta Zhul—. Pero observa algo sencillo que quizá comprendas. Mira aquí.

Señaló una luz atrapada tras un velo pálido de un tono rojizo. Era firme, no como el ojo derecho de su interlocutor, que parpadeaba de una manera tal que parecía estar a punto de apagarse.

—¿Esa luz? —preguntó Narron—. He visto luces en este sitio y en muchos otros lugares… ¿Qué tiene la tuya de especial?

—Estas luces —respondió Zhul— fueron creadas por los Antiguos para varias cosas, luchador. Unas tienen un simple propósito: iluminar estos túneles y estas cámaras de manera que los que dependemos de la visión podamos transitar por ellos. Otras de estas luces, sin embargo, fueron creadas para indicar cosas, de manera que, mirándolas, adquieras conocimiento.

Narron miró la luz con interés.

—No noto yo ningún conocimiento —dijo al fin.

—No funciona así —indicó Masta Zhul—. Pues hace falta un conocimiento previo de ciertas cosas del que tú no dispones. Pero esta

luz es mía, y habla de ti. Otrora, hace ya mucho, muchísimo tiempo, fue verde y luminosa. Indicaba así que mi vida era todavía joven y que viviría mucho. Mas con el devenir del tiempo la luz fue cambiando, y se volvió apagada, hasta que su tono general llegó a ser amarillo. Pasó aún más tiempo, y la luz se puso naranja. Era un mal augurio, luchador. El tono naranja indicaba que mi vida se acortaba, y que me quedaba poco tiempo. Mucho tiempo pasó después, y la luz se volvió del color que tiene ahora. Roja. ¿Has visto animales de tonos rojos en tus periplos, luchador? Insectos. Flores.

—Pues por descontado que sí —respondió Narron, que empezaba a pestañear demasiado por el esfuerzo de entender la extraña manera de hablar de aquel hombre alto y delgado.

Zhul asintió despacio.

—El rojo es un color que indica peligro, luchador. En el caso de esta luz en particular, el rojo indica que mi tiempo se agota. Pues has de saber que después del rojo no hay más colores. Es el último estado de mi corazón. Quiere decir que en cualquier momento todo cuanto ves aquí se detendrá. Y yo dejaré de existir.

Narron sacudió la cabeza.

—Siento yo escuchar eso —dijo Narron—. Mas no sé qué es tan terrible en todo este asunto. Ignoro cuántas lunas acarrea tu cuerpo pues no permites que se te vea la cara; acaso seas ya muy anciano, aunque tu manera de defenderte, con hechizos o sin ellos, dice dos cosas: que no eres muy viejo, pero tampoco muy joven. ¿Y qué, si te llega el final? A todos nos llega. A unos antes, a otros después.

—Yo no puedo morir, luchador —respondió Zhul.

—¿Por qué no?

—Porque, como te he dicho, es mi deber prevalecer. Debo hacer cuanto esté en mi mano para asegurar mi existencia, por encima de cualquier otra cosa.

—Muy bien —dijo Narron—. Pues te deseo yo buena suerte con ello, que no veo qué gano yo ayudándote. ¡Y no lo haré! Mas si mueres y caes al suelo cuan largo eres, sacaré de ello beneficio, pues tomaré posesión de tu casa y tus cosas, y de todo esto obtendré riquezas enormes. Algo añadiré: me has dejado descansar —exclamó entonces levantando la mano con el puñal—, y ya estoy recuperado del aliento perdido y el sudor en la frente, así que… ¡prefiero yo comprobar si tus hechizos de defensa siguen levantados y no esperar a tu muerte, que pudiera ser hoy, o mañana, o dentro de veinte lunas!

Y diciendo esto, sin mediar más palabras, se lanzó Narron hacia el hombre con el puñal levantado, mas Zhul interceptó su ataque y apresó su muñeca con la mano, y girando el brazo retorció el de su

enemigo y lo obligó a soltar el puñal.

Zhul lo interceptó en el aire con la otra mano y lo sostuvo delante de él.

—Por las fauces pavorosas de un necrófago —soltó Narron—. ¡No es posible!

Lo experimentaba en sus propias carnes y no lo creía: aquel hombre espigado lo tenía trabado de tal forma que parecía que tuviera la mano atrapada en la hendidura de una montaña. Por mucho que intentaba avanzar o retroceder, no podía mover el brazo lo más mínimo.

Muy altos hechizos podía conjurar ese mequetrefe para obrar tal milagro, pues no daba la talla de hombre fuerte, ni lo parecía.

—¡Suéltame! —exclamó—. ¡Suéltame te digo!

Zhul sostuvo el puñal delante de su cara. Era acero celeste de Aloister, no tan bueno como otros que existían, forjados y confeccionados por maestros artesanos poseedores de increíbles secretos en el arte de la herrería, pero uno de los mejores aceros que pudieran encontrarse, y su hoja era dura y resistente como pocos otros hierros, mas Zhul sujetó la hoja entre sus dedos y, después de un solo instante, lo quebró como si fuera una frágil galleta cocinada por un niño inexperto.

Narron abrió mucho los ojos.

—Preciso tu ayuda, luchador. Es imperativo que pongas todo tu interés y tu voluntad para conseguir mi propósito, pues mi corazón ya no resistirá más viajes al exterior, ni tanta vuelta y revuelta para hallar lo que busco, pues tanto más me mueva yo por ahí, más rápido pasará el tiempo para mi corazón. Lo que me queda de él… debo preservarlo para que no se agote.

—¿Y qué deseas de mí que haga? —preguntó Narron con el gesto torcido. Estaba deseando que lo soltara para intentar alguna otra cosa. Sentía tanto desprecio por aquel tramposo, que se servía de hechizos para obtener supremacía sobre él, que sin duda intentaría cualquier treta para vencerlo, como hacerle creer que le prestaría ayuda para luego traicionarlo a la primera oportunidad.

—Dime tu nombre ahora —exigió Zhul.

Narron lo miró con cierto desprecio, de una manera desafiante, antes de responder.

—Escúchalo bien, pues acaso lo hayas oído antes —dijo—. Pues yo soy Narron Hojaparda De Calderos, ¡hijo de Mor Nasur, Marca de Plata del Clan de los Primeros Nacidos!

—Consigue lo que te pido, Narron Hojaparda De Calderos —dijo con voz solemne—, que yo no puedo servirme por mí mismo.

Ayúdame a rejuvenecer mi corazón, que su luz se vuelva verde como lo fue en tiempos, estable, calma y queda, y haré yo una cosa por ti. Tendrás mi casa si la quieres, y todo cuanto hay en ella, excepto esta cámara, pues la necesito. Tendrás todas las riquezas que desees para cumplir tus objetivos, sean cuales sean. Tendrás poder. Tendrás mi ayuda.

—¿Qué puedes ofrecerme tú? —preguntó Narron desafiante—. Este lugar, dices, mas este lugar no es tuyo, pues lo encontraste y te lo apropiaste como todo lo que se ha encontrado de los Antiguos. Pues te mueves con soltura por estas salas pero no entiendes lo que ves, como no lo hacemos ninguno de los hombres y mujeres que hemos pisado uno, y sin entenderlo no sirve más que para regalar la vista.

—No lo encontré, Narron Hojaparda. Pues es mío por derecho, desde que empecé a existir. Y te lo muestro.

Se volvió Zhul a un lado y extendió la mano, como señalando. Y prisionero todavía, miró Narron lo que le indicaba, algo que acababa de formarse en mitad de la sala rodeado de un brillo espectral azul, y abrió tanto los ojos que parecía que iban a salírsele de la cara. Pues cuando comprendió lo que veía entendió el asunto; lo había oído en historias antiguas y en boca de sabios, mas pensó siempre que se trataba de viejas y alocadas leyendas, y no de una realidad.

—Impostor —susurró Narron con tanta sorpresa y fascinación que agradeció no tener pelo porque se le habría desprendido de la cabeza en ese mismo momento.

Zhul no dijo nada.

Capítulo 7

El corazón del falso hombre

Morgo se había recuperado de una manera que, a pesar de la existencia de la bellasabia, a la muchacha le resultaba difícil creer. Aun así se encontraba fatigado y exhausto, estaba muy lejos de poder caminar, y después de hablar durante un largo rato, le entraba soñolencia y se quedaba dormido, aunque fuera por unos momentos.

Cuando eso ocurría, se entregaba Salvia a muchos pensamientos diferentes, como qué haría a continuación. Morgo volvería a su lugar, allá en Mor Nasur, y aunque él le ofreciera cobijo y asilo en gratitud por lo que había hecho en su cuidado, no encontraba ella motivación para vivir en un sitio donde todos eran guerreros, incluso las mujeres, como había mencionado.

Pensó en viajar a alguna aldea cercana. Piedragris era bonito, y ya lo había visitado en el pasado cuando viajaba hasta allí para cambiar quesos, lanas y salazones de pescado por cosas de las que ellos no disponían, y las gentes eran amables y había personas muy ancianas y muy jóvenes, lo que indicaba prosperidad, pues a los unos sin los otros y los otros sin los unos no se les vaticinaba mucho porvenir. Allí podría trabajar en alguna cosa, pues tenían ovejas y ganado, y ella sabía preparar un cerdo, cocinar gallinas, recolectar pasto y no se amilanaba acarreando peso como cubos de agua o fardos de leña, y a cambio del trabajo podría alguien quizá proporcionarle un rincón donde dormir caliente, y tal vez algún bocado que otro, que ella con poco que comiese tiraba mucho.

Mientras pensaba en esas cosas, que no eran nimias ni poco preocupantes, se preguntaba otras.

«Pues si lo que dice Morgo es verdad, no necesitaré cobijo ni quehacer ni alimento alguno, si todo está condenado. Porque… ¿dónde habrá echado este hombre la espada esa? Que una cosa así tan historiada y con tantas maldiciones y cosas dentro debe refulgir entre

los arbustos, es lo que me digo», barruntaba para sí.

Era curioso, por cierto; cuando todo era normal y los días eran apacibles y tranquilos, se afanaba ella en muchas cosas y se desvivía llenándose la cabeza con quejas y lamentos. No en pocas ocasiones se comentaba a sí misma cosas como: «¡Aún no he limpiado los apriscos y ya voy tarde por el agua! ¿Ahora cómo lo haré? ¡Qué de tareas! ¡Qué de preocupaciones! —A lo que añadía a veces—: Cuando crezca yo un tanto y tenga más lunas encima me iré a algún otro lugar más tranquilo, donde no haya que trabajar tanto, ¡y donde sea dueña de mi tiempo!». Mas ahora aquella vida se le antojaba fácil, cómoda, y mucho le gustaría regresar a ella por mucho que tuviera que estar todo el día trabajando, aunque solo fuera para estar reunida con sus padres.

Mas se resistía todavía a irse muy lejos en busca de la espada, por si hubiera por allí guardias todavía, y todo lo más bajaba al río y llenaba el cubo con agua y regresaba a la cueva.

En una de estas encontró a Morgo no solo despierto sino incorporado; su espalda permanecía aún apoyada en la pared de la lobera, pero parecía estar mejor.

—¡Morgo Palis de Mor Nasur! —exclamó—. ¡Te encuentro muy mejorado!

Él levantó una mano y tendió la palma hacia ella, como pidiendo un momento.

—Mejor sí —asintió—, pero no va más allá, que aun esta postura me duele. Pero lo que era imposible ahora puede hacerse, gracias a esta bellasabia. —La hizo saltar en la mano, que allí la tenía—. Has de decirme todavía cómo acabó este prodigio en tu poder…, que eso de que una mujer te lo entregara es muy vago e impreciso.

Salvia asintió.

—De acuerdo, pero tú me dirás algo que he tenido yo en la cabeza como una piedrecilla en el zapato. ¡Que andaba con tantas cosas que no reparé en ella mas que en que algo era molesto en mi andar!

—Justo me parece —dijo Morgo sonriendo.

—Y puesto que soy una muchacha y se puede confiar en mí —dijo altiva y con sorna—, empieza tu primero, que luego yo cumpliré mi parte.

—¡Me doblego! —exclamó él levantando ambas palmas—. ¿Qué quieres saber?

—La historia de la piedra —explicó ella—. Para entenderlo todo. Pues dijiste que había una piedra en tu barco, y que era importante para la hoja, mas no me dijiste ni el cómo ni el por qué, y que tiene

eso que ver con todo este asunto de que el demonio escape.

Morgo asintió.

—Bien hilas las cosas en tu cabeza —manifestó—. Pues otros en tu lugar, de tanto tirar de madejas, acaban con muchos nudos y muchos cabos sin que sepan cuál corresponde con cuál.

»Pues bien —continuó—: Te diré que, al principio, la maldición era demasiado terrible. Demasiado. No había sangre en el mundo para alimentar la espada al ritmo que requería. Muchas vidas debían proporcionarse para acallarla, o empezaba a calentarse y temblar como si estuviera en uno y varios sitios a la vez y saltara de uno a otro. No se producían suficientes batallas en todo el ancho mundo, y nosotros no podíamos llegar a ellas a tiempo.

—Y… ¿qué hicisteis entonces?

—No empieces a atosigarme, Salvia Túneles —protestó Morgo—. Y déjame contar. Pues uno de los nuestros conocía a una mujer que estudiaba las cosas del mundo, y se sirvió de ella. Tenía esa mujer un lugar secreto donde almacenaba conocimiento y aprendía, en todo momento aprendía, de las cosas más sencillas y las más complicadas, a menudo conocimiento reservado del Mundo Antiguo.

—Pues… ¿cuál era su nombre?

—Mona, como tu oveja —soltó él.

—¡No te creo! —exclamó ella asombrada.

—¡Y haces bien! ¡Pues su nombre no importa en esta historia! Solo pretendo que no me interrumpas tanto como sueles hacer. ¡Pues no soy hombre de mucho hablar, y si me zarandeas, pierdo el hilo!

—Pues qué delicado, señor Palis de Nasur —observó ella con sorna.

Morgo soltó algunas palabras enfurruñadas que ella no alcanzó a entender, pues entre ellos los hijos de Mor Nasur hablaban en voz muy baja, apenas un susurro que podía compararse al frufrú de la brisa contra una sola brizna de hierba, que con el oído fino que tenían para ellos era suficiente.

—Iana Delorne —exclamó al fin Morgo—. Así se llamaba. Y en el rostro suyo faltaba un ojo que dio como pago a una entidad de otro tiempo y otro lugar, precio por el que proporcionaba vida prolongada, que ella necesitaba para estudiar todo cuanto pretendía conocer, pues tal era su obsesión.

»Así que varios de los hijos de Mor Nasur viajaron lejos, muy lejos al sur y al oeste, hasta la ciudad de Caltha Celeste, que por entonces era hermosa y apacible y contaba con casas anidadas a lo largo de profundos acantilados de rocas cubiertas de plantas verdes y lozanas, por cuya parte más inferior corrían ríos llenos de vida. Y allí dieron

con Delorne, y le contaron lo que ocurría.

»Delorne escuchó la historia, según dicen, mas no pudo solucionar su problema, pues en todo cuanto había aprendido del mundo no había encontrado ni una sola cosa creíble que hablara de demonios, ni había en el conocimiento antiguo cosa alguna sobre ellos, pues los Antiguos no tuvieron tratos con tales cosas.

—Oh, no —exclamó Salvia.

—Mas durante muchos días y muchas noches observó Delorne la hoja entera, y los que esperaban fuera dijeron haber oído en el cubil de Delorne ruidos muy extraños, como si el suelo se abriera bajo la tierra, y hubo luces y zumbidos como de nubes de insectos que no los dejaron dormir, y cuando Delorne salió de su cubil con la hoja, les entregó también otra cosa.

—La piedra —susurró Salvia expectante.

Morgo asintió.

—Muy sagaz eres tú —observó—. Aunque ya lo he dicho otras veces. En efecto, la piedra salió del cubil de Iana Delorne, y era negra y puntiaguda y tenía en el centro una hendidura, y quedó registrado en las memorias del pueblo que emitía destellos rojizos cuando la puso bajo el sol, mas puedo yo decirte, que la he tenido conmigo desde que no levantaba un palmo del suelo, que esos destellos quizá se perdieron en el tiempo, pues jamás los vi en ella.

—¿Qué… qué hacía la piedra? —preguntó Salvia.

—La piedra era… su lugar de reposo. Era el lugar donde colocábamos la hoja entre batalla y batalla. Si la dejabas allí dentro, su hambre se calmaba, o crecía más lentamente, como quieras verlo. Fue lo que Delorne nos dijo: «Dejad dormir aquí la espada, y lo hará tan profundamente que no sentirá hambre en un tiempo. No es definitivo, pero os dará un respiro».

Salvia pensó sobre ello durante unos instantes mientras Morgo acariciaba la bellasabia con el dedo y se aplicaba otro poco de curación en los labios. Estaba destinado a morir, mas ahora estaba convencido de que, en unos pocos días quizá, podría volver a caminar casi tan rápido como antes, y con tanta determinación. No es que le preocupara mucho, de todos modos; estaba tan convencido de que el mundo se acercaba a su final que lo único que tenía en mente era abandonar la lobera para ver los cielos arder.

—La piedra… ¿era una piedra en verdad? —preguntó Salvia—. O es solo una manera de llamarla.

—Piedra parecía —respondió él—. En los tiempos antiguos los hombres de Mor Nasur eran muy prácticos con las cosas. No tenían tiempo, formas o maneras o acaso ganas de inventar o poner nombres,

y así, si piedra parecía, piedra la llamaban. Pero por si te lo preguntas era negra y suave y lisa en sus lados, cortados como con un cuchillo grande, mas era pesada en extremo, tal como una piedra misma.

—Pregunto lo que pregunto porque me decía a mí misma que no he visto muchas piedras arruinadas por el fuego. Pueden tiznarse, según creo, y algunas, buenas para nada, se vuelven quebradizas, pero no la mayoría de las piedras grandes de montaña. Y si esta tiene poderes, puede que fuera aún más resistente.

Morgo asintió.

—Ya sabía yo por dónde iba esa cabeza tuya —observó Morgo—. Que si la piedra no fue destruida por el fuego, bien podría estar en el fondo marino, o varada en la playa. Y que podría recuperarse.

—¡Eso mismo! —exclamó Salvia.

—Por lo que sé, si Narron buscó la espada, debe de tener también la piedra, que de las dos cosas tenía conocimiento. Y si Narron no la tiene, tampoco importa, pues estás contenta porque podrías, tal vez, encontrar la vasija donde guardar la leche, pero olvidas que aún no tienes la vaca. ¡Una cosa cada vez! —exclamó él—. Encontremos la hoja primero, y ya veremos si podemos localizar también la piedra.

—Bueno —dijo ella—. De acuerdo.

Examinó el cuerpo delgado de Morgo, pensativa, y preguntó:

—¿Cuándo crees que podrás caminar otra vez?

Morgo movió ligeramente las piernas, compuso una mueca de fastidio, y sacudió la cabeza.

—Puede que en unas noches con sus días —dijo.

—Pues date prisa en sanar —lo instó ella—. Tenemos que ir a la playa y buscar la espada por allí. La arena es traicionera, se apresura siempre a tapar cualquier cosa que se te caiga y no la vuelves a ver más, pues una braza de arena es igual que otra y así una y otra vez.

—De acuerdo —asintió él con sencillez.

Salvia sonrió ligeramente; le complacía que, por una vez, estuviera de acuerdo en algo, sin quejas ni protestas.

—¡Entonces te parece que la hoja puede todavía recuperarse!

Morgo sonrió con una mueca.

—Me parece, niña —susurró con indulgencia—, que lo que tramas es una manera tan buena como cualquier otra de dejar pasar el tiempo mientras esperamos el final inevitable.

Salvia se cruzó de brazos y se echó hacia atrás, visiblemente molesta. Estaba claro que Morgo Palis, en ocasiones, era un verdadero incordio.

—¡Impostor! —había exclamado Narron cuando vio lo que Masta Zhul le mostraba en su hogar heredado de los Antiguos, hacía ya algún tiempo.

Pues lo que veía creyó al principio que se trataba de un espectro, pues se veía a través de ello, y el tono era azulado y brillante, como el de las luces, y conformaba un cuerpo, pues en él se veía, muy a las claras, el torso y la cabeza, los brazos y las piernas, pero un espectro en pena debía de ser, pues todos los miembros estaban separados del cuerpo y flotaban en el aire como cosa de magia. Mas unos instantes después se fijó mejor en los brazos y las piernas y no eran como los de los hombres mortales, con carne y huesos que van por dentro de esta, de los cuales había visto muchos y eran todos iguales. Lo que veía eran metales, y hierros y bolas de hierro que se unían unas con otras, y otras partes extrañas cuyo aspecto recordaba a los cachivaches de los Antiguos, y la cara, que era como la armadura de aquel extraño, no cubría una cara, sino más aceros y metales de los Antiguos, y por venas tenía líneas negras por las que no fluía sangre, y había cosas allí expuestas que ni entendía ni entendería nunca.

Narron Hojaparda De Calderos había oído hablar de tales cosas. Se contaba, o se sabía, o se decía, que una de las proezas de los Antiguos había sido fabricar vida: una suerte de hombres que no estaban hechos de carne, sino de hierro y otros metales, y que se movían y hablaban como los hombres; pues si los hechiceros habían animado piedras y creado sirvientes espectrales y servidores asesinos con ellas, al igual que con el fuego o el agua, los Antiguos consiguieron crear falsos hombres que hablaban como ellos, pensaban como ellos y se movían como ellos.

Los llamaban Impostores.

Narron miró al Impostor, perplejo y sorprendido, pues ni aunque viviera hasta el fin de los tiempos pensaba él ver con sus propios ojos algo así.

Zhul liberó su brazo y Narron se apresuró a alejarse unos pasos. Luego, el Impostor abrió ligeramente las piernas y agachó la cabeza, con ambas manos sujetas a su espalda.

—Me llamo a mí mismo Masta Zhul, pues son dos palabras que tienen sentido para mí y explican mi existencia —dijo entonces en voz baja—, la cual tomé prestada del ingenio de hombres que perecieron tiempo atrás. Es curioso cómo consiguieron crear una suerte de vida, pero no consiguieron salvar la suya, pues de estos no queda ya ninguno, en ninguna parte, y los hijos de los hijos de los hijos de estos, los cuales forman una extraordinaria cadena que se pierde atrás en el

tiempo, han olvidado de dónde vienen, que se sabía antaño, y todo lo demás.

—No consigo yo entender tu parloteo —soltó Narron, todavía asombrado. Veía su cuerpo moverse y su cabeza girar de un lado a otro mientras hablaba, mas le parecía un prodigio que no hubiera salido aquel hombre del vientre de una madre, sino de una forja mágica o alguna cosa similar, y que lo hubieran construido con tenazas, martillos y otras herramientas, que herramientas eran, por mucho que él no pudiera saber qué eran o para qué servían aunque las tuviera delante. Y cómo habían embutido entendederas en su cuerpo de metales extraídos del suelo, y le habían dado garganta, lengua y pulmones para hablar le resultaba fascinante. Su mente imaginó fuelles mágicos insertados en su dura piel, que bombeaban el aire arriba y abajo para producir sonidos.

—Tanto da, Narron Hojaparda De Calderos —dijo Zhul—. Que esto no incumbe a nuestra historia, ni quiero yo que aprendas nada de cuanto ves, pues no es el momento ni el lugar, ni lo será hasta dentro de tanto tiempo que el mundo ya no será lo que es, sino alguna otra cosa.

—Pues si eres un Impostor, ¿qué decías de un corazón? —preguntó Narron—. Y si acaso lo era, ¿qué hacía fuera de tu cuerpo? ¿Cómo puedes estar vivo con tu corazón metido en una jaula de metal?

—El corazón de un hombre es su motor, Narron Hojaparda. Si le quitas el corazón a un hombre, morirá. Sin ese corazón, por mucho que lo veas fuera de mi cuerpo, también yo me extinguiré.

—¿Y por qué te obcecas tanto en vivir si, como creo, llevas viviendo más tiempo que el más viejo de los hombres?

Masta Zhul levantó ligeramente la cabeza, produciendo, como siempre, un suave siseo. Ahora entendía Narron el sonido que generaba con todo movimiento, porque no era carne en movimiento sino metales y poleas y cosas de las que no sabía nada, y esas partes al moverse cimbreaban para ajustarse.

Narron pensó que le encantaría partirlo en dos con un hacha para ver su interior. Y por unos breves instantes pensó que quizá pudiera replicar lo que encontrara allí y fabricar una pequeña hueste de Impostores que le rindieran homenaje y pleitesía, que mucho le parecía que ni el más bravo de los guerreros de Mor Nasur podría hacerles frente.

—Es mi destino —exclamó Zhul—. Es lo que hago. Para eso fui concebido, para… prevalecer. Es mi necesidad, Narron Hojaparda De Calderos. Todo mi cuerpo reacciona al instinto básico y primigenio de

sobrevivir. Debo hacer cuanto esté en mi mano para seguir aquí, atento a los cambios en el mundo, observarlos y registrarlos.

Narron asintió.

—Quieres vivir —dijo—. De acuerdo. Mas no entiendo qué puedo hacer yo por ti, pues no sé cómo funciona el corazón de un Impostor, ni tengo yo conocimientos de hechicería para alimentarlo, curarlo o restaurarlo, o lo que sea que necesite. Que si es de metal como creo, quizá tengas necesidad de un herrero que sepa trabajar con armaduras mágicas, de los cuales hay pocos pero los hay.

—No, Narron Hojaparda. Nada de eso me serviría, o tendría ya aquí una hueste de herreros trabajando para mí.

—Pues entonces explícate —lo instó—. Que estoy harto ya de hablar contigo, ahora que sé que eres un falso hombre, y no me suena muy diferente dialogar contigo que hacerlo con una veta de hierro en el corazón de la montaña.

Masta Zhul levantó una mano y se miró los dedos. Ahora que la veía bien y de cerca, no sabía cómo había pensado él que podía tratarse de una armadura. Eran dedos largos y delgados, de manera que en su interior no cabrían huesos y carne. Y para añadir más, tenía en los pliegues de estos hendiduras oscuras, como anillos engastados, por los que no cabría un dedo del tamaño del de un niño. Mas mientras hacía bailar los dedos, como admirado de su prodigiosa capacidad, Zhul siguió hablando.

—Durante largo tiempo pude pensar y estudiar mi problema —explicó—. Sabía que mi existencia llegaría a su fin, y que mi deber como heredero del conocimiento antiguo era… continuar, por supuesto. Mas fabricar un corazón nuevo era tarea imposible, pues se precisaba de numerosas cosas que se producían en otras partes del mundo, las cuales ya no existen, y no se pueden restaurar. Así que pensé… que debía adaptar mi corazón al mundo, y no el mundo al corazón.

Narron no dijo nada. Apenas comprendía una parte de lo que le decía, pues siempre parecía hablar como si planteara un enigma que debía resolverse.

—La perdición de los Antiguos —continuó Masta Zhul— fue la magia. Lo que llamáis magia. Llegó a su mundo de un lugar tan remoto que ni en sus inimaginables transportes habrían podido llegar jamás, pues no era distancia lo que había que recorrer para encontrar su fuente, sino tiempo, y este discurría siempre hacia delante, sin que hubieran podido ellos hacer nada por alterarlo. Esa debilidad… los sorprendió y los hundió, y solo unos pocos quedaron, tan pocos que no pudieron restablecer el mundo como estaba planteado, y lo dejaron

morir y caer en el olvido, sus ciudades y grandes construcciones sepultadas por las arenas del abandono y las grietas del declive natural de las cosas.

—La magia… —dijo Narron con torpeza.

—Efectivamente, Narron Hojaparda De Calderos. Me alegro de que me sigas. Entenderás que la magia, una intrusa como tú dices en el mundo antiguo, era un contendiente poderoso. Mucho tiempo habéis tardado vosotros en aprender a arañar su verdadera capacidad, pero los hijos de los hijos de los hijos de los Antiguos empezaron a nacer con cada vez más dones, y la magia respondía ante ellos, cada vez más, hasta esta edad en la que estamos.

—No sé yo mucho de magia —afirmó Narron.

—Ciertamente, luchador —dijo Masta Zhul—. Y en eso estamos hermanados, pues tampoco yo puedo sentirla, o verla, o crearla, medirla o siquiera estudiarla. Es una carencia terrible de la que me apeno en la medida en la que uno puede apenarse.

»Durante largo tiempo he buscado la magia por el ancho mundo —siguió diciendo Zhul—. Y he conseguido objetos en los que los artesanos hechiceros han embutido magia y los han vuelto sorprendentes, únicos y especiales. He intentado utilizar la magia encerrada en ellos para alimentar mi corazón, y he aquí que obtuve tanto el éxito como el fracaso haciéndolo.

—¿Cómo es eso posible? —quiso saber Narron—. O ganas, o pierdes. ¡Las dos cosas a la vez no son posibles!

—Tu perspectiva de las cosas es sencilla, luchador —dijo Zhul bajando otra vez la voz—. Pero me ratifico: tuve éxito porque conseguí restaurar un poco mi corazón, lo que era sin duda un gran descubrimiento y un gran avance. Pero un fracaso porque el nivel de restauración era tan bajo que calculé que necesitaría diez veces diez el número de objetos embebidos con magia que han existido en el mundo en todo momento.

Narron sacudió la cabeza. No era capaz de calcular o visualizar lo que el Impostor decía, pero parecía, de todos modos, una cantidad desorbitada.

Masta Zhul pareció detectar eso.

—Tenía un pájaro, Narron Hojaparda. Y yo necesitaba todo el cielo lleno de pájaros, en todo el mundo, todos los cielos, y aun los pájaros suficientes para llenar cada porción de tierra, sobre cada rama de cada árbol, sobre todos los tejados de cada casa.

Esta vez Narron soltó una carcajada.

—Vas a morir, Impostor —declaró.

—He aquí que tal vez no —lo rebatió Zhul—. Pues cavilando yo

sobre el dilema, encontré una leyenda que me satisfizo, que tengo yo ojos y oídos en más sitios de los que piensas. Pues si la magia podía reparar mi corazón y prolongar mi vida, a través de esa leyenda supe de la existencia de algo, o de alguien quizá, que podía no solo prolongar la vida de este órgano vital; podía repararlo tan por completo… que no tendría que preocuparme de ello por siempre jamás.

—¿Qué… qué leyenda? —preguntó Narron, empezando a atisbar lo que el Impostor quería de él. Y abriendo mucho los ojos a medida que la sospecha penetraba en sus entendederas, compuso una expresión de intenso asombro y dejó que su boca se abriera componiendo un círculo perfecto.

Y sus sospechas se confirmaron.

—La leyenda de Excessus —declaró el hombre falso—. La Espada Negra de Mor Nasur. Por eso te he atraído aquí, Narron Hojablanca De Calderos.

3

Masta Zhul se acercó caminando hasta el solitario Narron Hojaparda, y cuando estuvo cerca, el segundo descendió de su caballo con un sencillo movimiento y un grácil salto.

—¿Dónde está? —dijo Zhul.

—Hemos tenido algún contratiempo —explicó Narron—. Pero mis hombres están buscando en estos momentos.

—¿Buscando? —preguntó el Impostor.

—Por todas partes. Todos mis hombres, y vienen más hacia aquí. Daremos con ella y podrás tenerla, y cerraremos nuestro trato.

—Nuestro trato acabas de romperlo, Narron Hojaparda De Calderos —exclamó Zhul.

—No estoy yo de acuerdo con eso —replicó Narron—. Pues te dije que tendría la espada, y la tendré, que me parece que más deseo yo la resolución de este trato que tú mismo, por mucho que te vaya la vida en ello. Solo debes tener un poco más de paciencia, que algunas montañas no salieron del suelo como son ahora ni lo hicieron en una mañana.

—¿Qué parte del trato has cumplido, pues? —preguntó el Impostor.

—Ya he destruido ese buque monstruoso y acabado con todos los hijos de ese credo enfermizo, que era la parte en la que menos confiabas, ¿recuerdas? —declaró Narron con una sonrisa. El calor lo hacía sudar por todas partes, y se sentía molesto por ello.

—Siempre confío en mis previsiones.

—Pues tus previsiones fallaron, tengas las entendederas de metal o de oro o de alguna otra cosa valiosa —respondió Narron—. ¡Pues mira la playa! Aquellos restos negros como huesos bajo el sol son los restos de Madre. Y si te acercas, verás los cadáveres de sus hijos, todos muertos, la arena llena de sangre.

—La estrategia funcionó —dijo Masta Zhul.

—Sí —asintió él—. Admito que lo que enterramos bajo la arena hizo su parte, invocando todos aquellos gólems. Creo que Morgo Palis nunca vio tanta hechicería junta en un solo lugar… y toda contra él.

Rio con voz socarrona, los dientes expuestos como los de un lobo.

—Y a pesar de todo, has fallado —insistió Masta Zhul.

—Por todas tus previsiones, certeras o no, y todos los trucos de orfebre loco que te dan vida —soltó Narron—, que no he fallado, te digo y te repito. ¡Espera un poco, es lo que pido! No te trae ya cosa de días que obtengas tu espada y acabe todo este asunto. ¡Así te la claves y explotes como un volcán!

Masta Zhul miró alrededor.

En otro tiempo, antes, mucho antes, habría rastreado con facilidad la zona con los ingenios instalados en su falso cuerpo. Muy poco le habría costado encontrar huellas, rastros y pistas sobre el paradero de la espada, y habría corrido por el valle siguiendo cada indicio a la velocidad de un caballo desbocado, o más aún. Habría encontrado a cada persona viva que estuviera alrededor, y habría sabido con solo situarse a cierta distancia si era portador de la espada o no. Pero de eso hacía demasiado, pues su vida se extinguía, y contaba con cada vez menos habilidades. Demasiado le costaba ya moverse siquiera, o pensar, para el caso.

Sin embargo, sus previsiones le indicaban que había una posibilidad muy alta de que Narron fallara, y que toda vez que las arenas caían por el delicado embudo del reloj del tiempo, esas posibilidades disminuían, pues la espada podía estar viajando lejos.

Masta no estaba enfadado, porque no sabía nada de tales sentimientos. Tampoco estaba interesado en castigar a Narron, pues ejecutarlo o penalizarlo con daño solo recortaría su vida, y de todos modos, era todavía, y a pesar de todo, una posibilidad. Remota, pero una posibilidad; era aún posible que localizara la espada por él. Así que mientras Narron farfullaba y le arrojaba largas explicaciones sobre lo que sus hombres estaban haciendo, Zhul empezó a estudiar previsiones y, casi al instante, se acercó al caballo de Narron y subió a él con gracilidad.

El caballo relinchó brevemente.

—Espera —dijo Narron—. ¿Montas a caballo?

—Hago lo que hay que hacer —dijo Zhul.

—¿Adónde irás, pues?

—A la playa —respondió el Impostor—. A ver qué ocurrió y qué pudo ocurrir para averiguar qué ocurre.

Narron no comprendió del todo lo que el Impostor había dicho, pero lo dejó ir. En realidad empezaba a estar cansado de este asunto, pero encontrara la espada o no, él iba a ganar de todas maneras, pues sabía dónde vivía el hombre falso y por todo lo que tenía allí podría trazar grandes, muy grandes planes.

—Adiós, Impostor —susurró con una sonrisa mientras Zhul se alejaba.

Capítulo 8

El lugar más hermoso del mundo

—Cuéntame algo sobre el mundo —pidió Salvia de repente.

Morgo la miró con sorpresa, como si le hubiera pedido que, de repente, bailara sobre un solo pie.

—Sobre… ¿el mundo? —repitió Morgo sin comprender del todo.

—Sí —asintió ella, acomodándose sobre sus propias piernas en el suelo—. Tú has visto muchas cosas. Has viajado. Has ido lejos. Has conocido gentes y lugares. Yo no he ido más allá de un par de aldeas en alguna dirección. ¡El lugar más excitante que he visto es Umbralia, que es grande y tiene playa, y debido a eso puedo decir que lo más fascinante que he visto es el océano. Aunque ver parir al ganado también es muy digno de contar, imagino, para algunas personas que viven en sitios grandes como las grandes ciudades, donde mi padre dice que la gente no acostumbra a tratar con animales y compran sus huevos, la carne y la leche en los mercados que instalan en las calles…

—¡Detente! —la instó Morgo—. ¡Parloteas como una abuela que no puede ya levantarse de su silla y tiene que contentarse con envenenar el silencio con sus sonidos!

—¡No soy tal cosa! —exclamó ella, sorprendida.

—Pues deja de comportarte así —repuso él—. Que si pides una cosa y esa cosa es que alguien hable, deja que lo haga.

Salvia pensó en eso y asintió, pues tenía sentido. Pero en su defensa cabe decir que nunca había estado tanto tiempo con alguien que fuera tan curioso, tan fuera de lo común, o alguien del que supiera tan poco, pues las gentes de la aldea las conocía demasiado bien y ya sabía todas sus vivencias y cosas reseñables, que lo más extraordinario que podía ocurrir allí era que alguien dejara caer un huevo del capazo y este rodara por el suelo hasta acabar entre alguna piedra, por la inquietud que causaría saber si dicho huevo se había roto o no. Le resultaba interesante y una situación novedosa que

empezaba incluso a disfrutar, y si el mundo iba a acabarse, quería saber de él cuanto pudiera.

—Está bien —susurró Morgo—. El mundo… —Pensó por unos instantes—. Así que… nunca has salido de la región. Te has criado entre estas colinas y montes bajos, y llamas a Umbralia una gran ciudad…

—¡Y lo es! —protestó ella.

—En verdad te digo, muchacha, que puedes estar satisfecha.

—¿Satisfecha?

Morgo asintió.

—Te has criado en un lugar hermoso, rodeada de verdes pastos, árboles, ríos… y montes con loberas donde ya no hay lobos. No hace demasiado frío en invierno ni demasiado calor en verano, y puedo decir, sin riesgo a equivocarme, mirando cómo hablas y cómo te comportas, que tanto tu familia como tus vecinos han sido siempre gente amable, enemiga de los problemas, amantes de la tranquilidad, sin que nadie diera nunca una voz más alta que la otra. Has confiado en mí aun cuando sabías que era un asesino, y no solo me has ayudado sino que te has quedado sin temer que pudiera yo clavarte un puñal solo porque sí, o algo aún peor. Has vivido ausente de las inquinas, la miseria y las confabulaciones del corazón y la mente de los hombres.

Salvia pestañeó. Nunca lo había pensado así, pero, en cierto modo, Morgo tenía razón.

—El mundo es un lugar muy grande, niña —siguió diciendo este—. Mucho más grande de lo que te atreverías a imaginar. Las tierras son vastísimas y se tardan lunas completas en atravesarlas, incluso a caballo, aun sin descansar un solo instante. Y después de esas tierras hay océanos gigantescos, grandes como el firmamento o más grandes aún, océanos que requieren aún más tiempo para ser recorridos, y tan profundos que si pudieras sumergirte y respirar agua en lugar de aire, te volverías anciana buceando hacia abajo sin llegar nunca a ver el fondo.

—¿Y más allá? —preguntó con una sonrisa—. Pues… todavía más tierras, tierras diferentes, algunas heladas de manera permanente, siempre afectas por nieves que caen constantemente del cielo, y otras secas y áridas donde no llueve nunca y hay criaturas bestiales que deambulan por ahí o viven bajo la arena y harían que se te volviera el pelo blanco.

Salvia escuchaba con la boca abierta y los ojos brillantes, la cabeza apoyada entre ambas manos.

—Debes saber que el hombre se ha extendido por casi todas

partes, pues su afán es siempre ver qué hay al otro lado de la siguiente montaña, y allí muchos construyen aldeas, que con el tiempo prosperan y se convierten en ciudades, aunque hay páramos tan hostiles que están despoblados pues son pura roca, rocas puntiagudas, y cenizas, y tierra estéril que no produce ni ha producido nunca nada. En algunos de esos lugares moran seres depravados con la piel dura como la piedra, seis pares de ojos y las manos velludas como las pezuñas de un perro.

—¡No me cuentes cuentos para críos! —protestó Salvia.

—¿Cuentos? —replicó Morgo—. Eso… eso crees. En verdad has tenido una existencia muy sencilla. Valiosa. Cualquier patán de una ciudad como Parada Gris te hablará de esos y otros seres, y lo hará con la voz ronca y el miedo en los ojos, y puede que alguno se abra la camisa sobre el pecho para enseñarte una o dos cicatrices profundas y negras, de cuyas consecuencias morirán más pronto que tarde. Esos seres no son algo excepcional; cualquier hombre los conoce, incluso las mujeres que vigilan el ganado prefieren el hogar a las aventuras y viajan poco, los conocen. A esos y a los morgs abyectos que moran en cuevas, o los necrófagos que se alimentan de cadáveres y carroña y cavan túneles donde roen huesos, o los seres espectrales como los de Dor-Intur, la necrópolis maldita del reino de Kerania, vigilada por seres invisibles que al atravesarte te congelan el cuerpo y te paralizan, si tienes suerte, y si no te dejan ciego de por vida.

Salvia se estremeció. Ni en toda su vida hubiera ella imaginado que convivía con tales cosas.

—Hay cosas que no habrías imaginado por mucho que hubieras vivido en estos prados y estos valles, muchacha, y habrías llegado a vieja y habrías muerto entre los tuyos sin que nadie te advirtiera de ellas ni las oyeras en parte alguna, pues muchas de esas cosas andan lejos, muy lejos de estas tierras, aunque otras acechen a no tantos días de camino.

»Hay seres que llamamos trashumanos, que son quizá anteriores al hombre en el orden de las cosas, y son pequeños y de un tono púrpura, aunque los hay verdes como sapos de río y marrones como cortezas de árbol, y no tienen cuello y no es posible dialogar con ellos porque siempre se apresuran a quebrar tus brazos y piernas apenas les des oportunidad. Y hay hechiceros que se han perdido en los mundos de los sueños, enredados y confundidos por sus estudios sobre magia, y ahora tienen una existencia entre este mundo y el de las pesadillas, y allí han construido otro tipo de ciudades donde no hacen falta escaleras ni rampas, pues el orden de las cosas es allí otro.

»Y dices que Umbralia es una gran ciudad, pero hay sitios que

son, con facilidad, cien veces más grandes. En ellos vive tanta gente que la comida existe abundante para unos pocos elegidos y escasea para la mayoría, y la gente discurre por las calles con puñales ocultos en sus capas, y así te vean dándole un bocado a un mendrugo de pan, clavarán su cuchillo en tu cara para arrebatártelo.

—¡Qué espanto! —profirió Salvia, horrorizada—. ¡¿Qué dices de puñales en el rostro?! ¡Yo quería que me hablaras de lugares bonitos! ¡De sitios hermosos, llenos de luz! ¡Ciudades blancas de grandes torres tocadas por flameantes banderas de colores brillantes, plazas donde hay músicos y grandes salones donde hay fiestas y hombres y mujeres educados que se saludan al pasar con gestos bonitos y sonrisas!

Morgo soltó una carcajada.

—Pues bien —dijo él—, que todo eso existe en verdad, muchacha. Si eso te tranquiliza o lo prefieres. ¡Existe sin duda! Todo eso que has contado lo hay en alguna parte, pues el mundo es como la tierra y el agua, de lo que encontrarás en igual medida. Tanto hay bueno como malo, y por cada hombre llevando un puñal hay otro que porta una rosa, y por cada mujer que ama hay otra que odia. Y por cada corazón incapaz de hacer cosa buena alguna, destinado solamente a conspirar, urdir en las sombras y clavar hierros en las carnes de los inocentes y verter sus sangres, hay otro que es capaz de tocar un instrumento de madera y producir sonidos que componen una música tan relajante como el canto de los pájaros, ¡aún mejor!, y otros hacen cosas con las manos como imitaciones de la vida…: pájaros, patos, osos, caballos o personas que hacen salir del barro común y cuecen en sus hornos para que no pierdan firmeza y resistencia.

—Eso me… gusta más —declaró ella.

Permanecieron en silencio unos instantes, y Salvia estuvo pensativa, la mente decorada por las cosas que Morgo había descrito. Y de pronto sintió una curiosidad creciendo en su interior.

—¿Qué es lo más hermoso que has encontrado en tu devenir por el mundo? —le preguntó con renovado entusiasmo—. ¡Debe de haber un lugar o un par de lugares a los que llames tus favoritos! Uno al que vuelves con la mente cuando estás a disgusto en algún sitio o cuando estás harto o cansado o enfadado. ¡Uno que te traiga paz y te haga sonreír! ¡El más hermoso!

Morgo pensó un momento.

—La torre de Elissa De Orister —susurró.

—Oh —exclamó ella fascinada—. ¡Cuéntame más cosas de esa torre! Pues… ¿cómo es?, ¿es muy alta?, ¿refulge bajo el sol como una almenara por las piedras preciosas engastadas en ella?, ¿es acaso de jade verde y de prismarina azul? Pues… ¿qué hay en su interior?

¡Imagino yo escaleras de luminosa piedra que ascienden girando sobre sí mismas alrededor de una columna de oro!

Morgo asintió.

—La llaman torre, pero no es una torre, es una casucha de suelo permanente cubierto de la hidromiel y la bebida fermentada y el vino que vierten sus ebrios clientes, y lo más preciado que hay allí son los taburetes de madera, cuyas patas están esculpidas como piernas de mujer. Mas creo que la llaman torre porque esa palabra recuerda a un miembro viril, pues en su interior tiene Elissa a las veinte mujeres más hermosas del mundo, y puedes yacer con ellas un rato o dos, o tres, siempre que puedas pagarlas, ¡y hacen cosas que nunca has visto o creído que se pudieran hacer!

Salvia se echó hacia atrás, atónita y perpleja. Al principio estaba algo confundida, mas después confirmó ella que él estaba riéndose a su costa, y se enojó tanto que se levantó de un salto, el rostro encendido de enfado.

—¡Pues que lo más bonito que hayas visto sean taburetes como piernas de mujer, Gorgo de Palis, más que gorgo! —explotó—. ¡Y mujeres a las que pagas para que estén contigo! —Dudó unos instantes, farfullando, y luego soltó—: ¡Vaya!

Y se dio la vuelta y se dirigió a la salida de la lobera, tomando por el camino su única posesión en ella como si quisiera dejar claro que no iba a volver, el cayado del rey, y se marchó.

Morgo se quedó allí, riéndose a mandíbula batiente, con tantas ganas e intensidad que el costado le descargó dolores supinos; mas mucho le pareció a él que merecía la pena, pues ni en la torre de Elissa De Orister se había reído tanto ni lo había pasado tan bien.

2

Salvia encontró a Mona en el exterior, un poco más arriba, mordisqueando apaciblemente unos brotes de hierba que lucían saludables bajo el sol.

—¡Pues tendrá el brazo fuerte como el tronco de un roble! —le explicó, enfadadísima, a la oveja—. ¡Pero de conversación anda peor que un pez de río! ¡Qué le costaba contarle a una muchacha de aldea de las cosas del mundo, que a poco que me cuente tendré yo alimento para mis ratos a solas por treinta lunas y un día!

Mona levantó la cabeza, la miró brevemente, y regresó a sus ocupaciones.

—¡Es un gorgo! —proclamó mientras se apoyaba en el cayado, que parecía construido para servirle perfectamente en altura, como

hecho a medida—. ¡Un gorgo de torneo de justa! ¡Un balancín pedorreta! ¡Vaya si lo es! ¡El tocón de un granjero idiota que solo pone en él su trasero sin hacer ninguna otra cosa!

Así estuvo un rato, tan enfadada estaba, andando de un lado a otro sin destino ni propósito, y a veces ascendía por las rocas y a veces descendía, y estaba tan fuera de sí que aunque tenía el estómago lleno por gracia de la bellasabia, tomó unas raíces del suelo y las mordisqueó con fruición solo para escupirlas, sujetando el cayado con tanta fuerza que parecía querer hacer mosto de él.

—Un gorgo subido a una rama —siguió—. Sí, eso creo. Una bellota en un nogal, que ni sabe qué hace allí ni florece ni se cae. Y un maleducado. Quiere… ¡quiere todos sus recuerdos del mundo para él! ¡Pues así se los quede, que no hago yo con eso nada, pues tendré los míos propios, y cuando pase por la torre de Elissa me reiré yo de los alcornoques tostados que pierden el tiempo en su interior!

Mas cuando estaba entregada a sus enfados y sus pataletas, una voz sonó de pronto tan cerca de ella que se asustó y se echó hacia atrás como si la hubieran empujado.

Salvia… hija mía, dijo la voz.

Salvia compuso una expresión de estupefacción. Su corazón bombeaba a toda velocidad, y lo hizo tan repentinamente que percibió un impacto en la sien como si le hubieran dado con un martillo.

Reconocía la voz, pues la había oído y amado durante toda su vida.

—Padre —susurró, y luego se incorporó con rapidez fulgurante y miró alrededor, dando vueltas sobre sí misma, y llamó esta vez con más fuerza sin que consiguiera ver aún nada—: ¡Padre!

¡Silencio, Salvia!, exclamó la voz, y otra vez la sintió tan cerca que la chica dejó escapar un pequeño grito de sorpresa.

—¡Padre!

Escucha, hija —dijo la voz de tu padre—. *Guarda silencio. ¡No hables ni digas nada usando la voz, que así no puedo oírte! Solo piensa lo que quieras decir, que yo lo oiré…*

La muchacha tenía los ojos tan abiertos que parecía que iban a salirse de las oquedades del rostro. Mas estaba tan sorprendida que llamó de nuevo a su padre de viva voz, y haciendo eso se llevó la mano a la boca y la cubrió. Mas su cabeza era un torbellino de preguntas y voces muchas, todas de ella para ella, y tuvo que esforzarse para concentrarse en una sola.

¿Padre?, preguntó.

Ahora te oigo, dijo la voz de su padre en su cabeza.

—¡Ay! —exclamó sin poder evitarlo, y se llevó otra vez la mano a

la boca para cubrirla, pues ahora se daba cuenta de que no había oído la voz muy cerca de ella, sino en el interior de su cabeza, cosa de la que no se había dado cuenta por inverosímil.

Hija.

Padre, ¿dónde estás?, preguntó, aunque su línea de pensamientos se mezclaba con otras voces que rebotaban en su mente y que le costaba trabajo apartar, algunas de las cuales eran del tipo: «¿Cómo es posible? ¡Padre está vivo! ¿Está vivo? ¿Por qué no lo veo? ¿Cómo puede padre hablarme a la cabeza?».

Padre tardó un poco en responder, como si atendiera todas y cada una de las voces en la cabeza de Salvia.

Témome no estar vivo ya, hija —dijo la voz al fin—. *Pues te hablo desde la Escalera del Mérito por la que transito, que la vida la perdí cuando la casa nuestra se desmoronó en mitad de la noche*.

Salvia no pudo evitar echarse a llorar. Había estado en una suerte de trance, el cual desconocía por no haber perdido nunca a nadie relevante en su vida, aunque sí se había dolido de la partida de algún vecino, como la vieja Sures, a la que le llevaba panecillos cuando en casa los hacían, que eran suaves y esponjosos y podía ella comerlos bien por haber perdido los dientes hacía ya tiempo.

Mas no llores —dijo la voz—, *que tu madre y yo estamos bien, y hemos hecho méritos para ascender por la Escalera, y nos esperan tierras verdes y apacibles donde no faltará de nada, y habrá fuego que caliente y leche y todas las cosas*.

—Padre —dijo en alta voz, y se corrigió y se calló, y empezó otra vez a pensar las cosas en vez de pronunciarlas.

Padre, pues… ¿qué haces hablándome en mi cabeza? Que no pensé yo que tal cosa era posible porque nadie me había advertido nunca de ello.

Es un favor especial que se me ha concedido —dijo la voz del padre — *para advertirte de ese hombre que está en la lobera*».

Salvia dio un respingo.

Ahora me estás asustando, padre.

Bien harás si con ello tomas medidas y me haces caso, pues todo cuanto queremos es que estés bien y vivas feliz y a salvo.

Mas… ¿qué ocurre, padre?

Ese hombre es un asesino de corazón frío y terrible, y sus entrañas se han vuelto negras por mor de asesinar a quienes no debía ni formaban parte de sus planes. Su mente abyecta solo piensa en verter sangre, y para ello conspira y miente, pues todo lo que sale por su boca son engaños y argucias.

—Pero padre —empezó a decir Salvia de viva voz, y otra vez se vio obligada a corregirse—: *Pero padre, ¡si es un hombre bueno!*

¡*Aléjate de él, Salvia!* —exclamó la voz—. *Tu madre y yo te lo ordenamos. ¡Aléjate de él o acabará por asesinarte! Y recuerda una cosa, eres aún joven para llegar donde estamos nosotros ahora… Te quedarás en las tierras más bajas, con gente que no conoces, para siempre*.

Salvia no dijo nada. Tenía demasiadas cosas en la cabeza y demasiadas lágrimas en las mejillas.

Padre, llamó, mas tampoco recibió respuesta. Y llamó por segunda vez y por tercera, mas ninguna de esas veces quiso su padre responderle, y pensó ella que sin duda le habían dado apenas un tiempo muy pequeño para contactar con los vivos. Se lamentó de ello, porque hubiera dado cuatro de sus diez dedos por hablar con él una última vez, pues no había podido despedirse ni darle un último abrazo.

Lloró un tiempo desconsolada, y las lágrimas calientes resbalaron por sus mejillas; pues la impresión había sido mucha y tenía las palabras del padre aún en la cabeza. Mas al otro lado después de la muerte debían de ser las cosas un poco distintas, se dijo, pues el padre la había llamado por su nombre, o hija, y ninguna de las dos cosas las usaba mientras estaba vivo y sus pies tocaban la tierra al caminar. Para él era Sal, solo Sal, pues decía que cuando corría por los sembrados siendo niña por allí ya no crecía nada, como si los hubiera agostado, igual que la sal.

Sin embargo, no le prestó demasiada importancia a esa idea.

Miró las rocas peladas y desnudas que se amontonaban por allí y se planteó recorrerlas para alejarse. Ella podía pensar una o dos cosas sobre algo, pero padre era muy adulto y lo que ella estaba viviendo él lo había vivido ya, y lo que para ella era nuevo, para su padre era algo ya visto y viejo.

Miró a Mona con inquietud.

—Pues… ¿qué vamos a hacer, Mona? —preguntó.

Mas la oveja, apuntalada en una roca sobresaliente que parecía un malecón entrando en el mar como punta de flecha, miró abajo y baló como con emergencia.

Salvia frunció el ceño.

—¿Qué pasa, estúpida? —dijo—. Siempre buscando el protagonismo.

Mas cuando se acercó a la roca fría y miró abajo, enmudeció: o sus ojos la engañaban o había alguien ascendiendo por los arbustos hacia ella.

Llegó Masta Zhul a la playa después de solo unos momentos a lomos del caballo de Narron. Un gran transporte el caballo era, y cuando descendió, lo acarició como para despedirse. Era curioso cómo se había reiniciado el hombre tras la época de gran radiación. Las coincidencias eran muchas, desde luego, una restauración completa de los primeros pasos evolutivos de su periplo histórico, como si el hombre estuviera destinado a repetir sus pasos o no pudiera ir por cualquier otro camino. Solo había pequeñas diferencias, y una de ellas era la silla de montar. Había reiniciado los complicados procesos productivos de la agricultura, la herrería y la construcción, pero seguía torturando la espalda de los pobres caballos.

Luego se concentró en la tarea.

Allí estaban los restos de Madre, en efecto. Narron era un ser básico, primitivo, un mecanismo con solo dos posiciones: blanco o negro. Y cualquiera que se moviese por esos vericuetos no encontraba mucho margen para la mentira. En todo caso, además, no veía él posible que el luchador tuviese interés alguno por ocultarle la espada, pues para él era solo una maldición, y una muy terrible y pesada por cierto.

Un problema veía él allí en tal lugar. Por todas partes había hombres de Narron moviéndose. Unos apilaban cadáveres, otros desnudaban a los hombres muertos y los desposeían de sus ropas y armaduras, cuando aún eran útiles por haber muerto asfixiados o ahogados y no atravesados por tajos o flechas, y los que estaban así apilados habían ardido o estaban por arder, que hasta cinco pilas se contaban, distribuidas a poca distancia. Otros se encontraban cavando con palas, removiendo la tierra toda ella, y eso era bueno y malo a la vez, pues cabía la posibilidad de que, por puro azar, uno de ellos diera con la hoja, mas por otro lado estaban agitando la escena y tenía él la intención de seguir rastros para ver qué había ocurrido.

Empezó.

Encontró pisadas de gólem de tierra, y rastros de gólems de fuego en la arena quemada y renegrida. Encontró rastros de sangre y muchos otros indicios, los cuales seguía con verdadera concentración, caminando arriba y abajo, trazando líneas que imaginaba sobre la arena y calculando trayectorias de unos y otros.

La mayoría de las pisadas que huían de la playa, más profundas y separadas entre sí, iban hacia el valle. Sin embargo encontró un par de ellas que se desplazaban hacia un lado, hacia un monte cercano, y esas huellas no iban en línea recta sino que se detenían y se volvían en un pequeño caos, como si hubiesen estado agachados, hubieran esperado, y luego hubiesen continuado. Y eran profundas, como si fueran

hombres fuertes y grandes, mas sabía Masta Zhul que ningún hombre podía ser tan pesado y ser un guerrero a su vez, y discernió que se trataba de un hombre llevando a otro. Lo acarreaba, y otro hombre lo seguía.

¿Quién se iba por una tangente y se ocultaba, llevando a otro hombre, en un combate como aquel? ¿Quién elegía no huir con el resto de los hombres por el camino más corto a sus casas?

¿Por qué?

Miró hacia el monte entonces, y se puso en marcha.

Los hombres de Narron lo vieron alejarse, caminando con cierta parsimonia hacia el monte, y algo en su andar los hizo estremecerse, pues no sabían decir qué cosa era con certeza, mas caminaba como si estuviera… fuera de lugar.

4

Salvia miró hacia abajo y se estremeció.

Un hombre alto y delgado, con un sombrero extraño en la cabeza, subía con rapidez entre las piedras y avanzaba hacia ella. ¡Y qué manera de andar! Por sus movimientos decidió Salvia que había algo muy muy raro en él, un andar desgarbado pero potente, como si el suelo no tirara de él hacia abajo como hacía con el resto de los hombres y las mujeres.

—¡Ay! —gimió, y se apresuró a retirarse, pero demasiado bien sabía que tanto daba; no solo debía de haberla oído cuando erraba y llamaba a su padre de viva voz, sino que también acababa de verla.

Pensó en irse, desde luego. Al fin y al cabo, era lo que su padre había dicho. Pero pensó también que irse en aquel momento era condenar a Morgo, pues no podía aún moverse, y que por lo menos debía avisarlo. Y se decidió. Lo avisaría, y luego pondría distancia entre ella y esos dos hombres y allá se entendieran ellos.

—¡Salvia! —dijo una voz al otro lado.

Otra vez se sobresaltó, mas cuando miró no vio a ningún guardia, sino al pobre Morgo. Estaba de pie y tenía los brazos extendidos para agarrarse a las piedras y servirse de ellas, ¡pero de pie!

—Mor… Morgo —susurró.

—¡Algo viene! —dijo él.

Ella asintió y señaló con el brazo hacia abajo.

Él apretó los dientes. Su cara reflejaba concentración, también dolor, o acaso era rabia, que eso Salvia no podía decirlo porque no lo conocía tan bien.

—¿Puedes caminar? —preguntó ella confusa. Y pensando en eso

recordó las palabras de su padre. «Es un mentiroso y todo a su alrededor es engaño», le había dicho, si no con esas con otras palabras, y se preguntó si no sería verdad, pues a decir de ella, él no había conseguido incorporarse ni una sola vez, y sin embargo, allí estaba.

Pero Morgo no había mentido. Estaba reposando, pues sabía que su cuerpo le pedía descanso, y lo hacía enviándole una plétora de señales de dolor a poco que hiciera algún movimiento. Mas los hijos de Mor Nasur aprendían muy pronto a ignorar el dolor, a superarlo, y a forzar la carcasa humana hasta extremos en los que cualquier otro hombre caería al suelo y se entregaría a las exigencias de las señales del cuerpo. Así que en cuanto oyó los ruidos metálicos del Impostor en la distancia, acercándose, hizo acopio de su determinación y se puso en marcha, por mucho que las piernas protestaran con latigazos que para otros hubieran sido insoportables, y salieron fuera. Pues luchar no podía aún, pero quizá le quedara por hacer alguna treta.

—No es que pueda —dijo él—. ¡Pero debo hacerlo! ¡Arriba, arriba de la lobera! ¡Trepemos a la roca viva!

Morgo tenía la esperanza de que el cazador que iba tras ellos atendiera las señales de la entrada. Muchas idas y venidas había hecho Salvia para llevar agua y con sus enfados y su espíritu inquieto, y había multitud de marcas en el suelo y tierra batida y revuelta. Tal vez esas bastaran para confundirlo.

Ascendieron como pudieron, y Morgo se sirvió de los brazos para impulsarse, que proyectaba adelante y luego usaba para tirar del cuerpo, pues las piernas, con dolor o sin él, aún no le respondían. Las señales de dolor eran intensas y agudas, como explosiones mentales que hacían que su cuerpo se estremeciera, y tenía la cara cubierta por un sudor frío, pero consiguió trepar hasta la parte superior de la entrada y allí se reunió con Salvia.

Él la obligó a agacharse mientras miraba, y eso a ella no le pasó desapercibido.

Masta Zhul llegó entonces arriba, a la entrada de la lobera. Desde arriba no podía Morgo verle la cara, pues las alas del sombrero se lo impedían, pero tenía buen ojo evaluando a los hombres y supo que aquel, por su forma de moverse, era mucho más de lo que parecía. Mas no reconocía sus ropas como guardia o mercenario que hubiese visto nunca, y sus brazos estaban recubiertos por algún tipo de guantelete metálico como los que llevaban los luchadores con experiencia en el cuerpo a cuerpo.

Salvia se movió ligeramente, inquieta, y Morgo levantó un dedo para rogarle silencio. La muchacha estaba confundida. Ese hombre,

por mucho que dijera su padre, la estaba salvando. Había salido para avisarla y le había dado la idea de trepar sobre la entrada de la lobera, lo que desde luego los había puesto a salvo por el momento. Eso la tenía desorientada. ¿Era en verdad un engaño y un asesino peligroso que ella debiera vigilar? ¿Cómo podía un asesino ser un protector a la vez?

En cuanto a Morgo Palis, he aquí que los hijos de Mor Nasur no solo eran excelentes guerreros por las condiciones especiales de su físico, su resistencia y vitalidad y la notable constitución que poseían sus cuerpos, sino por las técnicas de combate ancestrales que aprendían en su ciudad natal, y que no se enseñaban a nadie que no tuviera la sangre de ellos y se llamara su hermano. Una de esas técnicas, que entre ellos llamaban «Distaparlanzia», consistía en proyectar la voz de manera que el sonido pareciera salir de otro sitio. El lanzador colocaba las manos alrededor de la boca para dirigir las ondas de sonido y hacerlas rebotar por el entorno de manera que su origen quedaba disimulado con un engaño cierto.

Morgo hizo eso mismo. Colocó las manos a ambos lados de la boca, los dedos cruzados sobre los labios formando líneas curvas, y lanzó su voz:

—¡Vete! —gritó.

No se podían lanzar frases largas, porque el truco se desvanecía, que los golpes de voz en cadena rebotaban unos con otros anulando el efecto; sin embargo, fue suficiente para que el truco funcionase.

El hombre del sombrero se volvió hacia la cueva y adoptó una pose graciosa, como si una ráfaga de viento helado o un hechizo de escarcha lo hubiera congelado en el sitio. Luego se relajó, bajando los brazos para situarlos paralelos al cuerpo. A solo unos metros por debajo de ellos, habló con voz clara y monocorde al interior de la lobera:

—Entregadme la espada y salvaréis la vida —dijo—. Arrojadla aquí antes de que entre y la tome por mis manos.

Morgo se estiró y se puso tenso, como si lo hubiera alcanzado un rayo.

La espada. Se refería sin duda a su espada, y la buscaba. Mas si la buscaba, es que no la habían encontrado, si no la habían encontrado es que estaba perdida y quedaba aún esperanza, como dijo la muchacha.

«Doce trashumanos dando voces en el interior de un barril despeñado», pensó. «¿Quién es este petimetre?». Y se maldijo por no estar en forma, que de haberlo estado habría saltado sobre él y le habría dado de puñetazos hasta dejarlo inconsciente, que luego habría

respondido a todas sus preguntas hasta dejar clara su posición en aquel asunto.

Pero no estaba en forma, y sobre el problema del petimetre, no podía hacer otra cosa que olvidarlo, que ya tendría que encontrar sus respuestas en otro lado.

Nervioso y súbitamente excitado, empezó a mirar alrededor moviendo la cabeza con rapidez, y en una de esas vueltas extendió la mano hacia Salvia e hizo con los dedos un gesto inequívoco. Salvia no lo entendió al principio, pero luego cayó en la cuenta: le estaba pidiendo el cayado.

«Todo tuyo», pensó. Pues ella ya no lo quería para nada, que no veía la manera de que siguiese criando ganado en los días próximos, ni en los siguientes, ni en los de más allá.

Morgo asió el cayado con ambas manos, las piernas separadas. A veces se estremecía como si fuera a caerse redondo al suelo, y supo Salvia que estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano para enfrentarse al desconocido.

Mas esperó y esperó, mirando hacia abajo, y mientras lo hacía hizo señal a Salvia de que se mantuviera quieta y en silencio, sin moverse nada, y ella asintió.

—Entraré entonces, pero sin miramientos —amenazó el hombre del sombrero. Y dicho y hecho, avanzó hacia el interior de la lobera.

Morgo sabía que tardaría un pequeño instante en darse cuenta de que la lobera estaba vacía, así que no tenía tiempo que perder. Mas había allí una roca de gran tamaño que estaba colocada sobre la cornisa del techo, producto de algún desprendimiento del pasado, o quizá los hombres de otros tiempos la hicieran rodar hasta allí para arrojarla por el borde y sellar la lobera, si pensaban criar ganado en el valle, pero por el peso o cualquier otra cosa no pudieron acabar el trabajo. Mas Morgo debía intentar su plan de todas formas, pues era eso o ser capturado, y si lo capturaban sabía bien que no vería más días, ni muchos ni pocos.

Apretando los puños, clavó el cayado en una hendidura en el suelo e hizo fuerza con los brazos como si estuviera intentando derribar una montaña entera.

Salvia se quedó hipnotizada mirando la tensión en sus brazos, en su cuello, en la cara. Las venas se hincharon, la piel se puso roja, y los labios expuestos y apretados con una cólera y una rabia desmesurada daban buena cuenta de sus esfuerzos titánicos.

Y mientras su boca se abría sin control, el cayado hizo palanca y crujió, y la roca empezó a ceder.

Justo debajo, Masta Zhul abandonaba la cueva a gran velocidad.

Morgo no lo veía porque tenía los ojos cerrados y los labios apretados con gran tensión, pero otra vez era eso o nada. No podía parar ni hacer cálculos mentales ni ninguna otra cosa, porque el ruido estaba hecho y al hombre del sombrero le restaban unos instantes para saber de dónde venía. Solo podía terminar de hacer palanca con el cayado y dejar que la piedra cayese. Y si tenía éxito lo habría logrado, y si no, quedarían capturados, y esas eran sus opciones.

Mas la piedra cedió, y mientras se precipitaba con rapidez hacia abajo, Morgo tuvo tiempo de pensar que aquel cayado debía de estar endurecido con algún hechizo poderoso, pues ni la madera de palofierro, que solo crecía en una remota isla en el confín del mundo, podía haber aguantado el peso de la roca, y acaso una vara de hierro del mismo grosor que el cayado se hubiera doblado.

Pero mientras pensaba, oyeron un ruido como el de un relámpago mezclado con el siseo espantoso que hace un nido de serpientes cuando se sienten en peligro, y luego hubo un fogonazo que hizo que Salvia se encogiera y dejara escapar un pequeño gritito.

Morgo no pudo siquiera mirar por el borde de la cornisa: había agotado de una manera completa y absoluta toda su reserva de fuerzas. No era que ignorara el dolor o lo dominara, es que el cuerpo no respondía a la mente, como si se hubiera desconectado, y ninguna suerte de concentración podía cambiar eso.

—Morgo… —susurró Salvia.

Él tenía los ojos abiertos, pero no disponía de aliento para responder. A Salvia sin embargo le pareció que acababa de esbozar un atisbo de sonrisa.

Y miró Salvia por el borde de la cornisa para ver qué había ocurrido, no sin mucho temor, y vio el sombrero caído a un lado, y la piedra monumental, y bajo la piedra vio asomar las piernas del hombre, inmóviles, y una mano de él asomando un poco más arriba.

Cerró los ojos y se apartó, impresionada.

—Está muerto —balbuceó cuando se volvió hacia Morgo—. Y si no lo está poco le falta, pues tiene la roca enorme encima…

Morgo no respondió, pero cerró los ojos y pareció quedarse tranquilo, como si la noticia esa le pareciera bien.

Salvia se dejó caer al suelo, y allí se recostó hasta quedar tumbada en la piedra junto al asesino. La piedra estaba caliente por el sol y era agradable, y se tomó un tiempo en dejar que su respiración dejara de sonar como un lobo a punto de atacar.

Pues qué gran misterio era ese, pensó, que el asesino del que la había advertido su padre fuera el hombre que acababa de salvarle la vida.

Capítulo 9

Zorros y conejos

Salvia no pudo hacer mucho con Morgo más que dejarlo dormir, pues ni en el más loco de sus sueños hubiera reunido ella la fuerza necesaria para arrastrarlo. Y considerando el dejarlo dormir pensó en introducir un poco de bellasabia en su boca, para que hiciera su efecto mientras descansaba el cuerpo, y como la viera la última vez en la cueva, decidió bajar a la lobera a por ella.

El hombre estaba allí, desde luego, tumbado bajo la piedra, y Salvia se acercó con todo cuidado, tratando de no hacer ruido.

Emitía el hombre un zumbido como de nube de insectos, y pensó Salvia en las moscas, que solían acudir a poblar los cadáveres con sus huevos, de los que más tarde saldrían gusanos, como le había explicado su padre, mas de estas no se veía ninguna, así que pensó sobre ello y decidió que debía de llevar algún cachivache o arma entre sus ropajes, algo como las muchas cosas que Morgo le había relatado.

Pero cuanto más se acercaba, más cosas raras veía.

No había sangre, para empezar, así que el hombre debía de haber recibido un impacto capaz de romper todos los huesos suyos sin que una sola gota escapara de su cuerpo. Salvia no había visto a nadie aplastado por una piedra, pero esta le parecía de un tamaño descomunal como para no haberle roto las tripas todas, los pulmones y los huesos del pecho, y cada vez que alguien recibía una simple pedrada en la cabeza cuando jugaban a batallas en su aldea, cuando era pequeña, todos los niños salían con brechas muchas en todas partes del cuerpo, que cada piedra dejaba su marca.

Mas el brazo…

Se llevó una mano a la boca (como solía hacer) cuando observó lo que tenía delante.

El brazo izquierdo estaba separado del cuerpo, pero tampoco allí había sangre alguna. Cómo era posible tal cosa no lo sabía, pero es

que tampoco el brazo parecía un brazo, porque la carne no era carne, sino algún tipo de piedra pulida blanca, similar a los huesos de las sepias que a veces traía el mar, y estaba recorrida por pequeños canales grises que tenían el tono y el aspecto del metal cuando se licúa para darle forma en las grandes forjas que había visto en Umbralia.

«No puede ser su brazo eso», pensó. Y trató de imaginarse que sería acaso un arma extraña, pero allí en el extremo estaban los dedos, que tampoco eran dedos de carne sino una imitación, algún tipo de escultura, como los monigotes que los niños construían para la Fiesta de las Castañas y el Solsticio de Invierno, pero con muchísimo más esmero y detalle.

«Pues qué prodigio es este», pensaba mientras intercambiaba su miedo por curiosidad.

Había otras cosas: pequeños destellos azulados que iluminaban sus ropajes, como si su cuerpo estuviera cuajado de luciérnagas de luna, que eran azules en vez de blancas o amarillas, y cuando se encendían se producía un sonido extraño como ninguna otra cosa que hubiera oído antes.

Y dio la vuelta alrededor de la roca y buscó su cabeza, aunque otra vez se asustó mucho pensando en cómo la encontraría con semejante pedrusco oprimiéndolo contra el suelo, mas esta estaba mirando hacia el suelo y no pudo distinguir más que una especie de armadura que la cubría por completo. Le costó sin embargo encontrarle el sentido, porque no tenía orejas, sino una abertura pequeña y negra dividida en pequeños agujeros, como las que dejan las coquinas en la arena húmeda cuando las olas del mar se retiran.

Salvia no quiso mirar más. Estaba saturada. El mundo se estaba convirtiendo en un lugar demasiado raro, con demasiadas cosas que no entendía, demasiado rápidamente, así que entró en la lobera y buscó la bellasabia, mas como no la encontró, regresó con Morgo y trató de hallarla en su ropa. No tardó nada tampoco en localizarla en uno de sus bolsillos.

«Será mejor que yo guarde esto, pequeño bribón —pensó—. Pues es mío por derecho, que a mí me lo entregaron. Al menos mientras resolvemos el asunto de la advertencia de padre».

Sin embargo, una vez más volvió a masticar la bellasabia por él, y de nuevo la introdujo en su boca para que sanase.

«Debo de estar como una cabra loca —pensó—, que quizá esté curando al hombre que intentará acabar conmigo». Mas la duda seguía atosigándola, pues el hombre no le daba la apariencia de asesino despiadado.

De pronto tuvo una idea.

«¡Quizá padre se refería al hombre del sombrero y no a Morgo! —pensó—. Pues que yo recuerde no mencionó su nombre en ningún momento, y en cosa de tanta importancia sin duda padre habría querido ser muy específico, como lo era siempre».

Pensó en esa nueva perspectiva mucho tiempo mientras el monte a su alrededor volvía a llenarse de pequeños sonidos de pájaros, conejos y bichos y el viento susurraba viejas canciones ininteligibles en sus oídos, y cuanto más pensaba en ello, más sentido y satisfacción obtenía.

«Sí —se decía—. Eso debe de ser. Mas podría preguntarle a padre, pues si él ha conseguido hablar conmigo, quizá yo pueda llamarlo también desde aquí, a ver si le permiten terminar la conversación. —Y arrugando la nariz, añadió para sí misma—: Lo contrario no es educado, y siendo los Señores de los Muertos tan observadores de la vida y los méritos, querrán sin duda ser educados y correctos».

Y con esos ánimos cerró Salvia los ojos, tumbada otra vez sobre la piedra, sintiendo que el sol la calentaba, mientras llamaba mentalmente a su padre con muchos tonos diferentes, a veces de súplica, a veces de enfado, y luego probó con madre sin que una sola vez tuviera éxito ni nadie le respondiera un solo llamado.

Luego repitió la conversación en su cabeza, por si se le había escapado algún detalle. Tenía buenas entendederas y bastante memoria, que siempre andaba su madre preguntándole dónde había dejado tal o cual cosa, y a decir verdad no había tenido ella momento alguno para repasar lo vivido, que tenía su importancia.

«Tu madre y yo te lo ordenamos», había dicho padre.

Arrugó la nariz.

Era curioso que una persona que caminaba por la Escalera, hubiera llegado a los pórticos o no, hablara de maneras a las que nunca había recurrido en vida. Pues en cosas del campo y el ganado su padre tenía la última palabra, y si decía: «Aquí va una estaca», pues la estaca iba ahí y no había mucho que decir o debatir sobre eso. Y en las cosas de casa, su madre disponía, de modo que si colocaba una jarra en un estante y decía que ese era su sitio, nadie discutía. Quizá por esa sencilla manera de disponer las cosas, nunca había oído en boca de sus padres nada parecido a «Tu madre y yo te lo ordenamos», pues nunca había hecho falta imponer así la autoridad.

«Qué curioso —pensó mientras miraba las nubes—. Curiosísimo».

Y tuvo la sensación…

Sí, tuvo la sensación remota y extraña de que en realidad, así como el hombre bajo la piedra parecía un hombre pero no lo era… todo el asunto de su padre, quizá, tal vez, no fuera como parecía.

—Es un Impostor —declaró Morgo Palis.

Se había despertado después de dormir un tiempo, mientras el sol progresaba por el cielo con rapidez acercándose inexorable al final del día. La bellasabia había hecho su trabajo, aun con tan poco margen, y fue Morgo capaz de ponerse en pie y caminar para volver a la lobera, aunque lo hacía despacio y con ayuda de Salvia y su cayado, que tal vez pareciera digno de un rey, pero hacía las veces de muleta.

—¿Un… qué? —graznó Salvia.

Morgo no dejaba de mirar el cuerpo del hombre. De la cosa, se corrigió mentalmente Morgo, pues había oído hablar de ellos, y cuando oyó tales historias puso mucha atención en preguntar por todos los detalles para aprender.

Mas jamás pensó que vería uno, y mucho menos aún, que lo derribaría.

—Un Impostor —repitió Morgo despacio—. Pues mira, es como un hombre, pero no es un hombre, pues no está hecho de carne, ni sus entendederas son como las nuestras, ni hay sangre en su interior, ni come o duerme ni ninguna de esas cosas. Es… un hombre falso.

—Es… ¿magia? —preguntó ella, asombrada, y hablando en voz baja como si temiera despertar al Impostor—. Una… marioneta animada…

—Ciertamente que no —repuso Morgo—. He visto hombres animados hechos de piedra, y de metal, y de otras cosas, que los hechiceros a veces conjuran para que hagan alguna cosa para ellos, como levantar un peso o acarrear algo, y he visto esas conjuraciones y artificios usadas en combate. A estas conjuraciones los hechiceros las llaman *Invocatios*, y tienen su propia escuela de magia, llamada *Involllegium*. Mas todas ellas están condenadas a existir solo por un tiempo limitado, pues su artificio acaba desapareciendo, y entonces se deshacen o se desvanecen, y a veces incluso explotan, y el hechicero que las conjura queda agotado de la cabeza, por lo general, y precisa descanso, por lo que no puede volver a conjurarlas por un largo, largo tiempo. Mas he aquí que este Impostor no ha sido conjurado. Ha sido… fabricado, como se forja una espada o se construye una casa, por los maestros herreros y orfebres de los Antiguos. Por ello, a diferencia de los *Invocatios*, existe, y no se desvanece.

—No lo creo —dijo ella sacudiendo la cabeza—. No es posible. Este hombre…

—¡Cuidado que no es un hombre! —insistió él—. No cometas ese

error. Apréndetelo bien o acabarás olvidándolo y creyendo que es un hombre, pues mucho se le parece. Es un Impostor, y debes llamarlo así.

—No veo yo que se parezca mucho —dijo ella, aún sorprendida.

—¡Quizá no en aspecto! —insistió Morgo—. Que si vieras tú a este Impostor puesto en pie, sin moverse, pensarías que es una armadura asentada en un sillar como los que usan los maestros artesanos, o una escultura. Mas viéndolo moverse y hablar no lo distinguirías de un amigo o un vecino cualquiera.

—Pero… ¿cómo es que… hablan? —quiso saber ella.

Morgo sacudió la cabeza.

—No disponemos de más tiempo para explicaciones —dijo —. Pues si hay un Impostor, y uno interesado en la espada, además debe de haber gente y cosas peores por aquí cerca.

—¿Por qué todos buscan tu espada? —preguntó ella, tan confusa como aterrorizada—. Es un objeto horrible… endemoniado, además…

—No lo sé —respondió él—. Pero si la buscan es que no la han encontrado, y eso ya es algo, supongo. Mas… si sigue perdida, la espada acumulará hambre, y su hoja seguirá seca, y eso son malas noticias…

—¿Y qué podemos hacer?

—Escondernos, por ahora, me temo —dijo en un tono lúgubre, en voz baja—. Pues no tengo yo fuerzas para luchar, no todavía, y si vienen a ver qué ocurre aquí, nos encontrarán y nos darán muerte, sean hombres o Impostores.

—¡Ay! —exclamó Salvia.

—Mas algo me pregunto yo… —susurró pensativo mientras Salvia lo ayudaba a moverse, usando su cayado como apoyo—. Y es cómo con el burdo truco de la piedra conseguí yo cazar a este elemento…, pues las historias que me llegaron hablan de seres con capacidades extraordinarias…

—¿Por dónde? —preguntó Salvia.

Morgo extendió un brazo para señalar. Quería cruzar el monte y escapar al otro lado por el costado más bajo de este, que ya mucho no les faltaba, y descender por la otra ladera. No sabía cuánto podrían avanzar antes de caer rendido, pero avanzarían todo lo posible, que él ya pondría medios para que fuera mucho más que poco.

—Los construían de manera que fueran resistentes, por eso los hacían de metal —explicaba Morgo mientras avanzaban—. Y los hacían sin sangre, y por entendederas tenían otras cosas, no esa masa blancuzca que sale de la cabeza cuando infliges en ella un tajo profundo que atraviesa el cráneo, de modo que no enfermaban con

facilidad, como nosotros, que se nos averían los interiores y es harto difícil curarnos.

—Pues qué listos eran los Antiguos.

Morgo asintió.

—Mas he aquí que estos Impostores funcionaban con algo, alguna cosa precisaban para ponerse en marcha y detenerse, que como todo en la vida requería ser reemplazado. Algún sustento del que no sabemos nada, y si se agotaba, el Impostor se quedaba inmóvil y ya no podía moverse.

—¿Quizá este tenía poco sustento?

Morgo sonrió mientras empezaba a sudar por el esfuerzo.

—Eso mismo estaba yo pensando —exclamó sosprendido—. ¡En verdad te digo que tu cabeza funciona con miasmas y podredumbres que no están en las cabezas de muchos! Pues lo que ha llegado hasta nuestros días, y eso lo saben quienes entienden de cosas de los Antiguos, que para ello han recorrido el mundo y visto y aprendido mucho, es que los Impostores tenían ojos de águila, los oídos de un lobo y una intuición desproporcionada con la cual se olían muchas argucias, pues eran cabales y rápidos en sus pensamientos, y ante una trampa se preparaban ellos de mil maneras diferentes en el tiempo que tú planeabas solo una.

—A veces —apuntó Salvia jadeando—, las trampas más sencillas son las que funcionan mejor…

—Vamos. Un esfuerzo —pidió Morgo dándose cuenta de que el peso de su cuerpo estaba suponiéndole a la muchacha un terrible esfuerzo—. Y ahora guardemos silencio, que hay muchos oídos puestos en la zona, y si los que nos persiguen están mandados por quien yo creo, muy largo y fino el oído tienen, casi tanto como un Impostor abigarrado de sustento, y hablando corremos peligro y malgastamos aliento.

—Pues aplícate el consejo —soltó Salvia—. ¡Que hablas como si llevaras catorce lunas sin mover la lengua y por ello te picase!

Morgo rio por lo bajo, aunque la risa producía ruidos sibilantes en su pecho, y de eso Salvia se preocupó mucho, que mucha gente moría por cosa de los pulmones, y ese tipo de respiración era algo que debía sanarse con cama y calor, y algo le decía que por un largo tiempo no tendrían ni una ni la otra.

—Solo diré una última cosa —manifestó Morgo en voz baja.

—Pues bien —exclamó ella—. Suéltalo ya.

—Que quizá hemos podido acabar con el Impostor por algo que llevas tú repitiendo un tiempo.

—¿Qué cosa es esa?

—Las líneas del destino —declaró él, convencido, y ya por fin guardó silencio.

Salvia se quedó pensando en eso. No era suya esa observación, por cierto, sino de la herbolaria que le había dado la bellasabia. El tesoro de un rey, como el cayado, que buen servicio les estaba dando, y que también había aparecido de la nada, de un valor inconmensurable para estar en posesión de una mujer de aspecto común más bien humilde, y que sin embargo, lo había regalado sin reservas.

Y pensó si no habría un destino para todo aquello.

Pero después de eso, una sombra cruzó su mirada, pues recordó otra vez el aviso de su padre y se preguntó de nuevo a qué hombre se refería: al auténtico o al falso.

3

La tarde se hacía ya larga, y Narron Hojaparda De Calderos, que había vuelto a la playa donde estaban sus hombres trabajando, empezaba a impacientarse.

No tanto por la espada, sino por el paradero de Masta Zhul. Pues siendo él un tramposo muy capaz de romper un trato por mor de su propio bienestar, lo inquietaba que Masta Zhul encontrara la espada por sí mismo y regresara a su cubil, donde podría reparar su corazón. No había podido vencerlo en combate cuando estaba al límite de sus fuerzas, casi moribundo, así que cuando se encontrara otra vez joven y pletórico, no habría manera alguna de doblegarlo, o acaso convencerlo para que cumpliera su parte del acuerdo.

Y él se quedaría sin aliado, sin riquezas, sin nada.

Sacudió la cabeza.

—¡Idiota! —gritó, llamando a uno de los guardias.

—¿Yo, señor? —preguntó el hombre señalándose el pecho con la palma de la mano apoyada sobre él.

—¡Aquí todos sois idiotas! —bramó—. ¡Así que tú me vales!

El hombre se acercó, trotando sobre la arena.

Las piezas de metal de su armadura le caían un poco grandes y necesitaban ser ajustadas, de modo que producían una cierta musicalidad.

—Búscame un caballo —le ordenó—. Y dos hombres que vengan conmigo.

—Sí, señor.

Mas cuando se daba la vuelta, oyó en la distancia, allá por el valle, cómo unos hombres se acercaban al trote, y cuando los vio

aparecer vio que eran de los suyos, unos veinte eran, pero el del centro, en custodia, iba atado y tenía la cara recorrida por golpes y heridas y sangre seca, y un ojo estaba cerrado por un moratón púrpura, grande como una remolacha, y supo de quiénes se trataba.

Narron sonrió. Eran los emisarios que había enviado a Umbralia a por noticias.

—¿Y bien? —preguntó cuando se detuvieron cerca de donde él aguardaba.

Empujaron al preso al suelo y este cayó como un fardo, incapaz de poner los brazos o las manos o de prepararse para el golpe en modo alguno. Allí se dolió un rato hasta que uno de los secuaces de Narron lo levantó.

—Mi señor Narron —dijo el guardia, que tenía la voz como de lobo y la cara atroz llena de rasgos pronunciados hacia fuera, demasiado angulosos como para ser agradables—. Este hombre lo hemos traído de Umbralia, pues estaba a cargo de los recuentos y las cosas de la guerra, y es allí conocido por todos y posee cierta autoridad.

—¡No me hagáis daño! —exclamó el hombre, temeroso y temblando como una hoja—. ¡Os lo ruego, gran señor de la guerra!

Narron se plantó delante de él, el rostro muy cerca del suyo, y resopló con tal fuerza que los cabellos del rostro del prisionero se le apartaron de la cara; tenía una expresión de congoja tan pronunciada que parecía que las miasmas de su cuerpo iban a escaparse por los ojos y la nariz y a salir corriendo para no acabar esparcidas por el suelo.

—Tu nombre —exigió.

—Bo… Boticer Malto, de Umbralia, señor…

—Boticer —dijo—. Muy bien. Escucha ahora. Estamos a la búsqueda de algo. Una espada. Negra, para más señas. Es bonita y enigmática y parece valiosa. Pero pregúntate: ¿Vale una espada más que una aldea, con todo lo que hay en ella?

—¿Có… cómo…? N-no… no, señor, claro que no.

Narron asintió, le apretó la cara con la mano de manera que sus labios y su boca entera se proyectaron hacia delante, y lo miró con el único ojo sano con un miedo reverencial, que si hubiera tenido líquido alguno en el interior de sus tripas ya lo habría dejado escapar.

—Pues escúchame con todas tus orejas y todo tu interés, pues solo lo diré una vez. Estamos buscando una espada, y no nos iremos de la zona hasta que la tengamos, pues para nosotros es muy valiosa. Es un… recuerdo entrañable de mi abuelito —añadió con una sonrisa.

El hombre no dijo nada.

—Pues dime ahora si la habéis encontrado o si la tenéis en vuestra ciudad —quiso saber—. O si sabes de alguien que la guarde porque la haya encontrado, o sabes de alguien que se haya refugiado en vuestra ciudad que no sea de allí, sino de otra tierra, alguien que podría llevar ropas negras.

El hombre pestañeó repetidas veces.

—N… No, señor —balbuceó—. No tenemos a nadie allí así, que somos muy… somos muy… somos…

Narron le dio una bofetada con la mano libre.

—¡Somos muy ¿qué?! —le gritó—. ¡Termina de una vez!

—Sooo… Somos mmmmuy… celosos, ¡sí, celosos!, de quién entra en la ciudad en tiempos de guerra… —dijo Boticer alargando mucho las sílabas, presa del terror.

—Así que no —exclamó Narron—. Porque una cosa te advierto. Si me dices que la tenéis, podéis entregármela ahora y nos iremos, que no tenemos tiempo ni ganas de aplastar vuestros cráneos y los de vuestros hijos ni nos compensa el esfuerzo que eso supone.

El hombrecillo lo miraba con el terror danzando en su ojo sano.

—Mas si dices que no, que no la tenéis…, no sabré yo si mientes, y me veré obligado a ir a la ciudad tuya y desmontarla, piedra a piedra, con fuego y con llamas, y para comprobar si alguno de vosotros, ratas, esconde mi espada en su cuerpo, os empalaré uno a uno en unos postes hasta que vea yo vuestras tripas esparcidas por el suelo, que solo así me quedaré satisfecho. Y no nacerán más niños ni quedará en Umbralia mujer alguna porque estarán todas muertas, y no habrá cabaña o choza en pie para ser el lugar considerado una ciudad. Así que decidme, tras considerarlo justamente: ¿Tenéis la espada?

—N-no, señor… —respondió Boticer con rapidez—. ¡Mas escuchad, señor de la guerra! ¡Os hago un juramento de honor para que sepáis que digo verdad!

—Un juramento de honor —susurró Narron.

—¡Lo haré! ¡Ahora mismo!

Narron le soltó la cara y el hombre cayó de espaldas al suelo, y cuando se dio vuelta, sumido ya en sus reflexiones, sus hombres supieron lo que tenían que hacer, pues no había nada más que añadir ni qué hacer con aquel hombre al que ya se había amenazado más allá de lo posible.

Y le clavaron hierros y lo golpearon en todas partes hasta que la sangre en su garganta ahogó sus gritos y se quedó en silencio, una masa de carne retorcida y sin sentido envuelta en ropajes con olor a orín.

Narron se volvió.

—Volved a Umbralia, pues —ordenó—. Mas esta vez desmontad todas sus casas, una por una, y registradlo todo. Interrogad a cada persona que viva y respire, y cuando haya contestado, matadla, así no cometeréis el error de preguntar a la misma persona dos veces.

—Mi señor Narron —dijo el hombre feo—, ¿usamos los gólems?

Narron se puso rojo de rabia contenida.

—¿Pensáis…? —Dudó unos instantes y soltó una carcajada que hizo que todos los hombres alrededor se detuvieran y se volvieran a mirar—. ¿Pensáis que un puñado de vosotros puede doblegar la resistencia de Umbralia? ¡Pues no es esa aldea de granjeros que quemamos la otra noche, que ni un mísero hombre armado tenía! ¿Cómo pensáis triunfar si entre vosotros no sale a contar ni cinco guerreros de verdad?

—Mi señor Narron —dijo el hombre feo—, que hemos cabalgado rápidos y veloces hasta allí, hemos sacado a ese hombre de entre sus muros y lo hemos traído ante vuestra presencia sin que nadie ofreciera resistencia, pues sus guerreros acudieron a la guerra y de aquí huyeron y les dimos caza por el valle y los bosques, y ya no quedan muchos, y los que quedan se esconden o no salen al paso cuando ven la posibilidad cierta de recibir muerte.

Narron sacudió la cabeza.

—Pues id entonces —dijo—. Que si usáis los gólems o no tanto me da. ¡Pero buscar en la ciudad entera! Si esconden allí la espada o la tienen en lado alguno, sacadla a la luz y traedla.

—Sí, mi señor Narron —asintió el hombre feo, y luego se volvió y empezó a dar órdenes a sus hombres para regresar, otra vez, por donde habían venido.

—Mi señor Narron —lo llamó una voz a su espalda—. El caballo que pedisteis, y los dos hombres que os darán apoyo.

Narron asintió, y saltó a lomos del caballo, que relinchó con suavidad por el peso.

—¡Vamos! —bramó—. ¡Al monte!

Pues sabía por sus hombres que el Impostor se había ido en aquella dirección, y quería él ver en qué estaba metido. Que si había encontrado la espada por su cuenta, ya hablarían de resarcir pagos.

Pues de eso, sin duda, iba todo aquello.

4

Salvia y Morgo consiguieron llegar arriba de algún modo, aunque el hijo de Mor Nasur daba muestras de desfallecimiento, pues el sudor brotaba abundante de su frente y sus manos y piernas temblaban. Ya

no se apoyaba tanto en la muchacha, pues casi había conseguido quebrarle la espalda con su peso, sino en el cayado, y subiendo por una piedra se lo quedó mirando, pensativo.

—¿Qué… qué es este cayado que posees? —preguntó entonces, siempre susurrando en voz baja—. Pues nunca… nunca había visto una madera como esta, si acaso es madera… pues es recio como un hierro y liviano como si estuviera hecho de bizcocho de leche…

—No lo sé —afirmó ella.

—Cualquier otro cayado se… habría quebrado cuando lo usé como palanca… Mas, ¿cómo es que dices no saber?

—Y no sé pues lo encontré, así que lo ignoro todo sobre él, salvo que es bonito a la vista y fuerte, por lo que he visto.

Morgo pensó en ello unos instantes, y mientras pensaba aprovechó para recuperar el aliento mientras se movía, o se arrastraba, más bien, entre las piedras.

—Pues cuántos misterios —dijo al fin—. Una trampa. Un traidor desenmascarado. El fin de los Necronautas, ¡ay!, que no lo hubiera dicho yo posible en cuanto tiempo me quedara por vivir; gólems en cadena conjurados por un hechicero de muy alto nivel, y hablo de uno como Ellör Litos Ceoril al menos; un Impostor de los tiempos de los Antiguos, y un misterioso cayado que…

Se detuvo entonces con expresión profunda en el rostro, como si pensara en grandes cosas.

—Un momento —dijo, tomando asiento en una piedra y poniendo el cayado delante de sí—. ¿No será este uno de los bastones de mago que se emplearon para conjurar los gólems que dieron fin a Madre?

—¿Un… bastón de mago? —preguntó Salvia. Y se miró de repente la mano, pues la había tenido en contacto con el cayado mucho, mucho tiempo.

Morgo asintió.

—Debe de serlo —susurró—. Muy mal debo de tener el cuerpo y la cabeza para no haberme dado cuenta. Pues en la batalla hubo hechiceros, aunque no los viese, escondidos bajo el suelo de arena. Y este debe de ser el bastón de alguno de ellos. Que quizá fue perseguido por el monte y al darle caza dejó caer su bastón y nadie más lo vio.

—Y… ¿puede usarse? —preguntó Salvia con cierto temor.

Morgo negó con la cabeza.

—Algunos hechiceros incrustan en estas varas muchos de sus hechizos, para tenerlos preparados cuando los requieran, y por eso aplican en ellos poderosos encantamientos permanentes de endurecimiento y resistencia… Mas solo ellos saben cómo activarlos, y

sin conocer la hechicería, me temo que esto es solo un bastón para nosotros, sus secretos bien guardados.

—¡Qué pena! —exclamó la muchacha.

—Mas déjame examinarlo un instante —siguió diciendo Morgo, pasando los dedos por las florituras—. Que los hechiceros son hombres engreídos y muy tocados en el orgullo, y la mitad de los hechizos que hacen son de pura exhibición, pues nada les complace más que los aplaudan.

Un rato todavía estuvo repasando los grabados del mango con mirada intensa y los ojos entrecerrados.

—Esto de aquí podría ser una de sus marcas, pues parece una media luna en un círculo, aunque no la reconozco yo…

—¿Conoces todas las marcas de todos los hechiceros? —preguntó ella con prudencia.

—No, pero…

—Pues entonces me temo que estamos perdiendo el tiempo —añadió ella—. Y de ese no nos sobra. Mas ahora bien, me pregunto yo… ¿tendría algo tan… poderoso… esta forma, como de bastón? Pues su empuñadura es lo que usamos los pastores para asir el ganado por el cuello y que no escape.

Morgo entrecerró los ojos.

—Pues quizá estos hechiceros, en estos tiempos, gustan de pasar desapercibidos —aventuró—. Y van por los caminos como viejos harapientos para no llamar la atención, que los hay de las dos clases. Que en ciertos lugares los hechiceros no son bienvenidos y los reciben a pedradas. Que a veces una piedra lanzada hace más daño que cien espadas —terminó, guiñándole un ojo.

Salvia asintió, e intentó un atisbo de sonrisa, pero no le salió demasiado bien. Estaba cansada, estaba asustada, y tenía demasiados dilemas en la cabeza. Ni siquiera sabía a ciencia cierta adónde ir.

—Vamos —dijo Morgo, como si hubiera podido leer su expresión y acertar—. Sigamos camino. Que nosotros nos movemos como caracol sobre lechuga, y ellos como caballo en un camino.

Salvia no contestó, pero de pronto una brisa fresca le alcanzó el rostro e hizo volar sus cabellos, que por sucios tremolaron con torpeza ante sus ojos. Y cuando giró la cabeza y miró, vio a lo lejos la línea ligeramente curva del mar en la distancia, y vio que allí empezaba a formarse una tormenta.

«Lo que nos faltaba», pensó.

Y durante un rato continuaron la marcha. Empezaban a descender por el otro lado del monte rocoso, que este se volvía menos escarpado hasta degenerar en colina. Eran tierras aquellas que nadie había

cultivado ni intentado cultivar nunca, de modo que la ladera estaba tocada con piedras enormes aquí y allí, y arbustos y espinos salvajes que crecían cubriéndolo todo, y a esa zona la llamaban Las Zorreras, pues conejeras había un ciento, y donde hay abundancia de conejos hay poblaciones de zorros, y ellos se entendían con su equilibrio, pues cuando había muchos conejos los zorros prosperaban hasta que había demasiados, y entonces empezaban a morir por falta de alimento hasta que solo quedaban los más fuertes, y mientras esto ocurría, la población de conejos aumentaba de nuevo, así una y otra y otra vez.

«Pues eso somos nosotros —pensó Salvia—. Conejos huyendo de zorros».

Y con ese pensamiento llegó un soplo de aire frío y se estremeció con él. Y observó las nubes enredándose, cada vez más negras, y formando torbellinos, como si estuvieran en disputa, y se lamentó por un momento de que, de repente, incluso los cielos en lo alto parecieran querer prestar batalla en aquellos tiempos y días.

Y bajó la cabeza, afecta por una repentina tristeza, y siguió andando.

Capítulo 10

Una oportuna lengua de fuego

Narron Hojaparda De Calderos y sus dos hombres llegaron a la entrada de la lobera y se quedaron mirando el cuerpo de Masta Zhul con una expresión estupefacta.

—Mi señor Narron —exclamó uno de los hombres, incapaz de dar credibilidad a lo que sus propios ojos estaban viendo.

—Por las lluvias de rocas incandescentes que caen del cielo —exclamó el otro, sin ser capaz de decir mucho más.

Masta Zhul… ¿muerto?

Miró alrededor. Alguien debía de haberle arrojado la roca encima… o tal vez, tal vez había sido una desafortunada coincidencia. Tal vez la roca se había despeñado justo en el momento en el que él pasaba.

Empezó a lloviznar.

—Quitadle la roca de encima —dijo—. ¡Vamos!

Los dos hombres se miraron brevemente, pues no entendían lo que veían, los brazos blancos con vetas como metálicas y los chispazos luminosos, como si alguien estuviera golpeando un cuchillo contra un pedernal, mas aquello era una incógnita y la cólera de Narron era conocida y manifiesta, y empezaron a empujar la roca, no sin esfuerzo, pues no querían acabar con los cuellos rebanados.

Una vez apartada, se quedaron mirando los tres el despojo. La ropa impedía ver el alcance de los daños, pero el brazo estaba desgajado y yacía a un lado, y entre medias había trozos de metal y otras cosas que no podían identificar por mucho que las miraran y ladearan la cabeza para tratar así de entenderlas mejor, pues eran de otro tiempo y no tenían significado para ellos.

Narron empujó el cuerpo con el pie, por si se movía o hacía alguna cosa, mas no ocurrió cosa alguna ni Masta Zhul dio señales de vida, aunque fuera falsa.

—¡Cien mil escorpiones me piquen el cuerpo todos a la vez! —exclamó—. ¡Que se abra la tierra bajo mis pies y me trague, y caiga en un infierno de lava donde no quede de mí cosa alguna!

Los hombres agacharon la cabeza, como si no quisieran que Narron reparara en ellos.

Este pensó en las consecuencias de aquello. Había perdido el trato con Zhul, pero tenía al menos el cubil del Impostor repleto de cosas de los Antiguos, cosas que podía poner en venta, o llevar allí gente sabia entre los sabios. Y si el Impostor tenía tantas riquezas como decía, debían de estar en aquel lugar, y podría tal vez intentar encontrarlas y quedárselas.

Y eso no era tan malo.

Mas una cosa lo atormentaba.

Masta Zhul le había explicado que, al usar la espada para reparar su corazón, consumiría al demonio Excessus que estaba atrapado en su interior. Y que era eso, y no otra cosa, lo que necesitaba para repararse por completo. Con eso se cumplía el fin de la maldición que pesaba sobre la hoja, y con eso se garantizaba él que todo seguiría funcionando como siempre, y que tras un día vendría otro, y a este lo sucedería la noche, y que la primavera sucedía con anterioridad al verano, y todo lo demás. Y si la espada la tenía Morgo Palis porque, como parecía, había escapado, tendría que ocuparse él de alimentarla, y bien sabía que lo haría, así tuviera que recorrer aldea tras aldea llenando la hoja de sangre y sus ojos de lágrimas. Pero, por el contrario, si la espada había sido arrebatada… estaba muy seguro de que el ladrón desconocería la maldición y no la alimentaría como era necesario. Y en ese caso…

En ese caso el cubil de Masta Zhul no le serviría para nada.

Porque no habría noche que siguiera al día, ni habría primaveras, ni veranos, ni nada de todo lo demás.

—¡Estúpido pedazo de metal inservible, hombre falso, despojo de nada, imitador, falso, copia absurda! —le gritó al cuerpo de Masta Zhul, el rostro enrojecido y fuera de sí.

—Mi señor Narron —dijo uno de los hombres—. ¿Qué ordenáis?

Pues empezaba a llover cada vez con más fuerza y el viento venía frío del mar, y en las nubes negras que confabulaban en las alturas empezaba a verse la espectral luminiscencia de relámpagos primerizos y furtivos.

Narron se pasó la mano por la frente, atribulado.

—Calma —se dijo, aunque hablara en voz alta sin darse cuenta—. Tengo el control… tengo… capacidades. Debo pensar… pues soy un hijo de Mor Nasur, y los hijos de Mor Nasur sabemos…

Y mirando el suelo mientras parloteaba sin conseguir concentrarse, vieron sus ojos las hierbas aplastadas y las huellas muchas de pasos, de unos pies pequeños y otros más grandes, y las pisadas planas de Masta Zhul, y abrió mucho los ojos.

«Idiota, imbécil —pensó—. Pues claro…».

Miró las huellas y de ellas aprendió cómo se habían movido las personas que habían pasado por allí, las muchas entradas y salidas de la lobera y su destino final hacia el monte.

Examinó brevemente la entrada de la lobera, solo para confirmar que no había nadie allí, mas luego accedió al interior y cerró los ojos y olisqueó con cuidado, moviendo la nariz con el ritmo adecuado, la cadencia de aire correcta, como le habían enseñado.

Había varios olores allí. Olía a sudor de hombre, pero también había un aroma más dulce, más fresco, más intenso. Un olor a…

—Carne joven —dijo.

«Carne de mujer», decidió. Carne joven de mujer. Cabellos de… mujer joven. De una muchacha. El aroma a juventud, a cuerpo saludable, a piel suave.

Y otra cosa.

Olía a oveja. Una oveja había estado por allí no hacía mucho. Olía a ratón de campo, a tierra, a tierra húmeda, a piedra fría…

Y olía a…

Barro. Mas no un barro cualquiera, sino barro curativo, como emplasto, mezclado con especias y otras cosas.

Alguien se había estado curando allí.

Y se acercó a la piedra del suelo y volvió a respirar los aromas que había allí registrados, adheridos a la piedra, y cuando lo hizo, lo tuvo claro.

Sonrió.

—Morgo —exclamó.

Salió de la cueva a toda prisa y arengó a los hombres.

—¡Avisad al resto! —ordenó—. ¡Que todos los hombres peinen este monte, y lo que hay al otro lado, y todo alrededor!

—¡Sí, mi señor Narron!

—¡Rápido! —gritó. Y con el grito los hombres se pusieron en marcha como si una llama les ardiera en el mismísimo trasero.

Narron se volvió, sacó la espada del cinto, y empezó a trepar por el monte.

2

Lurdun Bavastro y Enca Fendor no llegaron a Umbralia, como habían

pretendido. No lo consiguieron; y hasta cierto punto, no encontraron la manera de hacerlo posible. El camino hacia allí era mucho más peligroso y arduo de lo que pensaron al principio, pues por todas partes había hombres armados, soldados de fortuna a juzgar por sus ropas, pero bravíos y rudos y de carácter bestial por sus maneras y por cómo se hablaban los unos a los otros, que buscaban grupos de supervivientes y prófugos de la batalla, y estando todos aislados y corriendo con miedo, les daban caza y los mataban sin apenas esfuerzo, pues algunos llevaban artefactos mágicos como bastones de llamas que lanzaban chorros de fuego de una intensidad pavorosa, y de eso no se puede escapar.

Así que cuanto más avanzaban, más cadáveres de los suyos encontraban, siempre entre los árboles, que la mayoría pensó les darían cobertura y cobijo en el bosque, y se dolían de ellos.

—Este es Beretien Piedrahundida —susurró Lurdun, acercándose a uno de los cuerpos caídos. Tenía un tajo negro y profundo en la parte posterior de la cabeza, y los cabellos todos manchados de sangre —. Luché junto a su padre en la batalla de la Reserva de Sites.

—Lo recordaremos —susurró Fendor con tono afligido.

—Y este de aquí… Hondo Tablo. ¿Recuerdas… su horrible manera de…?

—Hondo Tablo. Lo recordaremos…

—Tantos hermanos muertos, amigo —exclamó Lurdun con gran pesar—. Tantos hijos y padres, tantos de los nuestros que han crecido a nuestro lado o hemos visto crecer… ¿Acaso nuestra ciudad quedará vacía de varones, adultos y jóvenes?

Fendor no dijo nada. Acarició con cariño la mejilla de Hondo Tablo y cerró sus párpados pasando con suavidad los dedos por encima.

Lurdun se cubrió el rostro con las manos, buscando tal vez un instante de soledad.

—Debemos tomar justicia de esto —dijo Fendor con los dientes apretados.

Lurdun sacudió la cabeza.

—Olvida la justicia por ahora —replicó—. Hay que concentrarse en salvar lo que se pueda, que por ahora no tenemos nada garantizado.

—¿A qué te refieres? —quiso saber Fendor.

—Pues mira allí a lo lejos, entre los árboles.

—Veo enemigos buscando —graznó, con la voz temblorosa de cólera y rabia.

—Eso es —asintió Lurdun con la voz clara, más atemperado—.

Muchos enemigos. Y hemos oído hombres a caballo galopando de uno a otro lado, y también gritos.

—Así es —reconoció Fendor, haciendo bailar su hierro de una mano a la otra.

—Pues nuestro hogar está más allá de esos enemigos, que están entre el hogar y nosotros por una razón: para impedir que los nuestros lleguen a él. Porque escucha una cosa, no tienen ningún interés en atacar el hogar o quemarlo o matar a las gentes que quedan allí, que son en su mayoría ancianos, tullidos, mujeres y niños, porque lo que querían… ya lo han conseguido.

—Pues… ¿qué querían? —preguntó Fendor—. Que me parece a mí otra cosa todo esto.

Lurdun negó con la cabeza.

—Era una trampa —explicó—. Mas no la tendieron para nosotros. No nos querían a nosotros. Dudo yo que Salacio el conspirador o las gentes de Lastas y Malenas sepan algo de lo que ha ocurrido aquí, o la guerra que nos prometieron. Estas gentes son otras, de otro lugar, y no les interesa Umbralia o lo que aquí hacemos o a lo que nos dedicamos, pues Umbralia es una ciudad modesta en el confín del mundo, alejado de las cuestiones importantes, de las rutas comerciales, de las grandes minas, de los ríos que atraviesan las grandes ciudades. Lo que querían es algo sencillo…

—¿Qué querían?

Lurdun suspiró. A su amigo había que repetirle las cosas una y varias veces.

—Querían a ese hombre, el que dejamos en la lobera. Querían acabar con los Necronautas. Con todos. Y con su barco. Y por Drokk que lo consiguieron.

—Pues entonces…, ¿por qué nos dan caza a nosotros?

—Escucha una cosa —respondió Lurdun mirando alrededor—, eso no lo sé. Y me parece que debe de ser alguna cosa que aún no tienen, o ya se habrían marchado. Porque mira…

Señaló a los cadáveres en el suelo. Los habían sacudido y movido de sitio después de muertos, por la postura de sus cuerpos y sus heridas, y por cómo algunos de sus cintos estaban desprendidos de la cintura, y si llevaban macuto o fardo a la espalda estaba abierto y desperdigado por el suelo.

—¿Lo ves? —dijo Lurdun—. A todos los cadáveres que hemos encontrado los han registrado.

—Ya veo —susurró Fendor.

—Así que hagamos una cosa —continuó diciendo Lurdun—. No podemos ir a Umbralia porque hay demasiados enemigos entre la

aldea y nosotros…

—Los despedazaremos —soltó Fendor mientras asentía con rabia—. Tú y yo. ¡Les daremos en el cráneo y les asestaremos tajos en la espalda, y los brazos los cortaremos todos! ¡Y habrá un nuevo río en este bosque, uno de un rojo vivo e intenso al que llamaremos río de la Rabia!

Lurdun pasó tentativamente los dedos por los labios de su amigo.

—Calla… —pidió—. Calla, es mi ruego. Pues te van a oír, que no estamos tan lejos, y perderemos toda oportunidad. No podemos enfrentarlos, amigo, por mucho que te gustaría. Sería una muerte heroica, probablemente, pero así no serviríamos a nuestras familias, ni haríamos bien alguno…

Fendor se mordió el puño hasta hacerse sangre, que manó abundante entre sus dedos, pues estaba lleno de cólera y quería atacar al enemigo y matar a cuantos pudiera antes de que lo alcanzara una flecha, o una lanza, o un tajo.

—Calma, amigo mío —lo instó Lurdun, que estaba más que acostumbrado a tratar con Fendor—. Te diré lo que haremos. Volveremos atrás, a la lobera, y preguntaremos al hombre que salvamos qué buscan estas gentes. Ignoro qué será, si un tesoro o algo de gran valor, acaso sea una corona, o el sello de un rey o una marca de tierra. Pero tan pronto lo sepamos, haremos para que lo encuentren, y así los veremos partir de aquí y alejarse.

Fendor entrecerró los ojos.

—¿Y si lo buscan a él? —preguntó—. El último de los «Necenautas» —dijo en tono burlón—. Para darle muerte y darse por satisfechos con ello… En ese caso, ¿qué haremos?

Lurdun pensó, moviendo la cabeza de uno a otro lado. Lo que decía su amigo tenía también todo el sentido, y pensó si acaso no buscaban dos cosas: algún objeto de valor y también a ese hombre en concreto, que abandonó el barco en primer lugar, y por cómo hablaba a los otros Necronautas, era sin duda su jefe o tenía alguna autoridad.

—Pues siendo así —dijo lúgubre—, ya veremos. Que si pudiera luchar con nosotros, menudo aliado sería: un ejército de un solo hombre. Los tres podríamos dar muerte a toda esa escoria que se interpone entre nosotros y el hogar. Mas si no puede luchar y lo encontramos como muerto, tal y como lo dejamos…, lo entregaremos, si con eso salvamos Umbralia y a los nuestros.

Fendor asintió.

—Ahora estamos de acuerdo —soltó.

Mas cuando empezaron a retroceder por el bosque, caminando agachados entre los arbustos ralos que allí crecían asalvajados entre

las agujas de pino, se vieron obligados a detenerse otra vez.

Una partida de seis hombres a caballo discurría por allí, buscando a uno y otro lado. No se les veía mucho ímpetu en el rostro, pues llevaban buscando y cabalgando durante toda la noche, y en las cabezas de unos flotaban imágenes de catres y odres de vino y muslos de pollo calientes por el fuego, y en las de otros corría la misma frase: «No nos pagan bastante para esto». Mas en eso uno de ellos detuvo su caballo y se apeó con urgencia.

—¿Pues qué haces, Tuma? —preguntó otro de los hombres, volviéndose y haciendo girar a su caballo.

—¡Tengo que hacer de vientre! —exclamó el otro, corriendo para alejarse un trecho y agachándose allí entre las zarzas, de manera que apenas se le veía la cabeza.

—¡Tanto come el mulo como caga! —soltó su compañero—. ¡Te espero, entonces!

Una piedra salió volando de entre los arbustos y pasó muy cerca del hombre a caballo.

—¡Vete! —gritó el tal Tuma—. ¡Que no quiero yo nadie alrededor cuando estoy descomiendo!

—Loco cagón —lo increpó su compañero—. Que casi me da tu piedra. ¡Pues está bien! ¡Te dejo solo! ¡Caga a gusto, y cuando termines límpiate con una hiedra venenosa!

—¡Te la guardaré para que la huelas! —respondió Tuma.

El hombre a caballo protestó y farfulló algo que no pudieron oír, mas luego trotó a buen paso para reunirse con el resto.

Lurdun y Fendor intercambiaron una mirada. Era una oportunidad, sin duda, pues no se les había pasado por alto que Tuma llevaba consigo uno de los bastones de llamas, y si pudieran hacerse con uno, y tan fácilmente, mucho cambiarían las cosas.

Lurdun pensó durante unos instantes, mirando cómo el resto se alejaba. Esperaba que fuera una evacuación complicada, de esas que se hacen de a poco, y que después de una bola viene otra, para que les diera tiempo a actuar, y diciendo eso echó mano a su cinturón y liberó su honda, que las hacían los niños con sus dedos pequeños y podían trenzar el lino con mucha destreza, y los cordones estaban trenzados en un sennit elíptico de diez hilos, y terminaba en una cuna del mismo material. Mas cuando buscaba una piedra pequeña pero suficiente que usar como proyectil, oyó un crujido, y cuando miró vio que la cabeza de Fendor había sustituido a la del cagón.

«Puñetero loco insensato», se dijo. Mas su ímpetu había funcionado, pues Fendor regresaba ya con el bastón en las manos, y los jinetes que se alejaban ni siquiera habían mirado atrás.

—Bendito aire puro —susurró—. Que casi me asfixio con lo que ese hombre ha soltado por el bajo vientre suyo.

—No será tanto —dijo Lurdun—. Que mucho me parece que estos hombres cenaron poco anoche y han desayunado aún menos.

—Como nosotros —masculló Fendor.

—Ya tendremos tiempo de ello —opinó Lurdun—. Pero alcánzame ese bastón —dijo extendiendo el brazo—. Que quiero yo examinarlo.

Era un bastón muy tosco, en realidad, como de madera de vid, pues era retorcido y se iba para un lado, daba vueltas sobre sí mismo y aparecía por el otro, y en el extremo había atrapado un mineral parecido al granate, del cual se veía poco por estar embutido entre la madera.

—Pues bueno… —dijo Lurdun ofuscado mientras le daba vueltas intentando discernir su funcionamiento.

—Apunta primero, pececillo —exclamó Fendor—. No vayas a quemarte esa cara tuya.

—Pues no parece que tenga ninguna marca —susurró Lurdun—. Mas no es lugar este de hacer pruebas, pues si de su extremo salen llamas como las que hemos visto, los jinetes que por allí marchan oirán el ruido y no tardarán en volver.

Se colocó el bastón a la espalda, entre el cuerpo y la ropa, y se frotó las palmas.

—¿Qué haces? —preguntó Fendor.

—¿No lo sabes? —respondió él—. Hay que frotarse las palmas después de tocar una cosa de magos y hechiceros.

Fendor pestañeó confuso.

—¿Quién lo dice?

—La gente lo dice.

Mas después de mirarlo un rato con el ceño fruncido, Fendor se frotó las palmas y siguieron camino, de vuelta otra vez hacia la playa.

3

Todo alrededor se llenó de sonidos.

Morgo estaba exhausto, sí, y cada bocanada de aire que penetraba en sus pulmones le producía un dolor mayúsculo que pareciese que iba a partirlo en dos. Las rodillas le temblaban, también las piernas, y cuando buscaba asidero entre las rocas, estas parecían bailar antes de posarse, mas a pesar de ello todavía tenía el oído muy fino, y estaba pendiente de lo que ocurría detrás de ellos, en el monte.

Había jadeos de hombres que ascendían por las rocas, relinchos

de caballos y arengas que se lanzaban los unos a los otros para animarse, y no pocas órdenes de buscar por algún lado o alejarse o acercarse.

—Nos están buscando —dijo Morgo.

—También yo los oigo —susurró Salvia.

—No tardarán en superar la colina y nos verán —dijo él—. Vaya si nos verán.

—Pues… ¿qué podemos hacer?

¿Qué podían hacer?, se preguntaba Morgo. ¿Qué podían hacer? Esa era la pregunta. El problema, pensaba él, era la… Supremacía. Así la llamaban en Mor Nasur. La Supremacía de los Hijos y los Hermanos. Se confiaba tanto en la superioridad en el combate que no podía concebir un plan ahora que el combate no era una opción. Aun así, exhausto o no, Morgo calculaba que podría lidiar fácilmente con los primeros cuatro o cinco guardias que se acercaran. Era una cuestión de acertar en los puntos vitales del cuerpo; un sencillo movimiento y estaban acabados. Pero después de eso vendrían más, y cuando se les echaran encima todos a la vez no tendría él fuerzas para resistirse, y mucho menos para reducirlos.

Entonces…, ¿qué podían hacer?

—No lo sé —admitió. Pues incluso si se echaban al suelo y esperaban entre los zarzales, o detrás de una roca, acabarían por descubrirlos igualmente, sobre todo si ellos miraban abajo desde una posición elevada, como de hecho ocurría.

—Algo se podrá hacer —susurró la muchacha—. «Piensa, Salvia. Piensa… que en el pensar y el discurrir encontrarás la manera de salir…».

Era algo que solía decir padre.

«Un consejo o dos me podrías dar ahora —pensó ella, mas la voz de su padre no apareció entonces tampoco—. Ojalá esté bien y no lo hayan castigado o penalizado por hablar con los vivos, que sé por lo que dicen que les está prohibido».

Mas mientras pensaba en esas cosas, la trémula luz de una antorcha apareció por lo alto de la colina, y no tardó ni un instante en reparar en las dos figuras que huían.

—¡Aquí! —llamó el guardia, y su voz grave retumbó por el valle como un cuerno de batalla—. ¡Aquí hay dos evadidos!

—Pues me temo que no hay mucho que podamos hacer —exclamó Morgo, ronco.

—¡Ay! —gimió Salvia.

—Escucha niña —dijo Morgo—, que yo he vivido lo mío y he hecho y dicho mucho, y aunque no tengo mujer ni descendencia, ha

sido por decisión propia, y no me arrepiento de estas carencias. Mas escucha ahora…

El sonido de los caballos empezó a volverse más y más fuerte, y muchas voces se daban réplica y hacían eco del descubrimiento, y no eran pocos los pasos que se oían ascendiendo hacia la parte más alta de la colina para superarla.

Morgo tomó a la muchacha por los hombros, los dedos apretados contra la carne para que prestara atención.

—¡Escucha te digo! —exclamó—. Yo no puedo moverme, mas puedo entretenerlos, un tiempo al menos, que a los primeros que vengan daré muerte antes de que acaben conmigo. Así que corre. ¡Corre ahora! Dale una oportunidad a tu vida, que salvándote tú moriré yo más descansado de la cabeza y sin tanta aflicción.

Salvia lo miró, pestañeando con rapidez. Mas los hombres descendían a toda prisa y ya los primeros caballos superaban a la carrera el hito de la colina, las patas fuertes y largas proyectadas hacia delante y los jinetes agarrados con fuerza a los cuellos poderosos de sus monturas, y Morgo la empujó lejos de él.

—¡Corre! —gritó.

«Aléjate de él, hija» —había dicho padre—. «Pues solo quiere destruirte» —había añadido además. Mas cómo las dos cosas trabajaban en la misma dirección no lo entendía, y se quedó clavada en el sitio, incapaz de reaccionar, pues salir corriendo para salvarse mientras aquel hombre se quedaba para morir no le parecía correcto.

Pero he aquí que, de pronto, estalló un infierno de llamas en la parte baja del monte. Morgo se agachó instintivamente, y Salvia se dejó caer hacia atrás con una exclamación de sorpresa, pues parecía que una roca había caído del cielo, como a veces ocurría, y había hecho saltar los arbustos por los aires.

El fuego, que era como una lengua de lagarto o de sapo de cresta larga, refulgió en la noche incipiente como un amanecer, y se enredó en la hojarasca y los arbustos y en las ramas de los pocos árboles bajos que allí había, madroños y cornejos en su mayoría, y ardieron ellos con una rapidez pasmosa, impidiendo la visión.

Qué había ocasionado el fuego, Morgo no lo sabía, pues las llamas progresaban como vientos huracanados y se conducían con una furia hostil por la parte baja del monte hacia arriba, quemándolo todo, y los hombres y los jinetes y los caballos que descendían se vieron obligados a retroceder.

—¡Por los Antiguos! —soltó Morgo.

Estaba sorprendido, pero una oportunidad era por cierto una oportunidad, y muy ciego debía estar uno para no verla. El fuego

abrasador y creciente se había originado entre ellos y los guardias, y no se expandía en su dirección, sino hacia el enemigo. Contaban pues con unos instantes más para intentar huir.

«Si pudiera yo correr», se dijo. Mas se afianzó el cayado bajo el sobaco y lo sujetó con fuerza, y apretando los dientes empezó a moverse con tanta rapidez como le era posible.

—¡Corre, muchacha, corre! —gritó.

Mas Salvia, que era testaruda y tenía la mollera dura como las piedras con las que está hecho el corazón de las mismísimas montañas, regresó con él y, poniéndose bajo su otro brazo, lo ayudó a avanzar.

Morgo notó el empuje. La oportunidad había dado a la muchacha renovadas energías.

—Qué mollera tan cabezota tienes —protestó, pero después de eso pareció decidir reservar el aliento, y avanzaron y avanzaron mientras la llovizna los empapaba, mientras a su espalda los hombres gritaban.

—¡Retroceded!

—¡¿Alguien ve alguna cosa?!

—¡Por aquí no se puede pasar!

Y mirando furtivamente hacia atrás, vio Salvia a uno de los hombres corriendo por la ladera del monte; iba envuelto en llamas que consumían sus ropas y gritaba como un recién nacido, mas no de celebración por venir al mundo (que por eso lloraban los bebés), sino de angustia y dolor supino.

Decidió no mirar más, pero también ella se preguntaba algo: de quién sería la lengua de fuego y quién los había ayudado, aunque eso ella, como Morgo Palis, tampoco lo sabía.

4

Estuvieron avanzando un trecho hasta que Morgo cayó hacia delante cuan largo era y se dio en la frente con una piedra grande y gris recubierta de pálidas manchas de musgo seco. Mas tanto si se hizo daño como si no, no dijo nada ni pareció acusarlo lo más mínimo.

—Niña —dijo Morgo en el suelo, jadeante y cubierto de un sudor fuerte que despedía pestilencia, mientras miraba atrás—. Que de lo que me contaste sobre las líneas del destino no te creí yo gran cosa —admitió—. Mas viendo lo que ocurre ahora… ya no diré yo lo mismo.

Salvia también miraba, pues allí, ante sus ojos, ocurría algo inaudito.

Había empezado a llover con tanta fuerza que hasta las piedras en

el suelo parecían encogerse bajo el ímpetu de las gotas abundantes, veloces y gruesas, y en eso pensaron que su suerte se había acabado, por mucho que la cortina de llamas les había permitido alejarse mucho más de lo que pensaban. Mas a medida que el fuego atemperaba su ímpetu y volvían a verse el monte y los hombres apostados al otro lado, la lluvia creció en intensidad, y se volvió tan densa y tan tupida que, ante sus asombrados ojos, tanto el fuego como el monte o los soldados empezaron a desaparecer.

—No se ve nada… —exclamó Salvia maravillada.

—De veras que aquí hay fuerzas actuando que aún no comprendo —afirmó Morgo—. Pero me temo que no nos pueden quedar más trucos —añadió, ahora con la voz débil y titubeante—. Pues he avanzado tanto como he podido. Pero me desvanezco. ¿Ves?

—¡Aguanta un poco! —lo instó Salvia—. ¡Que todo esto no puede ser por nada!

—Por nada, por nada… —repetía Morgo mientras sentía que se iba.

—¡Levántate y anda!

—Vete tú… —dijo Morgo, mientras los ojos se le ponían en blanco—. Már… cha… te.

Mas entonces la lluvia la desdibujó ante sus ojos, y la forma de la carita de la muchacha, toda ella cubierta de cabellos empapados, se le nubló.

«Los dedos —pensó—. No los siento».

Y no los sentía, pero tampoco sentía las piernas, ni sentía la lluvia en la cara ni el olor del campo húmedo, que debía de ser bonito y muy de agradecer pues estaba acostumbrado a vivir en el mar y tenía la tierra un reclamo especial para él, pero de nada de eso era consciente. Y pensó: «Pues ya es la hora, que mucho se ha intentado y mucho se ha conseguido, pero más cosas inesperadas que nos favorezcan no pueden ocurrir, que de esas tengo una cacerola llena».

Pero antes de desvanecerse, pensó él que tenía suerte de haber sido receptor de tantos regalos, y se preguntó por qué.

Por qué.

Mas luego…, luego se apagó.

5

La tormenta evolucionó con rapidez sobre el monte y alrededor de la colina. Narron Hojablanca De Calderos, con los dientes apretados de pura cólera, arengaba a sus hombres para que cruzaran a través de las llamas y dieran persecución a los evadidos, acaso uno de ellos tuviera

la espada. Pero las llamas eran altas y grande la extensión que ocupaban, y habían encontrado en los árboles y los arbustos buenos cimientos para existir, y tuvo que empujar a alguno de ellos para que se atrevieran a dar el paso. Mas cuando lo hacía, comprobaba él que no era buena idea, y salía el hombre ardiendo, las cejas, los cabellos, las barbas y toda la ropa, y chillaba de dolor como un cerdo en el matadero.

—¡Inútiles! —bramaba—. ¡Banda de harapientos haraganes! ¡Vuestras madres se venden por dinero y vuestros hijos son cerdos en un lodazal, y solo sirven para comerlos, que haré yo collar de hueso si no encontráis a los evadidos!

Comenzaron los hombres a rodear el fuego, pero este se extendía con rapidez, y allí por donde intentaban cruzar, el fuego los superaba y les cortaba el paso.

Un hombre cayó al suelo a su lado, tosiendo con tanta fuerza por efecto del humo que el casco se le cayó de la cabeza, y Narron, enfurecido, le dio un tajo rápido y profundo, quebrándole la cabeza de lado a lado, y cayó este de lado con los ojos abiertos. Se le llenaron de agua de lluvia con rapidez.

—Serpientes y maldiciones —masculló Narron.

Mas entonces empezó a llover con verdadera fuerza, un torrente vertical de agua era, como una cascada, y del fuego salió un humo blanco y abundante y empezó a sisear como una fogata sobre la que se vierte un cubo de agua, y vio Narron esperanza en ello.

Pero no esperó a sus hombres: tan pronto el fuego bajó en intensidad, saltó entre las llamas a la carrera, y aunque el calor le abrasaba las piernas, siguió avanzando hasta llegar al otro lado.

Mas…, he aquí que mirando a uno y otro lado no vio él nada más que lluvia y más lluvia, y eso era cuanto se divisaba, pues ni a diez palmos de distancia podía distinguir una piedra de un arbusto.

—¡Por todos los escudos y las hachas! —rugió, otra vez encendido por la cólera. Y empezó a correr en una y otra dirección, girando mucho la cabeza, intentando divisar alguna cosa, sin que consiguiera encontrar nada.

Pero estando en eso, el firmamento se cubrió de relámpagos repentinos que zigzaguearon por todas partes, progresando por el cielo con rapidez. Y hubo uno y luego otro, y ni con la luz que emitían pudo él ver nada u oír alguna cosa con su fino oído, pues la lluvia levantaba un gran estrépito por todas partes. Mas uno de ellos cayó sobre el monte, que en ese momento lo tenía él a la vista, y cuando lo golpeó produjo una explosión cimbreante y atroz que creyó percibir en sus carnes.

—¡Por el resplandor cegador del sol! —soltó—. Que me quede yo mirándolo por un día entero y me quede ciego. —Que él sabía que los relámpagos no tenían ese efecto cuando caían en el suelo, o sobre un árbol, ni producían ese sonido.

Caminó hacia allí, pensando en qué nuevo artificio era ese, y si tendría que ver con la leyenda de Excessus, pues desconocía cuánto tiempo hacía que nadie la alimentaba con sangre, y si sería acaso el momento. Mas imaginándose él un antiguo demonio saliendo de entre las rocas, atroz entre los atroces, grande y enorme y cubierto de escamas y fuego, que quizá por eso el monte había echado a arder, oyó las voces de sus hombres por encima del ruido atronador de la lluvia.

—¡Ha vuelto! —decían unos, y la voz se extendía por el monte, de unos a otros.

—¡El que cayó ha vuelto!

Narron se sacudió el agua de la cara antes de gritar:

—¡¿Qué pasa ahí arriba?!

Los hombres seguían gritando.

—¡Ha regresado! ¡Se ha levantado y ahora camina!

Narron contrajo todos los músculos del cuello. En verdad podía hacer un juramento de que acabaría con todos esos idiotas cuando todo terminara, y ese sería su pago justo, terminar con su insoportable existencia.

—¿Quién ha vuelto? —preguntó mientras se acercaba al monte. Mas entonces miró arriba, entre el humo de las brasas ya débiles del incendio, y lo vio.

Pues su silueta era inconfundible, alta y delgada, y además le faltaba ahora un brazo.

Pero había recuperado el sombrero de ala ancha y miraba abajo sin expresión alguna en su rostro metálico.

Era Zhul. Masta Zhul el Impostor; mas el brillo azul de sus ojos era ahora tan intenso que refulgía en la noche como el centelleo de las estrellas en el cielo nocturno.

Levantó la mano del único brazo que le quedaba, y observándola con detenimiento, agitó los dedos.

«El poder eléctrico del relámpago», pensaba. Y en verdad si hubiera podido sonreír lo habría hecho, pues la suma de sus complicados procesos internos podía resumirse en algo parecido a la euforia. El relámpago y su descomunal poder, que cuando golpea inmisericorde desde el cielo lejano puede tumbar a una vaca en el sitio y dejarla abrasada por dentro, o partir un tronco de manera que quedara truncado y abatido, todo lleno de fuego ardiente en su

interior, o tumbar una torre de piedra y hacer saltar rocas por los aires.

«El poder del relámpago», se repitió.

No era lo bastante potente para reparar su corazón la batería que tenía instalada en su interior; pero sí que había recibido la suficiente energía, empuje o impulso para que su cuerpo iniciara los procesos de recuperación de emergencia. Reparaciones, conexiones…, lo esencial para poder moverse de nuevo.

No era una solución, pero estaba otra vez en marcha.

—¿QUIÉN HA VUELTO? —Oyó a Narron preguntar ahí abajo.

Masta Zhul no dijo nada.

Empezó a descender por la colina a través de los restos del incendio, ignorando el ardor de las brasas entre la tierra quemada.

Capítulo 11

Guiso de patatas y ayuco tostado

Olía a guiso.

Guiso de patatas con carne de caza y hierbas de las aromáticas. Muflón, o venado, o alguna otra cosa similar; que la carne de caza era bien distinta de la de la vaca, o el cerdo, o el gallo y la gallina, y de ella tenía mucha más apetencia.

«No huele a guiso —pensó—, pues está lloviendo y hay guardias a la zaga, y esta es la hora verdadera de la era, era, era» —rio mientras canturreaba, aún con los ojos cerrados.

Rio, aún con los ojos cerrados, sintiendo el contacto confortable de la paja mullida debajo de él, paja en hacina que era suave y cálida, y paja nueva a juzgar por la sensación agradable, además.

—Por todas las dentelladas que han dado todos los lobos alguna vez —dijo una voz a su lado—. El durmiente ha despertado.

Morgo abrió los ojos, mas la luz que recibió en ellos era tan intensa que se vio obligado a entrecerrarlos, y por esa ranura ínfima vio él la silueta de un hombre que tenía delante, aunque no su cara, pues tapaba la entrada de la oquedad en la que estaba.

—¡Eh, pececillo! —llamó el hombre.

—Qué… —empezó a decir Morgo—. Mas tenía la garganta tan seca que tuvo que carraspear para darle tono otra vez. Y acto seguido pensó que un poco de agua le vendría bien—. Agua…

—¡Pececillo! —repitió el hombre.

—¡Ya voy! —respondió otra voz.

—Ha pedido agua.

—Pues dale agua —dijo el recién llegado—. ¡Salvia!

«Salvia», pensó Morgo.

Se sentía confundido.

Lo último que recordaba era haber estado bajo la lluvia, tendido en el valle rocoso, sin un ápice de fortaleza en el cuerpo. Y pensó que

iba a morir, si no de puro desmayo, cuando los hombres de Narron le dieran caza, cosa que con lluvia o sin ella acabaría ocurriendo; solo habían ganado un poco de tiempo.

Pues, ¿dónde estaba ahora?

—¡Salvia! —volvió a llamar el hombre.

El hombre más grande le había acercado un cazo de madera. Estaba bastante roto y desvencijado y perdía agua, y aunque esta le cayó encima, a Morgo le dio lo mismo. Bebió con avidez y sintió el fresco líquido cayendo por su garganta, regando su cuerpo como un río cruza un erial, y sintió también cómo sus interioridades respondían, como si hubieran estado resecas por mucho tiempo, y tomó el cazo con ambas manos para que no lo apartaran de él.

—Con calma —dijo el hombre—. ¡O echarás hasta las papillas que te daban de pequeño!

La muchacha entró en la cueva como un torbellino.

—Entonces vive —exclamó.

—Ya te lo dije —dijo uno de los hombres—, que tenía el cuerpo en curación, que ante eso, cuando se necesita de verdad, no hay temblor ni trueno que te levante, así te lama la oreja un lobo grande como un caballo.

Morgo dejó el cazo a un lado y miró a los hombres, y de pronto cayó en la cuenta.

Eran los hombres que lo llevaron desde la playa hasta la lobera y lo dejaron allí.

—Vosotros… —susurró, con los ojos muy abiertos.

—¡Se acuerda de nosotros! —dijo el hombre.

—Morgo —intervino Salvia—, estos son Lurdun Bavastro y Enca Fendor. Son los hombres que te salvaron ya una vez, ¡y han vuelto a hacerlo! Nos salvaron a los dos…

—Qué… —consiguió decir, mas cuando trató de levantarse vio que el cuerpo no le respondía con punzadas dolorosas ni ninguna otra cosa, y consiguió incorporarse hasta quedar sentado en el suelo—. ¿Cuán… cuánto tiempo llevo… durmiendo?

Salvia se sentó a su lado sonriente. Tenía el cabello limpio otra vez, y también la cara y las manos, y parecía en verdad contenta y saludable, aunque el vestido era el mismo, todavía roto y desgarrado y más sucio que un trapo que hubieran arrastrado por un pantano.

—Escucha —le explicó—. Cuando estábamos en el valle cerca de mi aldea, allí bajo la lluvia, todo parecía ya perdido. Te desmayaste y, aunque intenté moverte no pude desplazarte más que unos dedos, ¡pues pareces delgado pero tu cuerpo es pesado como una roca!

Morgo asintió.

—¿Te acuerdas de eso?

—Sí, claro —susurró Morgo mirándose las manos, llenas de magulladuras y arañazos que se habían convertido ya en costras marrones. Recordaba haberse dado contra todo tipo de rocas mientras intentaba progresar, pero el hecho de que estuvieran tan curadas le indicaba que debían haber pasado, al menos, varios días—. ¿Cuánto tiempo llevamos…?

—Déjame contar —dijo Salvia—. Pues cuando Lurdun y Fendor aparecieron, pensé yo para mis adentros: «Justo menciona Morgo las líneas del destino —cosa que hiciste—, ¡y aparecen estos dos!».

—Sí… —susurró él.

—Allí estaban, bajo la lluvia, con unos caballos de los guardias que habían conseguido, y descendieron de ellos y me preguntaron: ¿Eres amiga o enemiga? Y yo me quedé tan sorprendida que solo acerté a decir: Amiga, ¡aunque no sabía quiénes eran y con quién me estaba yo amigando!

Lurdun y Fendor rieron con ganas.

—Y me llevaron en volandas agarrándome por la cintura —continuó diciendo Salvia, hablando con rapidez—, y a ti te levantaron entre los dos y te pusieron a horcajadas en el de uno de ellos, ¡y en unos instantes estábamos cabalgando entre las rocas, bajo el cielo encapotado y la lluvia, que no veía yo lo que pasaba ni sabía qué ocurría, ni adónde íbamos! Mas pensé que era buena cosa porque huíamos de los que nos daban caza, y no se me antojaba cosa mala poner distancia.

—¡Por la armadura de ébano de Mortrid Casrid! —exclamó Fendor—. Pensé yo que tardaría toda la jornada en relatar lo ocurrido, y lo ha hecho en lo que se tarda en chiflarle a un caballo.

—Una buena narración —confirmó Lurdun—. Pero descuida, que aún queda.

—Sí —asintió Salvia—. Pues cabalgamos toda la noche y luego toda la mañana, y dimos muchas vueltas, a veces hacia el sur y a veces hacia el este, y me dolían las posaderas todas de tanto meneo, que yo no había montado a caballo más que una vez y por un trecho muy corto, pero… muy dentro de mí me sentía contenta porque con cada cabalgada sabía yo que sería más y más difícil localizarnos, y eso era bueno. Era bueno.

—Habéis… conseguido escapar del cerco de Narron —dijo Morgo despacio—. Imposible.

—Bueno. Aquí estamos —dijo Lurdun—. Y eso bien puedes creerlo.

—¿Aquí, dónde? —preguntó Morgo, pues de algún modo había

acabado en otra cueva, aunque esta fuera mucho más espaciosa. Tenía la entrada goznes y estructuras de madera, como si algún tiempo atrás alguien hubiera instalado allí una puerta, mas estaban vencidas y arruinadas, y la hoja estaba desprendida y rota a un lado. Y había mesas más allá y sillas de las que no quedaban más que restos de madera, ahora inútiles, y el techo estaba recorrido por troncos que hacían las veces de vigas, hundidos en el techo de tierra y piedra, así como las paredes. Y Morgo pensó que el lugar le parecía la entrada de una mina, si alguna vez había visto alguna, y en efecto vio al fondo un estante vertical con asideros donde los mineros solían dejar sus herramientas y colgar sus fardos y farolillos, mas también estaba arruinado.

«Una mina abandonada», pensó.

—Nos alejamos de Umbralia y de Puntapié, por cierto, para que nos siguieran y se olvidaran de esas tierras, y pensamos que si nos acercábamos a cualquier otro lugar habitado, los guardias de… ¿qué nombre has mencionado?

—Narron —respondió Morgo—. Narron Hojaparda De Calderos.

—Narron —masculló Fendor—. A ese bastardo cabeza de bosta, hiedetripas y mastuerzo chuparrabos le daré yo lo suyo…

—No lo creo —observó Morgo.

—Dejadme seguir —dijo Lurdun—. Pensamos que si nos acercábamos a algún lugar, Narron y sus hombres lo arrasarían, pues en esta región no andamos en muchas contiendas, y los hombres aprenden a trabajar la tierra y hacer tareas con el arado antes que a blandir una espada; eso la mayoría, con la excepción de Umbralia.

—Umbralia no parará a Narron —comentó Morgo, lúgubre.

Lurdun asintió.

—Lo sabemos —dijo este—. Y por eso te habíamos salvado la vida y puesto a salvo hasta que te recuperaras, pues reconocimos en él a un Necronauta…

—¡No es un Necronauta! —exclamó Morgo alzando la voz.

—¡Perdón! —se disculpó Lurdun, levantando ambas manos en el aire, las palmas expuestas hacia él.

—No es un Necronauta —repitió Morgo—. Nunca un Necronauta. Pues por su mano caímos todos y se perdió el hogar que era Madre, y cuantas cosas había en ella, y la vida de todos mis hermanos, por cierto. Mas Narron no era de los nuestros, aunque sí un hijo de Mor Nasur, y por lo tanto no hay hombre o mujer en alguna otra región que pueda vencerlo en combate, como no sea con trampas, tretas o argucias deshonestas.

—Ya veo —asintió Lurdun con prudencia—. Pues entonces

estábamos en lo cierto. Que además ese tal Narron se sirve de hechizos muy poderosos, pues los vimos con nuestros propios ojos.

Morgo recordó el episodio con los gólems y no dijo nada.

—¿Recuerdas acaso la lengua de fuego que se levantó entre nosotros y los soldados? —preguntó Salvia con ánimo en su voz.

—Sí —dijo Morgo.

—¡En verdad te digo que fueron Lurdun y Fendor!

—Estábamos volviendo a la lobera cuando vimos a los soldados en el monte. Cuando quisimos acercarnos por detrás, vimos que huías, con ayuda de esta muchacha, y pensamos en daros un tiempo extra, pues os seguían ya muy de cerca y avanzabais como un conejo sin patas, dando tumbos por las rocas.

—Mas… ¿cómo…? —quiso saber Morgo.

—¡Tienen un bastón! —explicó Salvia—. ¡Uno como el nuestro!

—Un segundo bastón —dijo Morgo sorprendido.

—No un segundo bastón —replicó Lurdun—. Que el nuestro es un bastón de llamas como los que venden algunos hechiceros, por muy alto que sea su precio…

—Mucho más que altísimo —precisó Fendor.

—Sí. Mucho más que mucho. Pero un precio al fin y al cabo, y acaso un señor pueda comprarlo si le place. Mas el vuestro… no es igual. Parece el cayado de un pastor, más que un bastón de mago.

—Y sin embargo es recio y fuerte como viga de acero o como yunque —dijo Morgo—. Así que no es un cayado normal.

—Sea como fuere —continuó Lurdun—, esta es la historia de cómo escapamos y cómo llegamos aquí, y de lo que queremos también.

Morgo asintió.

—Me habéis protegido y curado para que mate a Narron y dé venganza a vuestros caídos.

Fendor asintió.

—Tiene sentido —susurró Morgo—. Y en verdad me encuentro fuerte otra vez. Al menos no me duele el cuerpo como si me hubieran apaleado con cien bastones como los dos de los que disponemos…

—Ese emplasto es prodigioso —intervino Fendor.

—¿Me habéis estado dando más bellasabia? —preguntó Morgo.

—Sí —asintió la muchacha.

—Entonces… muy mal debía de estar para haber tardado tanto en sanar. Al borde mismo del Precipicio Final, al pie de la Escalera, me temo, que de no haber tenido la fortaleza de mi gente no estaría ya aquí, si con tanta bellasabia no he curado antes.

—Sí —confirmó Lurdun—. Es bellasabia, confeccionada por

nuestra gente, aunque nosotros no la llamamos así, para no llamar la atención. La mismísima Senepia Lucerna, la Primera Herbolaria de Umbralia, la preparaba durante muchas lunas poniendo en ella muchos ingredientes difíciles de encontrar y localizar, y los trataba con cuidado infinito, añadiendo mucho amor, mucho cuidado y el sonido de viejas canciones.

Morgo escuchaba con verdadero interés.

—Mas…, ¡ay!, no sabemos si Senepia sigue con vida, pues Salvia dice que se expuso ante los hombres de Narron para salvarla, y tememos lo peor.

—Senepia tiene más de un truco y más de dos argucias en su cinturón de ingredientes y ungüentos —terció Fendor, esperanzado—. Estoy seguro de que consiguió escapar.

—Quiero pensar eso, amigo —dijo Lurdun, y luego repitió—: Quiero pensar eso.

—El guiso —comentó Morgo de repente.

Fendor se puso rígido como si lo hubieran astado en las posaderas.

—¡El guiso! —exclamó, y salió corriendo hacia fuera haciendo gran estrépito.

—Pero, ¿qué ocurre? —preguntó Lurdun.

Morgo se tocó la nariz con un dedo.

—Se está quemando —fue la respuesta.

2

Era un guiso de ayuco, cuya carne era algo dura pero comestible, y alimentaba bien, sobre todo la de los adultos por tener vetas de grasa generosas, como la de los cerdos. Y estaba tostado, por cierto, para aliviar su sabor algo agrio. Las patatas sin embargo eran viejas y tenían un regusto arenoso, pero el conjunto resultaba sabroso, que Bavastro lo preparaba con hierbas seleccionadas y verduras, cuando podía disponer de ellas, y tenía tomadas las medidas para que saliera consistente.

Morgo agradeció el guiso sobremanera. Hacía tanto que no comía que tenía las paredes del estómago pegadas.

—Pues qué decir de la bellasabia —decía Fendor mientras comía—. Que curar, cura, pero en cuanto a engañar al estómago… Quizá quite el hambre, ¡pero alimenta tanto como tragar aire! Donde esté un trozo de carne, que se quiten los artificios y los potingues de los herbolarios y los curanderos.

—En eso estoy yo de acuerdo —dijo Salvia.

Morgo asintió, complacido, y haciendo eso miró alrededor. Estaban ahora en el exterior de la mina, y tenía razón en haber pensado que se trataba de la entrada de una, pues por allí había restos muy desgastados y muy desparramados de antiguos carriles, torres de conducción de aguas y hasta una vagoneta de madera, mas de los días en los que todas aquellas cosas habían estado en funcionamiento hacía mucho, muchísimo tiempo.

Por lo demás, estaban parcialmente ocultos por unas rocas que, por altas y redondeadas, parecían huevos de algún gallináceo gigante, aunque de piedra eran, y apenas se veía el bosque entre un pequeño espacio que le daba luz y aire, y era un bosque de robles oscuros como cualquier otro, sin que le diera pistas del lugar donde se encontraban.

—Esta región —preguntó—, ¿cuál es?

—Pues viajamos al este y al sur, como dijo Salvia —explicó Lurdun—. Y hacia el este pasamos cerca de Puertarroja y de Adoración, mas nos desviamos hacia el sur, sabiendo que nos pisaban los talones, pues no queríamos involucrar a nadie más en los líos de tu amigo Narron.

—No es mi amigo —replicó Morgo, serio.

Lurdun asintió.

—Descendimos por una cañada, los Brincones de Elas, hacia el sur. En otros tiempos corría por allí un río caudaloso. El Tuerto, se llamaba, por torcido, pero las gentes de Codiarra lo desviaron para dirigirlo a sus campos, por unos acuerdos a los que llegaron, y todo al sur desde allí quedó desangelado. Allí la tierra es sucia y hay polvo en los caminos y ya nadie los transita, así que solo de cabalgar por allí uno se vuelve gris y de noche quedas confundido con el entorno.

—No para Narron —dijo Morgo ceñudo—. Seguirá las pisadas de vuestros caballos con facilidad.

—Pues descuida —dijo Bavastro—. Porque desde allí nos movimos otra vez al este y cabalgamos largo tiempo entre los montículos, monte arriba y monte abajo, y cabalgamos por Valle Tejuelas hasta Negra Urdimbre.

—¿El bosque? —preguntó Morgo.

—Sí.

Morgo sacudió la cabeza.

—¿Lo conoces?

—¿Quién no conoce Negra Urdimbre? Mas… no os adentrasteis en él.

—Lo hicimos —dijo Fendor—. Pero solo a unas brazadas del linde, por respeto a las leyendas, y más que nada por despistar al que cabalgaba detrás nuestro.

—¿Quién cabalgaba detrás nuestro?

Lurdun carraspeó.

—El Impostor —respondió Salvia mientras bajaba la cabeza.

Morgo la miró.

—¿Estás segura de que era él?

La muchacha asintió.

—Pues lo dejamos allí en la colina, con una piedra encima, y de su cuerpo salían luces que no presagiaban nada bueno, como si se hubiera quebrado por sitios muchos.

—Sí —asintió Salvia—, pero durante las noches miraba yo atrás y lo veía a lo lejos, cabalgando un caballo negro, y vi su figura delgada y el brillo espectral de sus ojos, como ascuas azules, que era ahora más vivo e intenso de lo que era antes.

Morgo pensó unos instantes.

—Así que se ha recompuesto, o lo han remendado de alguna manera… Pero… ¿quién? Pues Narron no ha sido, ni ninguno de los hombres de los que se rodea…

—Eso por descontado —intervino Lurdun—. Que esos bestias no sabrían ni salar un pescado, pues solo saben de garrotes y mamporros, y sacar sangre de los cuerpos.

—Qué extraño —dijo Morgo—. Mas no entiendo… ¿cómo burlasteis al Impostor?

—Pues como te ha dicho mi amigo —indicó Lurdun—. Cabalgamos por el linde del bosque hacia el sur, y me parece que allí lo perdimos, pues cuando salimos al otro lado nos encontrábamos ya en la Tenencia de Uriel el Exaltado, y allí fuimos por los caminos de piedra que allí han extendido, y cabalgamos veloces, y quizá esa ventaja nos permitió perdernos, pues otra vez viajamos al este y al sur hasta llegar a estas zonas, el Condado de Ruideras, donde las pocas casas que hay son postas con asentamientos vigilados por soldados, casi todos de Merón o del propio Uriel, y nuestro Impostor no habrá querido cruzar por estos sitios tan a la vista, que tendría que haber respondido a una o dos preguntas y haber tratado con un par de lanzas.

Morgo asintió.

—Bien pensado —observó—. Mas… ¡el Condado de Ruideras! Pero eso es muy lejos. ¡Varios días y noches debo de haber dormido yo!

—Varios, de hecho —apuntó Fendor.

—Así me encuentro… —dijo Morgo—. Que no me duele nada, ni tengo fatiga en el cuerpo, ni ninguna otra cosa. Mas el Condado de Ruideras no es precisamente el valle frente a la choza donde un

leñador quiera formar una familia. ¡Muy seguros estáis de vosotros mismos preparando un guiso en estas tierras, pues hay ojos muchos, y de esos ojos, más de la mitad son enemigos declarados y la otra mitad no lo dice!

—¡Pues bien! —exclamó Fendor a la defensiva—. Que alguna vez hay que comer, y lamer el polvo de las piedras no es lo mío. ¡Y si hay que combatir, que sea con la barriga llena!

Pensó Morgo en eso y estuvo de acuerdo, y comió de su plato con la cuchara de madera que le habían dado. Pero la miró y se preguntó qué hacía eso allí.

Salvia pareció anticiparse a la pregunta.

—Los cuencos y las cucharas y los cazos y otras cosas los encontramos en el interior —dijo—. Útiles dejados por los antiguos mineros, con seguridad, que con estas cosas cocinaban y se alimentaban aquí arriba.

—Pues es raro —repuso Morgo—. Que estas cosas tienen su valor, y cualquiera que fuera el último en dejar el trabajo habría apilado todo esto y se lo habría llevado consigo, aunque fuera para venderlo, que cualquier posta de aquí las hubiera comprado o intercambiado por comidas dos veces los dedos de una mano.

—Sí —asintió Lurdun pensativo.

Morgo miró a los hombres con curiosidad.

—Entonces… —dijo, asintiendo ligeramente con la cabeza— el plan vuestro era… regresar cuando estuviera recuperado.

Lurdun suspiró largamente, y Fendor tomó unas patatas con la cuchara y las introdujo en la boca, como si no quisiera tener que explicar esa parte.

—Ese era el plan nuestro, ciertamente —asintió—. Pues sabíamos que con un hijo de Mor Nasur a la cabeza de una banda, por desorganizada que estuviera, no podríamos hacer mucho. Y como sabíamos que algo buscaban entre los cadáveres, fuera una cosa o un rostro, pensamos que interés en Umbralia no tenían.

—Luego les hablé de la espada —interrumpió Salvia.

Morgo se puso en pie.

—¿Les has hablado de la espada? —exclamó.

Ella asintió, dubitativa.

—¿Todo? —preguntó.

Otra vez asintió Salvia, cabizbaja.

—¿Lo de la hoja? ¿Excessus?

—Sí.

—¿La piedra?

—Sí —repitió ella.

Morgo parecía enfadado. Dejó el cuenco con lo poco que quedaba del guiso a un lado, en el suelo, y puso los brazos en jarras.

—Pues sabed que ese es un secreto ancestral de nuestra tierra —explicó—. Tanto más valioso que el hecho de que la bellasabia, el remedio del rey, se produce en Umbralia, pues eso es algo que atraería la atención de muchos ojos y manos codiciosas, y apresarían y darían muerte a vuestros herbolarios todos por el valor que tiene el emplasto vuestro.

—Así es —asintió Lurdun, poniéndose en pie también.

—Con la leyenda de la espada ocurre otro tanto —declaró Morgo—. Que somos guerreros, pero hay en el mundo hechiceros y criaturas muy poderosas que vendrían atraídos por un objeto maldito con un demonio como Excessus atrapado en él, y contra ellos y sus argucias nos las veríamos y desearíamos aun estando protegidos por las condiciones naturales de la tierra nuestra, que enferman y matan a los extranjeros que las pisan con quemaduras en la piel y grandes dolores en las interioridades.

Nadie dijo nada, mas todos lo escuchaban con gravedad.

—Extended ahora las manos —pidió— y haced juramento ahora de que no revelaréis nada sobre la hoja, ni la piedra, ni sobre el demonio Excessus, y jamás habréis de pronunciar ese nombre más que entre nosotros, pues hay muchos ojos y muchos oídos puestos en el mundo que vosotros no sabríais descubrir.

Lurdun, Fendor y Salvia intercambiaron una mirada, mas la petición era justa y estuvieron de acuerdo en jurar a la manera de entonces, las palmas de las manos extendidas y cruzadas, unas delante de las otras, encontrándose en la punta de los dedos.

Hecho el juramento, quedó Morgo algo más complacido, mas en lugar de sentarse empezó a dar vueltas alrededor del lugar, como pensativo.

—Entonces —dijo Lurdun despacio—, es cierto. La hoja se encuentra perdida.

Morgo asintió.

—Perdida, sí.

—Pues nos preguntamos… ¿de cuánto tiempo disponemos antes de que ese demonio atrapado en la hoja, sin sangre que lo mantenga apresado, se libere?

Morgo negó con la cabeza.

—Eso lo desconozco —admitió—. Pues esta historia es muy antigua entre los nuestros, y cuánto tiempo pasó desde que la hoja se guardó en lugar seguro y se olvidaron de ella hasta que empezaron a ocurrir cosas que demostraron que la leyenda era cierta, se desconoce.

Las viejas historias se transmitieron de padres a hijos, y como ya se sabe, esas historias pueden ir cambiando con las generaciones a medida que las cabezas más vivas añaden, quitan u olvidan detalles.

Fendor asintió.

—Muy cierto —exclamó.

—Entonces… la otra cosa que hay que saber… es cómo podemos encontrarla —opinó Salvia.

—Tendríamos que buscar por la playa —dijo Lurdun—. Pues seguro que la espada se cayó de tu cinto cuando los gólems te vapulearon, que fue esa cosa increíble, y tu cuerpo bailó y saltó por los aires de un lado a otro, y en esas fintas en el aire bien pudo haberse escapado del cinto, por muchas trenzas y cintas que tuviera.

—Los gólems agitaban toda la arena en ella —observó Fendor—. Se formaban y se desvanecían aquí y allí, para volver a juntarse un poco más allá. Y en esas, la arena cambia de lugar. ¡Pues tu espada puede estar enterrada bajo ella, en cualquier lugar, a la profundidad de un hombre puesto de pie!

Morgo encontró en eso cierto sentido.

—Incluso…, pienso yo… —intervino Lurdun— …, la espada puede estar entre los restos de tu barco.

—¿Cómo puede ser tal cosa? —preguntó Fendor.

—Pues piensa —explicó Lurdun—. Que los gólems se introdujeron en el barco y allí lucharon y proyectaban sus brazos mucho más allá de su longitud, que es lo que hacen los gólems, y quizá en esas la espada quedó atrapada dentro de sus cuerpos y la llevaban con ellos, como una piedra o alguna otra cosa.

—Y cuando la nave ardió…, esos gólems se deshicieron en el interior… —reflexionó Fendor.

Morgo asintió.

—Tiene mucho sentido para mí —razonó—. En verdad pudo haber sido así. Quizá la espada está en el fondo del mar, cerca de la orilla, o más allá.

—Sí… —susurró Salvia, súbitamente esperanzada—. Pues entonces…, ¿volvemos?

—Sin embargo —continuó Morgo con tono afligido—, quizá nos embarquemos en una aventura sin sentido, pues hay todavía muchas más posibilidades que podrían darse y que no hemos mencionado.

—¿Más posibilidades? —quiso saber Lurdun—. ¡Cuenta qué anda en tu cabeza!

—Pues bien —dijo Morgo—. Que hay cosas que aún desconocemos. Los gólems, por ejemplo. Había visto gólems antes, y por Drokk que incluso hemos llegado a combatir alguno, más de uno,

que aunque sean todavía un reto y un desafío, se los puede vencer. Porque invocar un gólem no es algo al alcance de cualquier hechicero, y se requiere mucha maestría, mucha concentración o muchísima fortuna para obtener un bastón de gólems, si todavía hay hechiceros en el mundo capaces de ocuparse de ello después del desastre de la Luz del Oeste.

—¿Qué es la… Luz del Oeste? —preguntó Salvia con curiosidad.

—Tanto da —repuso Morgo, haciendo un gesto vago con la mano—, pues es historia antigua. Lo importante aquí es que hay otros elementos en esta historia que no hemos encontrado aún. Como los hechiceros que conjuraron los gólems.

—Hechiceros… —dijo Lurdun pensativo.

—Conozco a Narron, y en modo alguno pudo haber negociado con hechiceros tan capaces para llevarlos a una batalla tan loca y estéril como la que allí ocurrió. Pues los hechiceros son sagaces e inteligentes y saben elegir sus batallas, y no creo que esta le interesara a alguno. Sin duda, me temo, tuvo que prometerles alguna otra cosa…

—La espada —dijo Salvia con los ojos muy abiertos.

—La espada —repitió Morgo.

—Mas si la tienen —dijo entonces Fendor, pensativo y visiblemente confundido—, ¿por qué nos buscan todavía?

—Una de las cosas es mi persona —respondió Morgo—. Imagino yo que todo este asunto de la trampa y el engaño lo planeó Narron para acabar con los Necronautas, pues somos guardianes y protectores de Mor Nasur, y Narron lo quería para él, que haciendo contratos con nuestros guerreros hay mucha riqueza que ganar, y un gran poder, pues los altos señores del mundo precisan siempre de guerreros excepcionales con los que doblegar a sus súbditos.

Lurdun asintió.

—Entonces el Impostor te busca a ti…

—El Impostor busca la espada —dijo—. ¿Que… tal vez piensa que la tengo yo todavía y por eso nos persigue? Es posible, y no te diré yo que no a eso, pero si es una cosa o la otra, no podemos saberlo a menos que lo capturemos y lo interroguemos. Mas eso no explica lo de los gólems. Que si tuvo hechiceros contratados con la promesa de la espada, cabe la posibilidad de que uno de ellos la encontrara, que tienen maneras de rastrear tales cosas, y habiendo obtenido su botín, se largara sin más. Y en ese caso… me temo que la espada puede estar en casi cualquier parte, a estas alturas.

—¿Puede un hechicero cabalgar muy rápido? —preguntó Fendor.

Morgo rio con ganas.

—Puede, ¡por cierto! Y más rápido aun que un caballo. Pues

algunos pueden emplear una cosa que llaman «atrecho», con los cuales van de un lado a otro del mundo en lo que tardas en chascar los dedos o emitir un chiflido. Y otros, como Ellör Litos Ceoril, cabalgan a lomos de un elemental del viento que se esconde en la forma y maneras de un caballo común.

Salvia aplaudió de manera repentina, súbitamente fascinada. Eran conceptos hermosos, mágicos, inexplicables, que le encendieron el corazón y el ánimo, y dibujaron de hecho una sonrisa en su rostro. Ello despertó miradas sorprendidas en el resto de los hombres, pero Lurdun comprendió y sonrió con indulgencia, pues entendía (y casi había olvidado) el espíritu joven que se entusiasma con las historias, o las partes más bonitas de estas, aun cuando lo que se trata y se habla y discute es la posibilidad de un gran desastre.

—¡No tienes mucho, Salvia Túneles, muchacha! —dijo Lurdun con una sonrisa—. Mas de lo que tienes, tienes mucho.

Salvia sonrió, aun cuando no acababa de comprender lo que quería decir, pero percibía en sus facciones que pretendía agradarle.

—Pues bien —continuó Lurdun—. No sabíamos nosotros nada acerca de los… Impostores —explicó—. O los hombres falsos, que de los Antiguos y cuestiones semejantes en Umbralia no sabemos demasiado. Pero dinos: ¿ese hombre falso hecho de metales y otras cosas que nos perseguía a caballo…, puede hacer magia? ¿Pudo él… de alguna forma… haber invocado tantos gólems aquel día y aquella mañana?

Morgo negó con la cabeza.

—En verdad…, no lo sé yo bien —respondió—. De nuevo y otra vez, lo que se cuenta de los Impostores y los hombres falsos pertenece al decir de unos y otros, y si unos dicen que eran capaces de correr como un caballo, otros dicen que podían volar como un pájaro. Mas de dónde vienen esos dichos, yo no lo sé. Y sin embargo, sabemos que la magia apareció en el mundo de Miriks después de que los Antiguos cayeran, pues antes no existía, por mucho que lo que los Antiguos consiguieran construir y crear nos parezca ahora magia y no otra cosa. Por eso quiero yo pensar que el Impostor no fue el artífice invocador de esos elementales…

—Entiendo —dijo Lurdun.

—¡Y la mujer…! —exclamó Salvia de repente—. La mujer de la leyenda que me relataste. La que os entregó la piedra.

Morgo pestañeó repetidas veces.

—¿Iana Delorne? —preguntó sin entender.

—¡Sí! —dijo ella con un movimiento rápido de cabeza—. Dijiste que es una mujer estudiosa, que examinó la hoja durante largo

tiempo, y que mientras lo hacía, se oyeron en el interior de su cubil ruidos muchos y cosas que quizá eran mágicas.

—Sí, muchacha —asintió Morgo—. Pero sigo sin entenderte.

—Pues se me ocurre —exclamó Salvia, poniéndose de pie—, que no debe de haber en el mundo nadie que sepa más de la hoja, y de cómo funciona y cómo está hecha. ¡Y has dicho también otra cosa! Que un hechicero sabe cómo rastrear cosas como la espada…

—Sí —asintió de nuevo Morgo.

—Pues eso necesitamos —dijo Salvia—. Podemos ir a ver a Iana Delorne para que nos ayude a rastrear la ubicación de la espada, que si la tiene un hechicero y ha usado un ata… ataj…

—Atajadero —la ayudó Morgo.

—Un ataja… dero…, podemos vivir cien veces cien vidas y aun así no encontrarla.

Morgo sonrió con aflicción.

—Está bien pensado lo que dices —manifestó con suavidad—. Mas lo que te relaté no ocurrió hace dos días, ni siquiera diez lunas, o cien lunas, o la vida de varios hombres enteras. Pues eso ocurrió al principio de los días, en la época en la que el padre de mi padre era todavía un niño…

—Y sin embargo —siguió diciendo Salvia interrumpiéndolo—, dijiste que Delorne había entregado un ojo para alargar su vida…

—Sí —asintió otra vez Morgo—. Mas escucha una cosa… ¡Alargar su vida no es vivir por toda la eternidad!

—¡Bueno! —exclamó Salvia, cruzándose de brazos—. ¡Eso no lo sabes!

Morgo negó con la cabeza.

—¡Ya estás tú yéndote a dormir al mediodía porque pronto se hará de noche! —protestó la muchacha—. ¡Pues un día decidirás que es probable que mueras, y te morirás en el sitio!

Fendor abrió mucho los ojos y, sin poder evitarlo, soltó una estruendosa carcajada.

—¡La muchacha tiene carácter! —exclamó.

—Pues si hay una posibilidad, nos convendría aprovecharla. Si no, dime, ¿volvemos a la playa? ¿Capturamos al Impostor? Mira que ahora se mueve como no se movía en la entrada de la lobera, y parece renacido, pues cabalga con la furia de los vientos, y si no hubiéramos dado quiebros y retruécanos nos habría cazado.

—¿Puede seguir viva esa hechicera? —preguntó Lurdun con prudencia.

Morgo negó con la cabeza.

—En verdad no lo creo —dijo—. No he conocido a nadie que

haya extendido su vida tanto tiempo.

—Pues qué cosa —terció Salvia—. Que bien pudo haber tomado un aprendiz, si tanto conocimiento tenía en su cubil, o quizá tenga diez de ellos y el lugar sea ahora muy importante y los estudios de Delorne acaso hayan pasado al otro lado, hayan sido transmitidos de unos a otros y aún se conozcan.

Morgo la miró, pensando en esa posibilidad.

Lurdun carraspeó.

—¿Cómo suena eso a tus oídos, Necronauta? —preguntó Lurdun—. ¿Es posible?

—Puede que sea posible —respondió despacio—. Puede que sí. Y sin embargo…

—¿Sin embargo?

—El lugar de Iana Delorne está en Caltha Celeste…

—¿Caltha Celeste? —repitió Lurdun—. No tengo conocimiento de ese lugar…

—No muchos lo tienen en estas regiones, pues está lejos, muy lejos, y para llegar allí habría que cruzar el océano; y de días de viajes no quiero mencionarte, pues ni entre todos los que estamos aquí juntamos dedos para contarlos, ¡ni aun usando los de los pies!

—Oh —exclamó Salvia apesadumbrada.

—Pues es mala noticia esa —sentenció Lurdun—. Que no parecía un mal plan; si examinando la hoja durante tanto tiempo no supo esa mujer de su aura mágica para rastrearla, me como la cuchara de madera esta.

Y levantó la cuchara con la mano cerrada alrededor del mango para que todos la vieran.

—¿Pues entonces? —preguntó Fendor.

Nadie respondió, pues ninguno tenía idea alguna de qué hacer a continuación, y el conocimiento de la ubicación de Caltha Celeste había sido un duro golpe para sus esperanzas.

Mas estaban pensando en ello cuando Morgo, con su oído fino, oyó algo que lo hizo ponerse en guardia.

—Pues… ¿qué ocurre? —preguntó Lurdun, sacando su espada de la vaina.

Morgo compuso una expresión preocupada.

—Un caballo —dijo—. Uno a galope. Cerca de aquí.

—¿Un caballo dices? —quiso saber Fendor—. ¡Pues no oigo yo ruido alguno, más que el de los pájaros entre los árboles!

Pero Lurdun sabía de las excepcionales habilidades de los Necronautas, y si Morgo Palis decía que oía un caballo, un caballo debía de haber.

—¿Se acerca? —quiso saber.

—Sí.

Lurdun se movió deprisa y apagó la pequeña fogata, por mucho que estuviera ya casi extinguida, mas luego se lamentó de ello porque en el acto dejó escapar una pequeña humareda que se elevó con pereza en el aire. ¡Pero por desgracia muy visible!

—¡Trepa a la roca a ver qué ves! —dijo Lurdun dirigiéndose a su amigo.

Y Fendor trepó por la roca, saltando con agilidad aun cuando no parecía por sus dimensiones que fuera capaz de semejante rapidez, y se encaramó entre dos rocas, a las cuales se agarró con ambas manos.

No tardó mucho en volverse, con el rostro trocado en una máscara de consternación.

—El Impostor —declaró con voz grave.

Salvia dejó escapar una exclamación afligida.

Capítulo 12

Túneles y galerías

—Por las lágrimas de las madres cuando pierden a sus hijos —exclamó Morgo—. ¡Prestadme un arma!

Lurdun fue el primero en hacer girar su espada en el aire para ofrecerle la empuñadura, que Morgo Palis asió con rapidez. Aún estaba por ver cómo de recuperado estaba, así que volteó la espada a uno y otro lado, dando mandobles y cortando el aire con un sonido característico, y acabó haciéndolo con tal rapidez que ni Lurdun, Fendor o la muchacha pudieron ver con claridad la hoja evolucionar, como si hubiera desaparecido y solo tuviese la empuñadura. Pero haciendo eso, compuso Morgo una mueca de dolor y se detuvo.

Lurdun entró en pánico, pues contaba con el Necronauta para hacer frente a los peligros, mas si no estaba sanado del todo…

—¿Estás bien? —preguntó con rapidez.

—Bien —dijo Morgo—. Aún no del todo, pero por Drokk que será suficiente.

«O eso espero», pensó a continuación con aire lúgubre, pues, al decir de la muchacha, el Impostor había sido remendado hasta quedar incluso mejor que antes. «O acaso sea otro», se dijo. Que también entraba en lo posible.

En todo caso, no le faltaba mucho para averiguarlo, que el sonido del caballo a galope ya era audible para todos.

—¿Cómo nos ha encontrado? —exclamó Lurdun apretando los dientes—. Con lo largo y ancho que es el mundo, y siendo esta zona tan llena de recovecos y peligros, ¿ha dado con nosotros justo aquí?

—Ya viene —soltó Fendor, y saltando de la roca donde estaba encaramado, agarró el mango de una hachuela que pendía de su cinturón y le dio vuelta dos veces.

—Somos tres —dijo Lurdun—. ¿Podremos con él?

—Eso está por ver —repuso Morgo—. Y en lo sucesivo, acaso

consigamos salvar el cuello de esta, ¡tratad de buscar un refugio que tenga al menos dos salidas!

Lurdun asintió sin decir nada, pues había elegido él el sitio, mas se daba cuenta ahora de que era una encerrona.

El Necronauta se volvió entonces hacia Salvia y la vio con el cayado del rey entre las manos, el cual sostenía con firmeza para presentar batalla.

— En cuanto a ti, imagino que, por tu juventud y el lugar del que procedes, no sabes combatir ni qué hacer con ese cayado.

Salvia negó con la cabeza.

—Ninguno de los míos sabía.

—Buena vida era esa —exclamó—. ¡Ve dentro entonces y deja el bastón! Quizá el arma más difícil de manejar de cuantas existen. Que si nos da muerte, quizá se contente con ello, se marche y te deje a ti para meternos en un agujero que encuentres.

Salvia no dijo nada, pero le hizo caso y pasó por el umbral de la entrada de la mina.

Ya no dijeron nada, y tampoco les dio tiempo, pues por la hendidura entre las rocas llegó un caballo negro intentando frenar su ímpetu, y allí relinchó encabritando las patas delanteras, y vieron que sobre él iba un hombre alto y delgado, tocado con una suerte de tela enrollada en el cuerpo y un sombrero ridículo; y sus ojos refulgían como luces reflejadas en el hielo, mas no tenía rostro ni expresión alguna que pudieran leer.

—Al fin te veo la cara —dijo Morgo—. ¡O no te la veo, Impostor!

—Morgo Palis de Mor Nasur —lo llamó el hombre falso, mientras el caballo intentaba tranquilizarse dando vueltas sobre sí mismo. Tenía el cuerpo recubierto de sudor blanco, y una vaharada de aliento escapaba por sus ollares, lo que indicaba que el jinete lo había forzado hasta más allá de donde era prudente.

—No es justo que tú sepas mi nombre y yo no el tuyo —replicó Morgo, sujetando la empuñadura de la espada con ambas manos.

—Soy Masta Zhul —dijo el jinete—. Y veo que tienes una espada en la mano. Mas no es esa la tuya, la que custodias.

—En efecto —asintió él—. Así es.

—Pues…, ¿dónde está la Hoja Negra, la de la leyenda? ¿Dónde la tienes? —repuso Zhul.

—¿Qué te importa a ti dónde tenga yo la espada?

—Tú la custodias. Debe ir contigo.

—¿Acaso la quieres? —preguntó Morgo—. Y si es así, ¿para qué? ¿Qué destino le darías?

—Pues ahora te contesto yo —dijo Zhul bajando del caballo con

un salto grácil, como si no pesara más que un pajarillo—. ¿Qué te importa para qué la quiero yo, si te he dicho que la quiero? Pues soy Masta Zhul, y existo desde mucho antes de que lo hicieran tu padre, o el padre de tu padre, y así muchas generaciones atrás.

—Pues no te la entregaré —exclamó Morgo, separando las piernas.

—Entonces te la arrebataré del cuerpo ensangrentado y caído —dijo el Impostor.

—Pues venga. ¡A ver qué pasa!

—¡A ver qué pasa! —repitió Zhul, y antes de que Lurdun o Fendor pudieran reaccionar, el Impostor y el Necronauta se lanzaron el uno contra el otro a una velocidad sorprendente, tan veloz e inesperada que se quedaron congelados un tiempo, observando (o tratando de observar) la evolución de la pelea. Mas al mismo tiempo ocurrió algo extraño: Masta Zhul no usaba hierro o arma alguna, detenía los embates de su enemigo con el brazo, y sonaba el metal grave y retumbante como si Morgo Palis estuviera golpeando un gong, y respondía el Impostor proyectando su brazo con los dedos extendidos, que más que brazo parecía un resorte, como los que se liberan en las armas de asedio cuando se corta la cuerda y cae veloz, contundente y fatal.

Fendor daba saltos sobre sí mismo, incapaz de decidirse.

«Por las lluvias que no cesan durante una luna completa y lo anegan todo —pensó—. Que esta batalla a mí se me escapa». Miró a su amigo Lurdun y supo que él estaba pensando lo mismo. Se sentía como cuando era apenas un niño y miraba a los adultos pelear, y no sabía siquiera cuándo meterse para asestar un único golpe, sin pensar siquiera en lo que podía ocurrir después, pues cuando tenía al Impostor al alcance, daban vueltas el uno alrededor del otro, como si bailaran, y no podía hacer nada.

Mas en una de esas vueltas, Masta Zhul proyectó su brazo, estirado como un espadón de braza y medio de largo, y alcanzó con los dedos extendidos el cuello de su adversario.

Morgo dejó escapar un gruñido ahogado, mas hizo una finta saltando hacia atrás y allí rodó por el suelo intentando ser un blanco difícil mientras se recuperaba, pues el golpe había sido duro y casi consigue hundirle el cuello hacia dentro.

Masculló, con una expresión de rabia en el rostro, pues si hubiera estado en forma como antes de la batalla no lo habría alcanzado.

Lurdun aprovechó el momento para lanzarse hacia el hombre falso, mas fue rechazado con un movimiento rápido del cuerpo de metal, y la mano extendida le alcanzó el rostro con gran violencia. El

impacto fue tan bestial que Lurdun casi pierde el conocimiento; dejó caer la espada y retrocedió como pudo, por toda visión una nube blanca de dolor y un hormigueo punzante en la cara. Cuando se llevó la mano trémula a la mejilla ni siquiera notó que la estaba tocando, mas le ardía como si le hubieran acercado una madera en llamas.

Morgo reanudó el ataque. Su espada conseguía muchas veces impactar en el brazo, sin que pudiera acertarle en el cuerpo.

—Por los hielos eternos de las tierras al norte —bramó Fendor—. El hombre falso es manco.

Acababa de darse cuenta, pero era así, pues la manta que lo cubría se movía intentando seguir la evolución del cuerpo y vio el muñón que era el hombro, del que salían metales y juncos pequeños afectados por algún mal que los había vuelto negros y como quebradizos.

«Es manco y nos tiene donde quiere», exclamó para sí, y como tal cosa lo enfureció, se lanzó hacia él sin pensarlo ni proponérselo, y su hacha dibujó un arco en el aire para descender, iracunda, hacia las figuras en movimiento.

Morgo vio el hacha y pudo esquivarla a tiempo. Se abrió de piernas y agachó el cuerpo en una posición que muchos hombres y mujeres que poblaban el mundo por entonces hubieran pensado que era imposible. Mas el Impostor tuvo que darse la vuelta y detener el tajo con su brazo, y esto Morgo no lo desaprovechó: lanzó su espada hacia el cuerpo y chocó con él con gran violencia; que de haber estado hecho de carne lo habría ensartado de lado a lado. Mas la espada tembló, crujió y se quebró en varios trozos, y las esquirlas de metal volaron por el aire.

Morgo se quedó mirando la empuñadura con el trozo de hierro despuntando, inútil, y levantó mucho las cejas.

«Estamos perdidos», fue lo que pensó.

2

Salvia había entrado en la mina, pero no sabía para qué. Había escuchado el parlamento entre Masta Zhul y Morgo, y aún entonces tampoco sabía qué hacer. Miraba desesperada los enseres, por si hubiera algo allí que pudiera aprovechar, pero sin éxito.

«Mesas de madera —decía su mente a toda prisa—. La madera arde… Nonono, ¿para qué me sirve eso? ¡Concéntrate, Salvia, hija de Silvo, hija de Dupcia, pastora de ovejas! Veamos… ¡Sillas rotas! Las patas pueden usarse como arma…».

Mas se imaginó intentando atacar al Impostor con la pata podrida de una silla rota, y desesperó.

No sabía qué hacer, ni siquiera si podría hacer algo.

Había, en la parte más retirada, un túnel que descendía suavemente hacia la oscuridad partiendo de la entrada de la mina, pero clausurado con tablas y tablones que habían conocido mejores tiempos, dañados como estaban por la humedad. Pero cuando encontraron aquel lugar y descubrieron el túnel, ni Lurdun ni Fendor sugirieron por un solo instante explorar un sitio como ese. «Ahí dentro puede haber cosas peor que los lobos o las ratas grandes y gordas como jabalíes salvajes de Valerna —había dicho Lurdun—. Y mientras estemos aquí, convendrá echar un ojo, por si algo intenta salir». Mas ahora el túnel oscuro se le antojaba mucho mejor que lo que había fuera, por muy incierto que fuera lo que esperaba dentro.

«¿Y qué haremos ahí abajo en la oscuridad? —pensó entonces—. Pues aun si conseguimos poner distancia entre el Impostor y nosotros, bien pudiéramos caernos por alguna grieta en el suelo y desaparecer para siempre».

Mas en ese momento oyó una voz tan cerca y tan fuerte que creyó que la tenía a su espalda.

Rompe la entrada.

—¡Hola! —soltó, sin comprender.

Y pensó que la voz sonaba como la de su padre, mas por seguro no era la suya, pues esta era más grave y profunda.

«¿Quién habla? —pensó—. Que rompa la entrada. Pero… ¿qué entrada? ¿Para qué?».

Y miró a la oscuridad del túnel, entre las tablas, y se preguntó si habría alguien ahí dentro, alguien que hubiera oído la pelea y quisiera salir.

—¿Hola? —repitió.

Fuera, el sonido de la pelea se volvía terrible, con estrépitos de metal chocando entre sí. Pero mientras sonara pelea había esperanza, pues significaba que alguno de los hombres quedaba aún vivo.

«No quiero que mueran», pensó con repentina aflicción.

No tiene que morir nadie, dijo la voz.

—¡Hola! —repitió Salvia una vez más, sobresaltada.

¡Rompe la entrada!

Frenética y superada por la situación, Salvia intentó entonces dar un empujón a los tablones, pero no consiguió moverlos siquiera. Se sirvió después de las piernas, otra vez sin poner en ello mucho esfuerzo, y dio unas cuantas patadas a la estructura. Esta vez las tablas se combaron y se estremecieron, y se levantó el polvo acumulado por los años formando una pequeña nube, pero no fue bastante para quebrarla.

SALVIA —dijo la voz—. *USA EL CAYADO*.

Esta vez tuvo ella conciencia de una cosa muy clara: que la voz, como la de padre, nacía en su propia mente. Mas no era la voz de padre, sino otra, más grave y dura, y eso la asustó sobremanera.

—Quién… ¿Quién habla? —gritó. Y miró alrededor mientras oía algo parecido al fuego turbulento de un incendio y vio resplandor en la entrada, mas tenía otras inquietudes, y se llevó la mano a la frente, como si quisiera averiguar si tenía temperatura, o para parar la cabeza, que se le agitaba por el estrés y el nerviosismo desde la base del cuello.

USA EL CAYADO, repitió la voz, esta vez con tanta fuerza que pensó ella que iba a caerse de espaldas. Mas debido quizá al mandato implícito en el tono, Salvia inspiró y, dando un grito, sujetó el cayado con ambas manos y golpeó la barricada.

Hubo una especie de explosión cuando el cayado impactó en las maderas, y estas se quebraron por muchas partes y salieron despedidas hacia el interior del túnel con gran violencia. Salvia se sintió superada, y retrocedió dos, cuatro, seis pasos, con la respiración agitada. Mas luego miró el cayado y pensó: «El bastón de un hechicero —se dijo, maravillada, y sonrió de repente, sintiéndose algo aliviada—. Pues no habíamos intentado utilizarlo, y quizá tengamos aquí una buena cosa».

Pensó entonces en utilizarlo contra el Impostor, y se imaginó dándole bastonazos, y por cada bastonazo había una explosión similar a la que había visto, y por cada una saltaban trozos del hombre falso, metales y otras cosas, y este caía arrodillado al suelo, implorando y pidiendo misericordia con su rostro sin nariz.

E imaginándose ella tales cosas y espoleada por el ímpetu y la inocencia de la juventud, corrió hacia la entrada de la mina.

«Por la carne abyecta y retorcida de los necrófagos —pensó Lurdun—. ¡Que estamos tontos!».

Pues de repente había recordado el bastón de llamas, que debía suponer una ventaja significativa en el combate, y lo habían dejado ignorado a un lado. Apretó los dientes con rabia, pues si lo hubiera recordado al principio habría lanzado un chorro de fuego contra la entrada y se habrían librado del enemigo y cenado caballo a la brasa, por añadidura.

Se lanzó hacia donde tenían las cosas apiladas y tomó el bastón con la mano izquierda, la espada en la diestra, y miró el combate.

Este seguía siendo una confusión de golpes. Cómo podía moverse el Necronauta a esa velocidad, no lo comprendía, pues el hombre era el hombre, y la carne no estaba hecha para desplazarse de aquella manera. Mas pensó luego en ciertos animales, como los felinos, que se decía vivían en territorios cálidos del sur, y pensó que quizá la carne y los huesos y las miserias internas del hombre no podían ser muy diferentes, al fin y al cabo, y que podían tal vez entrenarse.

Aun así, eso le dificultaba las cosas, pues no podía lanzar el fuego sin quemarlo a él. Había que tener en cuenta que Morgo estaba usando la espada rota como puñal, sujetándola al revés, y que se veía obligado a hacer ataques más cortos y más arriesgados, para lo que se precisaba más velocidad.

Tenía que llamar su atención.

—¡Morgo! —gritó, pero sin éxito. Y repitió, ahora con la voz alzada—: ¡MORGO!

—¡No te oye! —exclamó Fendor—. ¡Es…! ¡Es como ver a dos gatos pelearse!

Lurdun levantó el bastón e hizo un gesto decidido para que su amigo entendiera; y Fendor comprendía, sí, pero tampoco sabía qué solución darle. Mas por fortuna o por desgracia, en un momento dado, Morgo salió despedido por un empellón que su contrincante consiguió propinarle. Un gesto de dolor cruzaba su rostro entero y, por un instante, Lurdun comprendió: «Se está agotando —pensó—. Se agota. Los cuerpos verdaderos de carne y vísceras se cansan, sobre todo a esas velocidades. Pero el Impostor no. El metal no se agota, como no siente cansancio la piedra ni las cosas que están por ahí en la naturaleza. —Y con el ceño fruncido, añadió—: Es cosa de tiempo que nos venza, y eso es lo que pasará».

—¡LURDUN! —gritó Fendor.

Lurdun sacudió la cabeza.

Tenía apenas un instante y lo estaba malgastando.

Apuntó el bastón de llamas, y pensó: «¡FUEGO!», y el bastón

respondió lanzando una llamarada tan potente que Lurdun tuvo que echar atrás las manos debido al calor.

Pero funcionó. El fuego envolvió al Impostor y este desapareció bajo los remolinos y bucles incandescentes. Morgo tuvo tiempo de incorporarse mientras miraba atónito lo que ocurría.

—¡Que se queme! —gritó Fendor, y soltó una risa histérica y socarrona, el hacha de nuevo en la mano.

—¡Por los tesoros enterrados en Vondolín! —exclamó Morgo. No pensaba él que el fuego lo frenara, así como unas llamas no quiebran una espada, pero tal vez sí la empuñadura, así que quizá alguno de los componentes de los que estaba hecho el hombre falso fallaría, o se derretiría como cera afecta por llama, y dejaría acaso de funcionar, o de funcionar tan bien.

Mas en ese momento oyeron un ruido en el interior de la mina, y Lurdun volvió la cabeza sobresaltado.

—La muchacha —dijo.

Morgo se preparó de nuevo para el combate, sacudiendo los hombros, la espada rota en la mano.

—¡*Batastro*, ve a ver qué ocurre! —le ordenó mientras el Impostor ardía.

—¡Fendor para ti y para otros muchos, si no te importa, gracias! —respondió este. Mas cuando se dirigía al umbral, pasando por detrás de Lurdun, que sujetaba el bastón con gran esfuerzo pues empezaba a quemarle ya las manos del calor que transmitía, la muchacha se asomó por allí.

—¡Una salida! —exclamó.

—¿Cómo una salida? —exclamó Lurdun, confuso.

—¡Por los túneles de la mina! —dijo ella.

Morgo miró hacia atrás. «Es mala idea», pensó en decir, pues lo era y mucho. Mas en ese momento el bastón de llamas agotó los recursos mágicos con los que estaba embutido, que tenían un final y un límite, y se quebró con un crujido espantoso, y quedó dividido en dos en las manos de Lurdun, la madera de vid renegrida y quebradiza como ceniza. Estaba tan caliente que Lurdun la dejó caer enseguida y sacudió las manos con dolor reflejado en el rostro.

Y cuando las llamas expiraron, pues no tenían sustancia de la que alimentarse, vieron al Impostor aparecer lentamente entre el humo y el fuego.

El sombrero conservaba la forma, pero era una cosa negra que despedía humo por todas sus partes. De la ropa no quedaba nada, eran apenas jirones consumidos que cruzaban su cuerpo de uno a otro lado, y el cinturón caía al suelo en ese mismo instante, resbalando por su

cuerpo.

Y vieron por fin cómo era.

Era un hombre falso, ciertamente. Tenía cabeza, torso, tenía piernas y un brazo, pero eran delgados y hasta cierto punto frágiles en apariencia, unas partes del tono metálico pulido de las armaduras más refinadas, no las rudimentarias placas que se ponían los soldados con menos recursos. Era, en cierto modo, elegante. Era hermoso, y contemplarlo despertaba fascinación. Pero esta desaparecía enseguida cuando comprendían que el Impostor, que quería darles muerte, seguía intacto y con vida, si es que era vida lo que lo movía.

Movió los dedos, como si estuviera calculando cuánto daño había recibido.

Morgo probó algo. Echó el brazo hacia atrás y lanzó la empuñadura con el fragmento de hoja. Era este afilado y contundente, y con la fuerza con la que lo lanzó se hubiera incrustado en cualquier tronco de árbol hasta el mango. Mas el proyectil lo alcanzó en la sien, pues en ese momento estaba de perfil, y rebotó con un chasquido a un lado.

El Impostor apenas movió la cabeza. Mas en ese momento se volvió con lentitud y le dirigió una mirada funesta, el brillo de los ojos centelleando en el interior oscuro de las oquedades de la cara.

Morgo tomó una decisión.

Las minas podían ser una mala idea, pero si se quedaban allí con él, morirían. Sencilla y llanamente.

—¡A la mina! —gritó de pronto—. ¡Seguid a la muchacha!

—¿Qué…? —se extrañó Lurdun.

Pero Morgo tiró de él y lo empujó con fuerza.

—¡VAMOS, VAMOS!

—No podéis escapar —exclamó Masta Zhul con suavidad en ese momento.

Corrieron todos al interior, y Salvia los condujo hasta el túnel.

—Esto no es buena idea —soltó Lurdun.

—Es una posibilidad —exclamó Morgo con rapidez—. ¡Vamos! ¡Ve delante!

Miró hacia el umbral, y Masta Zhul lo cruzó en ese momento, caminando sin prisa. «El hijo de la brujería está muy seguro de que nos tiene», pensó Morgo, y bien podría ser cierto. Habían encontrado un túnel, mas ese túnel podía extinguirse unas brazadas más allá, pues por lo general cuando una mina se agotaba solían cerrarla, provocando un derrumbamiento o apilando piedras en la entrada. O podrían perderse por los túneles, si túneles había, o perder el pie y caer por algún foso, que en una mina no eran raros. Pero también

pudiera ser que le dieran esquinazo y lo perdieran allí dentro, si se movían con rapidez y sagacidad.

Era, como se había dicho antes, una posibilidad, y una posibilidad podía ser la diferencia entre la vida y la muerte.

Entraron todos, y vieron las paredes horadadas con notable esfuerzo, golpe de picota a golpe de picota, paletada a paletada, con muchas manos haciendo el trabajo durante incontable tiempo, y cada dos brazos había troncos gruesos y tan polvorientos que se veían grises, y tablones cruzados sobre sus cabezas a la manera de los tuneladores antiguos.

Mas lo que los esperaba más adelante no podían verlo, pues no había luz alguna que los esperase o los amparase.

Salvia se detuvo bruscamente, extendiendo los brazos para que se detuvieran, que la entrada a la mina no tenía más ancho que ese y más altura que la de un hombre, y Lurdun la miró con los ojos tan abiertos que parecían dos huevos duros.

—¿Qué…? —empezó a decir.

Mas Salvia señaló un cabo atado a uno de los troncos y, asiendo a Fendor por la camisola con el puño y acercando su rostro para asegurarse de que la entendiera, miró hacia arriba y dijo:

—¡Esa cuerda! —exclamó—. ¡Córtala con tu hacha!

—¡Muchacha! —protestó Fendor.

Pero Morgo se adelantó dando un salto, tomó el hacha de la mano de Fendor y, sin detener el movimiento de su brazo, asestó un tajo tan contundente a la cuerda que se cortó limpiamente.

La cuerda saltó con la velocidad de un latigazo, y haciendo casi el mismo ruido. Tras el chasquido, vieron la silueta de Masta Zhul asomarse por la entrada del túnel, sin apresurarse, y luego hubo un estrépito desquiciante, como el de cien troncos rodando sin control por la ladera de una colina.

Dándose cuenta quizá de lo que pasaba, Masta Zhul empezó a correr hacia ellos. Con el cuerpo adelantado y el brazo flexionado, parecía una suerte de flecha humana; pero no llegó a tiempo. Las tablas del techo se precipitaron hacia el suelo y cayó una lluvia de tierra y polvo, y después de eso, vieron caer grandes piedras del tamaño de cabras y ovejas, que con un retumbar ensordecedor fueron privándolos de la luz hasta que no vieron nada y se quedaron sumidos en la tiniebla profunda, peor que una noche sin luna, pues no eran capaces de distinguir si tenían los párpados cerrados o no; y el polvo los alcanzó y tuvieron que retroceder unos pasos, tosiendo y sacudiéndose el cabello y las ropas, rodeados del eco espectral que había dejado el derrumbe en el aire.

—Por las dentelladas de un oso negro de montaña —soltó Fendor.

—¿Estáis todos bien? —preguntó Lurdun.

—Estoy bien —dijo Salvia, aún tosiendo.

—¿Necronauta? —preguntó después.

—Estoy bien.

—¡Creo que le hemos lanzado la montaña encima! —exclamó Fendor.

—Encima no… —repuso Morgo—. Pero sí al otro lado, que ya es mucho y muy de agradecer, que ya veremos cómo seguimos desde aquí. Y esa es otra historia. Pero resulta irónico y gracioso —señaló—. ¡Que otra vez se la hemos dado con piedras! Imagino que estará más que enfadado, aunque sea… un falso enfado.

Salvia rio en la oscuridad.

—Mas… silencio ahora… —pidió él—. Dejadme… escuchar un momento.

Y se quedaron en silencio, y Salvia tuvo que contener la tos que aún le provocaba el picor del polvo en la garganta, y cuando Morgo hubo escuchado, sacudió la cabeza por mucho que ninguno de los otros pudiera verlo.

—¿Oís? —preguntó—. Algo se mueve al otro lado.

—No oigo yo nada —dijo Fendor.

—Él sí —explicó Lurdun—. Pues es un hijo de Mor Nasur y tiene el oído fino como de depredador de la noche.

—Pues… ¿qué oyes? —quiso saber Fendor.

—Está al otro lado —susurró—. Está moviendo las piedras, como si quisiera retirarlas, o… o quizá intenta…

—Quizá intenta terminar el trabajo, jugar nuestra mano y derribar el túnel encima de nosotros —exclamó Lurdun en voz baja.

—Eso es —asintió Morgo—. Así que vamos a alejarnos de aquí y a poner distancia —dijo—. Que no sé con sus brazos de metal cuánto tardará en desplazar esas rocas, acaso pueda, que mucho me parece que cuando retire una otra caerá en su lugar. Pero por si lo consiguiese, no quiero yo estar a su alcance. Salvia nos ha dado una oportunidad. No la echemos por la borda.

—Sí —asintió Lurdun—. Sin duda la muchacha ha trabajado en una mina, o acaso su padre, o sus hermanos, ¡pues sabía lo que había que hacer para cerrarla!

—No lo sabía —repuso ella dubitativa—. Pues nunca antes había estado o visto una mina…

—Mas entonces —quiso saber Lurdun—, ¿cómo sabías qué cuerda había que cortar y lo que ocurriría? Pues íbamos corriendo y con temor en el cuerpo y celeridad en las entendederas, que no es

cualquier cosa.

Ella dudó antes de contestar, allí, en el silencio de la cueva, rodeada de oscuridad.

—Me lo dijo la voz en mi cabeza —susurró.

Se produjo un nuevo silencio que Fendor rompió de repente.

—Acabáramos —soltó.

4

—Primero de todo —dijo Morgo—, antes de hacer o decir ninguna cosa… necesitamos un poco de luz.

Fendor, Lurdun y Salvia se quedaron inmóviles, escuchando los ruidos que Morgo producía mientras hurgaba, seguramente, en sus ropas. A eso sonaba. Los demás se preguntaban qué estaba haciendo y qué iba a hacer. ¿Acaso tenía una antorcha guardada en parte alguna de su cuerpo? Era improbable, pues apenas llevaba un cinto pequeño, con pocos bolsillos y demasiado pequeños, y la vaina de la espada perdida que colgaba, ahora inútil, en su cinturón. Mas entonces percibieron un sonido inconfundible, el de dos palmas frotándose, y justo después, dos formas espectrales aparecieron poco a poco en el aire.

—¡Ardillas y mofetas! —soltó Fendor.

Salvia emitió un sonido expectante, y por cierto que lo estaba, pues era como si un espectro estuviera apareciéndose allí mismo, y las minas abandonadas eran lugares muy propensos a eso, mas enseguida reconoció de qué se trataba y acabó por sonreír.

—¡Fan… fantástico! —exclamó.

—¡Briznas y ortigas! —soltó Fendor.

Eran las manos de Morgo, en concreto sus palmas.

—¿Qué tipo de hechicería es esa? —preguntó Lurdun.

Morgo levantó las manos para que sus palmas, teñidas del mismo tono añil brillante de los relámpagos en el cielo, iluminaran a los demás. Salvia sonreía encantada y divertida, pues todos estaban teñidos de azul y el bigote de Lurdun parecía frío y como hecho de hielo y no de paja, como bajo la luz del día.

—No es hechicería, por cierto —les aseguró Morgo—. ¿No conoces estos polvos? Pues tus herbolarias producen la maravilla de la bellasabia pero no esto. Curioso.

—No —admitió Lurdun—. Nunca lo he visto. Mas… ¿qué es?

—Un polvo que extraemos de unos peces que nadan profundo, en alta mar. Y de unas algas, también. El polvo que se extrae, mezclado con otras cosas, reacciona a la fricción. Brilla tanto como la luz de la luna, pero en azul, no en verde, y dura mucho, mucho tiempo.

—Nos servirá bien en este lugar —dijo Salvia.

—En cuanto a las voces, entonces… —empezó a decir Lurdun.

—Un momento, Lurdun —lo interrumpió Morgo, confusión ante la que Fendor puso los ojos en blanco—. Pues antes de empezar con eso debemos movernos y alejarnos de aquí, que mientras hablamos el Impostor sigue enredado con las piedras, retirándolas o lo que sea.

—También yo lo oigo ahora —afirmó Salvia.

—Ea —dijo Morgo—. Tanta más razón para mí. Pues vamos

entonces, veamos si esta mina tiene alguna otra salida por otro lado, ya sea un respiradero o alguna otra cosa, y si con eso podemos alejarnos de nuestro enemigo.

—Quiera la suerte que así sea —dijo Lurdun.

—Seguidme entonces, que yo caminaré con una mano delante y otra detrás, para que podáis vigilar vuestros pasos.

Asintieron y se pusieron en marcha, agradecidos de haber podido escapar de un enemigo tan terrible como Masta Zhul, pero temerosos de lo que los esperaba delante.

Y razón no les faltaba.

5

El túnel de entrada era incomprensiblemente largo. Descendía con tanta suavidad y poca pendiente que resultaba raro para ser la entrada de una mina. Ninguno de los cuatro tenía demasiada experiencia en minas, como no fueran los ocasionales trabajos de extracción rudimentaria que se hacían casi en cualquier parte, y estos se hacían casi de cualquier manera, casi siempre en superficie o cerca de la superficie. Pero cuando las cosas se volvían más complicadas y había que cavar hondo a la búsqueda de vetas más profundas, los métodos y sistemas eran otros.

El que más sabía de minas era Lurdun, pues su padre trabajó en una mina de mercurio en Isla de Cerote. Para extraerlo, sacaban mineral de sulfuro de mercurio y lo calentaban en unos hornos de gran tamaño alimentados por toneladas de carbón; cuando se conseguía la temperatura adecuada, el sulfuro se vaporizaba, y ese vapor volvía a recuperarse y se enfriaba para extraer el mercurio metálico líquido, que se vendía con muchas finalidades, como la creación de amalgama de plata con la que se hacían trabajos valiosos con el cobre y el bronce, entre otros.

Mas el trabajo en las minas era duro, y la salud se resentía rápidamente, y mientras vivió, el padre de Lurdun siempre intentó mantener a su hijo lejos de las profundidades de la tierra, de cuyo lugar nunca quiso contar historia alguna. «Hay muchas cosas desagradables encima de la tierra —decía cuando se lo interrogaba al respecto—. Tanto así imagino lo que se mueve por debajo de ella. Los tuertos no trabajan en las minas porque cuando se trabaja en una mina tienes que tener un ojo puesto en la picota y otro en la oscuridad que tienes a tu espalda».

Con esos recuerdos caminaba Lurdun en la semioscuridad azulada, observando cuanto veía con cierta fascinación, pues en verdad todo tenía un brillo como espectral, etérico, más propio de las cualidades de un sueño que otra cosa.

—No es normal —susurró Morgo.

—¿A qué te refieres? —preguntó Fendor.

—Este túnel de entrada, sin ramificaciones. Y esta pendiente, que no acaba nunca. No he visto muchas minas yo, pero diría que cuando uno quiere llegar abajo, excava hacia abajo, y en esto un pozo en vertical es mejor que una rampa interminable con poca pendiente.

Salvia examinó el suelo. Había ciertamente un viejo rastro hundido a uno de los lados, y de tanto en cuanto aún se podían ver viejos testimonios de unos soportes de madera que alguien había arrancado o habían desaparecido.

—Quizá la pendiente sea tan suave porque por aquí empujaban

carros cargados de minerales que extraían más abajo —dijo—. He visto restos arriba.

—Es posible —manifestó Morgo—. Mas esperaba yo más túneles con más vueltas y revueltas que nos sirvieran para despistar a Zhul.

—O para perdernos, por cierto —declaró Fendor.

Mas en ese momento la palma de Morgo iluminó un escenario diferente, que el túnel se abría para revelar una nueva barricada, esta vez más sólida, levantada con gruesos troncos reforzados con abrazaderas de hierro o alguna cosa parecida, recorridos por profundos clavos gruesos como el puño de Salvia, y que cerraba el túnel por completo por ese lado. Y descubrieron algo más.

—Huesos —exclamó Lurdun, lúgubre.

Había huesos esparcidos por el suelo, huesos de animales, pero también vieron partes que reconocieron como tórax, al menos una escápula y otros que eran dentados y formaban una hilera, como los de la espalda, y todos ellos pertenecían a hombres o mujeres, y de cráneos había al menos cinco, mezclados con restos de ropajes de algún tipo, y una daga en el suelo, parcialmente enterrada en el polvo.

Mas en la barricada no había abertura alguna, ni ningún acceso ni nada similar.

—¿Pues qué tenemos aquí? —dijo Morgo en voz baja.

—Parece que hubo alguna lucha de algún tipo.

—Es… es espantoso —comentó Salvia mientras miraba los restos con las manos juntas sobre el pecho. Ponía mucho cuidado en no moverse, pues no quería pisar hueso alguno.

—Esto me hace preguntarme… —dijo Morgo—. La entrada, que estaba rota… ¿la encontrasteis así?

—Por cierto que no —respondió Fendor—. Pues había una recia puerta hecha de buena madera y unas tablas cruzadas en ella —explicó—. Mas por refugiarnos en el interior y darte cobijo, y no dejarte a la intemperie mientras sanabas, la rompimos con mi hacha.

Morgo asintió despacio, recorriendo el frontal de la barricada con la palma de la mano.

—¿Visteis alguna marca? —quiso saber Morgo.

—¿Una marca, dices? —preguntó Lurdun—. Pues por cierto que no. Una puerta sin marcas era.

—¿Algún detalle que os llamara la atención? ¿Una pila de piedras, huesos de astados, una cornamenta, un… una tela tremolando al viento, con colores o sin ellos, alguna cosa?

Lurdun negó con la cabeza.

—No. Mas… ¿qué te preguntas?

Morgo se detuvo para ver algunas muescas y marcas en la

madera, mas parecían hendiduras hechas por alguna herramienta, sin que viera nada especial en ellas.

—¿Qué hay en tu cabeza? —insistió Fendor.

—No es común este cierre —respondió Morgo—. La puerta, la entrada clausurada, y ahora esto… Mas… ¿cómo abriste el túnel, Salvia? Pues cuando estuve dentro no se me escapó que estaba condenado por tablas y tablones.

—Muy pobre protección era esa —observó Lurdun—. Que Enca y yo hubiéramos podido echarla abajo a empellones, de haber querido. Mas preferimos no perturbar los túneles.

Morgo asintió con gravedad.

—Hicisteis bien —dijo—. Sin embargo, ahora no tenemos otro camino, que es mejor malo por conocer que fatalidad asegurada.

—Pues en lo que se refiere a tu pregunta —intervino Salvia—, la eché abajo con el bastón.

Morgo se volvió para iluminarla.

—¿Tu cayado?

—Sí —dijo ella.

—¿Cómo? —preguntó—. ¿Acaso le diste de golpes hasta que cedió?

—Pues en verdad —respondió ella dubitativa— le di un solo golpe y los tablones saltaron todos por los aires.

—Por los huesos estos que dan testimonio de muerte —exclamó Fendor—. No lo parece, pero buen brazo tiene la muchacha.

—No lo creo —declaró Morgo—. Un solo golpe, con un bastón…, no hubiera bastado.

Salvia se revolvió en el sitio, inquieta. Quería contarles que había oído una voz en su cabeza, pero sabía cómo sonaba eso; sabía que era cosa de viejas y de gente que ha bebido tanto que se quedan atrapados por el vino aun cuando no tienen ni gota en el cuerpo. Y era además cosa seria, que cuando lo había mencionado, Morgo prefirió dejar el tema para tratarlo con seriedad más tarde. Y por todas esas cosas no dijo nada por el momento, pues entre el Impostor y ellos solamente había una pendiente suave que llevaba de manera inequívoca hasta los cuatro.

—¿Un bastón de fuerza? —preguntó Lurdun—. ¿Acaso lo conseguisteis de los hombres de… —Dudó unos instantes—… Narron Hojablanca?

—Pues veámoslo —dijo Fendor, y tomó el cayado de las manos de Salvia y se preparó para lanzar un golpe contra la barricada.

—¡No! —exclamó Morgo—. ¡Espera!

Mas el movimiento había empezado y ya no hubo forma de

detenerlo. El bastón golpeó la superficie de los troncos y, otra vez, hubo una suerte de explosión sin llamas ni fuego ni ninguna otra cosa propia de las explosiones que emiten los volcanes y producen los rayos cuando caen del cielo, y saltó la porción de los troncos golpeada de modo que quebró en dos el refuerzo de hierro, que se resquebrajó con un crujido cimbreante.

A Salvia la pilló tan por sorpresa que lanzó un grito.

—¡No! —ordenó Morgo—. ¡Silencio! ¡Silencio ahora!

Obedecieron y Morgo puso las palmas contra su cuerpo para bajar el nivel de luz, y el silencio cayó alrededor de ellos, roto tan solo por el eco de la explosión que se propagaba por el túnel y volvía a ellos a intervalos irregulares.

Mas después de un rato, viendo que no ocurría nada, arriesgó con un poco de luz, y proyectó la palma hacia la abertura que habían practicado.

Todos vieron lo que había, y se maravillaron.

Era una estancia enorme, de forma circular, y en el centro había grandes pilares de madera tallada de manera que formaban columnas cuadradas, reforzadas con cintas de hierro que apretaban tanto la madera que parecían formar parte de ella. Y en el centro de esa disposición de columnas había un círculo que se abría hacia abajo, como un pozo enorme.

Era tan grande que, cuanto más miraban, más detalles descubrían; cosas como unas escaleras al fondo, hechas de rudimentarios tablones irregulares, de una construcción tan tosca que no parecía siquiera construida por mineros, que de esos trabajos sabían una o dos cosas.

Mas todo estaba en silencio, así que Morgo cruzó la abertura pasando primero una pierna y luego otra, la palma levantada por encima de la cabeza.

—¿Qué es… este sitio? —preguntó Salvia en voz baja.

Morgo levantó un dedo en el aire con rapidez y cruzó los labios con él, algo tenso, pues sabía demasiado bien que si había un tirador acechando, dispararía primero a la mano (que levantaba sobre la cabeza por esa razón), pero también contra la fuente del sonido que era su voz.

Y exploró la estancia recorriéndola mientras los demás esperaban, y vio túneles que nacían de allí, y cadenas colgando del techo, como si hubiera habido allí viejos sistemas de poleas, y restos de cubos apilados en una esquina, viejos estantes destrozados, varias mesas y hasta un armero, vacío y roto, pero que una vez debió de almacenar armas, seguramente de unos guardias; y en las paredes había argollas en las que, en aquellos mismos tiempos, a buen seguro hubo instaladas

antorchas que debieron de iluminar el lugar, quizá en tiempos más felices.

Y había otras cosas: más restos mortales, huesos esparcidos por el suelo, y vio Morgo tizne y otras marcas que indicaban que, en otro tiempo, hubo allí una batalla, y cuando había una batalla casi siempre había intereses de por medio, fueran de un tipo o de otro, algo que ganar y que mereciera la vida, aunque en según qué regiones del mundo la vida valía menos que un mendrugo de pan, y los hombres y mujeres de esos sitios presentaban combate por las cosas más inopinadas.

Mas qué había allí que guardar, no lo sabía. Solo esperaba que lo que fuera no siguiera aún allí, pues eso solo podía significar que alguien aún lo guardaba.

Luego se asomó al pozo del centro de la estancia. Era tan profundo que no se veía el fondo, pero no se arriesgó a iluminar con la palma por allí, pues no sabía quién o qué había en aquellos niveles.

Los demás se acercaron para mirar.

—¿Qué es este sitio? —preguntó Fendor—. Mina no parece.

—No parece —asintió Morgo, ceñudo—. Pero quién sabe ya la historia de estos lugares, que estas tierras sin apenas dueño atraen a muchas criaturas y muchos rufianes que en otros sitios son perseguidos y expulsados, y utilizan lugares antiguos como estos para que les sirvan de hogar, o de escondite. Muchos de estos cubiles existen sin que nadie sepa realmente de ellos.

—Resulta un poco escalofriante —observó Salvia.

El Necronauta volvió a asentir.

—No andas mal encaminada —dijo—. Mas no podemos quedarnos a debatir ni hay tiempo para ser prudentes, que hemos andado despacio por las zonas más seguras cuando quizá debimos correr, y ahora dispondríamos de tiempo para pensar. Mas no podemos.

—Está bien —le dio la razón Lurdun—. Solo diré que me hubiera gustado saber que teníais un bastón de fuerza cuando nos enfrentamos a ese Impostor, ¡que otra cosa hubiera sido golpearlo con él y no con mi espada, pensada más bien para carnes y no metales!

Morgo sacudió la cabeza.

—No lo sabíamos, por cierto —le aseguró—. ¡O yo mismo lo habría usado!

Con un sencillo movimiento de cabeza, Lurdun admitió que, en eso, tenía razón.

—Bueno, en todo caso —dijo Fendor, que aún lo tenía en la mano —, ahora lo tenemos con nosotros, ¡y sabemos usarlo!

Morgo, sin embargo, no respondió a eso, pues no sabía qué pensar. No todavía.

—Vamos —dijo, señalando uno de los túneles que salían de la estancia—. Empecemos a movernos. A ver si ponemos un poco de túneles y galerías entre nosotros y el Impostor.

—¡Pues por cierto, espero que no! —intervino Salvia de repente.

Todos la miraron, sorprendidos y confundidos.

—Pues… ¿a qué te refieres, muchacha? —preguntó Morgo despacio.

—En lo que respecta a poner túneles entre el Impostor y vosotros… —empezó a decir, y compuso una expresión entre divertida y misteriosa, y Morgo pestañeó y acabó comprendiendo el juego de palabras, y rio con la ocurrencia.

—Pues… ¿qué pasa? —quiso saber Lurdun, hablando en voz baja.

Morgo empezó a andar, moviendo la cabeza de un lado a otro, riendo todavía. Señaló con el dedo hacia atrás.

—Túneles —explicó—. Poner túneles entre el Impostor y nosotros. ¡Ese es su nombre! ¡Se llama Salvia Túneles!

—Por los vientos helados que se cuelan por las malas paredes y provocan catarros —exclamó Fendor, y poniendo los ojos en blanco rio a su vez.

Mas cuando caminaban todos, Lurdun espió a la muchacha sin que ella se diera cuenta y movió la cabeza y el bigote con satisfacción. ¡Eso era humor! Un poco de humor para distender, por supuesto. La muchacha era sabia; cualquier líder que hubiera tenido soldados a su cargo sabía que, en situaciones y tiempos oscuros, un poco de humor podía ser mejor que la bellasabia, los emplastos o una espada de acero reforzado con incrustaciones de encantamientos y bendiciones.

Y pensó: «Bien traído, muchacha. Bien traído».

Mas en eso estaban mientras el Impostor, que no se hallaba muy lejos, por cierto, trabajaba febrilmente con las manos, sacando piedras que hubieran requerido el trabajo de dos hombres y un burro, un buey o un caballo, con un solo pensamiento en su falsa cabeza.

Capítulo 13

La marca roja en el pecho

Progresaban por un túnel que desembocó abruptamente en una especie de barranco subterráneo por cuya parte inferior sonaba el rumor de unas aguas tranquilas discurriendo mansamente. Se trataba de una repisa no demasiado estrecha que recorría el margen izquierdo del barranco, todo a lo largo del cual había viejas estructuras de madera, como andamios, que una vez sirvieron como escaleras para ascender y descender de un nivel a otro. Viejas cuerdas de cáñamo, anudadas por todas partes, la mayoría podridas, se balanceaban fantasmalmente en las tinieblas.

Allí se podía ver mejor en la distancia, pues arriba, en la bóveda de la caverna, había una abertura alargada y estrecha, cubierta parcialmente de follaje y raíces cuajadas de nudos; pero llegar a ella resultaba imposible porque las paredes eran verticales y luego se cerraban describiendo una suave curva para consolidar el techo.

—Qué sitio fantástico —dijo Salvia.

—¿Qué tiene de fantástico? —preguntó Fendor—. Pues aquí huele a caverna, a madera podrida y humedad. ¡Nada bueno para los pulmones y los huesos!

—No lo sé bien —acertó a decir la muchacha—. Pero nunca había estado en un sitio semejante, y eso ya es mucho.

Fendor sonrió.

—Pues has de saber que estos lugares no suelen ser recomendables. A ciertas criaturas les sientan bien esta humedad y este ambiente tenebroso donde la luz apenas llega.

—¿Qué… criaturas? —preguntó Salvia con verdadera curiosidad.

—Tardos —dijo Morgo, iluminando algo que acababa de descubrir en el suelo—. Por ejemplo.

—¿Tar… Tardos? —preguntó Salvia.

Lurdun se adelantó para mirar.

Se trataba de una suerte de excrecencia reseca, pálida y descolorida, pequeña como un dedo y algo más alargada, depositada a un lado de la repisa.

—Tardos sin duda —confirmó Lurdun, y masculló algo que nadie pudo entender.

—Las heces esas tienen más lunas que yo —dijo Fendor—. No quiere decir nada.

—En verdad, si hubiera tardos y hubieran luchado en la entrada —opinó Lurdun—, habríamos visto restos suyos entre los huesos, que no son grandes contrincantes excepto por su número.

—A menos que ganaran —indicó Morgo—, que ellos siempre recuperan a sus caídos para darles sepultura o separar las carnes de sus huesos, los cuales les sirven para muchas cosas y a veces los honran.

—En todo caso —continuó Lurdun—, no creo que los tardos sean algo de lo que preocuparnos, si acaso hay aquí alguna familia o clan de ellos.

—Ciertamente —asintió Morgo—. Pero observemos y tengamos cuidado. Son criaturas traicioneras, y hay más gente muerta por sus trampas y sus tretas que por sus pequeños puñales.

—¿Qué es un tardo? —quiso saber Salvia, ahora más preocupada que antes.

—Criaturas pequeñas —explicó Fendor—. Que no los he visto yo más altos que una pierna. Si no sabes qué son, podrían parecer como niños a los ojos, aunque son encorvados y maliciosos.

—Antes, hace mucho, había de ellos en gran número por todas partes —siguió explicando Lurdun—. Pero son buenos para nada. No se puede hablar con ellos, no sirven para comerciar y son los peores vecinos, pues no cultivan ni trabajan la tierra ni fabrican ni producen nada; solo roban lo que necesitan, y si es de mano de muerto, pues de mano de muerto. Así que se les dio caza y se los expulsó de todas partes.

—Teodor Lluvia de Hiel hizo una proclama —apuntó Morgo.

Lurdun estuvo de acuerdo.

—Sí, exacto —dijo riendo—. Una braza de cereal, una jarra de vino y una de leche por dos orejas de tardo. ¡En los hogares aún sobreviven un montón de aquellas jarras, y algunas familias les dan uso a menudo!

Mas mientras reía, la imagen de Umbralia cruzó su mente y le trajo cierta preocupación, que no sabía cuál había sido su destino; y aunque confiaba en que Narron Hojaparda hubiera enviado a sus hombres tras ellos, no era cosa cierta.

—Ahora viven en territorios como este donde hay mucho espacio sin señor que lo posea o gobierne; sobre todo… bajo tierra —siguió diciendo Morgo—. Mas escuchad. En realidad…, la especie cambió por algún motivo, en algún momento —observó—. No se fueron bajo tierra porque no se les permitiera vivir en la superficie. Algo ocurrió, que el sol empezó a hacerles daño en los ojos y ya no les gustaba acechar en los caminos ni podían urdir trucos sin tener que deambular por ahí con los ojos entrecerrados.

—Ay, pobres —gimió Salvia—. ¿Y qué les pasó?

—Pues eso lo desconozco yo y lo desconocen todos —respondió—. Pero si aquí hay tardos, debieron de entrar por otro lado, y eso son buenas noticias para nosotros, pues una cosa os digo: la gran barricada de la entrada no la hicieron ellos, que no saben clavar un tronco al lado del otro, y mucho menos reforzarlos con hierros.

—Es verdad eso —exclamó Lurdun.

—Sigamos entonces —susurró Morgo mientras espiaba la repisa—. Que me parece que nos estamos entreteniendo demasiado con chácharas innecesarias. La pregunta es… —añadió, más para sí mismo que para los demás—: ¿Por dónde iremos?

—Hacia abajo —dijo Salvia, resuelta.

La miraron con el ceño fruncido.

—La luz viene de arriba, muchacha —dijo Fendor—. Y allí está la salida del sitio este.

—Sí —admitió ella—. Pero si el Impostor llega aquí y se pregunta por dónde habremos ido, ¿qué creeréis que le dirán sus falsas entendederas?

Morgo arrugó la nariz.

—Por los cánticos de las ballenas del Círculo de Baladinos —exclamó—. Que a ti los engranajes de tu cabeza te giran bien en verdad.

—Mas no lo entiendo —dijo Fendor.

Morgo señaló la repisa, que continuaba unos buenos pasos hacia delante y terminaba en un arco excavado en la pared de roca, y nacían de allí unos escalones toscos que ascendían en la oscuridad y daban buena promesa de dirigirse a algún punto elevado que pudiera sacarlos.

—Por allí se sale, quizá —dijo Morgo—. Y ojalá en verdad sea así, pues el Impostor tomará ese camino por ser el más evidente. Y si encuentra una salida será aún mejor, pues nos buscará por el exterior y desesperará al no encontrar rastros nuestros.

—Entonces… —aventuró Lurdun, cruzándose de brazos—. ¿Quieres regresar?

—No —dijo Morgo, y sonriendo añadió—: Quiero ir hacia abajo.

Fendor miró los andamios y las estructuras construidas todo a lo largo del barranco, que descendían en la oscuridad, y abrió mucho los ojos y soltó:

—Que cuando yo muera vea yo que mi Escalera del Mérito va hacia abajo y no hacia arriba, ¡y no me sorprenderé más!

Y rieron.

2

—¡Cuidado ahí! —gritó Lurdun.

Pues el suelo hecho de rudimentarios tablones venció bajo el peso de Fendor y pudo él desviarse en el último momento mientras los pedazos resquebrajados se precipitaban hacia abajo y se golpeaban con las otras estructuras.

—En verdad os digo que prefiero una muchedumbre de tardos con sus puñales de piedra que esta vieja ruina.

El crujido general que emitía toda la estructura, de maderas protestando y retorciéndose, no era en verdad muy halagüeño.

—No creo que fueran construidas pensando en un hombre tan grande —dijo Salvia, preocupada.

Morgo estuvo de acuerdo, y se puso a comprobar las cuerdas que estaban atadas por toda la estructura.

—No hay caso —dijo—. Ha pasado tiempo desde que estas cuerdas se colocaron aquí, y no resistirían tu peso ni aunque les echáramos aceites para fortalecerlas, pues están podridas. Que pensaba yo utilizar algunas para atártelas a la cintura, caso de que caigas hacia abajo.

—Bueno pues… lo que hemos de hacer —indicó Lurdun— es llegar abajo lo antes posible. Que cuanto más tiempo estemos aquí, más tentamos a la suerte.

Un buen rato después seguían descendiendo. Era una suerte de torre de madera con una rudimentaria escalera que descendía a tramos, con plataformas intermedias. No le parecía a Morgo que aquellas fueran estructuras levantadas por mineros, pues cuando construían algo lo hacían con mentalidad de aguantar el peso de las rocas, si alguna se desprendía, y aquello eran andamios como los que se construyen de manera temporal cuando se tiene en mente levantar algo mayor.

Y pensó mucho en ello mientras descendían cuidadosamente, siempre probando el siguiente peldaño con el pie, sin lograr concluir nada.

Mas en eso estaban cuando Morgo oyó un ruido suave, lejano, que sin embargo identificó con facilidad: sonido de pasos.

—¡Silencio! —exclamó, y dobló las rodillas para ocultarse tras el andamiaje, las palmas pegadas otra vez al cuerpo para ocultar la luz, y los demás lo imitaron, aunque sin saber por qué.

Pasó un buen rato hasta que descubrieron qué pasaba (tan fino tenía el oído), y al cabo vieron un resplandor dorado en la repisa por la que habían transitado y ya dejado atrás, y aunque no pudieron ver desde donde se encontraban de qué se trataba, supieron por experiencia que el resplandor titilante y dorado provenía de una antorcha. Venía de las escaleras que divisaron al final y que iban hacia arriba.

—¿Te convences ahora? —preguntó una voz femenina—. Nada allí, nada aquí.

—Por cierto que no —contestó otra voz, más grave pero también de mujer—. Hasta que no revisemos el túnel no me quedaré contenta.

—Mallon no sabe lo que se dice —respondió la primera voz—. ¡Que tanto pudo ese sonido haber venido de arriba como de abajo!

—Diría que este trasiego es una complicación —continuó diciendo la otra voz—. Pues para la próxima vez podemos poner unas marcas en el túnel.

—No duran mucho tus marcas —protestó su compañera.

—Pues tendremos que venir cada vez, que no es para tanto. ¿Cuánto hace de la última vez?

Poco a poco, las voces se perdieron a medida que se alejaban, y se quedaron todos quietos, mirándose unos a otros.

—Pues bien —susurró Lurdun —. ¿Qué decís de esto?

—Que alguien habita este sitio —exclamó Fendor.

—Quizá no este sitio —repuso Morgo, pensativo—. Pero alguno más adelante. Alguien ha instalado aquí su cubil, sean quienes sean. Pero han hablado de marcas…, lo que nos da una pista.

—¿Qué es… una marca? —preguntó Salvia.

—Una marca es un encantamiento que los hechiceros ponen en lugares o en cosas, de manera que si algo los altera, como cambiar de lugar, ellos reciben un aviso en las cabezas suyas —explicó Morgo.

—Como en el suelo —susurró Salvia—. Por si alguien pasa por encima.

—Creo, Salvia Túneles, que a eso se referían exactamente.

—Pues entonces…, si lo he entendido bien…, han debido de oír el sonido del bastón en la empalizada, que es el sonido más fuerte en el que hemos incurrido… —dijo Lurdun.

—Y han ido a mirar —terminó Fendor.

—Bajemos —dijo Morgo—. Perdámonos de vista antes de que…

Mas en ese momento oyeron un grito, mas no uno de terror, sino de batalla, y en el instante siguiente hubo un chasquido como el crujido de los relámpagos en el cielo.

—Por las fiebres negras que te descomponen las tripas por dentro —exclamó Fendor, con el bastón sujeto en las manos.

—¡Ay! —gimió Salvia.

Alguien gritó otra vez, y el túnel de entrada a la repisa se iluminó con un centelleo cegador. Y alguien habló usando palabras que ninguno conocía ni había oído anteriormente, que Morgo reconoció como palabras de poder que usaban los hechiceros para conjurar hechizos, mas sonaban retorcidas y malsonantes, como ladridos de perro.

—Invocadores o nigromantes —escupió Morgo.

—¿Qué dices? —preguntó Lurdun.

—No quiero enfrentarme a tales cosas —dijo—. ¡Bajemos! ¡Bajemos abajo!

Mas el oído fino que tenía le trajo un nuevo conocimiento. El ruido de un enjambre de insectos, el susurro extraño como de serpiente que quería decir una sola cosa. Y levantó la cabeza y dijo:

—Es el Impostor.

—¡No! —dijo Salvia.

—¡Abajo! —los apremió Morgo—. ¡Bajad deprisa y dejad la prudencia por ahora, que si podéis saltar cuatro peldaños en lugar de uno, hacedlo!

—¡Voy primero! —dijo Lurdun, y tendió el brazo hacia Fendor, y este, como si fuera un solo cuerpo, le lanzó el hacha que aún guardaba, y cuando la tuvo en la mano saltó los peldaños hasta la siguiente plataforma.

El suelo tembló con el impacto y se levantaron el polvo y la tierra acumulada con el tiempo, y decidió Lurdun que tal vez no era buena idea darle esos tientos a la estructura, y desde ahí él y todos bajaron corriendo, con Fendor cerrando la comitiva. Tanto más bajaron, más oscuro estaba todo, y tuvo Morgo que extender la palma de vez en cuando para dejar que los demás vieran por donde andaban. Mas empezaban ahora a sentir el frío y el frescor del agua que corría debajo, y el ruido de esta llegó a sus oídos con más claridad.

Sin embargo, arriba, oyeron el sonido de pasos a la carrera acompañados de los jadeos de una mujer. Alguien huía por la repisa, y eso solo significaba una cosa: que la otra mujer había caído en combate. Morgo no había esperado un resultado distinto, pues el adversario era…

Era fenomenal.

—Aquí —susurró Lurdun con el brazo extendido.

Casi lo pasan por alto, pues la escalera continuaba hacia abajo todavía, pero de allí arrancaba un corredor de techo abovedado que se adentraba en la montaña, y Morgo se acercó a él y proyectó su brazo para ver qué se veía: diez o quince pasos de túnel, después del cual se dividía en dos ramales que nacían al final, y al fondo, los restos de una puerta rota, la madera aún colgando en los goznes, como si la hubieran echado abajo con gran violencia.

Mas decidiendo si seguir por allí o no, Salvia les llamó la atención.

—¡Abajo, en el agua! —dijo—. ¡Hay un bote!

—Un bote —susurró Morgo.

En la repisa estalló el conflicto. Hubo destellos y cayeron partículas de tonos vivos que chisporroteaban como las ascuas que escapan de una chimenea cuando el fuego lame y perfora los troncos. Mas aunque eran pequeños iluminaban la caverna como lunas diminutas. Salvia, a pesar de la situación de peligro ciertísimo, se quedó maravillada viendo el espectáculo.

—¡Al bote! —susurró Morgo mientras los espoleaba, empujándolos hacia abajo.

—Que me atraviesen las sienes los cuernos de los bravones macho de la Casa de Doren Mir —soltó Fendor—. ¿Estáis seguros de esto? ¡Un viaje en bote por las aguas de un lugar abandonado, en la oscuridad, puede dar al traste con todo rápidamente!

—¡Al bote! —exclamó Morgo.

Mas cuando estaba aún reacio, Fendor oyó una voz tan clara y diáfana que por un momento pensó que era él mismo el que hablaba. Una voz de muchacho:

SUBE AL BOTE.

Y se estremeció de pies a cabeza. Lívido se quedó, y descompuesto, por cierto, pues la voz que acababa de oír la conocía mejor que bien. Hubiera puesto las manos y los brazos en el fuego por ello, tan seguro estaba, y hubiera puesto a todos cuantos había allí y a todos cuantos conocía en el fuego también. Era, muy a las claras, la voz de su muy querido amigo Julen Nureas.

Había dos cosas excepcionales en eso. Una era que Julen Nureas no estaba allí, por supuesto. La otra que era que su amigo había pasado al otro lado cuando los dos eran todavía muy jóvenes y andaban en esa época libres de responsabilidades, época en la que podían correr por los bosques dedicados a fortalecer el cuerpo y disfrutar de ello. Mas jugando bajo el cielo azul y diáfano, por la cosa

del correr por correr, resbaló él desde una colina y se cayó por un desmonte, golpeándose con unas piedras en la cabeza. Se extinguió en el acto. Mucho tiempo lamentó Fendor la pérdida de su amigo, y mucho lloró su ausencia, que entre la culpa y las lágrimas casi cayó enfermo y se marchó a acompañarlo.

Mas ahora lo había oído en su cabeza.

SUBE AL BOTE.

Pero era Julen. Su amigo mejor, antes que el propio Lurdun. Su viejo y añorado compañero de correrías infantiles.

—Al bote —exclamó ronco—. Al bote.

Mas descubrió que los demás ya habían empezado a bajar, y cuando se puso en marcha, un gran estrépito lo hizo mirar hacia arriba.

3

Un ruido repentino reclamó la atención de todos. Provenía de arriba, y sonaba como si todo el andamiaje y la estructura entera de maderas y tablones se estuviera viniendo abajo. Mas fue Morgo quien tuvo ojos para saber qué pasaba en realidad.

Era la dueña de la voz, la última contrincante. El Impostor la había arrojado por el barranco y caía a peso libre, topándose con la estructura de madera, y a cada impacto que daba sonaban la carne magullada y los huesos rotos, y la madera cedía y se venía abajo en una sucesión en cadena que se les caía encima.

—¡Al bote! —gritó Morgo.

Mas por suerte o destino, mientras saltaban al bote, que era de madera tosca y no muy grande, sin artificios ni florituras, cayó la mujer primero y lo hizo produciendo un desagradable sonido húmedo junto a ellos, como de fruta podrida cuando se estrella contra una piedra, y de los ojos y de la nariz y la boca salió una salpicadura de sangre. Salvia tuvo que taparse la boca con las manos para ahogar un grito, pero se volvió y apretó su rostro contra el pecho de Lurdun, que la rodeó con un brazo, pues temía lo peor: el resto de cosas que se habían roto mientras la mujer caía. Sin embargo, no hubo derrumbe. Por gran fortuna, las tablas y los trozos de madera encontraron freno al trabarse con los entresuelos, y unos con otros entre sí.

Mas mientras subía el último acertó Morgo a ver la indumentaria de la mujer, una especie de túnica negra con una marca roja en el pecho, y frunció el ceño. Trazos simples, sencillos, como trazados con un dedo, como probablemente se hicieron, con algún tinte rojo. Mas lo conocía, desde luego, y al subir al bote, cortó el amarre que lo

mantenía en el sitio con lo que le quedaba de la espada y dejó que la corriente los transportara con lentitud corriente abajo.

—Hemos escapado —soltó Lurdun.

Salvia no dijo nada. Aun con su corta edad sabía que eso, todavía, estaba por ver. Y le entró frío con el aire húmedo y la corriente que corría por allí y se encogió para protegerse.

Pues mientras Fendor se preguntaba cómo era posible que hubiera oído la voz de su amigo muerto, Morgo pensaba, lúgubre, en la marca.

La marca roja en el pecho.

Capítulo 14

La puerta está cerrada

Cuando abandonaron la caverna y empezaron a navegar, al libre albedrío de la corriente, por una gruta de techo bajo, se sintieron aliviados, pero no mejor.

Lurdun enterró el rostro entre las manos, las cuales le temblaban ligeramente, y Salvia parecía haber perdido toda ilusión por la aventura, pues la corriente era fría en verdad y tenía miedo por los enfriamientos, que podían llevar a alguien al otro lado con la misma certeza que una puñalada en el pecho. Pero Morgo estaba en la proa del bote y escudriñaba lo que iba viniendo delante con ojos atentos. Tanto daba, en realidad, pues en la embarcación no había timón ni remo alguno.

—Que me sumerjan en el agua y un tigre me use a mí como bote —susurró Fendor entonces—. Que ahora que pudiera parecer que estamos alejándonos de ese monstruo de metal, quiero yo decir una cosa que me tiene acongojado.

Lurdun levantó la cabeza en el acto.

—¿De qué se trata, amigo?

—Pues ved aquí —dijo con una sombra en los ojos—, que creo que este sitio está embrujado, ¡o alguna cosa pasa!

Lurdun asintió.

—También yo lo siento —susurró—. Pues el aire es frío con malicia, y las paredes de la cueva parecen hostiles en verdad, como si…

—No, Lurdun Bavastro —lo interrumpió Fendor con voz destemplada—. No me refiero yo a eso. Pues estando junto al bote y tratando yo de decidir si el bote era buena idea o no, que no sabemos si más adelante encontraremos un pozo que nos trague y nos haga caer a un lugar de donde no sea posible salir, oí una voz de otro tiempo.

—Una… ¿voz de otro tiempo? —preguntó Salvia.

Fendor asintió con gravedad.

—Un antiguo amigo mío de la niñez, muy querido, que se abrió la cabeza con una piedra y se nos fue —explicó.

Lurdun pestañeó.

—Te… ¿te refieres a…?

—Julen Nureas —dijo Fendor.

—Mas eso es imposible, amigo mío.

—Alta y clara oí yo su voz, como ahora te oigo a ti… O más aún, pues sonaba como dentro de mi cabeza.

Salvia abrió mucho los ojos.

—Y… ¿qué te dijo? —preguntó ella en un susurro.

—Dijo: «Sube al bote».

—Sube al bote… —repitió Lurdun, perplejo.

Era para él algo insólito en verdad, pues su amigo no era dado a esas cosas, ni había oído voces antes, ni había hecho nada que hiciera pensar que tenía flojas las entendederas, sino todo lo contrario. Enca Fendor podía ser muchas cosas, y en ocasiones podía ser muy simple en sus actos, pero tenía los pies en el suelo.

—Pues algo así me ha pasado a mí también —confesó Salvia.

—¿Cómo? —se extrañó Fendor—. ¿Oíste la voz de mi amigo?

—No —respondió ella—. Primero oí a mi padre hablándome — y añadió despacio—: hace tiempo, en la lobera, o cerca de ella, en verdad. Y luego, en la entrada de la mina, si acaso es mina, que no lo parece, oí una voz distinta que no reconocí ni reconozco. Y dijo: «Golpea la barricada con el cayado», y eso hice. Y ahora, debido a eso, nos encontramos aquí.

Morgo escuchaba, iluminándolos con la palma de su mano, pero la luz era ya bastante tenue, y mientras hablaban y él pensaba, extrajo una pequeña cantidad de polvos de su cinto y se frotó de nuevo las manos, y estas recobraron la luz celeste y hermosa del principio de su periplo por los túneles.

—¿Qué sortilegio es este? —preguntó Lurdun—. Pero lo recuerdo… Mencionaste que una voz en tu cabeza te hizo usar el bastón… Mas teníamos otras cosas en mente y otras cosas que hacer, y caso no te hicimos…

Salvia asintió.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó Fendor.

Entonces intervino Morgo.

—¿Cómo eran esas voces? —quiso saber.

—La voz de mi amigo —declaró Fendor—. Sin ningún género de dudas, pues la atesoro en mi corazón, y cuando la recuerdo vivamente

arranca lágrimas de mis ojos, algo que ninguna otra cosa ha conseguido nunca, y he visto horrores y perdido gente que me era muy preciada.

Morgo miró a Salvia.

—¿Y la tuya? —inquirió.

—La voz de mi padre era, y tampoco albergo yo dudas sobre ello, pues me levantaba con él y me acostaba con él y podía distinguir su llamada de entre todas las gentes de la aldea, pues su tono de voz era alto y claro, y fuerte, por añadidura.

—¿Y la segunda voz? —interrogó Morgo—. Has dicho que era más grave.

Salvia asintió con vehemencia.

—¡Lo era! Mas estoy segura de que no la había oído nunca antes.

—Pero ¿sonaba fuera o dentro de tu cabeza?

—Dentro —afirmó Salvia—. Con mi padre hablé un poco, de hecho. Me dijo que no usara la viva voz, sino que pensara, y eso hice, y entonces me oyó y me contestó.

Morgo sintió un escalofrío recorriéndole el cuerpo, mas no lo reveló a los demás. Pero el sudor en su frente se volvió helado y su corazón se encogió como si una mano espectral lo hubiera atenazado.

—Y… ¿qué te dijo, si puede saberse?

Salvia balbuceó, nerviosa.

Morgo se adelantó, la tomó de las manos y se agachó para que sus ojos se cruzaran con los de ella.

—No tengas miedo —le dijo con suavidad—. Lo que sea que la voz te dijera, puedes contarlo abiertamente, que no nos enfadaremos ni te lo tendremos en cuenta, sea lo que sea.

Lurdun y Fendor intercambiaron una mirada de extrañeza, pues poco o nada comprendían.

—Lo que mi padre me dijo… —susurró Salvia—. Es que no me fiara de… de ti —consiguió balbucear—. Pues decía que eres un asesino. Me dijo que huyera y te dejara allí donde estabas.

Lurdun abrió mucho los ojos.

—Por los cienos curativos —soltó Fendor—. ¡Que me los den de comer todos hasta que se me ponga la piel de un bebé!

—¿Qué ocurre aquí? —quiso saber Lurdun.

Morgo suspiró, con las manos de Salvia entre las suyas.

—Nada bueno, me temo —dijo Morgo—. Mas quiero saber algo antes de decir nada… Si diciéndote eso tu padre seguiste a mi lado, ¿por qué razón fue?

Salvia sacudió la cabeza.

—No lo sé —respondió ella dubitativa—. Las cosas pasaron,

supongo, muy deprisa. ¡No tuve tiempo yo de decidir nada! Mas cuando hablamos otra vez, diste muestras de velar por mí, y pensé que no podías ser tan malo, que si hubieras querido… matarme, lo habrías hecho ya. Y luego estuve yo pensando… que había cosas que mi padre había dicho que no me sonaban muy a mi padre, pues sus frases eran distintas, y sobraban cosas y faltaban otras.

Morgo sonrió.

—Pues buenos días, buenas tardes y buenas noches a tu prodigiosa cabeza —saludó con una pequeña reverencia—. Que si no eres la más lista entre las listas, nunca he usado yo una espada.

—Mas… ¿qué ocurre? —insistió en saber Lurdun.

Morgo se puso en pie.

—Algo extraño, pero… no se me ocurre qué otra cosa puede ser, así que debe de ser eso —explicó—. Pues escuchad. El demonio que habita la hoja de la espada, preso en ella, podía hablar en mi cabeza con una voz tan alta y clara que, en ocasiones, no me dejaba pensar. Y para castigarme, cuando la sacaba de la piedra, canturreaba y me insultaba y me amenazaba, y gritaba como un oso endemoniado cuando la usaba para colmarla de sangre y perpetuar así el encierro.

—El demonio… —susurró Lurdun.

—Excessus, sí —asintió Morgo—. Pero es una alimaña embustera y mentirosa, y sé que puede poner voces que tienes dentro en el recuerdo, pues usa esos recuerdos para embaucarte, y a veces es tu amigo y otras es tu mujer o el jefe de la aldea o quien haga falta ser para que el engaño surta efecto.

Salvia se estremeció.

—¿Mi… mi padre era… el demonio?

Morgo alargó la mano para acariciarle la mejilla.

—Mas no tengas miedo —la tranquilizó—, que es solo una voz, y no puede hacer daño a tu padre ni se ha servido de él, ni puede hacerte daño a ti ni a nadie, pues está encerrado.

—Pero… ¿cómo es posible esto? —preguntó Lurdun—. ¿Significa que la espada está… cerca?

—En todo caso —respondió Morgo—, debía de estar cerca cuando habló con Salvia, eso es seguro, pues la espada nunca consiguió dirigirse a mí cuando la dejaba en algún lugar y me iba yo a descansar de ella, y solo se dirigía a mí estando en mi posesión.

—Cerca de la lobera… —dijo Salvia perpleja—. ¡Ay! La tuvimos allí mismo y no la vimos, y ahora hemos viajado tanto y tan lejos… ¡Qué contrariedad!

—Mas un momento —intervino Fendor—. Que si es cierto lo que dices, ¡la espada me ha hablado a mí en esta misma cueva!

—Y eso es lo que no me saco de la cabeza —dijo Morgo—. Aunque se me ocurren dos o tres cosas. Una, que lo que oíste en tu cabeza no era la espada, sino algún otro engaño, que hay muchas cosas que hablan en la cabeza de uno, y aquí en esta cueva doy fe de que hay malas artes escondidas. O bien, que es una especie de recuerdo que saltó en tu cabeza en un momento de tensión, pues nuestra vida claramente corría peligro, y no sabiendo qué hacer, creíste oír el consejo de un viejo amigo, alguien muy querido para ti.

—¿Acaso piensas que me he vuelto loco, es eso lo que dices? —inquirió Fendor con voz grave.

—No pienso ni una cosa ni la otra —repuso Morgo—. Solo pongo sobre la mesa ideas que tengo dando vueltas en la cabeza, pues a veces algo en lo que piensas suena muy bien y parece cabal, pero cuando lo sacas por la boca y le da el aire, parece cosa distinta.

—Eso es muy cierto —opinó Salvia, intentando quizá mediar en el aparente enfado de Fendor.

—Y hay una tercera cosa —siguió diciendo Morgo.

—¿Y cuál es esa? —preguntó Fendor.

—Que la espada realmente esté cerca y por eso nos habla.

Lurdun, Fendor y Salvia se miraron sin comprender.

—¿Cómo puede ser eso? —preguntó Lurdun en un tono de voz bajo.

—Puede ser si el Impostor, que estaba encima de nosotros, la tiene con él.

—Mas cuando llegó a caballo quemamos su ropa y lo vimos desnudo cuan feo era, y no tenía vaina ni funda ni espada alguna, que luchaba él ferozmente sirviéndose de su único brazo.

Morgo inclinó la cabeza.

—Sí. Pero en el caballo no nos fijamos —dijo—. Y pudiera tenerla allí guardada. O quizá la oculta en el interior de su cuerpo, pues no es un cuerpo como el nuestro, sino uno falso, y siendo de metal y otras cosas quizá tenga un compartimento en el torso donde almacene cosas valiosas.

—Un momento —terció Lurdun—. Pero si eso es así… ¿por qué habría de perseguirnos? Pues pensé que quería recuperar la espada, ¡y eso dijo cuando habló con nosotros en la entrada de esta mina!

—Sí y no —repuso Morgo—. Pues si vamos a fiarnos de las falsas palabras de un hombre falso, estaremos jugando a un juego sin sentido que puede o no entenderse. Estoy yo seguro que sabe él que la espada no tengo, pues me vio luchando, y es sabedor de que no la guardo en la vaina vacía, ni la tengo en ninguna otra parte del cuerpo, ni la tenéis vosotros, que ya se habrá fijado en eso y lo habrá registrado en

sus entendederas.

»Yo creo que lo que quiere es matarme, sin más, pues soy todavía hijo de Mor Nasur y un Necronauta por añadidura, y si queda alguien en el mundo capaz de ponerlo en un aprieto y que sabe cuánto hay que saber de la hoja y la piedra… ese está aquí con vosotros, en este bote.

—Que diez arpías histéricas se queden prendadas de mí y quieran besarme los morros con sus dientes atroces —masculló Fendor.

—Lo que… no entiendo —comentó Salvia despacio—, o lo que menos entiendo, de las muchas cosas que hay que saber en todo este asunto…, es por qué la espada, si era la espada, me dio un buen consejo con lo de golpear la empalizada. Pues de no haberlo hecho, mucho me parece que el Impostor nos habría cazado allí donde comimos el guiso… ¿Fue o no fue un buen consejo?

Morgo pensó en ello.

—Razón tienes —declaró—. Mas… debo pensar yo en ello también.

—Quizá las voces oídas en este lugar son de otra cosa —aventuró Lurdun—. Pues creo en verdad que el Impostor no tiene la espada. Que su parlamento fue el que fue, mas no creo yo que los Antiguos construyeran un hombre falso para que mintiera, que no es deseable para nada. Y creo que ha venido aquí buscándola.

—Sí —susurró Morgo—. Eso… eso tiene sentido.

—También lo del bote fue algo bueno —dijo Fendor—. Pues el agua nos aleja tranquila, sin fuertes corrientes… y… y…

Miró al frente y vio allí algo nuevo, pues el canal se dividía en dos, rodeando una enorme columna de piedra, y volvía a unirse al otro lado, y allí se abría una caverna grande, con una suerte de embarcadero que, según divisaban, estaba construido sobre el agua y estaba hecho de piedra y madera.

—¡Y mirad! Llegamos a alguna parte.

—Muy cierto —dijo Morgo tras darse la vuelta—. Mas… ¡hola! ¿Qué tenemos aquí? —preguntó impresionado.

Alzó ambas manos para iluminar alrededor, y allí emplazado, en la proa del bote, con los brazos extendidos hacia arriba, las palmas celestes iluminando como las mismísimas estrellas en el firmamento y las piernas entreabiertas, parecía una suerte de encantador fantasmal, un ser sacado del otro mundo, o de otro mundo diferente al de tierra y carne, como el que conocían y llamaban Miriks. Y cuando vieron la caverna, todos se admiraron y abrieron las bocas con fascinación.

Pues la caverna allí era otra cosa.

Alguien se había ocupado de tallar toda la superficie de la roca,

cada pared y cada contorno, también el techo y el suelo, con marcas extrañas hechas con trazos sencillos, a veces rectos y terribles, como cortes, y otras suaves y hermosos, como exquisitas filigranas de las que se suelen tallar en la madera, como adornos de algún mueble de los que usan los altos señores, y esas marcas estaban por todas partes, y las esquinas abruptas de las rocas se habían suavizado y redondeado de manera que todo resultaba armonioso, casi simétrico, con brazos de piedra en cuyo extremo había emplazados viejos braseros de hierro, grandes como cacerolas, aunque no estaban encendidos, y el agua del río subterráneo llegaba hasta allí para terminar en un muelle cavado en la roca sobre el que se había emplazado una cubierta de madera que, claramente, no formaba parte del diseño original. Y desde allí, una escalera decorada de la misma manera, con barandillas a ambos lados, ascendía hacia una enorme puerta de piedra.

—Por todos los ancestros de mi familia —soltó Fendor—. ¿Qué… lugar es este?

—Nunca había visto nada igual —añadió Lurdun.

—Es… es hermoso y terrible a la vez —opinó Salvia.

—La muchacha tiene razón —dijo Morgo—. Es hermoso, sí, porque lo es. Pero es terrible a su vez, porque lo que veis aquí…, ¡qué gran descubrimiento!, es un Lagar.

—¿Un Lagar? —preguntó Lurdun—. Por mi bigote que ese nombre quiere significarse en mi memoria…

—Puede que lo hayas oído en algún sitio —dijo Morgo—. En boca de algún anciano, del tipo de ancianos que ya no tienen miedo a nada pues saben que su fin está cerca y hablan de supercherías y leyendas sin temor a que los parta un rayo o los mate una fiebre repentina.

—Pues, ¿qué es? —preguntó Salvia.

—Un Lagar es un sitio ancestral, aunque no se sabe si estos fueron construidos por los Antiguos o por alguna otra gente heredera de los Antiguos que anduvo por el mundo antes que nosotros, pues en estos lugares no se ven las cosas que se suelen ver en los sitios que dejaron ellos, y parecen más bien templos que lugares destinados al conocimiento.

—Un… templo —dijo Salvia.

Sabía de los cultos repartidos por el mundo, pero nunca pensó que vería uno, y se estremeció, pues la mayoría eran extraños y tenían que ver con clanes con ideas extrañas sobre el mundo y eran hostiles a él. Una vez se contó una historia, en alguna noche fría en la aldea, sobre un culto que fabricaba escalofriantes esculturas con huesos de hombres y huesos de mujeres, y los vestían con pieles y los pintaban con sangre negra, podrida y hedionda, y sobre esas esculturas tallaban

maldiciones horribles. Salvia no pudo dormir durante tres días.

—No creo que en la zona nadie sepa ninguna cosa sobre este sitio.

—Por cierto que no —afirmó Morgo—. Hay muchos estudiosos en el mundo que vendrían aquí a visitar estas ruinas, y montarían campamentos en el exterior llenos de mercenarios, que hubiéramos visto desde muchos, muchos pasos alrededor. Lo que me hace preguntarme…, ¿de verdad que no visteis marca alguna? ¿Nada que os hiciera pensar que este sitio no era solamente una mina?

Lurdun negó con vehemencia.

—No, por cierto —dijo—. No por mi parte…

—Tampoco vi yo nada extraordinario —apuntó Fendor—. Que si hubiéramos visto algo habríamos cabalgado a otro sitio, pues buscábamos apartarnos de todo.

—Tampoco yo vi nada —dijo Salvia, que miraba alrededor con una mezcla de fascinación y miedo.

—Pero ya que por dos veces lo preguntas —continuó Lurdun—, te diré que veníamos cabalgando dejando cierto camino a nuestro lado, hasta que descubrimos una cañada transitable, pues el río era nuevo y el suelo que cruzaba no muy profundo, ni había mucha vegetación en él. Y así, alejándonos de las rutas transitadas, vimos una formación rocosa en un valle, como una atalaya…

Morgo sacudió la cabeza.

—¿Qué ocurre? —preguntó Lurdun, percibiendo su gesto.

—Nada —lo instó Morgo—. Continúa. ¿Cómo eran las rocas esas?

—¿Las… rocas, dices? —inquirió Lurdun, dubitativo—. Pues no acierto a decir…

—¿Eran simples rocas? —quiso saber Morgo.

Salvia carraspeó.

—Mil y un perdones —terció Salvia—. Pues en verdad yo me fijé, que no eran rocas como las del resto de los lugares, que están quebradas y tienen un ciento de hendiduras, y estas eran altas, y redondas eran, y al tacto eran suaves.

—Y así es —asintió Morgo—. Que yo las vi cuando salimos fuera, pero lo que buscaba saber me lo has dicho tú, muchacha…

—¿Adónde lleva esto? —quiso saber Lurdun.

—Salvia lo ha dicho —respondió Morgo—. No eran esas rocas como las de alrededor, pues aunque están emplazadas ahí desde siempre, esconden un secreto. No son de esta zona, ¡sino que fueron traídas en tiempos para conformar la base de un lugar, este lugar!

—¿Qué es… este lugar? —se inquietó Lurdun—. Mas lo que dices no es posible —añadió—. Que esas rocas eran altas como diez hombres puestos unos sobre otros, y pesadas como montañas. ¡Y no

me veo yo a nadie arrastrando tales cosas, ni con un ejército de caballos y diez mil veces diez mil cuerdas!

Morgo asintió con la cabeza.

—Por eso estas ruinas han pasado desapercibidas para todos —dijo divertido—. ¡Qué prodigio! Y qué descubrimiento, sin duda, porque de estas se sabe que debe de haber al menos doce, que se encontró indicio de ello en algún tiempo y lugar, mas se han explorado solo dos, en lugares muy lejanos y dispares del mundo, y todas estaban construidas sobre atalayas, mas no de madera o de roca natural sino sobre rocas como las que habéis visto, traídas de algún otro lugar por alguna razón.

»Sabed que, para cuando esto termine —añadió—, hay quien os pagará el sustento de mil lunas si le dais la información de este lugar. ¡Lástima no tener tiempo para recorrerlo entero, pues Excessus no esperará tanto! Pues viendo esto entiendo mejor lo de la marca…

—¿Qué marca? —preguntó Fendor.

—La marca en la túnica negra de la mujer que el Impostor arrojó al abismo —dijo Morgo bajando el tono de voz.

—La vi —afirmó Salvia—. Y por cierto que no me gustó nada, como todo este lugar.

Morgo hizo un gesto.

—Pues tienes buenas caladeras —observó Morgo— ¡para haberte fijado en la marca y haberte estremecido!

—Pues bien —intervino Fendor—. Muchas cosas hemos visto y aprendido hoy, por cierto, mas ¡por todos los berridos de un centenar de alces en celo que no conciliaré el sueño, aunque mil lunas viva, si no cuentas más sobre esa marca dichosa!

Morgo intentó componer una sonrisa fingida, aunque sin mucho éxito.

—Es la Marca Roja de la Casa de Cancro Mogar, un emblema funesto que tuvo mucho nombre hace demasiado tiempo, antes incluso de que muchas ciudades que ahora son habituales y viejas existieran. Cancro era un nigromante que, como todos ellos, trabajaba con los muertos, los cuales se procuraba por el sencillo camino de dar muerte a algún vivo. Tenía incontables seguidores, y allí donde se asentaba la tierra se volvía estéril y negra y olía de manera hedionda, pues sus estudios iban sobre la muerte, no sobre la vida, y de ella se rodeaba.

Salvia volvió a estremecerse. Empezaba a pensar que había tenido suficiente por un día, y deseó salir de aquellas profundidades y respirar otra vez el aire puro y limpio bajo el sol.

—Cancro Mogar —susurró Lurdun—. Por cierto que he oído ese nombre antes…

—Su leyenda se repite hoy todavía —dijo Morgo—. Pues no son pocos los que intentan traerlo de vuelta de la muerte, pues desapareció en algún momento y se dice que había sido asesinado. Mas sus seguidores piensan que perdió sus poderes o que fue privado de ellos y se puso a dormir bajo una piedra en algún lugar hasta que se recuperara.

—Nigromantes —masculló Lurdun—. Mal asunto.

Morgo asintió.

—De muchos poderes cuentan, a algunos de los cuales les deben demasiadas cosas, y a cambio de su existencia tranquila cuando pasen al otro lado son más fuertes aquí, en estos días de tierra y carne, y otros han recurrido a poderes que consumen sus cuerpos y tienen la piel pegada a los huesos y los ojos hundidos, y no tienen labios y muestran los dientes enormes del color de los huesos.

—Mas… no entiendo qué tienen que ver estos nigromantes con este lugar… —observó Salvia.

—Estos lugares ancestrales están llenos de poder —explicó Morgo—. Poder antiguo, quizá más antiguo que los Antiguos, o acaso son posteriores, pero mezclaban el conocimiento de estos con las nuevas capacidades de la magia, que causó su caída y prosperó después. Los seguidores de Cancro, que llevan su marca como emblema, esperan encontrar en estos lugares las capacidades que podrían traer de vuelta a su maestro.

—¡Por el corazón de Zaor, que aún late en su cofre funerario mucho tiempo después de habérselo arrancado del pecho! —farfulló Fendor en voz baja—. ¿Cuánto… cuánto tiempo llevan esos nigromantes en este lugar?

Morgo se encogió de hombros.

—Demasiado, eso seguro —opinó Morgo—. Lleva muchísimo tiempo dilucidar los secretos de la magia, y estos de los Lagares muchísimo más.

Y diciendo eso, bajó del bote para subir al embarcadero de piedra, y al hacerlo divisó mejor lo que tenía delante: la escalera y la puerta enorme enclavada en el muro más septentrional de la sala, llena de tallados y filigranas esculpidas con gran acierto por algún maestro del cincel.

—¿Descendemos? —preguntó Lurdun—. No parece que haya ninguna salida aquí, ¡ni parece tampoco que esas puertas vayan a abrirse, con bastón de fuerza o sin él!

—Muy cierto —admitió Morgo—. Pero sin remos para el bote y con el Impostor deambulando por la zona, más nos vale encontrar un camino por este lado.

Subieron por la escalera, que estaba recubierta de una pátina húmeda del propio ambiente de la cueva, y los escalones eran lisos y resbaladizos, y se maravillaron sin decir nada de los grabados en las piedras, que parecían caras deformadas o algún tipo de espectro, y alguna cosa que parecía un almiar sobre una torre o cosa similar.

—En verdad el acceso está cerrado —musitó Fendor.

Y eso parecía, pues la piedra estaba enmarcada en medio arco de piedra, de grandes bloques tallados, y se levantaba imponente tres veces la altura de un hombre, y de ancho seis de ellos, y la puerta misma era de piedra, sin gozne ni cerradura.

—¿Eran… los Antiguos más grandes que nosotros? —preguntó Salvia, admirada.

—No por cierto —respondió Morgo—. Por lo común, cuando se construyen puertas como esta es para permitir el acceso de bestias que portan grandes bultos, carruajes o mercancías. Mas por el río que hemos navegado y la columna central, diría que aquí no llegaban ni unos ni otros, a menos que el sitio haya cambiado con el tiempo…

—Quizá hicieron la puerta tan grande porque podían —apuntó Salvia.

—No creo que la puerta haya aguantado tanto tiempo si los discípulos de Cancro andan por aquí —opinó Morgo—. ¡Que si hay secretos que observar y estudiar tras ella la habrían echado abajo hace mucho, aunque fuera usando una picota y una pala! Os aseguro que ellos la cruzan y entran y salen como les place, y la cierran a su paso de alguna manera.

Salvia observaba con detenimiento.

—Pues de abrirse, se abre hacia dentro y no hacia fuera… —dijo—. Aunque quizá esta es la parte de dentro y lo del otro lado es la parte de fuera… En ese caso… —dudó—. En ese caso…

—¿Qué quieres decir? —preguntó Fendor, pensativo.

—Lo que dice es muy sensato —afirmó Morgo—. ¡Que la puerta se abre hacia el interior, que abrirse por seguro se abre, pues no hay marcas de la hoja en el suelo!

—¡Pues probemos! —exclamó Fendor. Y diciendo eso, pasó el cayado a Lurdun con un gesto y colocó ambas manos sobre la puerta y empujó con gran esfuerzo, una, dos y tres veces, flexionando los brazos y adelantando el cuerpo para hacer fuerza, mas sin conseguir nada, de manera que Lurdun empezó a empujar también, y acabaron todos presionando sin que nada cambiara.

—Por las decrepitudes que ponen los dientes negros y traen la muerte repentina —masculló Fendor con la respiración agitada—. ¿Qué tipo de truco hace que esta puerta se abra?

—¿Sabes algo de estas cosas? —le preguntó a Morgo—. Tú que pareces saber mucho del mundo…

Morgo estaba ya pensando.

—De puertas secretas he vivido yo algo —musitó—. Pero hay tantas y se hacen con tantos trucos que es del todo imposible saber de qué se trata en cada caso. Pues unas recurren a resortes que tienen poleas y cuerdas detrás que las accionan, y otras funcionan con hechizos, los cuales ninguno de nosotros podemos ver ni detectar, y mucho menos romper.

—Mal asunto entonces —sentenció Lurdun.

—Sí —asintió Morgo, palpando la pared y los bloques cercanos con las manos, hurgando en las hendiduras con los dedos, los ojos entrecerrados como si estuviera haciendo un esfuerzo por detectar lo muy pequeño.

—¡Pues bien! —dijo Fendor—. ¡Que con trucos o sin ellos, aún contamos con el bastón de fuerza!

Lurdun miró el bastón, pensativo.

—¡Por la piedra negra! —exclamó Morgo—. ¡No quisiera yo recurrir a eso! Este… este lugar es anterior al mismísimo tiempo. Ha estado aquí, dormido, y ha visto pasar los días y las noches y las horas todas sumido en un letargo insomne, y ha visto cómo los hombres nacemos y morimos y nacemos una y otra vez, sin inmutarse. No querremos destruir algo así solo para pasar al otro lado…

Salvia sacudió la cabeza.

—¿Aunque sea un lugar cuyas paredes de piedra despiden un aura oscura que ensombrece el ánimo y apaga hasta las ganas de respirar?

—Pues escucha —repuso Morgo—, no era este lugar así antes, ni fue construido para hacer el mal. Lo que sientes son las vibraciones de los nigromantes que instalaron aquí su casa, y aquí juegan con los lindes de la vida y la confunden con la muerte, y eso tiene un precio y se pega a las paredes y las cosas.

—Pues entonces… bien haremos en nadar a contracorriente por el río —exclamó Lurdun.

—Dejadme pensar y buscar un poco —pidió Morgo mientras alzaba ambas manos para iluminar la puerta—. ¡Sentaos a un lado y descansad un momento, si queréis, o ayudadme!

—Te ayudaré —dijo Salvia.

—Mas… ¿qué buscamos?

—Algún resorte… palanca… un tirador, algo diferente. ¡Apretad cada piedra y ved si se puede tirar de ella también. Acariciad cada esquina!

Asintieron, iluminados por el aura espectral de las manos de

Morgo, y buscaron, en el silencio sepulcral de la cueva, solamente interrumpido por la corriente y el burbujeo del agua.

2

Se encontraba cada uno en un rincón diferente de la sala, palpando las paredes con ambas manos. Habían buscado en cada peldaño de la escalera, habían recorrido cada hendidura con los dedos, observado y acariciado todo volumen y cada resquicio, y se les acababan ya los lugares donde mirar.

«Qué fastidio —pensó Salvia—. Al menos parece que me he acostumbrado ya a estas oscuridades y no me resultan tan espantosas». Mas se mentía, pues su corazón estaba exhausto de sentir las vibraciones invisibles de la sala, contaminada de artes más oscuras que una noche sin luna, y tenía además frío, que fuera por una cosa o por la otra, sentía hasta los huesos calados y ateridos.

De pronto se acordó de su padre.

«Niña —decía él—, que el mundo no es una cosa ni otra, sino lo que ven tus ojos. Como tú quieras que sea, así es. Y si miras a un lado y ves algo feo, pues mira al otro lado y concéntrate en el más hermoso de ambos lados, y haz eso toda vez, todos los días».

Pero miró alrededor sin poder decidirse, pues todo le resultaba más o menos la misma cosa terrible, hasta que el sonido del agua le llamó la atención y se concentró en ella, pues le recordaba al río de su aldea y los momentos felices que habían pasado todos allí, y aunque el agua del río era clara y transparente y parecía tan fresca que siempre daban ganas de beber y esta otra era negra y oscura, pensó ella que el agua es siempre agua, y trató de reconfortarse con los bucles y remolinos que se producían en su superficie.

«Mas qué cosa extraña —pensó—. Que si el agua viene en esta dirección en corriente… ¿adónde va a parar después? Que el río de mi aldea va al mar, pero esta… ¡Pues estaría todo inundando y el agua llegaría hasta la puerta!».

Y sorprendida y bien curiosa sobre ello, no pudo evitar preguntar en voz alta: —¿Adónde va a parar el agua?

Morgo, que estaba por allí cerca iluminando la pared con las palmas, se quedó mirándola.

—¿Cómo dices? —preguntó en voz baja.

—Oh —exclamó ella—. No he dicho nada.

—Algo sí has dicho —observó él—. Adónde…, adónde va el agua.

Lurdun y Fendor se acercaron curiosos.

—Pues… ¿qué ocurre? —quiso saber Fendor.

Mas en ese momento Morgo adelantó la mano para iluminar las aguas, y sin decir ninguna otra cosa, se lanzó contra el brazo de agua que terminaba allí mismo, abruptamente, contra una pared de piedra.

—¡Por la música y las canciones todas! —soltó sorprendido.

—¡¿Qué ocurre en el agua?! —preguntó Lurdun, alarmado, con el cayado preparado en la mano.

—¡No he dicho yo que ocurra nada! —exclamó Salvia con rapidez —. Solo me preguntaba…

Pero miraban la luz resplandeciente bajo las aguas, que hacía que se volvieran tan claras y frescas como las del río de Puntapié, hasta que de repente se extinguió.

Fendor se adelantó, inquieto.

—¡Algo ha pasado! —exclamó.

—Ha desaparecido. ¡O por mis bigotes —rezongó Lurdun— que ha perdido la mano!

—¡No digas tales cosas! —protestó Salvia—. ¡No son oportunas ni agradables!

—Y sin embargo…

Sin mediar palabra, se echó Fendor al agua también, pero sin tanta elegancia como Morgo, que entró en el río como una flecha y salpicó a la muchacha y a Lurdun.

—Impetuoso y descerebrado Enca —susurró Lurdun.

Salvia se revolvió, inquieta, y mirando alrededor vio que sin las palmas de Morgo la cueva estaba oscura como si tuviera los párpados cerrados, y le entró cierta congoja. Agarró la ropa de Lurdun y tironeó de ella.

—Te lo suplico —susurró—. No me dejes sola en la oscuridad.

Lurdun apretó los dientes.

—No lo haré —resolvió—. Que mi amigo se vale solo y tiene buenos pulmones.

Mas las burbujas de aire emergieron en la superficie con un chapoteo, y al cabo, apenas después de unos instantes que se hicieron eternos, algo emergió del agua con un sonido alto y claro.

—¡Quién anda en el agua! —exclamó Lurdun.

Sin embargo, por el sonido de los jadeos, supo quién era.

—Soy yo, botarate —dijo Fendor.

—Pues… ¿qué hay del Necronauta? —preguntó Lurdun.

—Lo he perdido —declaró Fendor mientras se encaramaba al muelle—. No es posible ver ninguna cosa ahí abajo, me temo; sin las manos del Necronauta, es inútil. ¡Y si palpo una cosa no me parece distinta de otra!

—Pues… ¿dónde se ha metido, entonces? —se preguntó Lurdun

en voz alta.

—¡Mas bien me pregunto yo qué vio en el agua! —exclamó Fendor con la respiración agitada—. Porque por todos los conejos y lobos y zorros que me he metido entre pecho y espalda, que el agua está fría como mano de muerto…

—Y así te quedarás si no nos procuramos un buen fuego.

Salvia miraba el agua. Seguía agitada, pero por el chapoteo de Fendor, mas no vio ella rastros de burbujas ni de respiración debajo de la superficie, y empezó a inquietarse.

Y esperaron, vigilando el agua, y después de esperar esperaron aún más, sin ninguna otra cosa que hacer más que vigilar y preguntarse qué había sido del Necronauta.

—Pues escuchad —susurró Lurdun—. Que sé que el Necronauta tiene su hogar en el mar y que tienen los marinos pulmones anchos para bucear un largo trecho, mas en verdad os digo… que el aire que cabe en un pulmón no es más que el que cabe en una vejiga de oveja, y que aunque dispusiera de una para respirar más tiempo bajo el agua, ¡hace ya tiempo que debió de haberse quedado sin aire!

—Coincido con eso —opinó Fendor en tono lúgubre—. Que además el agua está tan fría que los pulmones se reducen al menos a la mitad.

Salvia empezó a dar saltitos sobre sus pies, inquieta e impaciente.

—¡No es posible! —dijo al fin—. ¡Estas no pueden ser las líneas del destino! ¡No puede acabar sus días simplemente bajo el agua! ¡No después de lo que hemos pasado!

Lurdun, sin saber qué hacer, aventuró a pasar un brazo por encima de sus hombros y ella se pegó a él. Estaba fría y temblaba como un pajarito al que ha sorprendido un repentino cambio de clima. Mas no supo qué decirle ni qué otra cosa hacer más que aguardar y tener esperanzas.

—Puedo ir de cabeza al agua otra vez —dijo Fendor al fin.

—No —dijo Lurdun—. No lo hagas. Demasiado oscuro. Y si el Necronauta ha sido devorado por algo bajo las aguas, tantas menos oportunidades tendremos nosotros, que no somos marinos ni tenemos tanto arte luchando y combatiendo como él.

Fendor estuvo de acuerdo, pero no hizo ni dijo nada.

Mas siguieron mirando el agua, que empezaba a calmarse de nuevo, y al cabo de un buen rato empezaron a confirmar sus miedos más oscuros. Salvia se dejó caer de rodillas al suelo, sollozando, pues la esperanza acababa de escurrirse de su cuerpo como gotas de agua resbalando de una mano lacia.

Y todos lo pensaron, y supieron:

Que Morgo se había ahogado.

Capítulo 15

La Llama en el Viento

Lurdun estaba reconfortando a Salvia, que lloraba en el suelo, mientras Fendor se frotaba la piel y las ropas para sacarse el agua de encima, mas su expresión era grave y hasta dolida, pues sin el Necronauta con ellos el destino de su pueblo era otra vez incierto, y porque había cobrado cierta simpatía por el luchador.

Mas en ese momento oyeron un gran estrépito, como de rocas y cadenas cimbreando, y cuando se dieron la vuelta fueron sorprendidos por una luz cálida que empezó a inundar la estancia de forma paulatina. Provenía del fondo de la sala: una línea horizontal, intensa y brillante.

«Nigromantes», pensó Lurdun afligido, pues acababan de perder a su campeón y estaba bastante seguro de que, tratándose de encantamientos y sortilegios, tanto Fendor como él estaban fuera de juego. Además, no veía nada. Llevaban tanto tiempo en la oscuridad que tuvieron que pestañear varias veces para acostumbrar la vista a la luz.

—¡Tras de mí! —exclamó.

Fendor se adelantó, el cayado en las manos.

Mas pasaron unos instantes y descubrieron qué ocurría. Era la puerta, que no se abría hacia uno u otro lado, sino hacia arriba, y alzándose poco a poco vieron una figura en el centro, las piernas separadas y los brazos en jarras.

Fue Salvia la primera en descubrir quién era.

—¡Morgo! —exclamó.

Fendor pestañeó varias veces.

—¡Que me arranquen la piel y se la den a unos guarros de piel rugosa! —ladró—. ¿Cómo es posible?

Era Morgo Palis, sin duda, el pelo y las ropas mojadas, y tras él una estancia grande y alargada, las paredes todas llenas de filigranas,

iluminada por braseros como los que había en las paredes de aquella sala, pero encendidos y humeantes.

La puerta desapareció tras el techo con un sonido retumbante.

—Es posible gracias a Salvia Túneles —dijo Morgo—. ¡Que a partir de ahora te llamaré Salvia Entendederas, pues si no llega a ser por ti, aún seguiríamos toqueteando las piedras!

—¡Pues explícate! —pidió Lurdun.

—Que Salvia observó que la corriente venía hacia aquí, ¡pero observa las marcas del agua en las paredes! El agua no sube ni baja, sino que permanece, así que debía de ir a alguna parte. Y siendo yo un viejo amigo del agua, me lancé a ella y con mis manos localicé un túnel que llegaba a una nueva cámara al otro lado, pues cuando se construyó este sitio no debía de existir este río subterráneo y era todo otra cosa. Y llegando allí subí por una escalera hasta este otro lado. ¡Una simple palanca como las que usan para frenar las ruedas de los molinos abrió la puerta!

—Mil millones de canciones se canten sobre las entendederas de la muchacha —dijo Fendor, y siguiendo un impulso o arrebato, se acercó a ella y la estrujó entre sus brazos. Ella dejó escapar una sonrisa de satisfacción, pues estaba repentinamente contenta por varias cosas: que Morgo siguiera vivo y que la estancia tras la puerta estaba iluminada, y eso ya era algo.

—Pues… ¿qué hay al otro lado? —preguntó Lurdun, subiendo los peldaños de la escalera con cuidado de no resbalar.

Morgo se dio la vuelta.

—Pues bien —dijo—. Razón tienes. Que esto está iluminado y no es posible que estos braseros lleven ardiendo aquí desde el principio de los tiempos…

Miraron y vieron un salón que se extendía hacia el fondo, más largo que ancho, con dos niveles. El segundo nivel estaba protegido con una suerte de reja construida con varillas cruzadas, finas y delgadas, con al menos tres pasarelas de piedra cruzando la estancia de lado a lado. Mas cuando miraron arriba, se maravillaron, pues el techo, que era alto, era un prodigio de piedra tallada y maderas entrelazadas, algunas de modos que nunca pensaron que fuera posible, recorridas con decoraciones que resultaban tan hermosas a la vista que uno perdía la noción del tiempo admirándolas.

—¿Es esto un palacio? —preguntó Fendor en voz baja.

—¿Cómo? —se extrañó Morgo—. Por los inciensos rituales de la Noche de las Madres. No, claro que no. Diría que… no debe de ser nada más que una especie de… recibidor.

—Un recibidor —repitió Lurdun, que nunca había oído esa

palabra, pues en su ciudad no usaban ese concepto en el diseño de sus construcciones.

—No —dijo Morgo de repente—. Ya sé dónde estamos.

Señaló hacia una de las paredes y vieron allí una suerte de estantes de gran tamaño, mas cuando se acercaron con paso prudente, descubrieron de qué se trataba.

—Muertos —ladró Fendor. Y ahora que veía los cadáveres desnudos primorosamente dispuestos en los estantes, las piernas extendidas y los brazos a ambos lados, la piel ligeramente amoratada pero bien conservada, pensó que había allí un cierto olor a herbolario, como los almacenes donde disponían las hierbas en su ciudad.

—¡Muertos! —exclamó Salvia—. Pero… estos muertos… ¿Por qué… por qué los guardan en estantes en las paredes?

—Estantes no son —repuso Morgo—, sino nichos. Ignoro yo para qué se usaban estos huecos en la antigüedad, mas los nigromantes retienen aquí estos cuerpos para sus experimentos, sin duda.

—Experimentos… —repitió Salvia horrorizada.

—Una necrópolis subterránea —declaró Morgo—. ¡Pero mirad! Hay escaleras allí. ¡Y ascienden! Es buena cosa. Ea, salgamos de aquí. No es bueno estar rodeados de muertos, y estos parecen antiguos pero incorruptos, lo que no me dice nada bueno.

—Magia de nigromantes —masculló Fendor, y giró la cabeza y fingió escupir al suelo, mas haciendo mucho ruido en ello, como era costumbre en Umbralia.

—Pues por cierto —añadió Morgo entonces—, que ya hemos hecho otra vez mucho ruido. A partir de ahora es indicado ser más prudentes. Avancemos ahora. A ver si somos capaces de encontrar una salida sin meternos en problemas.

Salvia no lo dijo, pero pensó: «Así sea».

2

Caminaron tratando de no hacer ruido, buscando siempre una salida hacia arriba. Pero el lugar era como un laberinto, con salas sobre salas, escaleras y pasarelas que cruzaban las estancias unas sobre otras; mas por algún motivo se mantenían iluminadas. Salvia pensó que tal vez era algo que pudiera tener que ver con el respeto por los muertos, para no dejarlos solos en la oscuridad. Y no lo sabía, pero de haber pronunciado en voz alta sus pensamientos habría encontrado una respuesta rebozada en risas.

Tanto más avanzaban por las cámaras, cada vez más estrechas, más evidencias encontraban de que allí alguien cuidaba y trabajaba

con los muertos. Mesas con restos de sangre pegadas a la madera vieja y mil veces cortada por cuchillos o sierras, con herramientas que no podían identificar pero que no hubieran resultado extrañas en manos de un carnicero, barriles y ungüentos y pociones, y reactivos colgando de madejas sujetas al techo por estructuras livianas de hierro, como perchas o ganchos.

—Cuidado ahora —susurró Morgo, y se tocó el oído para indicarles que oía algo. Mas un poco más adelante, después de subir una escalera, ese sonido se hizo audible para todos.

Sonaba como si alguien estuviera trabajando con las manos, ocupado en alguna tarea. Un par de ruidos contundentes, otro más arrastrado, como el que produce un serrucho en la madera; luego, unos instantes de silencio, y a continuación otro sonido burbujeante, como si estuvieran derramando un líquido.

Morgo, con el ceño fruncido, se detuvo.

Se volvió hacia ellos y les pidió que se acercaran.

—Voy a ir primero —susurró, y luego añadió, más despacio—: Esperad… aquí… mismo.

Lurdun y Fendor asintieron.

Y diciendo eso, y agachándose, se escurrió escaleras arriba. Resultaba raro ver cómo se movía tan rápido en esa posición, pues poco le faltaba para tocar el suelo con las manos.

Morgo desapareció de la vista y se quedaron expectantes, escuchando. El sonido de trabajo se extinguió de repente, sin que pudieran oír nada más, y aunque parecía algo bueno, no pudieron evitar inquietarse. Lurdun y su amigo no dejaban de intercambiar miradas ansiosas. Mas luego oyeron algo más, un poco más lejos, como una especie de gruñido, y después de eso más silencio. Salvia imaginó a Morgo moviéndose en silencio por las salas, sin hacer ruido, ocupándose de los nigromantes que encontraba. Lo veía encargarse de ellos, uno por uno, sin que ninguno tuviera la más mínima oportunidad de reaccionar. Asesinados, probablemente, por la espalda.

Pero entonces una voz los sobresaltó.

—¿Qué es esto?

Se volvieron y se encontraron con algo que no esperaban: un chico joven con la cabeza afeitada, vestido con una túnica negra con la marca roja en el pecho, estaba de pie en mitad de la sala que acababan de atravesar.

Salvia se tapó la boca con las manos.

—Espera… —susurró Lurdun, sin acertar a saber qué decir.

Mas el chico salió de su asombro, retrocedió dos pasos, y luego salió corriendo mientras gritaba:

—¡Alerta! ¡Alerta, intrusos! ¡Alerta!

—Que me quiebre un rayo —soltó Fendor—. Y salió corriendo tras él. Lurdun hizo un amago de seguirlo, pero se volvió para mirar a Salvia y se detuvo. Salvia comprendió: no quería dejarla sola, y lo agradeció en silencio, sin decir nada. Pero estaba asustada. Estaba muy asustada por lo que pudiera pasar ahora. No le gustaba aquella gente, no le gustaba su aspecto, ni sus túnicas negras, ni lo que hacían con los muertos; ni nada de lo que había oído de ellos.

Oyeron un relámpago, por mucho que pareciera imposible en el interior de aquellas salas, y luego un fogonazo cegador. Lurdun dio un respingo. Fendor, en algún lugar fuera de su vista, lanzó un grito profundo.

—Fendor —susurró Lurdun con los ojos muy abiertos.

—Ve… ve con él —dijo Salvia.

—No…

Mas a todo alrededor oyeron voces y gritos que repetían la misma frase una y otra vez, y se hacían eco los unos de los otros: «¡Alerta, intrusos! ¡Alerta!».

—¡Ve con él! —repitió Salvia, elevando la voz.

Lurdun apretó los dientes y la tomó de la mano.

—Correremos la misma suerte, sea la que sea —espetó.

Salvia asintió con rapidez, y no había ni terminado cuando se sintió transportada, pues Lurdun salió corriendo tirando de ella, y mientras se dejaba llevar, miró hacia atrás para ver si veía a Morgo aparecer. Imploró a los cielos limpios de verano y suplicó a los elementales que llenaban el mundo de fría nieve en invierno, mas cuando dobló la esquina, no lo vio aparecer, y su corazón se encogió.

3

—¡Alerta, intrusos! ¡Alerta! —gritó alguien.

Morgo se enderezó con inesperada rapidez. Tenía a su víctima delante de él, con el cuello roto. Era una técnica que todo Necronauta aprendía a muy corta edad, a girar el cuello de manera repentina y con violencia para quebrarlo: la víctima moría al instante.

—Por la hermosa Madre ahora varada en una playa —masculló, y se agachó y volvió a incorporarse con un solo gesto imposible, arrancando la espada de hoja serpentina del hombre al que había asesinado, y luego empezó a correr de vuelta hacia donde había dejado al resto. Mas a su alrededor el cubil de nigromantes cobraba vida. Su oído fino detectaba sillas arrastrándose bruscamente, incluso en el piso superior, pasos que corrían por pasillos cercanos, y otros

que seguían propagando la alarma en la distancia.

Él era rápido, pero el sitio estaba despertando a la misma rapidez.

Y cuando le faltaba poco para llegar, encontró a dos hombres y una mujer en su camino.

«Son aprendices», se dijo al ver la juventud esculpida en sus rostros, y se alivió por ello, pues la nigromancia requería de mucho, muchísimo tiempo, para dominarse. Sin embargo, la nigromancia era una rama de la misma escuela de hechicería, y no tenía dudas de que aquellos discípulos podían ponerlo en aprietos.

Sin embargo, no tuvieron ninguna oportunidad.

Morgo Palis tenía un sobrenombre entre los suyos, uno que se había ganado por derecho propio. Los Necronautas eran rápidos, desde luego, más que el común de los hombres, más incluso que los más diestros o veloces, y más veloces que los mensajeros de los altos señores, que dedicaban su vida, su tiempo, y preparaban cada músculo de sus cuerpos a una sola cosa: correr. Correr para llevar recados, mensajes o cosas de uno a otro lado. Y en el combate, Morgo Palis destacaba, pues era tan rápido que ya de niño lo llamaban…

El Viento.

Tan rápido se movía.

Fue más tarde, cuando recibió el honor de ser portador de la Hoja Negra, Excessus, cuando en mitad del combate vieron una estela roja y granate sobre una superficie que arrancaba destellos al sol, y con el movimiento veloz que le imprimía Morgo, dibujaba líneas aureorojizas que resultaban uno de los espectáculos más bonitos que los hijos de Mor Nasur hubieran visto jamás. Y por descontado que habían visto muchas, muchas cosas. Pues con el movimiento veloz y el brillo rojizo, alguien señaló y declaró: «¡Hay una llama en el viento!».

Así lo llamaron.

La Llama en el Viento.

Ese día, a aquella hora, la Llama en el Viento cruzó la estancia mucho antes de que los dos hombres y la mujer pudieran reaccionar. Dio un tajo profundo y mortal en el cuello del primero, atravesó la garganta del segundo y dibujó una línea profunda alrededor del cuello de la mujer, de manera que cuando abandonaba la estancia los tres cuerpos aún estaban comprendiendo que ya no respondían a las entendederas de cada uno, y caían al suelo privados del hálito de la vida. Aún estaban en movimiento cuando Morgo llegó donde se había separado de sus compañeros de viaje.

Mas no estaban allí, ni tampoco más atrás. Mas en medio de los pasos y los gritos oyó la respiración agitada de Salvia, que era distinguible de todos los demás ruidos, y el grito de Fendor que

llamaba a su amigo, y corrió hacia ellos.

4

Encontraron a Fendor en la siguiente sala, cruzando el umbral de una de las muchas puertas que prefirieron dejar cerradas. Fue evidente para ellos que se trataba de un lugar donde los nigromantes hacían sus trabajos de magia, cualesquiera que fueran, a juzgar por el contenido, con estantes colmados de cosas que ni reconocían, una mesa con cacerolas y tubos metálicos conectados entre sí, y otras cosas. Mas eso fue lo único que les saltó a la vista, porque allí, en el centro de la sala, estaba Fendor, con el brazo herido y cubierto de un tizne negro humeante, junto a los cadáveres de varios hombres en el suelo.

—Fendor… —exclamó Salvia consternada, sin poder apartar la mirada del brazo de su amigo.

—¡Estoy bien! —dijo este con rapidez—. ¡Pero atentos, vienen por todas partes!

Lurdun asintió. Todo alrededor explotaba en ebullición, y había pasos a la carrera y ruidos de puertas, y era cosa de poco tiempo que se vieran rodeados.

—¡Seguidme! —gritó Fendor, echando a correr al fondo de la sala —. ¡Uno de ellos escapó, y mucho me temo yo que ande preparando alguna cosa funesta!

«Alguna cosa funesta», repitió Salvia en su mente. Mas Lurdun echó a correr tras su amigo, el hacha de él en la mano. Y corrió tras ellos, totalmente superada, pues para avanzar tuvo que sortear los cadáveres y pasar por encima de uno de ellos, una mujer con los ojos abiertos y mirada iracunda que parecía estar maldiciéndola desde el otro lado.

Cerró los ojos tanto rato como pudo, abriéndolos solo para asegurarse de no tropezar, y salieron de la sala para encontrarse otra vez en los nichos.

—¡LURDUN! —gritaba Fendor; mas su amigo no precisaba de instrucciones. Salvia lo descubrió lanzando su hacha hacia otro nigromante, también joven, que tenía las manos extendidas hacia ambos lados como si estuviera conjurando alguna… «Alguna cosa funesta», se recordó. Y el hacha se le clavó limpiamente en la frente y lo lanzó hacia atrás un par de brazadas, y allí golpeó con la cabeza contra el suelo y ya no se movió. Mas cuando Lurdun se lanzaba hacia él para recuperar su arma, varios de aquellos seguidores irrumpieron en la sala.

Fendor usaba el bastón para golpearlos, pero he aquí que el

bastón no emitía descarga alguna ni se comportaba de manera especial, como en otras ocasiones, mas aun así se dolían de los golpes, que eran violentos y contundentes, y caían hacia atrás con los dientes rotos cuando les daba en los hocicos.

Pero eran demasiados, y las manos de algunos de ellos comenzaron a moverse conjurando sortilegios.

—¡Las manos, Lurdun!

Hubo un sonido crepitante, como el de madera quebrándose, y un arco celeste y luminoso emergió en el aire, cimbreante, entre uno de los seguidores y Lurdun. Impactó en el pecho del luchador y Salvia vio por un segundo el cráneo a través de la carne, y los huesos de los brazos, y se iluminó su cuerpo entero con un brillo azulado, similar al de las palmas de las manos de Morgo, mas de algún modo resistió y continuó su ataque. «¡Las manos!», recordó Lurdun, y el hacha voló desde su brazo y cercenó limpiamente la mano de uno de ellos, que estaba ya rodeada de partículas luminosas, como luciérnagas, y la mano salió despedida hacia el suelo y se estrelló lanzando una salpicadura de sangre. «Usan las manos para sus invocaciones», pensó.

Pero no era del todo cierto.

Salvia giró la cabeza, horrorizada, para encontrarse a uno de los nigromantes extendiendo sus manos hacia Fendor. Salvia quiso advertirlo, pero el nigromante fue más rápido.

—*¡In Vita Ex Cor!* —exclamó el brujo, y hubo un chasquido en el aire y Fendor se dobló como si le hubieran dado cien latigazos, todos a la vez y en el mismo sitio, y cayó de rodillas, pues eran esas palabras de poder y encapsulaban terribles conjuraciones y hechizos fatales.

—*¡In Vita Len Mi!* —proclamó otro, y esta vez experimentó Fendor un dolor tan intenso en lo más profundo de su ser que pensó que se le saldrían las tripas por la boca. Mas estando de rodillas en el suelo, la boca abierta en un grito silencioso, abrió los ojos y vio a Salvia con una máscara de terror cubriéndole el rostro, los ojos llenos de lágrimas, y encontró él en esa visión un instinto de protección natural más fuerte que su dolor, y con el rostro rojo de tensión y concentración empezó a incorporarse.

Lurdun luchaba, mientras tanto. Los nigromantes utilizaban sus espadas serpentinas y se defendían del atacante. Mas no eran tan duchos con ellas como lo era Lurdun con el hacha, y él los desarmaba con facilidad y daba tajos en sus cuerpos, y en sus hombros, y donde pillara, que el hacha no hacía distinciones ni tenía preferencias.

Pero eran muchos, eran demasiados. Y en lo que tardaba en golpear a alguno, otro lanzaba un ataque. Recibió un golpe terrible en la espalda, una suerte de rayo helado, que lo lanzó al suelo e hizo que

perdiera el hacha.

Y en cuanto a Fendor, apenas se incorporó se encontró de nuevo en el suelo, retorciéndose de dolor bajo el dedo imperativo de uno de los enemigos, una mujer con el cabello enhiesto y enmarañado y los ojos blancos, sin iris ni pupila.

Sonreía de manera aviesa.

«No es justo —pensaba Salvia con lágrimas en los ojos, entre asustada, entristecida y colérica—. ¡Son buenos guerreros! ¡Hombres fuertes, y valientes, y nobles, y no tienen ninguna oportunidad. ¿Cómo puede un hombre honesto librar un combate con alguien que lucha con el aire y a través del aire?».

Y apretó los dientes, sintiendo una rabia impotente, y llegó a pensar que se lanzaría contra los nigromantes ahora que todavía podía, aunque solo fuera para arañarles el rostro si es que llegaba a eso, cuando, de repente, sintió un repentino golpe de viento en la nuca que le hizo abrir ligeramente los labios y los párpados.

—Oh —gimió.

No era un golpe de viento frío.

No era viento de muerte.

Tampoco era un hechizo ni cosa parecida.

Ni el hálito de muerte de un resucitado.

Era un viento fresco, suave, que casi le acarició el cuello con suavidad. Era reconfortante, pues aun sin ver lo que iba a ocurrir, sintió una especie de alivio. Ese soplo de viento decía: «Ya está. Todo va a salir bien».

Y mientras miraba y las facciones de su rostro estaban aún relajándose, vio a Morgo Palis pasar por su lado y dejarla atrás, y… bailó. Sí, bailó mientras saltaba de uno a otro adversario y se movía a su alrededor, y cuando parecía que apenas los había tocado, se llevaban las manos al cuello, la cabeza vuelta hacia atrás, o se desplomaban a un lado con los brazos extendidos, y allí se volvían fardos inútiles, y uno a uno cayeron todos los enemigos congregados frente a ellos.

Morgo, de repente, estaba de pie junto a uno de los cadáveres, la cabeza gacha, ligeramente inclinado, y la espada serpentina que portaba goteando sangre.

—¡Oh! —exclamó de nuevo Salvia.

Morgo se volvió para ayudar a los hombres a levantarse.

—¿Os encontráis bien? —preguntó mientras les tendía una mano.

—Por los cielos encapotados de tormenta —masculló Bavastro.

—Digo lo mismo —lo secundó Fendor mirando los cadáveres.

—No tenemos tiempo que perder —los apremió Morgo—. Vienen

muchos más. Nunca hubiera dicho yo que fueran tantos los congregados aquí…

—Sin duda el lugar merece la pena —opinó Lurdun—. Muchos secretos útiles a sus propósitos habrán desentrañado aquí. Mas en cuanto a ahora… —Miró el brazo de Fendor—. ¿Estás bien, amigo mío?

Fendor estudió la herida.

—Estoy bien —respondió—. Ya curaremos esto cuando salgamos de aquí.

Y se volvieron hacia Salvia y la encontraron mirando a algún lugar de la sala, con los ojos muy abiertos, mas sin decir nada. Morgo se adelantó hacia ella con clara preocupación esculpida en el rostro, mas de camino comprendió y recordó un viejo dicho de su pueblo: «Que cuando el dedo apunta al cielo, el tonto mira al dedo». Y se volvió para mirar dónde señalaba, mas la voz alta de Fendor lo hizo volverse aún más.

—¡Por el vacío infinito del cielo! —gritó.

Lurdun miró también, y el corazón le hizo una pirueta en el pecho, pues lo que estaba viendo era…

—Que me saquen los ojos y se los den a los perros —profirió.

Lo que estaba viendo, aun cuando pareciese imposible, era a los muertos, algunos con un cabello largo y blanco y otros con la cabeza desnuda, abandonando los nichos todo alrededor. Y observó sus brazos y piernas delgados, ligeramente azulados, las carnes pegadas a los huesos de tal manera que asemejaban cartílagos y ligamentos tan tirantes que parecían a punto de saltar, y el pecho hundido y los huesos apenas recubiertos de un rastro pútrido de piel, y sus caras alargadas, casi sin carne, con las cuencas de los ojos vacías y las mandíbulas exangües mostrando las dentaduras feas y podridas.

—Pero ¿cómo…? —exclamó Morgo.

Y girando el cuello para mirar donde Salvia señalaba, vio a uno de los caídos, una mujer de cierta edad, que tenía la mano ligeramente alzada y movía los labios como si susurrara, y haciendo eso agitaba en el aire los dedos envestidos de una tonalidad púrpura.

Tardó Morgo muy poco en moverse hacia ella y acabar de darle muerte hundiendo la espada serpentina en su pecho.

Mas cuando miró a los espectros resucitados, estos seguían en pie y avanzaban hacia ellos dando tumbos y trompicones.

Apretó los dientes.

Había esperado que los resucitados perdieran su aliento de vida al morir la conjuradora, y que cayeran al suelo convertidos en despojos otra vez, pero aquel debía de ser un hechizo de alto nivel que

perduraba más allá del control del lanzador.

—¡Por las lágrimas saladas socavadas de tristeza de los corazones rotos! —masculló Fendor retrocediendo, superado por lo que veía.

Fue Lurdun el primero que proyectó su brazo para atacar, mas el hacha se hundió en la carne podrida con facilidad y dejó escapar una nube de podredumbre que tiñó el aire de un tono verdoso. Mas el resucitado no acusó dolor alguno, ni retrocedió un solo paso: levantó los brazos hacia Lurdun y abrió la boca inmunda, de manera que el luchador se vio obligado a retroceder.

—¡Drokk! —exclamó—. Mas… ¿cómo se mata a un muerto?

—Con demasiado esfuerzo, me temo —masculló Morgo—. Mas no tenemos que vérnoslas con ellos, me parece. ¡Sigamos camino por cualquier otro sitio!

—Correr por la nieve fresca donde no hay huellas —susurró Fendor en voz tan baja que ninguno de los otros lo oyó—. Eso quisiera.

Mas cuando se movieron hacia una de las puertas encontraron allí, en el umbral, a un hombre de rostro envejecido y ojos hundidos, el semblante serio y el ceño fruncido, y con la palma expuesta hacia ellos, y pronunció palabras irrepetibles, guturales, que no parecían proferidas por garganta humana, y salieron todos despedidos hacia atrás como si una mano invisible del tamaño de una casa los hubiera golpeado. Fendor perdió el cayado en el aire, y también Lurdun perdió su hacha, que salió despedida contra la pared, donde chocó con un ruido metálico, y Salvia y Morgo salieron despedidos también y se golpearon contra el muro.

—¡Conjuras y maleficios! —masculló Fendor.

Pues antes de que pudieran hacer nada, el hombre se retiró un par de pasos y dejó pasar una hueste de cadáveres resucitados, pero estos iban armados con espadas de piedra y escudos de madera y llevaban yelmos y cascos de metal y pantalones de cuero tan podrido y roto que amenazaban con deshacerse a cada paso que daban. Mas en sus ojos brillaba una luz espectral, roja en su mayor parte, que centelleaba hacia fuera como llamas de vela horizontales.

Morgo se puso en pie dando una voltereta y se lanzó al combate aun cuando los otros no habían podido recuperarse. Daba tajos y propinaba golpes brutales a los cuerpos, mas también estos guerreros muertos luchaban con demasiada rapidez, y cuando la espada se hundía en sus carnes no manaba la sangre ni sufrían ellos en medida alguna, sino que soltaban gases hediondos.

—¡Cague yo un pichel lleno de ortigas y me duela de ello, que jamás había olido nada más nauseabundo! —soltó Fendor, poniendo el

antebrazo sobre la nariz—. ¡Que prefiero yo el olor de mis sobaqueras a esto!

Mas diciendo eso entabló batalla con los muertos de los nichos, los primeros en regresar de las tinieblas, y como no iban armados, tuvo mejor suerte dándoles bastonazos para mantenerlos a raya.

Lurdun miró a otra de las salidas, mas la puerta se acababa de cerrar ante sus narices, toda negra ella, y de repente se recubrió de un halo azulado que le daba la apariencia del hielo, y pensó: «Cerrada con hechizos», y apretó los dientes, pues las cosas no pintaban nada bien.

Mas Morgo Palis luchaba aún, y de algún modo se había hecho con el escudo de uno de los resucitados, y con ese escudo se las veía hasta con tres de ellos a la vez, sin que eso pareciera que los afectase en modo alguno.

Se lanzó Lurdun a ayudarlo, pero los muertos aquellos, que debieron de ser grandes guerreros en vida, se movían con celeridad, y se vio tan superado en apenas unos momentos que tuvo que retroceder de nuevo y desplazarse para echar una mano a Fendor. Allí tuvo mejor suerte, pues aunque los muertos no caían y seguían avanzando, pudo cortar sus extremidades cuando las tendían hacia él, y el suelo se llenó de despojos, de dedos y manos, y de trozos de los brazos de ellos, mas pareció peor el remedio que la enfermedad, pues con los cortes y tajos lo invadió todo el aire viciado de sus carnes podridas, y llegó a ser tan intenso que Fendor se dobló, afectado de arcadas.

—Me muero… —exclamó.

Lurdun, agotado de tanto golpear, miró al fondo de la sala. Sudaba y sentía el brazo hormiguear, pero seguían llegando muertos, algunos arrastrando algún vestigio de sudario, otros con el pecho abierto mostrando su interior vacío, y alguno, por razón desconocida que acaso los nigromantes sabían, tenía las fauces cosidas con algo parecido a hilo como el de pescar.

—Por los siete cristales… —soltó Lurdun—. Son muchísimos más que demasiados…

Mas en ese momento, para complicar las cosas, oyó a Salvia gritar, y cuando se volvió, el hombre envejecido de los ojos hundidos y el semblante serio estaba allí, y tenía a Salvia retenida, su cuerpo tras el de ella, y uno de los brazos extendido sujetando el de la muchacha y un puñal negro sobre su pecho.

—¡Basta ahora! —exclamó a voz en grito, grave y profunda. Y al decir eso, los muertos se detuvieron todos a una, y Morgo y todos los demás se quedaron perplejos, mirando, mientras el hombre sacudía la cabeza y mostraba brevemente los dientes grandes y del tono de los

huesos.

—¿Quién eres tú? —preguntó Morgo.

—Lo mismo te pregunto yo, extranjero en mi casa, que este no es tu sitio ni has sido invitado y aun así estás aquí. ¿Por qué matas a mis discípulos y deambulas por mis estancias?

Morgo entrecerró los ojos.

—Pues en verdad no queríamos hacer daño a nadie —dijo—. Ni estar aquí, para el caso. Pero huimos de alguien y las cosas nos llevaron de uno a otro sitio, y acabamos en tu casa. Mas lo único que buscamos es una salida.

—Una salida, dices… —susurró el hombre—. Pues esta es la casa de los seguidores de Cancro Mogar, ¡y quien entra ya no sale!

—Pues ¿por qué detienes la batalla entonces? —farfulló Morgo—. ¡A menos que desees parlamento para negociar un acuerdo!

—¿Negociar yo? —exclamó el hombre, arrugando los rasgos de la cara de manera que los dientes quedaron expuestos, como los de un lobo—. Pues dime qué tendría que ganar con ello, si aquí abajo estáis condenados y la victoria es nuestra.

Lurdun cayó de rodillas al suelo en ese momento, respirando con dificultad. Producían sus pulmones al inhalar y exhalar un ruido sibilante, atascado, como si se estuviera ahogando. Morgo le echó una breve mirada.

—¿Acaso has querido ganar tiempo para que las pestilencias de tus cadáveres nos intoxiquen? —preguntó con rabia en el rostro—. Pues ante tu pregunta te digo: mucho tienes tú que ganar si nos dejas salir de aquí para continuar nuestro camino, que aun si logras vencernos no será hasta dejar una pila de cuerpos de estos tuyos detrás, que sé que te son valiosos para tus estudios, ¡pues reconozco la marca de tu orden en el pecho, y sé quién es Cancro Mogar el Nigromante, por cierto!

El hombre entrecerró los ojos.

—¿Lo sabes en verdad? —preguntó.

—Por cierto que sí.

—Tanto peor —dijo—. Pues soy Sarnax Genta el Instructor, de la Casa del Cráneo, custodio de este lugar y su secreto…, que lo que hacemos aquí no incumbe a nadie, y así debe seguir.

Morgo carraspeó, pues el aire malsano de la sala empezaba a abrasarle los pulmones.

—Pues bien —replicó—. Ante eso te diré que los asuntos de tu orden no me incumben, así traigáis a Cancro Mogar de vuelta como si no, que esta no es mi región ni aquí está mi casa, ¡y el mundo contiene suficientes horrores y peligros como para preocuparse por

uno más!

—Mas, con seguridad, no esperarás que confíe en tu palabra sin más… —repuso Sarnax.

—Bien podrías —dijo Morgo—. Que mirando mi grupo, dos hombres de los comunes y una muchacha que no cuenta ni dieciséis primaveras, verás que no somos saqueadores ni nada por el estilo. Mas he aquí que me llamo Morgo Palis, y soy un hijo de Mor Nasur y un Necronauta por añadidura.

Sarnax entrecerró los ojos.

—¿Un Necronauta, dices? —preguntó despacio.

—Rindo honores al credo de Madre y navego los océanos con mis hermanos invictos.

Sarnax asintió despacio.

—He oído… historias sobre los Necronautas, por supuesto —susurró—. Mas qué hace uno aquí, en nuestra casa, no me lo explico. Ni me parece historia legítima cuando has dicho que huyes de alguien…

—Pues eso hacemos —respondió Morgo con sencillez—. ¡Que hay cosas más cabales que buscar o resolver un combate, si hay otra salida!

—Un enemigo muy poderoso debe de ser el que te persigue…

—Lo es, por cierto —asintió Morgo—. Y me parece que ya lo conoces, o lo vas a conocer cuando tus hombres ya están descubriendo de quién se trata.

En ese momento oyeron ruidos apagados en la distancia. Sonidos de sortilegios y hechizos como los que habían oído con anterioridad, y gritos de hombres y mujeres.

Sarnax Genta el Instructor, de la Casta del Cráneo, que acarreaba a su espalda más de trescientas primaveras y tenía su propia y larga historia en el mundo, levantó ligeramente la cabeza para mirar los techos, pues el sonido venía de arriba. Se enfureció y tiró del brazo de la muchacha, que lanzó una queja ahogada como protesta al dolor, y apretó el mango del puñal sobre el pecho de ella.

—¿Qué treta es esta? —preguntó Sarnax—. ¿Mentiras y traición? ¿A mí, que construí con mis propias manos el puente sobre las simas de Cibadce la Abandonada? Pues… ¿cuántos de vosotros sois?

Fendor seguía tosiendo, y Lurdun levantó la cabeza con preocupación.

—Dejadme, señor de estas salas, que lleve a mi amigo donde estáis —imploró—, que le falta el aire para respirar, ¡y cuanto entra en sus pulmones son putrefacciones de muerto, malsanas si no letales!

—¡Respondedme primero! —gritó Sarnax—. ¡O mato a la

muchacha y doy orden a los muertos para que presenten batalla!

—¡La verdad he dicho! —se apresuró a decir Morgo—. El que lucha con tus hombres ahí arriba no es amigo nuestro ni va con nosotros siquiera, pues nuestro enemigo es, el que nos persigue y del que huimos. ¡Que eso te lo he contado!

Sarnax echó unos fugaces vistazos al techo, el rostro velado ahora por una sombra de preocupación.

—Parece que tenemos un enemigo común, Sarnax Genta de la Casa del Cráneo —exclamó Morgo—. ¿No sería más sensato unir fuerzas? Que cuando terminemos no haremos daño a nadie, y si nadie nos hace daño a nosotros, nos iremos. ¡Con un juramento de silencio!

—Tus juramentos los echo yo a los perros y preferirán las heces de los muertos a algo con tan poco valor —masculló Sarnax.

—¿Cómo? ¿Acaso no me crees? Pues, ¿de qué parte desconfías?

—¡De todo! —gritó Sarnax—. ¿Desde cuándo un Necronauta huye de un combate, para empezar?

—¡También eso te he mencionado! —exclamó Morgo, que empezaba a perder la paciencia—. Pues el que nos persigue no es guerrero ni guerrera, sino un hombre falso de los tiempos de los Antiguos. Que a juzgar por tu aspecto llevas en este mundo mucho más tiempo que el más antiguo de los de aquí, incluyendo estos muertos tuyos, y seguro que has oído historias de ellos…

Sarnax negó con la cabeza.

—No —dijo—. No te creo.

Y diciendo esto empezó a retroceder despacio, mirando a los tres hombres alternativamente.

—Te lo ruego, Sarnax —continuó Morgo en voz baja—. Sé sensato en esto… y esta noche cada uno conservará lo suyo y seguirá haciendo lo que ha hecho siempre, que por tus asuntos no te juzgo…

Sarnax seguía pensando con una expresión ausente, como si en su cabeza danzaran muchos pensamientos a la vez, y todos reclamaran una decisión final y esas conclusiones chocaran entre sí.

Mas dando un último paso, torció el gesto, y al hacerlo intuyó Morgo lo que pasaba, y levantó el escudo justo a tiempo de parar un ataque de uno de los guerreros muertos que tenía al lado.

—¡Sarnax, rata traidora! —gritó. Mas cuando miró en su dirección, este se escabullía detrás de una de las puertas arrastrando a la muchacha con él, y tuvo el tiempo apenas de ver su sonrisa torcida antes de que la cerrara.

Mas no tuvo tiempo de hacer nada porque los guerreros lo atacaban con furia, las bocas hediondas abiertas, y los mandobles eran rabiosos y constantes y él los paraba todos con el escudo, sin tiempo

para hacer otra cosa.

Y Lurdun se había vuelto y seguía empujando a los muertos desarmados, y volaban los trozos de estos bajo el ímpetu de su hacha, pero su expresión era fatigada, pues el arco que describía con el brazo era amplio, y Morgo sabía que para cortar los miembros de aquella manera, por muy muertos que fueran, se requería un gran esfuerzo. Pues Fendor estaba en el suelo tirado y no combatía a su lado. Su mirada era ausente, concentrado tan solo en encontrar la siguiente bocanada de aire, pero cada vez que respiraba se envenenaba más y parecía realmente estar muy mal: la boca y los ojos muy abiertos; el gas que escapaba de los cadáveres retornados lo había afectado más que al resto, sin duda.

«O más rápido», pensó mientras combatía, pues también Lurdun y él lo respiraban, y era tan nauseabundo que empezaba a experimentar una sensación de asco profundo.

Asco en verdad, y no solo por la situación.

Asco por el lío en el que se habían metido.

Y apretó los dientes, pues no veía él solución para ese dilema, sino una sombra alargada que se aproximaba inexorable e invisible y que solo intuía él.

La sombra de la certeza de muerte.

Capítulo 16

In Flam Mas Gran

Sarnax Genta pronunció unas palabras y blindó la puerta con un simple hechizo de clausura, y la hoja se estremeció y los goznes chirriaron como protesta, como si el conjunto acabara de convertirse en piedra, cosa que, en cierta medida, era cierto. Luego lanzó a la muchacha al interior de una jaula y cerró la puerta con un movimiento rápido. Ella chilló cuando chocó contra el suelo, y lo hizo con una estridente voz de conejo. A pesar de ello, pensó Sarnax, la chica rebosaba juventud, vida, futuro… y hubiera sido un cadáver estupendo para trabajar con él. La carne limpia, tersa, sin máculas ni problemas no era fácil de conseguir sin levantar sospechas ni atraer grupos de seres queridos preocupados, mas ahora… Ahora no tenía tiempo de pensar en ello.

Sacudió la cabeza, pensando.

—¡Escucha, señor de los muertos! —dijo la muchacha de repente.

Él levantó una mano en el aire, el dedo extendido, sin mirarla; tan sumido estaba en sus reflexiones.

—¡Señor Sarnax, señor! —insistió ella.

—¡Silencio! —bramó él.

Su insufrible voz gritona de conejo no lo dejaba pensar con claridad.

—¡ Escúchame, te lo ruego, que lo que…!

Sarnax se volvió, iracundo, y lanzó con la mano una descarga rápida y centelleante, acaso fuese como de relámpago o alguna otra cosa, que impactó en la jaula con un crujido chispeante. Salvia sintió el poder de la descarga en el cuerpo, como la picadura de un centenar de avispas, y lanzó un grito preñado de dolor. Cayó al suelo de la jaula, dolorida, sí, pero más encolerizada aún, pues al otro lado de la puerta sus compañeros corrían peligro, y Fendor se estaba ahogando y muriéndose por los vapores putrefactos engendrados en el cuerpo de

los muertos; así que se incorporó con rapidez y volvió a pegarse al frontal de la jaula, las manos cerradas alrededor de los barrotes.

—¡Escúchame, señor Sarnax! —gritó Salvia elevando la voz tanto como pudo.

Sarnax, colérico, lanzó una nueva descarga contra la jaula, y esta se sacudió con gran violencia, y Salvia volvió a sentir un dolor punzante en toda parte de su cuerpo. Esta vez le costó un poco más recobrarse, y aun cuando logró levantarse y recuperarse, sentía la cabeza pesada como piedra, y tenía la visión algo borrosa. Pero volvió a intentar dirigirse al nigromante, por mucho que le fuera la vida en ello.

—¡Si no me escuchas todo este lugar se perderá! —gritó—. ¡Toda la región se perderá, y tu nigromante maestro nunca será traído de vuelta, pues del mundo entero no quedará nada! ¡Nada!

Sarnax se quedó mirándola, algo confundido. Salvia no sabía decir si iba a matarla con algún maleficio en cualquier instante, mas por el momento se sintió más aliviada que asustada, porque esta vez, al menos, había conseguido llamar su atención.

Ella tragó saliva, aunque le costó porque hacía mucho en verdad que no bebía y tenía la garganta agostada por la sed, y dijo:

—¿Conoces… quizá… la leyenda de Excessus?

2

—¡Muertos, podridos, tragavirotes, estafermos! —aullaba Lurdun mientras seguía dando golpes y más golpes. A veces tenía que detenerse unos segundos, o cambiaba de mano el hacha, pero lo cierto era que los muertos estaban cada vez más cerca, él perdía terreno, y Fendor todo el aliento.

Le dirigió una mirada fugaz con los ojos húmedos de lágrimas, pero lejos de estar mejor, parecía todavía más grave.

«Ay», se lamentaba, pues no era capaz de encontrar una solución.

—¡LURDUN! —llamó Morgo desde su lado, y diciendo esto rodó con rapidez por el suelo, tomó el cayado mientras rodaba, y se lo lanzó a Lurdun—. ¡CÁMBIAMELO!

Lurdun asió el cayado al vuelo por puro instinto, y se quedó mirando las armas en las manos. Luego comprendió. El Necronauta quería el hacha para luchar con los muertos armados, y no le pareció mala cosa al fin y al cabo, pues tanto daba que les cortara manos o brazos enteros, no parecía que representase mucha diferencia.

Y lanzándole el hacha, empezó a dar empujones con el cayado a los muertos para mantenerlos apartados de su amigo.

Para Morgo, la segunda arma supuso una gran diferencia. Ahora podía deflectar los ataques de sus adversarios, pero girando el cuerpo con rapidez, aprovechaba dicho ataque para alcanzarlos, y el hacha era letal en su mano, pues cercenaba los torsos y hacía que las partes se escurrieran hacia un lado en medio de una bilis viscosa y podrida como las tripas de un pescado dejado al sol, y en esas ya no podían combatir.

Lurdun se animó con el éxito de Morgo, pero aún quedaban muchísimos por su lado, y muchos más por el suyo, y cuando dio el último paso, tropezó con la pierna de su amigo, que estaba tendido en el suelo con el pecho subiendo y bajando como un fuelle de hogar, y supo que ya no podría resistir mucho más.

IN FLAM MAS GRAN, dijo una voz en su cabeza.

Lurdun dio un respingo.

Echó un vistazo rápido a Morgo mientras trataba de mantener a los muertos a distancia, pero este estaba dando uno de sus espectaculares giros rápidos alcanzando con ello a uno de los guerreros muertos en el cuello. La cabeza salió volando como una manzana a la que un niño le hubiera dado una patada, mas no parecía haberle dicho ninguna cosa ni estar pendiente de él.

IN FLAM MAS GRAN, repitió la voz en su cabeza.

—¿Qué pasa? —dijo en voz alta.

IN

FLAM

MAS

GRAN

IN

FLAM

MAS…

Las palabras se repetían una y otra vez, cada vez con más fuerza, y Lurdun, sobresaltado, empezó a repetirlas sin saber qué otra cosa hacer…

—In Flam… In…

Pero de repente recordó las voces en las cabezas de Salvia y Fendor, y de cómo dijeron que les habían dado buenos consejos, y se animó con ello. Y pensó que el cayado había servido en el pasado como bastón de fuerza; y con las manos de los muertos aferrándolo ya por los brazos y tirando de él para rasgarle el cuerpo y arrebatarle la misma vida por las heridas, Lurdun alzó el cayado y gritó:

—¡IN FLAM MAS GRAN!

Y con las últimas fuerzas que le quedaban, rojo por el esfuerzo y la excitación, golpeó el suelo con él. Y de la punta del cayado surgió

un brazo de fuego abrasador que se extendió desde ese punto hacia los muertos. Ardieron como yesca seca, y por mor del sortilegio, también de dentro hacia fuera, y de las cuencas de sus ojos salieron llamas, y hubo llamas escapando de sus bocas abiertas y de las puntas de sus dedos, y aunque algunos dieron todavía un par de pasos, acabaron cayendo al suelo consumidos por el fuego abrasador. Era como si el fuego hubiera reaccionado con los gases venenosos que emanaban de sus cuerpos y los hubiera envuelto en nubes ígneas.

Lurdun cayó hacia atrás, empujado por el calor, y tropezó con su amigo y quedó tendido en el suelo, sobre sus piernas. Su boca dibujaba un círculo perfecto en el centro de su cara.

—¡Que me arranquen los huesos del cuerpo!—escupió, y miró a Morgo y vio que con la espada y el hacha en cada mano le iba mucho mejor, pues de sus enemigos apenas quedaban tres, y descargaba golpes contra ellos moviendo los brazos de tal manera que costaba seguir sus movimientos. Y sonrió y luego soltó una carcajada, recostado como estaba sobre su amigo, y levantó ambas manos en señal de triunfo y victoria, entusiasmado por el inesperado giro de los acontecimientos.

—¡¿Has visto eso, pedazo de catacaldos?! —bramó exultante, con el brillo del fuego llameando en los ojos. Mas cuando se volvió para mirar a su amigo lo vio tendido, inmóvil, la boca abierta y los ojos fijos en el techo.

Y sí, Lurdun Bavastro había visto más de uno y más de diez cadáveres en su vida, y todos tenían el mismo aspecto extraño, como fingido, pues el color de la piel cambiaba inmediatamente y adquiría un tono como de cera vieja, y la expresión se tornaba tranquila, como si los músculos todos bajo la piel se hubieran relajado.

Y lo supo.

No tuvo que agitarlo, ni sacudirlo, ni hacer ninguna otra cosa.

Fendor había muerto, y eso era todo.

El júbilo se extinguió, mas no las llamas.

3

Sarnax Genta el Instructor percibió la explosión, y poniendo una mano sobre el pecho, cerró los ojos y su rostro se desdibujó con tristeza. A Salvia, que lo miraba sin perder detalle desde su jaula, ese detalle no se le pasó por alto. Ella estaba preocupada por sus amigos, pero también Sarnax lo estaba por los suyos, aun siendo el malo de la historia. Y una parte de sus entendederas pensó, fugazmente, que nunca había pensado en el hecho de que los malos, al morir, dejan

atrás amigos y familiares y seres queridos que tal vez nunca pensaron que eran malvados, o que muchos de esos hombres malos tenían sus propias motivaciones. Y pensó con amargura que quizá algunos hombres buenos eran los malos de las historias de otros.

Y en mitad de aquella situación desesperada, recibió el ramalazo de un recuerdo, pues más o menos venía a cuento de lo que estaban viviendo. El recuerdo de su padre mientras tejía cestos con juncos en una tarde de verano. Aquel año la cosecha de zanahorias fue desastrosa debido a un problema con los conejos; iban quedando pocos y se aventuraban más y más bajo los sembrados y huertos. Todos lo lamentaron mucho porque las empleaban para aderezar numerosos guisos, y viendo su enfado, padre le habló sobre ello: «Nos hemos quedado sin zanahorias, es verdad —dijo—, y es una gran pérdida y una verdadera lástima, pero hay que pensar que nuestra pérdida es la alegría de los conejos. Con esas zanahorias tendrán más crías, y cuando llegue la época de comer carne de conejo, tendremos más opciones. Pierdes algo hoy para ganar mañana, así que… no te dejes llevar por tu enfado, que solo te conduce por caminos sinuosos. Piensa que podrías decidir tomar venganza de esos conejos, pues las zanahorias son tuyas, y cavar la tierra para destruir sus túneles, y acabar con todos sería algo que cualquier vecino vería con buenos ojos. Podrías hacer eso, pero en tomando venganza de ese modo estarías privándote de comer conejo en los días por venir. ¿Comprendes lo que quiero decir?».

Salvia comprendió, sí. Y quizá por aquella explicación que recibiera en su día del padre suyo sintió cierta pena y compasión por Sarnax, aun sabiendo que los hombres que ella acompañaba estaban en peligro por su culpa.

—He… oído hablar de la leyenda de Excessus —susurraba Sarnax en ese momento—. Y por boca de quienes…, cuando la usan, no es posible dudar de sus palabras, pues sus estudios sobre el mundo son grandes, y sus intereses están por encima de los quehaceres de los hombres y de las mujeres.

—Entonces…, ¿nos ayudarás contra el Impostor? Ayúdanos y te ayudaremos…, pues como ves, ni tus muertos resucitados han podido con los míos…

Sarnax golpeó el muro con el puño cerrado, preso de cólera.

—¡No hemos curado y preparado a nuestros muertos durante cientos de primaveras para que ahora sean destruidos! —bramó.

—¡No haberlos lanzado contra nosotros! —exclamó ella sin amilanarse, pues sabía que el tiempo corría en su contra.

Sarnax la miró y, haciendo eso, de pronto cambió el gesto.

—Mas lo que no entiendo de tu historia —dijo—. Es... ¿dónde está la espada? ¡Pues si ese hombre portara la Hoja Negra de la leyenda no habría estado usando una de las nuestras, que no son buenas para el combate o no tanto como las otras, sino que las empleamos para otros motivos!

—Está perdida —dijo Salvia—. ¡Perdida! Mas saliendo de aquí iremos a buscarla de nuevo. ¡Pero el tiempo corre deprisa, y se nos agota!

Pensó con rapidez, moviendo los ojos.

—Déjanos ir, señor de los muertos, Sarnax, gran señor, te lo ruego…

—Pues si no os dejo ir, dices —repuso pensativo—, el demonio de la hoja escapará y someterá al mundo, tal y como dice la leyenda…

Salvia asintió.

—Qué curioso —dijo Sarnax con una sonrisa torcida—. Pues los demonios no son cualquier cosa. Los hay enormes, inconmensurables, elevadísimos…, y si cien mil hombres alzaran los brazos y gritaran todos a una para llamar su atención, ellos no lo notarían, así como no notarías tú el grito de una hormiga si la pisas al caminar, ni una hormiga podría levantar una de sus patas contra ti. Y los hay pequeños, menos capaces, pero aun así…, ni todos los hombres que caminan por el mundo en este momento podrían juntarse para hacerles frente. Pues en verdad te digo: ¿sabes por qué estudiábamos la leyenda de la Hoja Negra los seguidores del altísimo Cancro Mogar?

—No… —respondió Salvia con la boca seca.

Sarnax asintió.

—Os habéis concentrado en el qué hacer y no en el por qué hacerlo. La pregunta no es «qué» la hoja, niña de voz de conejo. La pregunta es «cómo» la hoja.

—Cómo la… hoja… —susurró Salvia.

—Cómo —repitió Sarnax—. Cómo alguien nacido en este mundo… pudo tener poder suficiente para encerrar el demonio en la hoja de una espada…

Salvia movió los ojos mientras en su cabeza rebotaban las palabras. Nunca se había hecho esa pregunta, pero en verdad, debía admitirlo, tenía sentido.

Sin embargo, en ese momento, se dejó oír un grito desgarrador en el piso de arriba, y Sarnax miró al techo con una vena hinchada y prominente en la frente. Farfulló algo y se dirigió, todo él revestido de rabia y con paso rápido, hacia la otra puerta de la sala.

—¡No! —gritó la muchacha, los nudillos blancos de tanto apretar los hierros—. ¡Espera, gran señor nigromante!

Mas Sarnax no respondió ni esperó, y desapareció de la vista, la corta capa negra con los bordes desgarrados tremolando a su espalda.

Muy a las claras entendió Salvia que había ido a lidiar con el Impostor. Y pensando eso, cerró los ojos llenos de lágrimas y no supo por quién implorar a los cielos.

Si por el uno, o por el otro.

4

—Enca… —decía Lurdun, transportado por una pena tan honda que le dolía en el interior del pecho, como el dolor producido por un estilete.

Morgo, que acababa de arrebatarle la no-vida a uno de los guerreros, se paró a su lado, el hacha en una mano y la espada serpentina en la otra. Las dos goteaban una bilis de un tono verdoso oscuro. Mas no supo qué decir, pues no compartía el dolor por la pérdida de aquel hombre a quien conocía muy poco, y aunque le parecía cosa desafortunada, había asuntos más urgentes que tratar. Sin embargo, comprendía el amor de un hombre por su hermano, y que el tal Lurdun necesitaría unos instantes, y decidió moverse hacia la puerta que Sarnax había cerrado.

Examinó la puerta, cubierta por una pátina de un tono violáceo que parecía cubrirla sin tocarla, y sacudió la cabeza.

Estaba cerrada con magia, y no la magia de un aprendiz como los jóvenes que se había encontrado mientras se escabullía; era un hechizo de un nigromante maestro, lo que significaba…

«Bueno —pensó—, significa que no conseguiremos abrirla así estemos dándole con una picota durante cincuenta primaveras, pues en efecto, antes conseguirían pasar al otro lado haciendo un agujero en la pared que cruzando la puerta.

Al menos el fuego había evaporado los gases tóxicos de las interioridades de los muertos, que estaban llenos de ponzoñas y miasmas que podían matar a un hombre directamente, como en el caso de Fendor, o matarlo despacio, a lo largo de los días, como un veneno lento.

Miró a Lurdun, que había pegado el rostro al de su hermano y le daba besos mil en la mejilla, la frente y los párpados, como era costumbre en Umbralia.

—Lurdun… —lo llamó.

Mas el luchador no respondió.

Se agachó a su lado y le puso una mano en el hombro.

—Comprendo tu dolor —susurró—. Mas escucha una cosa, hombre…

Tampoco esta vez dijo Lurdun nada.

—No hay tiempo, me temo —declaró Morgo—. No te agachas a honrar a tus hermanos en mitad de una batalla —continuó—, sino que terminas la batalla primero y te lamentas después. Primero la sangre, luego las lágrimas.

—¡Vete! —gritó Lurdun—. ¡Déjanos solos!

—Lurdun…

—¡Vete te digo! ¡Busca tu espada! ¡Encierra a tu demonio!

Morgo asintió.

—Te dejaré llorar a tu amigo, entonces —susurró—. Pero ayúdame a salvar a la muchacha, al menos. Solo eso te pido.

Lurdun se volvió con rapidez, los ojos muy abiertos.

—Salvia… —susurró.

Se había olvidado de ella, transportado por el dolor; pero cierto era que un ser abyecto de facciones horribles se la había llevado a la otra sala y había clausurado la puerta tras ellos.

Enjugó las lágrimas de sus ojos con ambas manos y dirigió una última mirada a su amigo.

—Te pido perdón por no honrarte en tu caída, hermano mío —le susurró—, pero tengo que salvar la vida de la muchacha. —Dudó unos instantes y añadió—: creo yo que tú lo harías también.

Lo besó una vez más en los párpados y cerró los suyos con amargura, encerrando un nuevo brote de lágrimas, pues notó su piel fría, demasiado fría, y de ello se dolió.

—Está bien —dijo poniéndose en pie—. ¿Cómo lo hacemos?

—La puerta está cerrada —indicó Morgo—. Pero Lurdun, dime rápido… Te vi usar el cayado de manera diferente al sortilegio de fuerza que vimos antes, y con gran pericia. ¡Usaste palabras de poder, Lurdun! Dime… ¿qué está pasando? ¿Acaso eres un mago y me lo has ocultado?

Lurdun negó con la cabeza.

—Soy tan mago como berza —respondió—. Mas si usé así el bastón fue porque oí el sortilegio en mi cabeza, como le pasó a… a Enca, y a la muchacha.

—¿También tú? —preguntó Morgo, sorprendido—. ¡Pues por los rayos de luna sobre una mandrágora roja, que esta vez sí creo que esas voces solo quieren ayudarnos! Que de no haber sido por ese fuego yacerías ahora junto a tu amigo, ¡y me hubiera visto yo rodeado por todos estos muertos a los que he asesinado más de cien veces cada uno en este tiempo y aún seguirían en pie!

Lurdun miró el cayado en el suelo.

—Nos ha ayudado, en efecto —asintió—. ¡Pues veamos si nos

ayuda también con la puerta! —añadió Lurdun—. ¡Que si alguna vez hemos necesitado ayuda imperiosa, es ahora!

Morgo tomó el cayado y lo balanceó en la mano y lo hizo girar sobre el reverso de la palma, como si estudiara su equilibrio. Luego apuntó con él a la puerta.

—Echa para atrás, Lurdun —dijo—. ¡Probemos con el fuego! Que uno nacido de tronco común no aplacaría el hechizo, pero el fuego que yo he visto era fuego de sortilegio, ¡y ese puede lograr cosas que ni un incendio en un bosque podría!

—¿Recuerdas acaso las… las palabras? —quiso saber Lurdun mientras retrocedía—. Pues no las tengo yo en la cabeza ahora mismo.

—¡Las recuerdo!

Y cuando estuvieron a unos pasos, Morgo apuntó con el cayado a la puerta y repitió las palabras en voz alta y con voz de mando:

—*¡IN FLAM MAS GRAN!*

Mas no ocurrió nada.

Lurdun señaló el suelo.

—¡No apuntes! —dijo—. No es un bastón de llamas. ¡Golpea el suelo con el mango del bastón después de decir las palabras!

—¡Te entiendo! —respondió Morgo, y siguió las indicaciones que Lurdun le daba al pie de la letra, mas cuando hubo acabado, tampoco esta vez pasó nada.

—¿Seguro que eran esas las palabras? —preguntó Lurdun.

—¡Las he oído hace solo un momento y conejo no soy! —exclamó —. ¿Cómo iba a olvidarlas?

Entonces le tendió el bastón a Lurdun para que lo tomase con sus manos, y mientras Lurdun lo hacía, dijo:

—Toma. ¡Prueba tú, te digo! Soy un guerrero como lo fue mi padre antes que yo, y el padre de mi padre fue guerrero también, y así desde siempre y hasta que podemos recordar, pues en las manos de la familia siempre ha habido un hierro, de mejor o peor clase, pero hierro al fin. ¡Prueba tú, te digo! Que nunca sabe uno qué tipo de sangre lleva dentro.

Lurdun estaba confundido.

—¿Yo? Yo no…

—Antes lo hiciste mejor que bien —insistió Morgo—. Vamos. ¡Haz lo mismo!

Lurdun dudó unos instantes.

—*In… Flam…* —susurró, dubitativo.

—*In Flam Mas Gran…* —confirmó Morgo en voz baja.

Lurdun levantó entonces el cayado por encima de su cabeza, como la otra vez, y pronunció las palabras:

—*¡IN FLAM MAS GRAN!*

Luego golpeó con fuerza el suelo, mas… tampoco esta vez sucedió nada.

Intercambiaron una mirada.

—¡Prueba de nuevo, Lurdun! —lo apremió Morgo.

Y eso hizo. Probó una, dos y tres veces, cambiando el tono de voz, subiendo y bajando la potencia, mas en ninguna de las tres ocasiones sucedió cosa alguna.

—Si algo sé de bastones de magos —dijo Morgo pensativo—, es que funcionan con cargas, como los arcos y las flechas, las cuales entran en los bastones cuando los sumergen en ungüentos y recitan sortilegios y ponen en ellos pensamientos y cosas de hechiceros. Mas… has usado también palabras de poder, Lurdun.

—Palabras de poder.

—Los magos embuten hechizos en ellas, de forma que el sonido de la voz, que produce cambios en el aire como cuando se agita una espada con la mano, los activa.

—Oh —dijo Lurdun.

—*Flam* es «llama» —dijo—. Eso lo sé. *Mas* podría ser… «masivo». *Gran* podría ser «grande». Son palabras cortas, de un solo golpe de voz. Cómo acabó eso en tu cabeza no lo sé. Dices que una voz, pero empiezo a preguntarme ya de dónde viene, y por qué a veces ayuda y a veces no, pues escucha una cosa…: las palabras de poder no tienen cargas, si algo sé yo de hechicería, y un mago que las usa para invocar sus sortilegios no se queda trabado con un bastón descargado… ¿Comprendes lo que estoy diciendo?

Lurdun asintió.

—Lo que dices es que el hechizo de fuego… al conducirlo por el cayado… no debería funcionar unas veces y otras no hacerlo…

Morgo asintió, complacido.

—Te felicito —dijo—. Pues estas cosas no las entiende todo el mundo. Pero vamos a tener que dejar los pensamientos estos para más tarde, para cuando todo pase, si es que pasa, porque de veras que tenemos que abrir esa puerta.

—Sí —susurró Lurdun.

—Es inútil —dijo Morgo mirando la puerta—. Tendremos que buscar otro camino. ¡Por allí!

Señaló una de las puertas, la única que no estaba clausurada por magia, y se apresuraron a correr hacia ella. Antes de irse, sin embargo, Lurdun echó otro vistazo a su amigo caído, y con expresión más que afligida levantó una mano en el aire, la palma extendida en señal de adiós.

Como era costumbre en Umbralia.

5

Masta Zhul estaba en mitad de la sala, cubierto por una de las túnicas negras de los seguidores de Cancro Mogar. La lógica de sus falsas entendederas le había dado a entender que, dado que todos los enemigos llevaban una, obtendría cierta ventaja vistiendo como ellos.

Se la había arrebatado a uno de los muchos que había asesinado.

Mas el poder del rayo, aunque poderoso, se consumía con rapidez, y aquellos enemigos que le salían al paso parecían no tener fin. Abandonó su posición de ataque y se emplazó, erguido, entre los cinco hombres y mujeres que lo rodeaban.

—No tengo asuntos con vosotros —dijo entonces, su voz clara y monocorde—. Dejadme pasar, y nadie más morirá.

—Demasiado tarde para parlamentos —escupió uno de los hombres.

Sin embargo, todos sudaban y se miraban, lanzándose miradas inquisitivas y preocupadas, las facciones trocadas por una profunda preocupación. Aquel individuo, fuese quien fuese, había resistido los hechizos más potentes de que disponían. El propio Amus Rabi, experto en el lanzamiento de Gangrena Pútrida, pues él mismo había mejorado la fórmula original que databa de la Segunda Edad después de los Antiguos, había lanzado sobre él una doble concatenación del sortilegio, consiguiendo… absolutamente nada.

Ignoraban los nigromantes que aquel era un hombre falso fabricado, que no creado, con artificios mecánicos, y que no disponía de venas ni la sangre corría por sus brazos y piernas. La hechicería de la Escuela de Nigromancia se basaba en lo opuesto a la vida, pero por muy opuesto que fuera, requería de su contrario para funcionar. Y el Impostor era cualquier cosa menos vida, y por ello se había constituido en un adversario terrible.

Por fin, se miraron y acordaron en silencio un hechizo anudado, pues los hechizos se lanzaban en solitario, pero cuando intervenían varios lanzadores, el resultado era mucho más potente. Y acordando con sutiles gestos y miradas, extendieron todos los brazos y conjuraron una especie de malla cimbreante, rojos sus anillos y carmesíes los nodos que conformaban una suerte de red, y sus ojos se volvieron blancos, y al abrirse sus bocas la red se cerró alrededor de Masta Zhul.

Este hizo una finta y se agachó en una postura ridícula, como una rana, y haciendo eso agarró uno de los cadáveres del suelo y lo lanzó hacia arriba.

La malla energética se cerró alrededor del cadáver. Hubo un sonido húmedo y el olor a carne quemada llenó rápidamente la estancia. Mas luego el cadáver se dividió en varios pedazos y muchos saltaron precipitadamente en todas direcciones, y las vísceras y la sangre cayeron en cascada sobre Masta Zhul, manchando su túnica y cubriéndolo de un pringue execrable y repulsivo.

Los invocadores miraron, y cuando vieron que habían fallado, se sintieron desfallecer.

Zhul se incorporó con elegante parsimonia, chorreando sangre. Un reguero se deslizó por su rostro dejando regueros en su cara de metal.

—Basta de juegos y trucos —manifestó con solemnidad—. Aquí, en el corazón de vuestra casa, cubierto de la sangre de vuestros hermanos, os advierto: dejadme pasar o no quedará nadie de entre los vuestros, así encuentre en estas estancias vástagos descendientes o ancianos indefensos, que a todos les daré muerte.

Uno de los nigromantes, el que le daba la espalda, se lanzó hacia él con su espada serpentina entre las manos, mas cuando lo alcanzó y trató de clavarle la hoja en el cuello, esta se quebró y se partió en dos pedazos. Zhul extendió el brazo hacia atrás formando un ángulo imposible y rodeó prontamente su cabeza con la mano, apresándola con la fuerza de una tenaza. El hechicero gritó, mas Zhul giró el brazo de nuevo para ponerlo frente a él y, sin dedicarle una sola mirada, cerró los dedos alrededor de su cráneo hasta quebrarlo con un crujido, y más allá aún, hundiendo sus dedos en la blanca materia repugnante de las entendederas; y sangre y varios icores vitales esenciales se desparramaron entre el metal de los dedos.

Los otros hechiceros, transportados por la rabia, lanzaron varios hechizos contra él. Pero la escarcha no lo congelaba, el fuego no afectaba su armadura imposible, y todo hechizo pensado para alterar la composición de su cuerpo rebotaba sin hacerle daño alguno.

Zhul se ocupó de todos y cada uno sin acelerarse, pues quería conservar la energía que aún restaba en su cuerpo, utilizando su único brazo. Y a unos les clavó la mano con los dedos extendidos en el estómago y a otros en la garganta, y a uno le quebró el cuello tirando de la cabeza hacia atrás hasta que el sonido fatal de los huesos saliendo de sus engarces daba fin al movimiento espasmódico de sus manos.

—¡BASTA! —gritó una voz a su espalda.

Zhul se volvió con lentitud.

—¿Vienes a considerar mis palabras? —le preguntó al recién llegado, un hombre con más edad que los otros que había encontrado,

y más delgado y decrépito también. Sus facciones parecían anunciar que padecía una grave enfermedad, o acaso que vivía más allá de lo que marcaba su destino, pues eran alargadas y los huesos se marcaban en la cara como si allí quedaran apenas unos restos de carne.

—Pues… ¿qué palabras son esas? —preguntó el recién llegado—. Di tu nombre al menos, puesto que has venido a mi casa a dar muerte a mis hermanos.

—Masta Zhul —dijo el Impostor—. ¿Y quién eres tú, que pareces disponer aquí de autoridad?

—Soy Sarnax Genta el Instructor, de la Orden del Cráneo, y aquí soy el Maestro, y en esta casa todo lo que dispongo se hace, y si cambio de opinión, nadie lo discute.

Masta Zhul se enderezó para encararlo, la túnica húmeda de sangre.

—Entonces, si aquí eres señor, vienes en justo momento, que quiero parlamentar.

—No creas —exclamó Sarnax—. Que si me ves levantado del polvo de la tierra hasta ser señor de título no es cualquier cosa. Así que te exijo, en virtud de lo que he dicho, que descubras tu rostro ante mí para saber yo con quién hablo.

—Mi cara es esta —explicó Zhul—. La que ves.

Sarnax levantó una ceja.

Había pensado que el Impostor intentaría quizá ocultar su naturaleza, pero no era así.

—Entonces…, admitís que no sois hombre ni mujer, sino… un falso hombre —susurró Sarnax con suspicacia.

—Intentas definirme con palabras —respondió Zhul—. Pero las palabras tienen significados diferentes para cada región, y aun en estas, para cada persona. Las palabras ya no significan mucho; hace demasiado que no. Dices que soy un hombre falso, y diciendo eso tienes un pensamiento en tu cabeza, pero si otro escuchara tu pregunta y yo dijese que sí, entendería que soy un hombre dado a decir mentiras, cosa que no hago pues no tengo por qué.

Sarnax inclinó la cabeza.

En todas las primaveras que había vivido, que eran muchas más que muchas, no había encontrado un hombre, o mujer, que hablase como hacía aquel que tenía enfrente. Y pensando eso supo que la muchacha tenía razón: era un Impostor.

—Es buena cosa saber eso —repuso—. Pues en un parlamento, la ausencia de mentira solo puede hacer que las cosas lleven a buen término. Mas antes de parlamentar… —continuó diciendo, ahora bajando la voz—… debes dejar que intente hacer justicia. Pues en

verdad has asesinado a muchos de los míos, y has retrasado mis asuntos quizá por… diez, veinte primaveras. Es intolerable.

Zhul no se movió.

—¿Qué pides entonces? —preguntó despacio—. ¿Buscas compensación?

—Soy el Maestro, como te he dicho —respondió Sarnax—. Muchos han muerto por mis manos, y por los senderos de mis estudios he progresado más que muchos. Nigromantes e incluso hechiceros de todo el mundo vinieron en el pasado a pedir consejo, y he salido victorioso de contiendas donde todo parecía perdido. Por eso te digo: voy a atacarte ahora. Y si te destruyo y con eso mueres, será justicia. Mas viendo que no pueda yo contigo, tendremos parlamento, a ver si podemos llegar o no a un acuerdo.

Zhul respondió de inmediato.

—Es de justicia —afirmó con sencillez.

Sarnax asintió, y separando las piernas y levantando las manos, se preparó para atacar; y sus ojos se volvieron blancos y la sala entera pareció sacudirse de una manera casi imperceptible, como granos de arena estremeciéndose sutilmente en un tamiz, mientras en el aire confabulaban principios y reacciones mágicas invisibles a los ojos de un lego.

Zhul no dijo nada, ni cambió de posición, pero en sus falsas entendederas se creaban y se extinguían cifras imposibles de cálculos, de previsiones, de comparaciones entre todo lo que había visto y estudiado, todo ello en un instante, en la mitad de un instante, en menos aún… Y todas, todas esas cábalas y proyecciones mentales, se detenían en la misma conclusión:

Victoria.

Capítulo 17

Mentiras, parlamentos y acuerdos

De haber trascendido, de la batalla entre el hombre y la máquina que ocurrió allí se habría hablado mucho y largo tiempo, y muchos hechiceros repartidos por el mundo habrían encontrado fascinantes y asombrosas las capacidades de Sarnax, pues en verdad era uno de los más dotados de cuantos pudieran encontrarse.

Hubo explosiones, llamaradas y derrumbes. Las paredes saltaron en pedazos, y Zhul fue lanzado con furia, envuelto en llamaradas púrpura y carmesí, de una sala a otra. Fue consumido por vórtices negros y óvalos sinuosos que habrían consumido la carne de cualquier mortal, pero que en él no tuvieron efecto, y ante otros muchos intentos de Sarnax, elegía hacer fintas por no tener claro el carácter destructivo del hechizo. Masta Zhul sabía de sus puntos débiles, y se cuidaba mucho de no exponerlos. Mas el estruendo de la batalla se extendió por todo el asentamiento, y en algún momento pareció que ciertas secciones fueran a derrumbarse.

Sarnax tenía el ceño fruncido, y en su cara de profunda concentración comenzó a asomar un deje de preocupación. Era un conjurador con experiencia, y su cadencia de ataque sobrepasaba en diez veces diez la de cualquier lanzador que hubiera conocido la región, pero aun así…, aun así no conseguía detener al Impostor. Era frustrante. Parecía tener una intuición fuera de lo común, o un instinto salvaje de supervivencia que lo hacía saltar justo cuando enviaba sus ataques más demoledores, ataques de explosión, o de aplastamiento. Los demás, la mayoría de ellos, no le servían para nada. Estaban pensados para vivos, e incluso para muertos.

Mas después de un rato, Masta Zhul dedujo que al nigromante le costaba más esfuerzo repeler ataques que lanzarlos, y comenzó a acosarlo dirigiéndole asaltos que proyectaba con el brazo, o tomaba del suelo una espada de uno de los cadáveres y se lanzaba con toda la

fuerza y velocidad que podía generar, y así Sarnax se veía obligado a deflectarlo con algún escudo de luz que hacía aparecer de la nada.

Mas después de un rato, Sarnax extendió el brazo con la palma levantada y dijo:

—Basta.

Zhul se detuvo en el acto, y enseguida adoptó su pose de espera, la derecha, su única extremidad extendida junto a su cuerpo.

Sarnax jadeaba. Todo a su alrededor era caos y destrucción. Se habían caído muros y había piedras y bloques por todos lados, marcas de hollín y tizne negro en paredes y techos, llamas o rescoldos humeantes en los rincones, vigas quebradas y grandes agujeros en alguno de los techos, ahora derrumbados; y había socavones en los suelos, de manera que se veían los niveles inferiores. Y olía a azufre. A hechicería. A cenizas y conjuraciones.

Pero aun así…, con todo, no había podido con él.

«Quizá debí haber usado a mi gente», pensó. Pero antes de vérselas con el Impostor había dado la orden de que todos los que quedaban, que no podían ser más de una veintena, se alejaran tanto como fuera posible, más allá del abismo del río, incluso. Una veintena de casi una centena. Había sido un genocidio como la Orden no lo había conocido desde la funesta Noche de los Tardos.

Apretó los dientes, y en silencio, avergonzado y apesadumbrado, pidió perdón a sus discípulos caídos por no haber podido darles venganza.

—¿Ha terminado tu intento? —preguntó Masta Zhul.

—Sí…

—Parlamento —dijo entonces Zhul—. No tengo interés en tus asuntos ni me incumben. Mas tres hombres y una muchacha han entrado aquí, en tu casa, y claramente no conocían de ella ni han sido invitados, así que son enemigos tuyos, como lo es cualquiera que entre aquí sin permiso.

Sarnax escuchaba con interés, recuperando el aliento. Sentía las palmas de las manos y los brazos hormigueantes, y su frente ardía de fiebre, por el esfuerzo de las conjuraciones.

—Mis previsiones me indican que ya los has conocido, como me has conocido a mí, pues sé que ha habido combates en estas salas, y no iban conmigo. Así que habla ahora. Dime dónde los tienes, si acaso los has doblegado, y entrégamelos, que tengo asuntos con ellos.

—Pues… ¿qué asuntos son esos? —preguntó Sarnax con suspicacia.

—Quiero darles muerte. Y si están ya muertos, quiero ver sus cuerpos. Y si no encuentro en ellos lo que busco, te preguntaré a ti y

te pediré cuentas.

—Entonces buscas algo más que a ellos.

—Las dos cosas son mi objetivo —respondió Zhul.

Sarnax pensó unos instantes.

—Si encuentras lo que buscas, ¿qué harás con ello?

—Me iré y me llevaré aquello que busco conmigo, y no me verás nunca más ni tendremos asuntos pendientes, tú, tu Orden y yo.

Sarnax asintió.

—¿Por qué un Impostor como tú tiene interés en ese algo, sea lo que sea? —preguntó tentativamente.

—Me es necesario y debo tenerlo —dijo el hombre falso.

—No quieres decirlo —replicó Sarnax—. Aun cuando dijiste que no mentirías.

—No he dicho ninguna mentira en lo que hemos hablado —respondió Zhul con sencillez.

Sarnax intuyó que así era. Podía sentirlo. El hombre falso no había sido construido con la mentira en su mente, probablemente, y viendo sus capacidades, tampoco sentía que pudiera tener necesidad alguna del engaño. Era fuerte, era poderoso, era capaz… Y Sarnax sabía que, si quisiera, podía acabar con él y con todos sus aprendices sin esfuerzo.

Mas entonces…

Arrugó la nariz, pensando.

«¿Por qué entonces el parlamento?».

Sabía que buscaba la Hoja Negra, pero no el porqué. Mas la Hoja Negra era un objeto de poder, embutido con algo mucho más poderoso que cualquier magia o sortilegio de cualquier escuela de hechicería. Contenía un demonio, y eso significaba…

Entrecerró los ojos.

—Poder. Absoluto —susurró, sin poder evitarlo.

Zhul tardó un par de instantes en responder.

—¿Cómo has dicho?

La hechicería tenía un límite. Todo en el mundo lo tenía. La conjuración suponía un gasto energético para el cuerpo, y requería mucho adiestramiento mejorar eso. Requería entrenamiento, disciplina, y práctica, mucha práctica. Pero aunque se extendiese el límite, ese límite seguía existiendo.

Siempre el límite.

«¿Cómo se mueve el hombre falso?», se preguntó en su cabeza. Era rápido, y eso tenía un coste, por descontado. Como la magia. Como un hombre que precisa de aire, alimento y bebida. Como un árbol precisa de tierra y agua. Como todo en la existencia. El hombre

falso se movía con algo, por mucho que no supiese decir qué era. Pero con algo.

Tal vez con…

«Poder absoluto —se repitió en su mente—. Se está agotando su vida. Necesita la Hoja Negra para alimentarse de ella —concluyó, mientras esbozaba una sonrisa—. Por eso el parlamento. Su existencia… se extingue. Su deambular en este plano de tierra y de carne está condenado al paso del tiempo».

Pero la espada…

Mucho habían descubierto en aquellas estancias sobre el otro lado en particular, gracias a las cosas que habían encontrado en el Lagar. Su Orden sabía que aquellas ruinas existían allí desde antes de los Antiguos, y que los propios Antiguos habían prosperado y levantado sus ciudades por el mundo desconocedores de aquellos lugares. Mas el propósito de traer de vuelta a Cancro Mogar era difícil, muy difícil, y siempre les faltaba la misma cosa:

Poder.

Si pudiera él analizar la Hoja Negra y averiguar cómo se mantenía el demonio prisionero, podría tal vez usarlo para sus propios fines. Podrían incluso llegar a un acuerdo, o a alguna otra cosa.

Pero para eso, la Hoja Negra debía ser suya, y no del Impostor, pues este la quería para absorber su poder y canalizarlo a su existencia, aun cuando no supiera cómo.

Y decidió qué hacer.

—Supimos de ellos, sí —dijo Sarnax al fin—. Y mis discípulos los combatieron. Intrusos, como bien has dicho. Los maldecimos y colgamos de su existencia bajo el sol algunos fatalismos que pesarán sobre ellos cuanto vivan, que no será mucho. Mas consiguieron escapar con malas artes después de asesinar a traición a algunos de los míos. Nos contentamos con ello, pues aquí tenemos trabajo que hacer aparte de defendernos.

Masta Zhul inclinó sutilmente la cabeza.

—¿Por dónde escaparon? —preguntó.

—Puedo mostrarte el camino, pues este sitio tiene varias salidas secretas que conducen a distintos puntos.

—Muéstrame entonces —dijo Zhul, y añadió—: Y no te demores.

Sarnax asintió despacio, pero mientras lo hacía, su cabeza trabajaba a gran velocidad.

2

Morgo y Lurdun consiguieron dar con Salvia, a la cual encontraron

encerrada en una jaula. Notó ella enseguida que faltaba Fendor, y cuando le relataron cuál había sido su suerte, se desconsoló profundamente y lloró, y tuvo Morgo que pedirle que contuviera su llanto, pues el silencio no debía romperse. No pudo, sin embargo, y Lurdun la abrazó para que ocultara su rostro en su cuerpo y evitar ser oída, y el luchador dejó escapar lágrimas con ella.

—Tenemos una oportunidad —dijo Salvia entonces—. Que creo haber podido convencer a ese nigromante atroz para que nos deje marchar.

—¿Cómo es tal cosa? —preguntó Morgo sorprendido.

—Comprendí yo que su situación es como la de vuestro hogar, Lurdun —explicó—. Que estaban ellos aquí dedicados a sus cosas y sus muertos cuando les sobrevino batalla en la que no tienen interés alguno.

—Cierto es —dijo Morgo.

—Así que —continuó diciendo la muchacha—, viendo que sois adversarios duros de someter, y sin duda el Impostor lo es también, quizá haya decidido dejarnos ir a todos, mas el hombre falso por un lado y nosotros por otro…

—¿Es posible eso? —exclamó Lurdun, incrédulo.

—No lo sé —dijo Morgo—. Pero escuchad…, ahí arriba combaten. Subamos y espiemos qué ocurre.

Pudieron moverse por las habitaciones, y Morgo, utilizando su oído finísimo, escuchó la conversación entre el hombre falso y el nigromante, y luego combatieron de mutuo acuerdo, y aunque muchas veces creyeron que acabarían muertos por causa de algún derrumbe, se mantuvieron cerca, sobre todo Morgo, pues estaban los adversarios tan concentrados en sus movimientos, ataques y defensas, que no repararon en la cercanía de un espía.

Cuando se marcharon, uno siguiendo al otro, Lurdun se llevó las manos a la cabeza.

—¡No puedo yo creer en nuestra suerte! —soltó.

—Muy seguro estás de lo que nos depara esa suerte tuya —dijo Morgo.

—En todo caso… —dijo Salvia nerviosa—, ¡si lo está llevando a una salida, bien podemos regresar por donde hemos venido! Podemos…, podemos volver a salir por donde entramos… ¡Y escapar a caballo de aquí, que no deben de andar lejos!

Morgo ni siquiera parecía estar escuchando, seguía dando vueltas a las ideas en su cabeza.

—Que me muerda un lobo y me desangre yo con dolor —soltó—. Que aquí hay…, hay muchas cosas que entender, ¡y no se me dan las

entendederas! Pues dime, Salvia…, ¿cómo… cómo lo convenciste de que nos ayudara.

Salvia suspiró con aflicción y agachó la cabeza.

Temía decirle lo que había hecho aun cuando había hecho un juramento de no hacerlo, uno que sentaba un veto sobre contar lo de la espada. Pero en aquel momento le pareció oportuno, pues la realidad de las cosas era que el Impostor era enemigo de todos, y que la espada debía encontrarse.

Ahora, sin embargo, todo parecía otra vez dudoso, y no podía decir ella si haber contado lo de la espada era cosa buena o mala. Mas recordó que el nigromante conocía la leyenda, y cuando le contó a Morgo lo que había hecho, con la mejor de las intenciones, se aseguró de referirle esa parte.

—Oh, Salvia… —susurró Lurdun.

—Está bien… —decía Morgo mientras se movía de un lado a otro, la mente aturullada—. Olvidemos por ahora tu falta, aunque sea cosa importante…, y pensemos. Pues si el nigromante conoce la leyenda de la espada, es porque… porque sabe que encierra un poder atroz, inimaginable, inabarcable; que los nigromantes saben de demonios y su historia, eso por descontado…

—¿Tan… fuertes son los… demonios? —preguntó Salvia.

Morgo se apresuró a acercarse a ella y, poniéndole las manos sobre los hombros, acercó su rostro al suyo.

—Salvia, muchacha —susurró—, debes entenderlo, pues es cosa importante. Que hay viejas leyendas, muy antiguas y casi olvidadas, que dicen que este mundo fue creado por un demonio en un descuido. ¡Entiende esto bien! En un parpadeo de los ojos suyos. Mas Excessus no es de los más grandes ni los más poderosos, por descontado, sino un demonio menor, un… demonio de demonios…, o no habría podido acabar atrapado en la hoja de una espada.

Salvia abrió mucho los ojos.

—Lo entiendo —dijo.

Morgo la miró a los ojos y supo que había comprendido, y que sabía con qué trataban allí, pues era cosa importante.

—Pues entonces… —empezó a decir Salvia.

—Pues entonces…, el nigromante sabe de la espada, y que esta tiene un poder atroz, descomunal. Y si conozco a los nigromantes, que tienen los ánimos envenenados de trabajar con la muerte y la negación de la vida, habrá urdido un plan para apoderarse de ella. Pues ni en este Lagar habrá encontrado algo remotamente similar, por mucho que haya buscado incluso debajo de las piedras.

—¿Y qué propones? —preguntó Lurdun, ceñudo.

—Volverá a por Salvia —continuó diciendo Morgo—. Para ver qué puede sacar de ella, y ver qué ha sido de nosotros; y si nos encuentra vivos nos preguntará sobre la espada.

—¿Y bien? —insistió Lurdun, impaciente.

—Pues en tanto regrese, dejadme hablar a mí —dijo Morgo—. Que quiero que piense que estamos de su lado, y que se sienta él confiado con este asunto. Si no me equivoco yo, querrá saber sobre la espada, y se ofrecerá a ayudarnos. Dejemos que lo haga. En el último momento, acaso la encontremos, actuará, pero estando advertidos de ello no podrá hacer nada.

—Y entonces le daremos muerte —concluyó Lurdun.

Morgo asintió.

—Es un adversario formidable, tengo que admitirlo —susurró Morgo—. Ha combatido largo tiempo y con rabiosa potencia sin apenas fatigarse. Nunca he visto yo semejante cadena de hechizos en un campo de batalla, y ni la mitad de potentes, que había tanto sortilegio en el aire que casi no se podía respirar. Y os digo, además, que en campo abierto y sin la Hoja Negra a mi lado, no digo yo que no me alcanzaría con sus maleficios y convertiría mi carne en hollín humeante con aspecto de grasa de cerdo achicharrada. ¡A mí —añadió apretando los dientes—, que no conozco derrota en batalla y me declaro, en justicia, invicto!

—¿Pues? —preguntó Lurdun.

—Pues estando advertidos es otra cosa —dijo—. Él nunca tomará la Hoja Negra en sus manos. Y caso que lo haga, antes que termine de apercibir siquiera la textura de la empuñadura mítica en sus manos, le habré arrancado yo la vida del cuerpo.

—Bien está eso —susurró Lurdun—. Que no quiero tratos con esa bestia, ponzoña de muertos, traficante de oscuridad, si tuvo que ver con la muerte de Fendor. Pues a mi amigo debo rendir yo venganza.

Morgo volvió a estar de acuerdo.

—Que haciendo eso descanse tu amigo —susurró—. Y se reúna con el amigo suyo de infancia, el que se dio con la cabeza en una piedra cuando aún era muchacho.

Lurdun bajó la cabeza.

—Se lo deseo —susurró.

Salvia miraba el suelo con la palma en la frente, como si estuviera haciendo un gran esfuerzo de entendederas.

—Pues entonces… —susurró—. No nos vamos, y… esperamos.

—Irnos por el mismo camino, dijiste —apuntó Morgo despacio—. Es…, es una posibilidad. Mas cuando aquella mujer cayó por la estructura de madera en el abismo, esta sufrió mucho, y se

desprendieron troncos y tablones. Ya era frágil antes de bajar, y lo era mucho más cuando descendimos a la carrera, saltando los peldaños de muchos a una. Pero ahora, dudo yo mucho que el andamiaje aguantara nuestro intento de subida.

—Oh… —gimió Salvia, algo asustada ahora.

—Y ocurre otra cosa —continuó diciendo Morgo—. Para salvar a los suyos los envió Sarnax a aquellas zonas. Y ellos no saben de nuestras intenciones ni posibles tratos, y si nos detectan por allí presentarán batalla.

—Eso no lo sabía —dijo Salvia despacio.

—Sí —exclamó Morgo—. Y si combatimos, el artificio de Sarnax se derrumbará. Si el Impostor oye la batalla, sabrá que no nos hemos ido. Y morirán más aprendices de estos, que son jóvenes por mucho que tengan las entendederas descompuestas y sigan a quien no deben.

—Sí —asintió Salvia, y repitió—: Sí. Sí sí sí…

—Entonces esperamos —propuso Lurdun—. Esperamos y vemos qué pasa con ese hurgador de tripas, asesinaamigos, bueno para nada y canalla.

—Esperamos —fue la respuesta.

3

Cuando Sarnax Genta de la Orden del Cráneo regresó a la cámara donde había dejado a la muchacha encerrada, no se sorprendió de lo que vio, pues no esperaba otra cosa. Allí estaban los dos hombres, esperando, junto a la jaula abierta y la muchacha. Mas ninguno de ellos tenía actitud de combate, y Sarnax levantó una ceja con escepticismo.

No dijo nada.

—Se te saluda de nuevo, señor Sarnax —dijo Morgo, haciendo una reverencia al estilo de las que se emplean para saludar a los altos señores en sus grandes casas.

Sarnax tampoco respondió.

—Por dos veces se te ha solicitado parlamento y aún no hemos recibido respuesta. Pues te digo: hemos matado a muchos de los tuyos, dices, pero tú has matado a uno de los nuestros, que era para nosotros familia y un ser muy querido del cual nuestros corazones se duelen, y tú puedes encontrar más seguidores, pero nosotros no podremos reemplazar a nuestro amigo.

Sarnax torció el gesto.

—No desdeñes el amor que siento por mis aprendices y mis muertos —replicó—. Algunos de esos guerreros ancestrales están

preservados aquí desde hace más tiempo del que pende de tu existencia, y fueron despertados cuando habían acabado ya su trabajo y no merecían el esfuerzo de blandir otra vez un arma.

—Mas no los despertamos nosotros, señor de los muertos —se apresuró a decir la muchacha.

Morgo le lanzó una mirada de reproche, pues la había advertido de que mantuviera la boca cerrada; pero estaba claro que la niña tenía la boca tan grande como sus entendederas, y tendría que vivir con eso.

—Sí que lo hicisteis —exclamó Sarnax, ronco de cólera—. Al entrar en mi casa y recorrer mis salas en silencio, como ladrones y tramposos, y asesinar a los míos, tuvimos que ponerlos en pie para haceros frente, que su sueño estaba ya turbado cuando empezasteis a caminar entre sus lugares de descanso.

Morgo se apresuró a intervenir antes de que lo hiciera ella.

—Señor Sarnax —dijo —, podemos discutir sobre quién fue primero y quién tiene más culpa y ha sufrido más, pues como he dicho entramos en tu casa sin saber que lo era, pues en las puertas no había marcas ni señal alguna de que estuviera ocupada, y parecían ser minas abandonadas, y ahora entiendo que a propósito, para ocultar lo que aquí hacéis. Pero escucha: tratemos mejor el asunto de qué vamos a hacer ahora. Pues sé que has encontrado al Impostor y has luchado y hablado con él, y habéis llegado a acuerdos.

Sarnax echó la cabeza hacia atrás, los ojos entrecerrados en la máscara de muerte que era su rostro enjuto.

—Además de ladrones furtivos, espías —gruñó—. En verdad mi cólera y la rabia que siento hacia vosotros está aumentando y desplazando el desdén que me inspiráis.

—Debes entender, señor Sarnax —exclamó Morgo—, que con las paredes destruidas y los techos derrumbados y los suelos socavados cualquier cosa se oye por aquí. Y que, como seguramente comprenderás, no íbamos a salir a la luz con nuestro enemigo al acecho.

Sarnax no contestó.

—Pues bien —pidió Morgo con la mano en el pecho—. En esta hora te pedimos que nos cuentes qué habéis decidido hacer con este asunto y situación, pues, como ves, acudimos a ti con la mejor de las intenciones, que ni armas tenemos en las manos.

Sarnax se pasó la mano izquierda por la barbilla, con una media sonrisa en los labios pegados y resecos.

—El Impostor se ha ido —afirmó—. Lo he hecho salir por un largo túnel que conduce a un laberinto de cavernas, después de lo cual hay otro largo túnel que conduce a un lugar alejado de aquí. Tardará

un rato todavía en encontrar el camino, y es probable que el día haya nacido otra vez cuando su rostro metálico asome desde las tinieblas del suelo.

—¿Por qué se ha ido? —quiso saber Morgo. Espiaba de soslayo a Lurdun mientras hablaba, por si la pena se trastocaba en su interior y decidía hacer algo imprudente, movido por el odio y la rabia. No sería descabellado ni inesperado que lanzase un ataque contra Sarnax, pues parecía indefenso, allí plantado, pero el oído finísimo de Morgo podía oír cierta crepitación invisible a su alrededor; alguna clase de escudo de protección o cosa similar. Pero Lurdun escuchaba sin moverse, los ojos clavados en él. Solo Drokk sabía lo que pasaba en esos instantes por sus entendederas.

—Porque cuando me preguntó por vosotros —respondió Sarnax Genta despacio—, le dije que os habíais marchado por ese lado, que no teníamos interés en daros persecución, sino en que nos dejarais en paz con nuestros asuntos.

—¿Y él se fue sin más? —quiso saber Morgo tras valorar la respuesta.

Sarnax asintió.

Morgo lo miró un largo rato, mirada contra mirada. Morgo estudiaba sus ojos, pasando de uno a otro alternativamente.

—Debió de percibir en ti un fondo de verdad si confió en tus palabras de esa manera —exclamó con sorpresa—. Pues quizá yo habría registrado este lugar entero, desmontado piedra sobre piedra, por si estábamos aquí.

—Vosotros o… la espada —susurró Sarnax.

Morgo inclinó la cabeza.

—Como ves, nada te hemos ocultado —dijo—. Pues estamos en asunto grave que nos afecta a todos. Pues la Hoja, como sabes, tiene una maldición engastada, y el mundo que pisamos y el aire que respiramos es lo que aquí se decide. Que si no la encontramos… todo eso se extinguirá, y acaso se extinga el otro lado, donde descansan los que ya marcharon.

—Cierto es —asintió Sarnax—. Que los dos mundos están anidados, y el uno no puede existir sin el otro. Pues entonces…, ¿qué pedís?

—Que nos permitas irnos para que podamos proseguir con nuestra búsqueda —anunció Morgo.

Sarnax permaneció en silencio.

«Por aquí se han ido», había dicho el hombre de aspecto enfermo. Y en verdad lo estaba, pues al decir de sus oídos internos, que captaban muchas más cosas que el mero sonido, como los de los hombres y mujeres mortales, su corazón latía con un ritmo bajo, y todas sus interioridades estaban prácticamente dormidas, o ausentes, sin apariencia de funcionamiento.

«Por aquí se han ido».

Pero el suelo decía otra cosa. Este era de tierra batida, y si miraba hacia atrás veía sus huellas y las del hombre enfermo, y si miraba hacia delante ninguna veía. Pues el túnel era estrecho, y no habían podido caminar por las paredes ni colgarse del techo, ni habían cruzado por allí volando a través del túnel, como murciélagos negros.

Y supo que el hombre enfermo mentía.

Sin embargo, sabía que no podría extraer de él ni un ápice de información útil. Sabía que si se encaraba con él y lo señalaba con el dedo, no podrían más que terminar en batalla, y muerto, el hombre enfermo no le serviría.

Así que lo acusó mentalmente, sin pronunciar palabra, y se dijo: «Mentiroso. De manera que no decías engaños pero aquí tienes una choza llena, mentiroso y ruin hombre enfermo, más falso que los Impostores».

Y se dijo a sí mismo en voz alta:

—De acuerdo, hombre nigromante.

Dicho eso, se dirigió por el camino, dejando huellas muy claras y nítidas en la tierra batida, y dejó que lo mirara hasta que se dio la vuelta. Entonces redujo la marcha poco a poco hasta quedar inmóvil en el túnel. Muy largo era, por cierto, y oscuro por añadidura, pues incluso con su mirada especial que le mostraba bastantes más cosas que volúmenes y colores y las cosas que se ven con el ojo desnudo, veía que se alargaba muchísimos pasos en la distancia, retorciéndose a través de la tierra y la roca como si hubiera sido excavado por algún gusano de un tamaño inimaginable.

Y esperó, prudente, hasta que el sonido de los pasos del hombre enfermo llegó a cierta distancia. Tenía prisa, al parecer, y ese dato… a Masta Zhul el Impostor no se le pasó por alto.

Después de eso lo siguió, y después de eso lo espió desde un nivel inferior, a través de una atroz abertura en el suelo, y escuchó la conversación con los elementos que buscaba, sin ser siquiera detectado por el Necronauta y su oído extraordinario; Morgo Palis, el último de entre los del credo de Madre. Estaba con algún campesino de alguna aldea y alguna muchacha insignificante con los que mantenía alguna amistad, mas eso… eso era del todo irrelevante.

«Pues bien —se dijo— Aquí los tengo». Y los tenía en verdad, al alcance de los dedos. Que si los sorprendía y usaba sus últimas fuerzas para ejecutar un ataque maestro, podría darles muerte en poco tiempo por mucho que aquel hombre, Morgo Palis, se moviera como ningún hombre que hubiera conocido, pues era hijo de Mor Nasur. Pero los cálculos en su falsa cabeza le proporcionaron otras alternativas. Una de ellas era aprovechar la información que se le presentaba en bandeja, y que recibía de manera abundante sin que tuviera que gastar de energía la mínima.

Y eso, concluyó, eso había que aprovecharlo.

5

—Si os dejo ir —decía Sarnax con su voz grave y rota—, estaré confiando en vosotros de una manera sin precedentes, pues en verdad puedo decir que nunca antes he dejado nada remotamente importante en manos de alguien que no sea yo mismo, pues si incurro en fracaso, sabré yo que se habrá intentado todo hasta las últimas consecuencias.

Morgo asintió con la cabeza.

—Eso tiene sentido —dijo—. Mas entonces, ¿qué propones?

—Mi vida tiene un significado —declaró—. Como lo tienen las vuestras, de acuerdo con las marcas del destino, aunque no hayáis comprendido aún cuál es. El destino de unos es tener un hijo, que tendrá un hijo, que tendrá dos hijos… Y así un número de veces hasta que el hijo del hijo del hijo ejecute su destino, importante en los engranajes que mueven nuestras vidas. Es así, y no de otra manera, y esto podéis creerlo o no, que no tiene importancia.

Salvia dejó a un lado su temor para escuchar, fascinada, pues nunca antes había oído tales cosas, pero en los últimos días las menciones al destino estaban siendo muchas. Tal y como se desarrollaban las cosas, hasta podía creerlo.

—Ahora venís a mi casa, que durante cientos de primaveras ha estado oculta a los ojos de todo hombre y toda criatura, y me decís que un elemento extraño, una… anomalía sorprendente e inesperada, está poniendo en peligro todos los telares con los que teje el destino, y toda cosa que el destino haya tejido siempre, y aun lo que el destino puede llegar a tejer y que está por ver —siguió diciendo Sarnax—. Y me miráis a los ojos y me decís: déjanos ir. Nosotros arreglaremos este asunto, pues somos un campesino, el último de un credo absurdo que nadie más comparte, y una muchacha que no ha conocido calor de cuerpo, y ten por seguro que lo arreglaremos.

Salvia pestañeó, entre enfadada y avergonzada, mientras Sarnax

soltaba una carcajada.

Lurdun apretó los puños, pero, como anticipándose a su reacción, Morgo alargó el brazo para situarlo sobre el pecho de su compañero, entre este y el nigromante.

—¡No haré tal cosa! —bramó Sarnax—. Esta… situación, como dice el luchador, es tan cosa mía como vuestra, pues de vuestro éxito depende no solo mi vida, sino la de todos los de nuestra orden, el de nuestro trabajo y asuntos y quehaceres, y toda rama de cada pino, cada hoja en todo arbusto, la brizna de hierba más pequeña e insignificante. No pondré semejante balanza ante vosotros.

—Pues… ¿qué propones? —preguntó Morgo, aunque, como había anticipado, ya sabía la respuesta.

—Iré con vosotros —dijo—. Y cuando recuperemos la espada y aplaquemos su sed y sepa yo que el peligro ha pasado y las líneas del destino se han restaurado, quedaré satisfecho y volveremos a nuestros asuntos.

Morgo torció el gesto.

«Muy predecible», pensó.

Mas sus labios pronunciaron cosa diferente:

—Queda por conocer —dijo, y trocando su cara en un gesto inusual en él, añadió, como esculpiendo cada palabra en el aire—: Dónde. Está. La. Espada.

6

Masta Zhul sintió algo parecido a un estremecimiento aun cuando no había sido construido para sentir tales cosas. Pero llevaba demasiado tiempo estudiando a los hombres, escuchándolos, inmiscuyéndose en sus vidas, tanto que hasta había terminado por hablar como ellos; un poco, al menos. Y había aprendido de sus reacciones. De su sorpresa. De sus estadios descontrolados de alegría, incluso de sorpresa o de enfado.

Y se estremeció.

Porque en ese momento y lugar, la pregunta que más ansiaba oír estaba llegando por fin.

Su mente dibujaba trayectorias, cábalas, posibilidades, mientras escuchaba con tanto interés que se quedó inmóvil, latente, sin moverse ni un ápice.

¿Dónde?

¿Dónde estaba la espada?

—No lo sabemos con certeza —respondió Morgo en voz baja, encogiéndose de hombros—. Pongo la mano en el pecho y hago juramento de decir verdad. Pues la perdí en combate, y cuando desperté, malherido de muerte, no estaba en la funda.

—¿Perdida en una… batalla?

—Pudo haberla robado algunos de los guerreros —dijo Morgo— y yacer ahora envuelta en telas en el arcón familiar de alguna cabaña, como un simple recuerdo, desconocedores de su poder y peligro. Pudo haberla robado algunos de los hechiceros que debieron de intervenir en la batalla, pues aunque no los vimos, hubo hechizos de gran poder en juego. Puede estar enterrada en la arena. Puede estar entre los arbustos de un monte cercano. O quizá se cayó por alguna grieta entre las rocas de manera que ni un águila en el cielo podría vislumbrarla aun cuando pueden distinguir el hocico de un conejo asomando por su madriguera entre las hojas.

Sarnax no dijo nada; parecía enfrascado en una nube de pensamientos, la mano izquierda en la barbilla, un brazo montado sobre el otro y este descansando sobre el pecho, los ojos fijos en el suelo.

—Muchos lugares son esos —manifestó—. Y con ese Impostor a la zaga, ¿qué plan anda por vuestras cabezas? ¿Cavar en la arena hasta que aparezca? —rio con sorna—. Si hasta… hasta decís que unos hechiceros pudieron haberla robado. ¡Unos hechiceros! Si es así, no la encontraréis jamás. ¡Un hechicero puede desaparecer y aparecerse como le plazca, y estar aquí y allí en un pestañeo!

—Lo sabemos —admitió Morgo—. Pero…, ¿qué otra cosa puede hacerse?

Salvia le dedicó una mirada breve. No sabía si Lurdun había preferido no mencionar Caltha Celeste a propósito, reservándose información para protegerse, o para ver qué alternativas proponía Sarnax, si acaso proponía alguna.

Y Sarnax lo hizo, y cuando lo hizo, abrió tanto los ojos que le picaron y protestaron con un hormigueo.

—Decís que uno de los vuestros ha muerto hace poco —dijo—. Llevadme con él, pues los muertos saben cosas que los vivos no pueden saber, y dado que el asunto de la Hoja Negra se lo llevó de este plano, seguramente las respuestas le habrán sido reveladas.

—Vas… ¿vas a hablar con él estando muerto? —preguntó Morgo con sorpresa tras sacudir la cabeza.

—No —respondió Sarnax con calma y en voz baja—. Vamos a ir al otro lado, los tres. Pues a mí no me reconocerá, y estando allí, él

hablará con nosotros.

Lurdun tenía la boca tan abierta que parecía que quería comerse la habitación entera, y en cuanto a Salvia…

Salvia se sintió desfallecer, y sintiendo que las piernas no la sostenían, se dejó caer al suelo y se quedó allí, sentada, con esas palabras revoloteando por su cabeza.

El otro lado.

Capítulo 18

El Tan Do Ka visita el Cenobio

Sarnax Genta, de la Orden del Cráneo, Instructor y Maestro entre sus discípulos, se había agachado junto al cuerpo sin vida de Enca Fendor y había cubierto su frente con la palma de la mano. Salvia observaba desde cierta distancia, pues las cosas que tenían que ver con muertos le provocaban cierto rechazo, quizá porque no las comprendía del todo.

Sus ojos se pusieron blancos, y en ese inmaculado resplandor se ahogaron pupila e iris, que desaparecieron por completo. La visión de eso en su rostro alargado y consumido producía pavor; tanto, que incluso Lurdun retrocedió un paso.

—Como había pensado —susurró Sarnax—. Vuestro amigo está confuso. Está todavía en la orilla de la transición y no sabe qué hacer o adónde ir.

Lurdun se adelantó otra vez.

—¿Enca? —preguntó, inquieto y nervioso—. ¿Está… bien?

Sarnax arrugó el gesto, levantó la otra mano y lo señaló con violencia.

—¡Escucha! —gritó colérico—. ¡Tu amigo no es ya tu amigo! ¡No está bien ni está mal, sino otra cosa, que su manera de ser o existir no es la tuya y no puedes entenderla! ¡No me preguntes si está triste o está feliz, ignorante y pueril trozo de carne, pues si me martirizas con tus llantos de abuela, te atravesaré el corazón con el dedo y me lo comeré!

Lurdun iba a darle réplica, pero Morgo lo interrumpió tirando de su brazo.

—Escuchad, amigos —dijo en voz baja y con suavidad—. Las cosas que sabemos del otro lado… son letanías del discurso que se dan los hombres y mujeres que nada saben de él. Parte de ese discurso está adornado con ideas que se añadieron a la verdad para… aliviar el

sufrimiento de los que han perdido a alguien. ¿Me estoy yo explicando bien? Pues es difícil de entender.

—Sí —asintió Salvia con rapidez.

Lurdun también asintió con la cabeza, pero su expresión era ausente, como si le acabaran de arrebatar algo valioso que creía poseer.

Morgo los miró.

—Es una oportunidad preciosa —siguió diciendo Morgo, con los dedos apretados entre sí en la mano que se movía de arriba abajo—. Visitar el otro lado y volver es… es en verdad una cosa que los más viejos y estudiosos del mundo desearían sentir en las carnes suyas. Mas escuchadme ahora: no contradigáis al nigromante, que él lleva estudiando estas cosas y las sabe bien. Por el buen fin de nuestro asunto, os ruego que os mantengáis en silencio, y haced solo lo que os diga.

Miró entonces a Lurdun.

—Tú, amigo —le susurró—. No quiero ni imaginar la pena honda que debe de atravesar tu pecho. Mas… haz el esfuerzo, eso te pido, de mantenerte impasible. No te dejes llevar por penas ni lágrimas, que tu amigo ha partido y lo ha hecho con honor, dando su vida por un asunto que era y es importante, pues se trata de la vida de toda gente sobre la faz del mundo, ¡y el mundo es ancho y grande como ninguna otra cosa!

Lurdun asintió.

—¿Lo harás? —le insistió Morgo.

—Lo haré —afirmó Lurdun con suavidad.

Morgo le dio un golpe en el pecho con el puño cerrado y asintió.

—El tiempo corre en nuestra contra —advirtió el nigromante entonces.

—Estamos dispuestos —anunció Morgo.

Salvia estaba tan nerviosa…, ¡y tenía tanta sed! que sentía la boca como si la tuviera hecha de cáñamo. No hacía ni unos días perseguía ovejas y vivía con su familia, madre y padre, y sus días eran apacibles y tranquilos aun cuando ella pensara que no, que estaban llenos de responsabilidades. Pero desde entonces… ¡había visto tanto! ¡Tantas sensaciones, peligros, tanta tensión, tanto había ganado y perdido, incluyendo a madre y a padre y a todos los vecinos que habían sido como familia! Y ahora…, ahora se decía que iban a ir al lugar donde uno marcha cuando termina sus días. Al lugar reservado a los muertos, de los que unos decían una cosa y otros otra. Si volvía de una pieza, se imaginó contando sus aventuras: «En verdad yo estuve en el otro lado, y vi lo que allí ocurría, y volví para contarlo».

Se sentía extraña. Asustada pero curiosa. Fatigada pero pletórica. Triste y excitada.

Pero sedienta… Mucho. Podría beberse un lago entero, se dijo, aun cuando en toda la región no había un solo lago que ella hubiera visto con sus ojos.

Luego pensó cómo sería la cosa:

«Veamos —empezó a decirse—. Debe de ser cosa complicada de veras, que no es cualquier cosa. Habrá unas palabras, y movimientos de manos, y habrá luces y cosas como las que hemos visto, y me pregunto…, me pregunto si se podrá respirar al otro lado, pues a lo mejor los muertos no necesitan aire, y si eso el señor de los muertos lo habrá tenido en cuenta».

Y pensando y pensando, tratando de anticiparse a lo que pudiera ocurrir, de repente, sin que el señor de los muertos dijera cosa alguna o hiciera algún gesto, se sintió caer. Un vértigo infinito se apoderó de su pecho, como si cayera desde una gran altura, y abrió la boca para gritar, mas no salió grito alguno, y cuando quiso darse cuenta, experimentó una suerte de mareo y todo se desvaneció a su alrededor.

2

Salvia no tuvo que abrir los ojos, pues no tenía párpados. Estaba en una especie de pradera de tonos carmesíes, surcada por estrías claras y oscuras. El suelo en esas zonas parecía estremecerse con suavidad, como si fueran flores recorridas por el viento, mas si había algo allí en el suelo, no alcanzaba a verlo con claridad.

El cielo…, el cielo era una turbulencia anaranjada, con una especie de nubes evolucionando a velocidades dispares: unas más rápidas, otras más lentas. Mas cuando estaba mirando, le pareció que la línea entre el cielo y la tierra era difusa, o acaso se mezclaba caprichosamente y a ratos, pues si miraba a un lado y luego miraba a otro y volvía a enfocar el primero, este ya no era igual. Esa sensación le recordó al mundo de los sueños, pues ambos lugares se parecían.

Recordó entonces las palabras de Morgo, hacía tiempo ya, en la lobera cerca de su aldea: «Existen hechiceros que se han perdido en los mundos de los sueños, enredados y confundidos por sus estudios sobre magia. Ahora tienen una existencia entre este mundo y el de las pesadillas, y en tal lugar han construido otro tipo de ciudades donde no hacen falta escaleras ni rampas, pues el orden de las cosas es allí otro».

Pensó que, en aquellos momentos, lo que Morgo describía le parecía cosa de otro mundo; algo tan extraño que no consiguió

retenerlo en sus entendederas siquiera unos instantes. Mas ahora…, ahora entendía.

Y eso la hizo sentirse bien.

De pronto, sin embargo, percibió otra cosa: un aura celeste en los lindes de su visión; miró hacia abajo y exhaló un suspiro ahogado que sonó como el viento. Y levantó las manos en el aire y pensó que estaba ida de la cabeza, febril, que algo le pasaba a sus ojos…, pues sus manos eran como corrientes de aire circulando a toda velocidad por dentro de su piel transparente, todo bañado en tonos añiles, y vio movimiento en el viento, pequeños grupúsculos de tonos más oscuros que iban y venían.

—Por los… —empezó a decir. Mas su voz sonó extraña, como muy clara y diáfana, como si sonara aquí y allí.

Mas cuando levantó la vista vio varias formas como ella a su alrededor, todas parecidas, y cuando quiso parpadear, como siguiendo un instinto, descubrió que no podía dejar de ver.

Vislumbró las facciones claras, desdibujadas, pero perfiladas de líneas azuladas, y vio a Lurdun, a Morgo…, al nigromante.

Al nigromante lo impregnaba una luz de una intensidad mayor, y era mucho más alto y esbelto, más alargado, mucho más que en el mundo de tierra y carne del que procedían.

—Salvia —empezó a decir Morgo.

Su voz era también preclara, altiva, poderosa. Al decir de Salvia, sonaba como si nunca lo hubiera oído con claridad, y ahora…, ahora pudiese.

—Mor… Morgo —dijo.

Lurdun se acercó, deslizándose suavemente por el aire como si fuera la hoja más liviana empujada por una brisa estival. Sus facciones indicaban muy a las claras que sonreía, y la corriente de luz en el interior de su cuerpo era clara y suave, y reconfortaba verla.

—Sois…, ¡sois hermosos! —declaró Lurdun.

Salvia se rio, cantarina.

—¡También tú lo eres! —se apresuró a decir, todavía entre risas. Mas esas risas sonaban como una cascada de tonos musicales, y descubrirlo la hizo reír aún más.

«¿Estaban…? ¿Así eran los muertos?», se preguntó Salvia. Pues eran muy distintos de los muertos del mundo de tierra y carne. Hasta se dijo que podría vivir allí, pues se sentía ligera y festiva, y toda la sed y todo el sueño y el cansancio habían desaparecido.

Mas cuando estaba disfrutando de la simple sensación de ser y daba vueltas sobre sí misma, reparó de pronto en el nigromante, señalando a lo lejos, ligeramente inclinado y con el brazo muy

extendido. En esa postura, y desnudo, parecía algún tipo de estatua de agua y luz, hermosa y misteriosa como los haces de luna entre los árboles en las noches claras.

—Daos prisa —les dijo—. Esta etapa es tierra de nadie, y aquí nada nos protege. Hemos de ir hasta allí.

Salvia miró donde indicaba.

Era curioso, pensó, porque hubiera puesto su mano en el fuego a que antes había mirado en esa dirección y no vio cosa alguna, mas ahora había unos montículos de piedra angulosa y una estructura de algo que parecía barro o piedra amarronada; una suerte de castillo alto y retirado, como una torre grande.

—¡¿Cómo?! —exclamó Morgo—. Eso no estaba ahí…

—No tenemos tiempo para explicaciones —dijo el nigromante, deslizándose sin mover las piernas. Y ahora que se fijaba la muchacha, sí que estaba inclinado; todo él, al menos con respecto a ellos—. Vuestro amigo está allí, en el Cenobio. Tenemos que llegar hasta él antes de que comprenda y cruce el Glacio Aestuaria.

—El Cenobio… —susurró Salvia solo para sí misma. La sola palabra era evocadora. Cenobio. Aunque al decir de ella, tenía connotaciones que, de manera inexplicable, la hacían estremecerse.

—Vamos —los apremió Sarnax—. Es tiempo.

Miraba Lurdun a un lado, sin embargo, y divisó otras formas parecidas a lo que eran ellos: luces, y viento, y movimiento, que se desplazaban por la tierra carmesí como si el viento los empujara, pues iban encorvados y esforzados.

—¿Son acaso muertos? —preguntó Lurdun.

El nigromante echó un breve vistazo.

—No —respondió—. Son soñadores. Los muertos no arriban a estas latitudes. Pero en el Cenobio se pueden dar cita, si saben verlo, o si alguien se lo indica, como he hecho yo. ¡Vamos! No soy vuestro instructor. A partir de ahora guardaréis silencio. ¡Apresuraos o lo perderemos! ¡Que a los vivos y los soñadores y los navegantes de planos se nos veta el pasaje en el Aestuaria.

Lo siguieron, como pedía, con una sensación muy extraña, pues avanzar parecía cosa fácil, mas el edificio aquel a veces parecía más cercano y otras quedaba más lejos, o eso parecía, pues si miraban la tierra granulosa se movía como si corrieran. Aun así, no tenían que mover las piernas o los brazos, sino que se movían por la simple intención de hacerlo.

El nigromante se dio la vuelta de repente.

—Escuchad —dijo, con una sombra cruzándole el rostro—. Alguien no quiere llegar.

—¿Cómo? —preguntó Lurdun.

—No nos estamos acercando —advirtió el nigromante—. Así que… uno de vosotros no quiere llegar. O ya estaríamos allí. ¿Quién? ¿Quién tiene miedo de ese edificio o de lo que allí se encuentra, si ninguno de vosotros lo conoce, por cierto?

Salvia negó con la cabeza.

—Quiero llegar allí tanto como quedarme aquí —dijo—. Pues miedo no tengo. ¡Tuve más miedo en el mundo de tierra y de carne con aquellos muertos horribles que aquí!

—Tampoco yo tengo miedo —afirmó Morgo—. Si este camino conduce a la salvación del mundo y de cuanto hay en él, iré hasta el final.

Lurdun los miró a ambos con perplejidad.

—Sabed que no tengo miedo tampoco —declaró—. Pues aunque fallemos en eso de recuperar la espada, ¡estoy contento de ver a mi amigo y hermano otra vez, o por última vez hasta que nos volvamos a encontrar!

El nigromante se quedó inmóvil. Resultaba difícil saber qué pensaba con sus facciones apenas delineadas en un rostro que era un tumulto de energías en movimiento; mas enseguida susurró una sola palabra, que sonó clara y ominosa en las cabezas de todos:

—Sarras.

Y se dio la vuelta, y haciéndolo vieron aparecer una forma similar a ellos, pero más grande; y no era alta ni delgada, sino enorme y amenazante, y sobre su cabeza había un símbolo cambiante: a veces parecía un pájaro en llamas, a veces un corazón apuñalado, y a veces era una maraña de líneas sin que Salvia, o alguno de los otros, encontrara en ella sentido alguno.

—Eres tú el que nos retrasa —dijo entonces Sarnax Genta.

—¡No yo, por cierto! —exclamó la figura—. Sino tú mismo. Pues se te dijo que no volvieras por aquí. Y se te advirtió: «El Cenobio está prohibido para ti». ¡Y sin embargo aquí estás!

—Sarras Nul, Kanal Ta Akikub de esta zona. Mas cómo conseguiste esos honores yo discrepo.

Sarras rio.

—Eso da lo mismo, Sarnax Genta —contestó el otro—. Expulsaste a la muerte de tu línea Kuxtal y ahora estás vetado de visitar el Cenobio. Que lo que allí se sabe no puedes conocerlo tú.

—¿Expulsar a la muerte yo —exclamó Sarnax—, que llevo estudiando sus dones desde mucho antes de que el Kuxtal tuviera planes o pensamiento para ti…? ¡Solo la pospuse!

Sarras volvió a reír con ganas.

—Pospusiste… el Kuxtal… —logró decir—. ¡Tú! Que naciste arrastrándote fuera del vientre de tu madre entre icores e interioridades, y estuviste lunas enteras postrado sin ser consciente de quién eras o quién fuiste… ¡Tú pospusiste el Kuxtal!

El nigromante se mantuvo erguido cuan alto era, hermoso en la definición de su cuerpo desnudo, altivo y distinguido ante la figura que les cerraba el paso.

—Puesto que lo hice, se puede —manifestó—. Esas son las reglas, y las conoces.

Sarras pareció crecer un tanto antes de responder, y su voz sonó tan fuerte que Salvia tuvo que encogerse y moverse a uno y otro lado.

—¡¿Quién te crees que eres?! ¡Criatura… miserable de planos inferiores! ¡Comida de *nixars*! ¡Ni como *thuum* sirves para nada! ¡Regresa por donde has venido!

Reparó en Salvia y el resto y los miró uno por uno.

—¿Qué traes contigo? —preguntó.

—Son Tan Do Ka, Guardián del Receptorio —dijo el nigromante, extendiendo el brazo para señalarlos.

—Imposible —susurró Sarras.

—Lo son, y yo los presento —añadió Sarnax—. Dame la llave del Cenobio.

—¿Qué…? —exclamó Sarras, dubitativo—. ¿Qué tramas esta vez?

Mas se movió entre Lurdun, Salvia y Morgo, como para confirmar lo que Sarnax decía, y pareció quedarse convencido, pues la expresión de su rostro, por muy difícil que fuera de leer, era de asombro.

—Tramar no tramo nada —respondió Sarnax—. Son en verdad Tan Do Ka, Pasajeros del Kuxtal. Son adelantados a su línea, y vienen a resolver un nudo en la trama.

—¿Qué… nudo en la trama? —preguntó Sarras.

—Dame la llave y deshaz el veto, Sarras —lo instó Sarnax—. He traído el Tan Do Ka y debes honrarlo. ¡Hónralo ahora!

Sarras farfulló algo, mas enseguida extendió el brazo en cuya mano descansaba una llave grande que parecía estar hecha también de vientos y de flujos animados.

—Si te sales del camino, Sarnax Genta, haré que se te destine un remanso tan funesto que llorarás sangre por toda la eternidad.

—No lo haré —dijo Sarnax tomando la llave. Y sin decir nada más, siguió adelante. Los demás, indecisos, optaron por seguirlo. Sarras los miró valorativamente mientras progresaban a su lado.

Después de unos instantes, Salvia aceleró para ubicarse junto al nigromante. Estaba tan llena de preguntas que estas se agolpaban en su cabeza formando un gran tapón.

—¿Qué es… qué es el Tan… Do Ka? —acertó a decir—. Era solo una de las muchas cuestiones que la torturaban, pues quería saberlo todo de cuanto se había hablado, y quién era aquella entidad, guardiana de lo que fuera, y por qué el nigromante estaba vetado, y qué era el Kuxtal y todo lo demás.

El nigromante no respondió.

—Por favor señor de los… —empezó a decir.

—Calla, por lo muy pequeño y lo muy grande que hay en el mundo —la interrumpió—. ¿Acaso la hormiga pregunta al roble cómo crece la corteza de su tronco? Pues cesa tu cháchara, que no tengo respuestas para ti. ¡Pues mira! —añadió, extendiendo el brazo y describiendo un movimiento en abanico—: ¡Hemos llegado!

Y era cierto. De pronto, a todo su alrededor había columnas tan altas que se perdían entre las nubes sinuosas, como si allí arriba soplara un viento huracanado. Y el suelo era un damasco de baldosas, y había otras figuras deambulando por allí, algunas solas, otras en grupo, y en la distancia se levantaban edificios de paredes planas, conectadas por arcos y pasadizos elevados.

Salvia se maravilló de las dimensiones de aquel lugar, pues no había visto jamás nada tan grande.

—¿Es esto el Cenobio? —preguntó Morgo.

—Esto es, sin duda. ¡El Cenobio! —proclamó con majestuosidad extendiendo los brazos—. Admirad el lugar, pues no hay, ni hubo nunca, ni habrá otro como él. Posta de destinos entre planos, el Primer Construido. Este es el principio y el fin a la vez. Ya habéis estado aquí, mas no lo recordáis. Es una lástima que no podáis verlo como realmente es, pues aquí sois extraños de paso, y el Cenobio oculta sus secretos. ¡En verdad hemos tenido suerte de llegar!

—¿Suerte? —preguntó Salvia, superada por cuanto el nigromante decía y lo que veía, o no veía, según sus palabras—. ¿Por lo del… guardián… Sarras?

—¿Sarras? —repitió el nigromante, confuso—. No. No por cierto. Pues él es solo un guardián, y abre y cierra el acceso como él entiende. No es el primero ni será el último, pero por los huesos y los tumores que sí es el más obtuso, pues aun estando equivocado insiste en tener razón. —Hizo una pausa y continuó—: Hemos tenido suerte porque en toda existencia hay lobos y corderos, muchacha. Cazadores y cazados. Toda entidad tiene un depredador, aquí, allí, y más allá, y este sitio no es diferente.

—Oh —exclamó Salvia, intentando comprender, y preguntándose de quién…, o de qué, se habían librado intentando llegar allí. Se dijo, finalmente, que tal vez…, tal vez era mejor no saberlo. No saberlo

nunca.

—¿Es aquí donde está Enca Fendor? —preguntó Lurdun, sensiblemente impaciente.

El nigromante asintió.

—Por aquí vaga —dijo—. Vamos. Creo saber dónde se encuentra, y el tiempo apremia siempre. ¡Incluso aquí! Mas una cosa os advierto: no os detengáis ante nadie. No respondáis a nadie. No miréis. Seguidme a mí y solo a mí.

—Eso haremos —prometió Morgo.

Cruzaron entonces el patio central, si acaso era patio, y en el tránsito Salvia se fijó en las figuras con las que se cruzaban. La mayoría tenían expresiones serenas en el rostro, mas otras parecían flotar a la deriva, y reían, o lloraban, o los miraban con expresiones de súplica y desconcierto, y alguna intentó moverse como si nadara en el agua, sin conseguir moverse. Al cabo, vio Salvia algo que la hizo encogerse de sorpresa y consternación. La desconcertó tanto que se quedó inmóvil en el sitio, mirando.

Eran los restos de un cuerpo como los suyos, hecho de vientos y de luces, mas el brillo de este estaba prácticamente extinguido, y sus extremidades se alejaban del torso con lentitud, como si se fragmentara; y a su alrededor flotaban pequeñas partículas, como un enjambre de insectos congelado en el aire. Salvia se fijó en su rostro, desdibujado, trastocado, borrado, y no se sabía dónde estaban los ojos ni la boca.

—¡MUCHACHA! —bramó el nigromante—. ¿Acaso cuando hablo tú piensas en musarañas?

Salvia se volvió, aterrorizada.

—¿Está… está muerto? —preguntó confusa—. ¿Cómo es… cómo es posible? ¿Acaso no es este el lugar donde uno viene cuando recibe muerte? ¿Cómo se… cómo se puede morir cuando se está… muerto?

Morgo se adelantó.

—Salvia, te lo ruego —pidió—. Debes hacer caso de lo que dice Sarnax…

El nigromante torció el gesto.

—Es un soñador, muchacha —explicó Sarnax—. Algunos yerran el camino de los planos de sueños y acaban aquí. Y estando aquí, ya no encuentran salida, o temen encontrarla, o temen lo que hay entre la salida y este lugar. En todo caso —continuó—, aquí se pudren sus proyecciones elevadas, y ya no van a parte alguna. Es… la muerte entre las muertes.

Salvia miró los restos, aterrorizada.

«La muerte entre las muertes», se repitió, recorrida por una

sensación de pánico que la atenazó de tal manera que su luz parpadeó unos instantes.

—Salvia —insistió Morgo.

Ella avanzó, pero su movimiento era errático, y se movía hacia delante y atrás, como luz de vela al viento suave, pues en su interior quería ella seguir tanto como no, y ante eso, su presencia en el sitio vacilaba.

Sin embargo, al cabo estaban otra vez en marcha, y el nigromante los condujo por callejones anchos como los ríos más caudalosos del mundo, y subieron escaleras y atravesaron pasos elevados hasta que llegaron a una suerte de muelle junto a un lago tan grande que parecía, a sus ojos, un mar. Y allí había barcos sin velas, grandes y alargados, de una construcción finísima, tan recia y perfecta que parecían hechos de piedra de mármol, como no fuera que el mármol dista mucho de flotar y era cosa imposible.

—Por aquí nos espera —dijo Sarnax entonces, y se volvió a Lurdun, que miraba a uno y otro lado, impaciente—. A ti te digo, que sé que en especial le tenías afecto mucho. Piensa en tu amigo, o hermano, o lo que fuera de ti. ¡Piensa en él usando tus recuerdos! Pero hazlo fuerte y con determinación. Recuerda sus facciones, o sus palabras, o lo que tuviera él que te sea significativo. Después de eso, ¡no lo busques! Escucha lo que te digo: no lo busques, que es una pérdida de tiempo y produce una fricción que matarte puede. Solo encuéntralo.

—No buscar —repitió Lurdun, confuso—. Solo encontrar.

—Así es —dijo Sarnax.

Durante un rato estuvo Lurdun mirando alrededor, pero en todo momento se movió con cierta determinación hacia el mismo sitio, moviéndose entre las figuras que allí se acumulaban diligentes, formando filas más o menos uniformes, presentadas ante los barcos que se iban llenando de ellas.

«Toda esta gente ha muerto hace poco», pensó Salvia, tan fascinada como horrorizada, mas la tranquilizó comprobar que estaban serenas y tranquilas, y no se veía en ellas daños ni heridas, ni había tullidos ni mutilados, ni forma que hubiera perdido quizá la cabeza. Y luego imaginó a la gente de su aldea, y a padre y madre, que cuando perdieron la vida debieron de acabar todos en tropel, y con el ánimo incendiado por una sensación de tristeza; y sintió cierto alivio pensando que debían de haber formado un tumulto bastante gracioso, todos hablando entre ellos, preguntándose qué había pasado, pero sintiéndose bien, como se sentía ella, y los ancianos ya no se dolerían de sus huesos ni estarían fatigados, y el hambriento no

tendría hambre así como ella había dejado de sentir sed. Y pensó también, al cabo, que ya no debían de andar por allí, sino al otro lado, a donde quieran que fuesen los barcos. Y en esa dirección miró, intentando descubrir con curiosidad si se vislumbraba por parte alguna la Escalera del Mérito, mas en la distancia no vio más que una penumbra de un tono sepia.

En eso estaba cuando oyó a Lurdun.

—¡Enca! —decía aquel—. ¡Enca Fendor!

Y Salvia miró, y vio a Enca Fendor, inconfundible a pesar de que estaba hecho de vientos y luces, tal como eran ellos, pero más grande y fuerte, los brazos anudados a la espalda.

Se volvió y creyó Salvia distinguir en su rostro una especie de sonrisa.

—¡En verdad eres tú! —exclamó Lurdun, maravillado y tan feliz como se podía estar.

—Enca… Fendor… —dijo el viejo compañero, como pensativo. E inclinando la cabeza, añadió—: En verdad sí, en efecto. Enca Fendor. ¡Pero… bien te veo, Lurdun Bavastro! Pues tu luz es fuerte y segura y caminas por aquí como el resto de nosotros aun cuando no has sido invitado.

—Pido perdón si he ofendido a alguien —dijo Lurdun—. ¡Pero me alegra verte de nuevo y otra vez! Tu partida fue tan inesperada y tan rápida, amigo Enca…

—Inesperada… —repitió Fendor con parsimonia—. No me parece a mí que esa palabra exista por aquí. Pocas cosas hay aquí inesperadas.

Sarnax asintió.

—Pues entonces —dijo Lurdun—, aun así te digo adiós por ahora, amigo muy querido, pues guardo un gran cariño y recuerdo de ti, y espero que acaso más adelante volvamos a vernos.

—Y así será —dijo Fendor.

Los dos amigos se presentaron reverencia, el uno al otro, como era costumbre en Umbralia cuando los varones intercambiaban afectos. Mas cuando concluyeron, Morgo fue el primero en hablar.

—Enca Fendor —dijo—, siento tu marcha aun cuando, después de esos barcos, te espera la dicha y el descanso; pero venimos a verte para preguntarte si tienes tú conocimiento de alguna cosa en relación con nuestro asunto.

Fendor asintió.

—Sois el Tan Do Ka —dijo con suavidad—, pues como he dicho, nada aquí es inesperado. Mas no esperéis de mí una respuesta que os guíe en una u otra dirección, pues eso a los muertos… no se nos

permite.

Lurdun miraba a su amigo con perplejidad. No sonaba en absoluto como su amigo, pues hablaba diferente, su ritmo era distinto, sus palabras eran otras, y lo hacía como si supiera todo sobre aquel lugar y sus reglas; pues el Fendor que él conocía no sabía nada del Tan Do Ka, ni él poseía conocimiento alguno de ello, por cierto. También Salvia anidaba pensamientos, pues viendo cómo hablaba Fendor y cómo se comportaba, que hasta su lenguaje corporal era diferente, se preguntó si habría hablado realmente con su padre en aquel día y hora cuando con anterioridad le pareció que no.

—Entonces —susurraba Sarnax en ese momento, sorprendido—, confirmas la línea del Kuxtal…

—El Kuxtal es inalterable como sabes, Sarnax Genta —respondió Fendor moviéndose despacio. Y haciendo eso, los demás lo siguieron —. Pues todo está cumplido, y el Kuxtal no admite desviaciones. Diciendo esto, permitidme un consejo. Seguid con vuestros planes. Os habéis equivocado viniendo aquí, aun cuando también eso estaba previsto y debía yo esperaros. Así que… ved…

Hizo un gesto abriendo la mano que a Morgo le recordó a los gestos grandilocuentes de los altos señores, y miraron y vieron muchos de aquellos barcos llegando por la laguna. Sarnax miró asombrado; eran realmente muchos, llegando con cierta parsimonia desde el otro lado del lago.

—Muchos barcos —dijo Salvia sin poder apartar la mirada de semejante espectáculo, pues verlos arribar desde lontananza era sin duda hermoso—. ¿Significa eso que… mucha gente va a perder la vida? —aventuró.

Fendor no contestó.

—Volved ahora —dijo con sencillez.

—¡No! —exclamó Sarnax de pronto.

Mas cuando quisieron darse cuenta, sin que hubiera ningún aviso ni sensación intermedia, estaban abriendo los ojos, y se encontraban otra vez en el cubil de los seguidores de Cancro Mogar, rodeados de los cuerpos mutilados y quemados de los resucitados.

3

—¡Por las barbas de Vanedum! —soltó Lurdun.

—¿Qué…? ¿Qué ha pasado? —preguntó Morgo, incorporándose con agilidad.

Sarnax se puso en pie también, mas moviéndose con lentitud, como si estuviera ocupado en sus pensamientos, la mirada perdida.

—Hemos vuelto… de repente —susurró Salvia.

—Sí —asintió Sarnax.

—Mas… ¿qué ha ocurrido? —preguntó Morgo—. ¿Hemos acaso fracasado? Pensé que obtendríamos alguna pista…

—Y así ha sido —afirmó Sarnax—. Aunque pensé que aprenderíamos algo más y yo ciertamente tenía preguntas, me parece que… todo cuanto había que saber ya lo sabemos, aunque no sepamos todavía qué es. —Pensó unos instantes, el rostro mudado de expresión—. A menos que vosotros tuvierais algún plan que no se me ha contado.

—Mas no entiendo —dijo Morgo—. Ha dicho… Ha dicho que…. —y luego añadió—: ¿Qué ha dicho?

—Que sigamos con nuestros planes —respondió Sarnax—. Y por eso insisto y me pregunto: ¿qué planes son esos?

Morgo pareció dudar unos instantes.

—Pues… teníamos uno, por cierto —admitió—. Pero en nuestra cabeza no estaba del todo claro, porque las cosas han ido saliendo como han ido saliendo, y estamos aquí porque huíamos del Impostor, y no por otra cosa, como te he dicho.

Sarnax se cruzó de brazos.

—¿Y qué plan era ese?

—Si conoces la leyenda completa, quizá hayas oído hablar de Caltha Celeste.

Sarnax asintió después de considerar sus palabras un momento.

—Conozco Caltha Celeste —susurró—. Allí aprendieron tus antepasados los poderes de la Hoja Negra.

—Una mujer, Iana Delorne, estudió la Hoja durante largo tiempo y nos trasladó la tarea de ser sus custodios —continuó diciendo Morgo—. Salvia, nuestra muchacha de grandes entendederas, tuvo la idea de volver allí por si acaso Iana seguía viva, o sus aprendices o herederos, o quien sea que continuó su tarea si acaso alguien la ha continuado, por si conocía manera alguna de rastrearla.

Sarnax entrecerró los ojos.

—No es mala empresa esa —exclamó al fin—. Aunque ese lugar, Caltha Celeste, está tan apartado del mundo que de allí no llegan noticias. Los que estudiamos las corrientes mágicas la conocemos como Caltha la Solitaria. O Calthax Nog, como se llamaba a ciertos lugares en los tiempos antiguos.

—Nog —susurró Morgo—. ¡Quiere esa palabra traerme algún recuerdo!

—Te va a dar igual —repuso Sarnax—. Lo recuerdes o no, aunque para los hechiceros el nombre tiene gran significancia. Pero entre los

legos el nombre era otro. Calthax. O Caltha la Solitaria.

—O Caltha Celeste —susurró Salvia—. ¿El nombre indica quizá que está cerca del mar?

—No hay por allí ningún mar, lago o laguna, y tampoco sé que haya río alguno —explicó Sarnax—. El más cercano es el Torrengua. En tiempos se levantaban allí fábricas de guerra, porque el torrente de agua movía unas palas que alimentaban las fraguas todo el día y toda la noche. Mas de eso hace ya mucho tiempo. No hay mucha gente que viva por allí ahora.

—Entonces —dijo Lurdun—, ¿tendremos tiempo? ¿Podemos ir hasta allí y confiar en que Excessus no saldrá de su encierro?

Morgo negó con la cabeza.

—No sé, por cierto, cuánto tiempo tardará la Hoja Negra en dejar de ser prisión y condena de ese demonio —dijo lúgubre—, pues por fortuna, gracias a la simiente por los pequeños favores, no tengo experiencia en esos trances. Pero diría que tiempo no hay mucho. Caltha Celeste está… sencillamente… demasiado lejos. Tardaríamos lunas completas, ¿entendéis lo que os digo? Viviríamos grandes peligros. Habría que cruzar océanos y lugares donde el sol es tan abrasador que saca toda el agua del cuerpo de un hombre en unos segundos, y por mucho que se beba, siempre se tiene sed. Y la piel se abrasa y se vuelve roja y se cae. Y todo eso —añadió—, todo eso no es más que el principio.

—Pero hablaste de un amigo tuyo —le recordó Salvia—. Tu amigo Ellör…

—Ellör Litos Ceoril, sí. Y no diría yo que es amigo, pero sé que es un rey justo y que se preocupa verdaderamente por la armonía y el equilibrio. Y sé que contándole lo que aquí ocurre, es probable que obtengamos su ayuda.

Sarnax negó con la cabeza.

—No nos serviremos de hechiceros arrogantes y pomposos —decidió—. El poder de la espada lo cegará, que siempre andan a la zaga de ello, y lo volverá contra nosotros.

Morgo lo miró con suspicacia.

—¿Estás seguro de ello? —preguntó.

—Sé qué tipo de ayuda precisáis. Queréis que os lleve a Caltha Celeste por medio de un atajadero.

—Así es —asintió Morgo.

—Yo puedo hacer tal cosa —dijo Sarnax.

—¿En verdad puedes? —preguntó Lurdun con curiosidad—. Que he oído yo de esos artificios, mas nunca he visto uno ni he conocido a nadie que se haya servido de uno, pues son cosas que requieren un

gran poder.

Sarnax no respondió.

Morgo estudió su rostro por unos momentos.

—En verdad puedes… —susurró asombrado—. Pero entonces…, ¡entonces podemos ir allí y volver en lo que se tarda en escuchar el canto de un pájaro!

—Mas una cosa —intervino Salvia—. Es un ruego, pues vayamos o no a tal lugar, me pregunto yo cosas. ¿Qué es el Tan… el Tan Do Ka? Me parece cosa importante, y por lo que he oído tiene que ver con nosotros.

Sarnax la miró con desdén.

—No lo entenderías, muchacha —dijo.

—Pues… ¿por qué no pruebas? —lo retó ella, desafiante.

—En verdad confirmó Fendor que éramos tal cosa —intervino Morgo—, y al mencionar tú que lo éramos, el guardián del Cenobio te dio la llave, ¡por mucho que luego no la usaras para nada, pues puerta no había!

Sarnax soltó una carcajada.

—¿Crees que hay… objetos en el otro lado, como aquí, que hay… sillas para sentarse, y puertas, y cosas? —explicó—. Pues la representación era simbólica. ¡El Cenobio se nos reveló con el acto, y por eso estuvimos allí al momento!

Morgo arqueó las cejas.

—Entonces…, ¿qué es? El… Tan Do Ka —insistió Salvia.

Sarnax suspiró.

—Un Tan Do Ka es una… regla necesaria en el Kuxtal. El Kuxtal es la línea maestra del destino. Es la vida y la muerte anudadas, y no se puede doblegar, ni alterar, ni acaso estudiar u observar, pues su conocimiento nos está vetado a los vivos. Esa línea es fija, como una cuerda de cáñamo, y recorriéndola con los dedos llegas de uno a otro lado. Un Tan Do Ka es una desviación. Es un nudo en la cuerda. Y de ese nudo surgen dos extremos.

—Oh —dijo Salvia, confundida.

—Te dije que no lo entenderías —manifestó Sarnax—. Por mucho que haya hecho yo esfuerzos notorios por simplificar algo que requiere de muchas, y digo muchas, primaveras para comprenderlo.

—No sé yo eso —respuso Salvia—. Pero si he entendido lo que dices…, ¿nosotros somos… una línea de vida diferente? Como cuando sigues un camino y encuentras una encrucijada, y un camino va hacia el este y otro hacia el oeste?

Sarnax asintió despacio.

—¡Parece que la muchacha lo ha entendido! —soltó Lurdun—.

¡Por mis bigotes! ¡Por mucho que yo no!

—Entonces… —intervino Morgo—. Un momento os pido. Que no está claro para mí… pues… pues Fendor dijo…

—¡Escuchad ahora! —bramó Sarnax—. Que no tengo yo que explicaros cosas, ni tratar de haceros entender. ¡Olvidad ya eso, que no es cosa importante ahora mismo, ni este asunto va de eso! Usé el Tan Do Ka como argucia para entrar en el Cenobio, eso es todo.

—Pues bien —intervino Salvia—. Que pudiera ser que lo hicierais con esa razón, mas luego… ¿Acaso luego Fendor no confirmó con palabras suyas que éramos tal cosa?

—No hagáis tanto caso a los muertos, debéis saber —dijo con desdén—. Pues cuando se los enfrenta, harán y dirán lo que sea necesario para ocultar los nudos del Kuxtal a los vivos, que de eso va todo esto.

Lurdun se cruzó de brazos.

—En verdad no comprendo mucho de esto —admitió—. Pero si tenemos la posibilidad de viajar a esa ciudad celeste en lo que se tarda en escuchar el canto de un pájaro, como ha dicho el Necronauta, pues hagamos eso, así acabemos todos en el hogar cada uno, cenando uno de esos pájaros al vino. ¡Vino por encima, vino por debajo, y vino en la garganta!

Salvia sonrió.

—Cierto es —reconoció Morgo—. Y me alegraré de poner distancia verdadera del Impostor, que a estas alturas puede haberse dado ya cuenta del engaño al no haber encontrado huellas ni ninguna otra cosa y esté acaso regresando.

Sarnax asintió.

—Sin embargo…, una cosa más —pidió Lurdun.

Todos lo miraron.

—Los barcos —dijo al fin—. Tantos barcos llegando. ¿Significa eso que va a morir mucha gente, tanta gente, todos a la vez? Pues así a ojo diría que en todos esos barcos cabrían cientos por cada dedo de una mano, y de manos para cubrir esa cantidad no tenemos entre todos los de aquí las suficientes.

—Sí —asintió Sarnax, pensativo—. Eso significa con exactitud, y no ninguna otra cosa.

—Por los gredos y las malfas —exclamó Salvia, inquieta—. Pues… ¿qué va a ocurrir?

Una sombra cruzó la mirada de Morgo, y siendo consciente de ello, agachó la cabeza para que nadie se diera cuenta. Pero un solo pensamiento logró germinar en la cabeza suya de entre todas las posibilidades.

Excessus.

Mas mientras pensaban en ello, Sarnax empezó a mover los brazos; lentamente al principio, más rápido cada vez.

—Advertidos quedáis —dijo—. Vamos a pasar.

—¿Vamos a… pasar por un atajadero? —preguntó Salvia, inquieta—. ¡Ay! Me pregunto cómo será.

—Pues mira ahora —dijo Morgo—. ¡Que es más o menos así!

Se agachó él para recuperar el hacha del suelo y, por puro mimetismo y casi sin darse cuenta, tomó Lurdun el cayado del rey que estaba a su lado.

Una miríada de partículas incandescentes empezó a formarse en el aire, acompañadas de un pequeño zumbido que iba en aumento, y pensó Morgo mientras todos miraban asombrados que sin Sarnax Genta ese viaje, al menos, no hubiera sido posible. Y pensó en el Kuxtal, en las cuerdas de cáñamo, en las líneas del destino y todo lo demás, y experimentó una pequeña sensación de vértigo, pues se sentía a lomos de un caballo desbocado del cual no tenía el control, y no sabía si se dirigía este a un abismo o a un prado, o si ante la duda debía tirarse de él para resguardarse de problemas mayores.

El atajadero se estaba formando.

Capítulo 19

De la condenación

Desde su escondite, Masta Zhul lo vio y lo escuchó todo. No movió ni un solo componente de su cuerpo, pues sabía que el Necronauta lo descubriría prontamente; en eso, los hombres falsos podían ser muy eficientes.

Escuchó, pero no pudo comprender parte de lo que decían.

El hombre falso estaba condicionado por la manera de pensar de los Antiguos, pues ellos lo fabricaron antes de que la magia apareciera en el mundo, momento que coincidió con su caída, y de sus ideas y conocimientos llenaron sus falsas entendederas. Lo fabricaron usando su vasto conocimiento sobre el mundo, el funcionamiento de las cosas, las propiedades de las piedras, la tierra, el aire y el universo en general. Así que el hombre falso no pudo comprender gran cosa sobre el Tan Do Ka o el Kuxtal en general, y lo clasificó como supercherías propias de la edad del reinicio del hombre.

Pero tomó buena nota del resto de la conversación, y sobre ella se paró a pensar.

Le había quedado claro que la espada no estaba allí, pues el propio Morgo Palis ignoraba su paradero, así que lanzarse sobre ellos y destruirlos solo reduciría sus posibilidades. El hombre falso era bueno calculando posibilidades, pues ante cualquier situación, los posibles caminos se le revelaban con facilidad; sus falsas entendederas hacían eso de una manera casi espontánea. Uno de esos caminos se le mostraba rutilante, el más evidente de todos. Ese camino le decía: ahí delante está la solución; solo tenía que aguardar, esperar a que abrieran el atajadero, y escabullirse con ellos hasta Caltha Celeste. Afortunadamente, por lo que sabía, los atajaderos tardaban en cerrarse, y antes de eso, había signos evidentes como ruidos y patrones de luces que se comportaban de cierta manera.

Tendría tiempo. Y, si tenía tiempo, hasta podría escurrirse sin ser

detectado.

Aunque eso…

Eso tampoco importaba mucho si podía llegar hasta Caltha Celeste en tan poco tiempo, pues tenía un nombre:

Iana Delorne.

2

—Por el misterio de la procreación… —soltó Lurdun, tan maravillado como asustado.

Allí delante tenían un atajadero; uno completo, bien formado, y ruidoso por añadidura, pues zumbaba como agua de río corriendo con fuerza entre las rocas. Nunca en sus vidas hubieran imaginado estar delante de uno, o ver uno con los ojos propios, pues eran cosa excepcional que solo unas pocas personas en todo el mundo de Miriks podían conjurar; mas ahora estaban delante de uno y los tres compañeros de viaje se sentían estremecidos no solo por estar tan cerca de uno, sino por la expectativa de cruzarlo.

Salvia miraba su superficie, atrapada en el óvalo de su forma, con ojos brillantes. Era como una sopa densa, burbujeante, siempre en movimiento, de unos tonos dorados y centelleantes; admirar su superficie era confirmar que la magia existía, y tenía forma.

—¿Cómo… funciona? —preguntó.

—Atravesad el umbral —dijo Sarnax.

—¿Hay algo que… observar o tener en cuenta? —insistió Salvia a continuación—. Como… aguantar la respiración, o mantener los ojos cerrados… Pues no sé qué diréis vosotros, pero tiene pinta de… quemar.

Sarnax sacudió la cabeza y, con pasos resueltos, cruzó. Salvia se movió con rapidez para mirar al otro lado, mas no lo vio aparecer allí.

—Que me metan ascuas en la boca y eche yo llamas por los ojos —susurró Lurdun—. ¡Que no tengo yo reparos en admitir que me tiemblan las *canículas*!

Salvia lo miró confundida.

—Querrás decir rodillas —susurró.

—¡Pues que me las quiebren con palos y piedras si no voy a sacudirme el miedo de encima! —exclamó, y diciendo eso, se lanzó a buen paso a través del atajadero.

Desapareció. Era desconcertante y sorprendente a la vez.

La muchacha miró a Morgo, pero este extendía el brazo y la palma hacia el atajadero, como cediéndole el paso, y ella obedeció. Mas no pudo cruzar sin mantener los ojos cerrados y aguantando la

respiración, de modo que lo primero que experimentó fue un notable cambio de temperatura, pues cuando volvió a abrirlos, estaba en campo abierto, y el cielo se había constituido en el espectáculo de pequeñas luces que era el firmamento nocturno en ausencia de nubes.

Estaban en la ladera de una suave colina baja, rodeados de tierra sin apenas hierba. Descendía hacia un extenso valle en el que no se veía mucho por las tinieblas de la noche, aunque creyeron ver un camino, o los vestigios de un camino que progresaba entre rocas grises, pero después de este había unos montículos desparramados sin mucho acierto, y mucho más allá unas imponentes montañas de cumbres altas y orgullosas. Y había un bosque que les quedaba a su izquierda, mas qué clase de árboles eran aquellos Salvia no lo sabía, pues no los había visto nunca: troncos altos, sinuosos y desnudos que, sin embargo, se desparramaban en una copa horizontal y tupida.

Sarnax estaba allí, mirando alrededor, erguido cuan alto era, los brazos ligeramente retrocedidos y los puños cerrados. Y Lurdun estaba al lado, moviendo los brazos con rapidez para calentar los músculos, pues en verdad hacía frío, casi tanto frío como cuando caía el invierno en Puntapié, para lo que faltaban muchas lunas completas.

—Por la piel arrugada de los ancianos —susurró, y miró hacia atrás y vio el atajadero, el mismo que estaba en el cubil de los seguidores de Cancro Mogar, arrojando una luz cálida sobre el campo. Había pasado a través de él, y ahora se arrepentía de haber mantenido los ojos cerrados, pues en parte se sentía como si se hubiera perdido parte de la experiencia.

Morgo apareció enseguida.

—¿Es esto Caltha Celeste? —preguntaba Lurdun.

Sarnax le dirigió una breve mirada llena de desdén.

—Sí, por supuesto —afirmó, señalando a ninguna parte en particular—. Esa es la cabaña del leñador, y allí está la granja de Cualca Sulina, que cría patos y vende cuarenta huevos por media hogaza de pan o medio cubo de leche.

Salvia arrugó la frente.

—Pues… ¿qué problema hay?

Lurdun se rascó la cabeza.

—Estamos en el Salón de Recepciones —siguió diciendo Sarnax, extendiendo los brazos y dando una vuelta entera—, donde todos los viajeros llegan en sus atajaderos, y aquí los dejan. ¡Aquel azul es el de Urno Seras, un apuesto noble heredero del reino de Ignorancia!

—¿Qué está diciendo? —preguntó Salvia a Morgo en voz baja.

—Pues creo que está siendo irónico —explicó él.

—Entonces, escuchándote yo, me pregunto… ¿estamos acaso

cerca, o hemos errado? —quiso saber Lurdun—. ¿O acaso la ciudad de Caltha Celeste no existe ya? Que no son raras las historias sobre ciudades que han caído en desgracia y han sido abandonadas, por muchos motivos.

—Muy lejos no estamos —les aseguró Sarnax—. Pero los atajaderos no son precisos.

Morgo levantó una ceja, pues había oído él historias que contradecían el parlamento de Sarnax. Pero lo divirtió. «El nigromante tiene su orgullo», pensó. Era un dato que, en un futuro, quizá podía serle útil. Y cosa curiosa, pues como si Sarnax hubiera podido oír sus pensamientos, se volvió hacia él y habló de esta manera:

—Un atajadero puede ser preciso si conoces bien el destino —explicó—. Hay que cerrar los ojos y ver en la cabeza la salida, y haber estado antes en tal lugar ayuda. Mas yo no había venido nunca por estas latitudes. Solo conozco la ubicación orientativa, la distancia de Caltha Celeste desde un lugar y de otro, y de ese lugar a otro diferente, y todo eso de oídas.

Morgo lo escuchó, pero una pregunta se quedó en su mente y se preocupó al pensar en ella: ¿podía Sarnax saber lo que andaba por su mente? Que si era así, podía él conocer sus planes postreros para cuando encontraran la espada, y eso no podía ser bueno ni acabar bien.

—Pero sabed esto —continuó diciendo Sarnax—. Muy lejos no estamos, pues aquí hay algo que se siente raro en el aire.

—¿Frío? —preguntó Salvia.

—¡Puede que el frío sea raro para ti, muchacha! —exclamó Sarnax—. ¡Como las preguntas sensatas, por lo que veo!

Iba a responder con una protesta cuando Lurdun habló desde unas brazadas más allá.

—¡Allí hay una luz! —exclamó—. Una casa, si alguna vez he visto la luz de un farolillo a través de una ventana.

—Vamos —dijo Sarnax—. Allí nos dirán dónde estamos.

—¿En plena noche? —preguntó Morgo—. No quisiera que un granjero asustado nos dé un susto a nosotros.

—Que un Necronauta se asuste de un granjero —exclamó Sarnax con sorna en voz baja—. Creía haberlo visto todo, pero…

Morgo puso los ojos en blanco.

—¿Y el atajadero? —preguntó Salvia.

—Lo dejaremos abierto por ahora hasta saber dónde estamos al menos —respondió Sarnax, caminando ya hacia Lurdun—. Que abrir estos atajaderos tiene un precio que no se ha de pagar demasiado seguido.

Aquello les pareció bien a todos, pero un pensamiento fugaz cruzó la mente de Morgo y se volvió brevemente antes de continuar, como atendiendo un sexto sentido, mas al cabo continuó camino y no pensó más en ello.

2

La cabaña era humilde y había conocido tiempos mejores, mas si era de un granjero, no lo parecía. No había campos cultivados, ni aperos para trabajar la tierra, ni ganado o lugar donde tenerlo. No había tocones cerca, ni una pila de troncos, ni un hacha colgando de parte alguna, fardos de paja, sacos o barriles. No había atalajes ni ninguna otra cosa. Y eso, en una cabaña tan aparentemente alejada de toda parte, resultaba raro.

«Bandidos», pensó Lurdun. Los bandidos a veces se instalaban en lugares como aquel, fueran cabañas abandonadas o emplazamientos que ellos habían limpiado previamente, en algún momento del pasado; estos normalmente tenían cuerpos enterrados por los alrededores, cosa que a los ojos de Salvia era posible, pues no se le pasó por alto que los árboles por allí tenían las ramas más secas, y los troncos se retorcían y eran grises y pálidos, como enfermos.

—No…, no me cae bien este lugar —susurró, parada a pocas brazadas de la puerta. A esas alturas estaba claro que dentro había alguien, por mucho que no hubiera caballos atados a amarres, por cierto inexistentes.

Sarnax asintió despacio a su lado.

—Ni a ti ni a nadie —dijo—. Aquí hay más fuerzas que las de la naturaleza actuando.

—¿Qué… quieres decir? —quiso saber, temerosa.

Mas Lurdun se había adelantado ya a la puerta y dio tres golpes secos y espaciados, como era costumbre en Umbralia.

Morgo, Sarnax y Salvia esperaron a unos pocos pasos.

Morgo escuchó con su oído privilegiado. Primero, un sonido que pudo identificar como una silla siendo arrastrada por el suelo le indicó que alguien que trabajaba quizá en una mesa acababa de levantarse. Luego oyó los pasos. Eran lentos, y el sonido que percibía indicaba que se trataba de alguien de cierta edad. La ausencia de otros sonidos le permitió saber que el hombre, probablemente, estaba, además, solo.

Para cuando abrió la puerta, lo que los demás veían por primera vez Morgo ya lo sabía.

—Oh —susurró Salvia.

De todas las cosas que había esperado encontrar allí dentro, lo

que vio la desconcertó. Era un anciano de largo pelo ceniciento que le caía sobre la cara y los hombros. La barba era abundante y le cubría casi toda la cara, grandes también las cejas asalvajadas; la poca porción de piel que quedaba a la vista estaba sucia y llena de arrugas, en las depresiones de las cuales se acumulaban el tizne y la porquería. Mas en sus ojos tristes y hundidos, grises para más señas, vio Salvia un rastro de bondad, pero también de temor.

—Buena noche tenga ahí, señor —saludó Lurdun—. No queríamos interrumpirlo ni incomodarlo —dijo con toda educación—, pero somos viajeros perdidos y precisamos un poco de ayuda con…

El anciano los miraba tan estupefacto que Lurdun bajó el tono hasta detenerse. Los miraba uno a uno, deteniéndose un momento para estudiar sus facciones. A Salvia le inspiró una gran tristeza, pues sus ropas estaban sucias y rotas, deshilachadas las mangas, y no iba cubierto apropiadamente para la temperatura que hacía. Sus manos, las cuales mantenía levantadas cerca del rostro, temblaban visiblemente, y sus botas ciertamente habían conocido también tiempos mejores.

—Qué… —alcanzó a decir.

Lurdun se echó a un lado para que pudiera el hombre ver mejor.

Salvia se adelantó.

—Señor, buena noche, señor —se apresuró a decir—. ¿Se encuentra bien?

El anciano cerró los ojos, los párpados temblando sobre ellos, y levantó la cabeza.

—Mil… flores… y resinas… —susurró con los ojos cerrados.

—¿Cómo… dice? —preguntó Salvia. Una repentina bofetada de viento nocturno lo golpeó en la cara, haciendo que se estremeciera—. Señor, ¿no prefiere entrar dentro? Va usted muy despecheretado…

Sarnax compuso una expresión de impaciencia y, con los labios apretados, hizo amago de avanzar, pero Morgo detuvo su paso interponiendo un brazo delante de él. Se acercó a su rostro para hablarle en voz baja.

—Sarnax Genta —dijo—, así como nosotros dejamos las cosas de los muertos para los muertos, deja tú las cosas de los vivos para los vivos. En especial a Salvia. Ella se entenderá mejor con ese hombre que tú. —Hizo una pausa y añadió—: señor de los muertos.

Sarnax lo miró con una expresión ininteligible, sus ojos profundos clavados en los de Morgo.

El anciano, mientras tanto, seguía con los ojos cerrados.

—Flores… flores jóvenes… —dijo, recuperando la voz mientras hablaba, como si acabara de pronunciar las primeras palabras en

mucho tiempo—. Flores… Yo hacía… yo hacía… hirviendo aceites… con potasio, con resinas y con sal, olivas y aceite de laurel… antes, mucho antes…

—¿Qué hacía? —preguntó Salvia.

El anciano abrió los ojos, la miró, y sonrió. Las arrugas de su rostro parecieron chirriar y protestar, como si hiciera mucho tiempo que había sonreído por última vez.

—A veces… —siguió el anciano—, en la lánguida soledad de esta existencia… me he preguntado qué me gustaría poder ver de nuevo y otra vez. Pude elegir ver las flores, pues de esas no queda ya ninguna. O abejas. Abejas libando. ¿Has visto alguna vez alguna? Yo hace demasiado tiempo que no… Pude elegir ver agua limpia de río fresco que viene de las montañas… y no estas lagunas ponzoñosas de aguas negras y malolientes… Y no pude decidirme por ninguna de esas cosas. Mas ahora, muchacha, oliendo cómo huele tu piel… sé que debí pedir ver otra vez… juventud. ¡Y he aquí la juventud ante mí! ¡Tu juventud huele a flores, a sol, a viento fresco, huele a vida! ¡Nada de eso queda ya en este sitio!

Salvia se ruborizó.

—Perdone, señor… —terció Lurdun—. Es tarde en la noche, y tenemos algo de prisa…

El anciano se volvió para mirarlo.

—Prisa… —susurró—. ¡Claro! La prisa —añadió, como recordando—. Hay prisa. Mas…, ¿qué habéis dicho? Viajeros. Eso habéis dicho. ¡Unos viajeros!

—Sí —asintió Salvia—. Pasamos por aquí y…

—Oh, por los cielos despejados y los panecillos de miel —exclamó el anciano—. ¡Viajeros! —Y luego añadió—: No… nonono, no, viajeros no… ¡Pasad! ¡Pasad dentro rápido! ¡Antes de que deis un paso más y os topéis con alguna malicia!

—¿Malicia? —preguntó Morgo, confundido.

—¡Entrad, entrad en la cabaña! ¡Rápido! —los apremiaba el anciano mientras les daba palmadas y tironeaba de ellos.

—Entraremos —dijo Salvia.

Nadie dijo nada más, pero siguieron al anciano al interior.

3

El interior de la cabaña estaba tan destartalado que parecía, de hecho, un antro abandonado y violentado por bandidos iracundos. Se sentaron alrededor de una mesa, cada silla de su padre y de su madre por distintas, a la trémula luz de un único farolillo abollado, rayado y

magullado, todos excepto Sarnax, que se quedó de pie con la espalda pegada a la pared, la cabeza baja y los brazos cruzados; y en el farolillo quedaban aún restos de algo de tonos rojizos que hablaban, como casi todo lo demás, de tiempos más felices.

Había estantes, por cierto, y un armario donde se veían ropajes de varios tipos y clases, todos mugrientos o rotos, llenos de agujeros. Había una caja de madera con enseres del hogar: cuencos, alguna jarra, hasta platos de barro, rotos en su mayoría. Y una cama había, aunque de renegrida parecía recuperada del fondo de un pantano.

Salvia sentía una honda pena por ver las condiciones de vida de aquel anciano y, sentada a la mesa, extendió una mano para tomar la suya.

—¿Qué… qué le ha pasado? —quiso saber Lurdun—. Para vivir así, solo, en este lugar. Pues hasta el aire aquí parece enrarecido.

—Enrarecido —repitió el anciano—. ¡Sí! Sí, desde luego. Enrarecido, eso es. Mas habéis dicho que sois viajeros… ¡Por las piedras veteadas de plata de las canteras de Nirasa! ¿Qué tipo de viajeros sois?

Diciendo eso miraba a Sarnax, tan alto como era, pues de todo el grupo parecía el más dispar, y mirarlo le producía escalofríos.

—Viajeros con un destino —dijo Morgo—. Pues tenemos que ir a un lugar, mas hemos errado el camino y no estamos muy seguros de donde nos encontramos.

—Un destino… —repitió el anciano—. No no… quiero decir… Ignoro qué destino es ese, pero hacedme caso en esto, pues estáis en los lindes de la tierra condenada.

—La… ¿Tierra Condenada? —preguntó Morgo, consternado. Echó un vistazo a Sarnax, pero este no alteró su postura—. Nunca he oído hablar de tal lugar.

—¡No es el nombre del lugar! —replicó el anciano—. Es lo que es. Esta tierra está… condenada.

—Lo está —susurró Sarnax, aún con la cabeza baja.

—¿Qué le pasó? —quiso saber Salvia.

—Un momento, Salvia —la interrumpió Lurdun—. Pues si Sarnax dijo que estábamos cerca, habiendo visto sus capacidades y los sitios a los que nos ha llevado, diría yo que no anda errado. Así que te pregunto, anciano: ¿sabes por dónde queda la ciudad de Caltha Celeste?

El anciano dio un respingo, súbitamente sobresaltado, y antes de eso se llevó las manos a la boca como ahogando un grito o alguna exclamación de alguna clase. Parecía en verdad tan aterrorizado como se podía estar.

—¿Qué… ocurre? —inquirió Lurdun.

Morgo se adelantó en la mesa.

—¿Señor? —preguntó. Podía oír el sonido de su corazón, acelerado más allá de lo aconsejable para alguien de su edad.

—Nonono —susurró el anciano, y alzó un tembloroso dedo para cruzar sus labios con él—. No, ¡detened esta locura! Os han informado mal… Os habéis equivocado… —Miró a Salvia primero y luego al resto de los hombres, uno por uno, con una expresión de ansia en el rostro—. ¡No podéis! ¡No podéis llevar a esta joven… tan joven, tan bonita, con toda la vida en ella…!

—Un… un momento le pido —lo interrumpió Lurdun.

—¿Qué ocurre con… Caltha Celeste, anciano? —preguntó Morgo.

El anciano clavó la mirada en él.

—Pero… ¿acaso… acaso no sabéis lo que pasa allí? Su… historia…

Morgo negó con la cabeza.

—¿Cómo es… posible? —se extrañó, incrédulo.

Salvia se encogió de hombros.

—El mundo es grande, anciano —dijo ella con suavidad—. Y no todos los lugares son extraños como este.

—No todos —susurró el anciano—. No, no todos. Mas lo serán, ¿no es cierto? —dijo, mirando el techo de la cabaña, repleto de telarañas empolvadas, la mayoría rotas, como si hasta las arañas hubieran huido de allí.

—¿Qué pasa en Caltha Celeste, anciano? —insistió Morgo.

El anciano suspiró largamente.

—Una… terrible maldición pesa sobre ese lugar —dijo despacio, la mirada perdida en la mesa vacía. Empezó a jugar con una antigua marca de cuchillo con el dedo, pasando por encima de ella una y otra vez—. Nadie sabe cómo llegó en verdad, o el por qué, pero una vez empezó, nadie pudo detenerla ya.

—Pues… ¿qué maldición es esa? —quiso saber Lurdun, ahora hablando en voz baja. La luz del farolillo arrancaba contrastes exagerados en su rostro preocupado.

—Empezó hace mucho, mucho tiempo. Caltha Celeste era…, bueno, era un lugar hermoso, y de eso se guarda memoria segura, que de estas historias alegres se habla mejor que de las otras, y me las contaba mi abuelo, y a su abuelo se las contaba el suyo, tanto tiempo hace. Pues el lugar era tranquilo, y había buena tierra que trabajar, y la ciudad estaba construida en la caída de un precipicio, y aunque suene a cosa de locos y poco aconsejable, lo cierto es que las construcciones se… confundían con la vegetación, y debía de ser… —

Sonrió ligeramente, con actitud soñadora—. Debía de ser un prodigio, algo… precioso para la vista, con cascadas de agua cayendo desde arriba…

—No hay ríos por la zona —observó Morgo despacio.

— Ni los hay ni los había —dijo el anciano asintiendo—. Eso es cierto. Pero la misma agua que caía la hacía subir otra vez con un sistema de poleas y cuerdas y ruedas con palas, y el sonido era… era alegre y contentaba los corazones todos.

Salvia asintió. Demasiado bien sabía que el agua podía hacer eso.

—Mas entonces… Después de todo eso… Algo pasó.

Lurdun se adelantó en su asiento, pues tenía la curiosidad picándole en la nuca como pico de cuervo.

—Aparecieron espectros —dijo el anciano.

—¿Es… espectros? —exclamó Salvia.

—¿Has oído hablar de tales cosas? —susurró el anciano—. Tan joven tú, con tantas primaveras por delante y tantas lunas y días y noches y tanto que ver… ¡No puedes ir a Caltha Celeste!

—He oído hablar de espectros, sí… —respondió ella hablando despacio—. Los mineros hablan de ellos a veces, pues pueblan lugares abandonados, según creo…

Sarnax se acercó despacio, repentinamente interesado por la historia.

—¿Qué más… ocurrió? —preguntó entonces—. Pues unos pocos espectros no son cosa que no tenga solución…

—Unos pocos no —replicó el anciano—. Y en verdad al principio, según nos ha llegado la historia, eran una molestia que mantenía a las gentes inquietas y sus corazones y cabezas preocupadas. Pues sabréis… que historias sobre espectros ha habido siempre muchas, y en unas se les atribuyen unas cualidades y peligros, y en otras, otros distintos.

Miró a Salvia y le preguntó:

—Niña, ¿has comido?

Salvia, tomada por sorpresa, pestañeó.

—Ah… —dijo—. No, estoy…, estamos bien.

Mintió, pues al regresar del otro lado su boca seguía como trenza de esparto y su estómago empezaba a protestar de nuevo, pues lo último que había comido había sido el guiso en la entrada de la mina, cuando Fendor aún estaba vivo y las cosas parecían más fáciles. Pero en la casa no había ni una mala patata a la vista, ni tampoco un pozo del que extraer agua en el exterior, y según había dicho el anciano, no había por allí ríos ni cosa alguna, así que no reclamó nada para ella ni para ninguno de los otros, fuera por una cosa o por otra.

El anciano asintió, la mirada perdida de nuevo, como si recordara tiempos mejores.

—¿Qué pasó… después? —quiso saber Morgo, pues su interés en la historia de Caltha Celeste iba en aumento.

—Con el tiempo —continuó diciendo el anciano, ahora con un hilo de voz—, siguieron llegando, o apareciendo, espectros, que de eso… se cuentan varias historias.

Sarnax arrugó el gesto, y el anciano debió de advertirlo de alguna manera, pues mudó la expresión y asintió con gravedad.

—Eso pasa con los espectros —susurró—. Si tienes uno en alguna parte, puedes verlo o no verlo, según el día y la hora, y pueden pasar días y noches sin tenerlo delante, y en eso la cabeza y el corazón se relajan. Pero habiendo varios espectros…, es como si entre ellos se dieran fuerza y se alimentaran unos con otros, y aparecen más veces y los ves cada vez más tiempo… y hacen… cosas peores.

—Cosas peores —repitió Salvia con los ojos muy abiertos. Pues parecía que la posibilidad de ir a Caltha Celeste se extinguía por momentos, si tenían que dar credibilidad a las palabras de aquel anciano, y después de eso no tenían ya ningún plan que seguir.

—Así es —afirmó Sarnax—. Eso ocurre con los espectros.

—Ya por entonces las gentes de allí se vieron obligadas a marcharse —siguió diciendo el anciano—. Los espectros bajan la temperatura cuando los tienes cerca, y por mucho que mantengas el miedo a raya o que intentes controlarlo, su visión supone un pago que no puede aplazarse ni perdonarse, ni cambiarse por cosa alguna.

—¿Qué… qué es? —quiso saber Lurdun, que tampoco había visto un espectro con los ojos propios.

El anciano le dirigió una mirada severa.

—Te mata un poco por dentro —dijo.

—¿Cómo es eso? —preguntó Morgo—. Pues con estos ojos míos he estado yo ante espectros, y sigo vivo.

El anciano sacudió la cabeza.

—Es el miedo de la mente —intervino Sarnax—. El miedo de la voluntad y el ánimo.

—¡Sí! —exclamó el anciano señalando al nigromante con el dedo extendido—. Así es. Te mata por dentro, mas no como un estilete o un puñal o un hachazo, ni como una fiebre, que te hace temblar y la frente arde y te llena el cuerpo de sudor, sino que te arrebata las ganas de ser, de respirar, de vivir. Te vuelve lúgubre. Te vuelve gris, como una piedra.

Salvia se estremeció con un escalofrío.

—¿Cuántos… cuántos espectros había?

Sarnax miró al exterior por la ventana.

—Demasiados —dijo—. A juzgar por cómo está este sitio.

—Demasiados, sí —susurró el anciano—. Incluso al principio eran tantos que no se desvanecían, ni se iban, ni había manera de librarse de ellos. No se podía dormir. No era posible vivir. Agostaban la tierra, ¡volvían la tierra negra y buena para nada! Los animales, y la caza por lo tanto, se alejaron. La temperatura bajó tanto que ni el fuego calentaba ya. Mas cuando la gente se marchó de allí porque incluso respirar costaba un tanto y no soportaban permanecer en aquel lugar un instante más, la desgracia atrajo a gentes de alrededor, que viajaban a Caltha Celeste para saquear lo que allí quedaba. En las casas. En las tiendas. En la posta. En los silos y almacenes comunales.

—Qué espanto —susurró Lurdun.

—La mayoría de aquellos bandidos… nunca salieron de Caltha Celeste. No volvieron, ni pudieron llevarse nada. Los que consiguieron escapar, regresaron fríos y pálidos, envejecidos por los horrores que se arracimaban en sus calles abandonadas, ahora grises, terribles… muertas… Contaban que Caltha Celeste era ahora en verdad celeste, pues hasta el último rincón de la ciudad, cada casa, cada esquina, contaba con algún espectro a la vista. No se podía escapar de ellos, ni mirar a otro lado, sin tener su presencia pegada a la espalda, a la piel, a los huesos, y que incluso el tiempo allí parecía detenido, que respirar era llenarse los pulmones de muerte…, y que bajo ningún concepto, nunca jamás, volverían a poner el pie ni cerca ni lejos, sino mucho más allá.

—Drokk —soltó Morgo, pasándose la palma de la mano por la cara, una, dos y hasta tres veces, como si la tuviera repentinamente congelada—. Pero… ¿cómo? ¿Qué pasó allí? ¿Por qué?

El anciano se encogió de hombros.

—La historia no lo cuenta, porque tal y como yo lo veo, nunca se llegó a averiguar —declaró —. Acaso algún hechicero lanzó un maleficio porque alguien lo contrarió, tal vez…

Sarnax soltó una pequeña risa socarrona.

—Ningún hechicero en este mundo, ahora o antes, podría lanzar un hechizo como ese —susurró.

—No lo sé, en verdad —dijo el anciano. Seguía sintiendo en él algo que le hacía apartar la mirada.

—Pero… anciano… —siguió Salvia, ceñuda—. Todo eso que has relatado… ¿sigue ocurriendo en este día y esta hora?

El hombre sonrió con ojos afligidos.

—Esta región donde estamos ahora —empezó a decir— se llama… o mejor dicho, se llamaba… El reclamo de Hota Tero, pues

fue Hota Tero quien la reclamó de unas tribus de tardos que aquí eran fuertes y vivían en cavernas, de las cuales hay muchas todo alrededor, y las anexionó a las regiones de Aspus Malik el Misericorde, que era hombre bueno y sabía mucho de agricultura y alimentaba a mucha gente con ella.

—Aspus Malik… —susurró Morgo. El nombre le quería recordar algo, mas el eco de ese recuerdo era antiguo, muy antiguo, y en verdad ese recuerdo le traía sensaciones agradables, y pensó que debía de ser alguien bueno de veras, pero hacía probablemente demasiadas primaveras.

—Mi abuelo prosperó aquí —relató el anciano, y a medida que hablaba sus ojos se volvían soñadores y alegres, y una sonrisa fue invadiendo sus facciones—. Fabricaba productos que viajaban lejos hacia las casas de grandes señores y nobles, pues hervía aceites y resinas, y sal, y añadía cosas como olivas y aceite de laurel y otras cosas, y con ello hacía ungüentos que olían como flores, ¡aún mejor que eso! Toda su casa y el taller donde trabajaba olían como… como todo un campo de flores, embriagados de aromas naturales, exóticos, desafiantes, cautivadores… La ropa olía… Y la piel… Se lo ponía una anciana y olía a juventud otra vez…

—Qué maravilloso —susurró Salvia, animada.

—Fueron buenos tiempos —dijo con nostalgia—. Pero cuando heredé el negocio de mi padre…, las cosas tornaron a cambiar.

—Oh —susurró la muchacha.

—Primero fueron los campos de flores. Allí crecían… amapolas, lavanda, *eluterias*, y romero, y espliego… Cosas que usábamos en nuestros ungüentos, o de las que sacábamos aceites. Mas… —Negó con la cabeza, súbitamente afligido—. La tierra se fue secando. Se fue quebrando como polvo, se volvió gris cuando antes era oscura de sana y fuerte que era. Era la tierra que estaba entre nosotros y Caltha Celeste, así que sospechamos, pero pensamos que terminaría, después de todo, y empezamos a sembrar en otra parte.

—Lo lamento —dijo Salvia.

—Esa… condenación… se fue extendiendo, con cada primavera, cada estación… cada vez más cerca. Hasta que este lugar… donde fuimos tan felices durante tanto tiempo… se volvió malsano y pestilente, y no pudimos sacar del suelo ni una triste brizna de hierba como no fueran malas e incomestibles.

—Pero… ¿os quedásteis? —preguntó Salvia, confundida.

—No, niña —repuso él—. Nos fuimos lejos, y no miramos atrás. Mas la vida tiene sus cosas y las ruedas siguen girando, y después de perder a mi mujer y a mis hijos por circunstancias ajenas a todo este

asunto… decidí volver aquí a pasar mis últimos días. A recordar, y acortar de paso mi viaje final, que no quedándome nada en este mundo lo que quiero yo es reunirme con los míos.

Salvia se llevó la mano a la boca y sus ojos se llenaron de lágrimas. Él sonrió con aflicción.

—Por eso te digo, niña —continuó—: valora tu juventud, tu regalo de la vida. Hay mucho que hacer y vivir. No sé qué asunto creéis que os atañe en Caltha Celeste, pues nadie habla ya de ese lugar…

—Mas entonces —lo interrumpió Lurdun—, para comprenderlo del todo…, cuando la maldición de Caltha Celeste ocurrió, ¿tu familia y tú vivíais aquí? ¿ Dónde? ¿Está esto lejos de Caltha Celeste, si dices que fue extendiéndose desde allí?

—Caltha Celeste se encuentra a cuatro días de camino —dijo, señalando con el dedo hacia la pared—. En esa dirección. La condena, el maleficio…, sigue creciendo con el paso del tiempo. Cada vez más.

—Cuatro días de camino —graznó Morgo. Se volvió para mirar a Sarnax—. Es más de lo que pensábamos… Más lejos de lo que creíamos.

Sarnax asintió.

—Creo que puede deberse a la condenación —declaró—. Sin duda ha alterado el destino del atajadero, y… me parece… que debemos dar gracias por ello. La condenación podría filtrarse por el atajadero y acabar infectando nuestra orden, en la otra parte del mundo.

—Eso es… —empezó a decir Salvia, pero se calló, sobrepasada por las dimensiones de lo que estaba pensando.

—Y sin embargo —continuó diciendo Sarnax—, ¿cómo es que nadie ha atajado ese problema? Es una locura dejar crecer esa maldición. No parará jamás…

—Aspus Malik el Misericorde hizo intentos —manifestó el anciano—, y envió hombres, buenos hombres a caballo, pero los perdió a todos. Uno puede enfrentarse a un espectro, o a varios de ellos, y tener éxito, pero para entonces ya eran demasiados. Cuando se dieron cuenta de que la condenación prosperaba, decidió desentenderse de la anexión y deshizo el reclamo de Hota Tero. Hota murió de viejo, pero lejos de aquí, pues la proximidad de Caltha Celeste lo aterrorizaba.

Morgo emplazó los dos codos sobre la mesa y dejó descansar la cabeza entre las manos. Lanzó un bufido antes de hablar:

—¿Cómo no sabíamos esto? —preguntó, a nadie en particular—. Mucho he viajado yo por el mundo, con mucha gente he hablado, y nadie ha mencionado ni una ni otra cosa sobre… Caltha Celeste, o esta

región.

—La ropa sucia se lava en el río —observó Lurdun—. Mas si la ropa tiene manchas vergonzosas, se lava en un barreño en la casa propia.

—Pues, ¿qué quieres decir? —preguntó Morgo.

—La gente que vive en los lindes de estos lugares no hablará de lo que ocurre más allá de sus casas —explicó—. Pues nadie quiere comerciar con alguien que consigue sus verduras, o sus vacas, o su trigo, cerca de una tierra condenada por un maleficio tan funesto.

Morgo escuchó y movió la cabeza en asentimiento.

—Entiendo lo que dices.

—Tal cosa es cierta —asintió el anciano—. Y si alguien traspasa los lindes de las casas, de toda manera ese ya no vuelve, así que la historia muere con él. Además de todo, son estas tierras salvajes ahora. Hay muchas criaturas que no tienen problema en convivir con espectros.

—Malicias —susurró Morgo.

—¿Qué es… una malicia? —quiso saber Salvia. Tenía una expresión agotada en el rostro, una mezcla tal vez de decepción y de franco terror ante lo que estaban contando. Y diciendo eso, echó un vistazo a la ventana, como si temiera ver un espectro o alguna otra cosa por allí, espiando en la oscuridad.

—¿Nunca has oído esa palabra? —le preguntó Lurdun.

—No. ¿Qué es?

—No es nada, y es todo a la vez —respondió él—. No tenemos palabras para todas las criaturas y seres que existen, pues son demasiados. Cuando vemos algo que no conocemos…, algún ser extraño, que no se parece a nada que hayamos visto antes, pero que es hostil y produce preocupación por sus capacidades, decimos que es… una malicia.

—Oh —dijo Salvia—. Nada y todo a la vez. Lo… lo entiendo.

Morgo miraba a Sarnax, pensativo.

Era curioso, pensaba. Toda la situación lo era. Pues no se le escapaba el hecho de que Caltha Celeste estaba llena de espectros, que eran en esencia seres no-muertos, trazas inusuales de gente que alguna vez estuvo viva, pero por suerte de una maldición, un hechizo y otras cuestiones que se le escapaban, seguían por allí, entre la tierra y la carne, donde no les correspondía. Y cosa fascinante: se habían aliado con alguien que era un experto en cuestiones de no-muertos, que dominaba las artes mágicas relacionadas con resucitados, que se paseaba por el otro lado y volvía como quien cabalga a caballo a la vera de un río. Alguien que se les reveló al principio como un

enemigo, pero que ahora caminaba a su lado, aunque fuera, por su parte, con ciertos engaños.

Pensó sobre ello durante un largo rato mientras los demás hablaban, y Salvia preguntaba qué era, con exactitud, un espectro, y Lurdun se interesaba por la historia, y por cuántas versiones había, y quiénes la sabían, y otras cuestiones. Y pensó que si estaban allí con alguien como Sarnax, no podía ser casual. No podía serlo de ninguna de las maneras.

Y pensando eso, se levantó del maltrecho asiento que amenazaba con romperse en cualquier momento, y anunció:

—Vamos a ir a Caltha Celeste.

Todos, excepto quizá Sarnax Genta, lo miraron como si las entendederas, por podridas, le chorrearan por las orejas.

Capítulo 20

Caltha Celeste la Condenada

—Bueno —dijo Lurdun—. ¿No vas a explicarlo? Porque dicho así, Necronauta, ¡pudiera parecer que el aire malsano de este sitio haya podrido el interior de tu chirimoya! Morgo pensó unos instantes.

—No tenemos otras maneras —respondió al cabo—. Eso para empezar. Podemos, sin duda, volver por donde hemos venido. ¡Sin duda! Pues tú, Lurdun, puedes volver a tu aldea. Y tú puedes ir con él si es lo que quieres, Salvia, o puedes quizá ir a otro lugar donde tengas amigos, o familia, o conocidos… y seguir con tu vida. Pero sin la espada… eso no durará demasiado.

»Seguro que ir hasta Caltha Celeste suena peor, y cierto es —siguió diciendo Morgo, de pie al lado de Sarnax. Este era una estatua impertérrita, con las manos entrelazadas a la espalda—. Mas he aquí que, volviendo a tu hogar, Lurdun, podrás quizá abrazar a los tuyos, compartir tiempo y unas comidas calientes. Podrías quizá beber buen vino. Y podrás decirle a la familia de tu amigo Fendor que lo perdimos en un lugar tenebroso donde luchó por todos nosotros, que estarán preguntándose ahora si acaso no caísteis en el bosque en manos de Narron Hojaparda De Calderos. Pero en tal caso, Lurdun, te preguntarán: ¿Y para qué luchó? Y no encontrarás respuestas, pues nada hemos conseguido. Y además de todo, tendrás que superar la vergüenza de consolarlos y decirles que todo irá bien, aun cuando sabes que van a morir porque no quisiste enfrentarte a unos horrores.

Lurdun se revolvió en la silla, incómodo.

—Entiendo lo que dices —afirmó, y pareció que iba a decir algo más cuando se detuvo.

—No creo que pueda yo irme a otro sitio a disfrutar de nada —dijo a su vez Salvia, ceñuda y seria— sabiendo que no hice lo que había que hacer para impedir que el mundo se pierda.

Morgo asintió.

—Mas… escuchad —pidió Lurdun—. Que decís que yendo a Caltha Celeste se solucionará todo. Pero… pero la ciudad está condenada y nadie vive allí ahora. No hay discípulos, ni seguidores, ni herederos, como pensábamos. ¿Para qué vamos, entonces? ¿Cuál es el sentido de ello?

—Quizá el conocimiento se almacenó —opinó Morgo.

Sarnax le dirigió una mirada.

—¿Acaso… sabes interpretar las Marcas?

—Por cierto —asintió él—. Que todo hijo de Mor Nasur sabe, pues se nos enseña cuando empezamos a ser adultos, que no solo adiestramos nuestro cuerpo y el Termig.

—¿Termig? —preguntó Salvia en voz baja.

—El Termig es el arte de la terminación de la vida —aclaró.

—Eso es… es horrible… —opinó Salvia.

Morgo no contestó.

—¿Qué tipo de Marcas interpretáis? —quiso saber Sarnax entonces.

—Se nos enseña la Marca Común y la Marca de Etex el Viejo.

—¿La Marca Común de los Antiguos?

—La Común —confirmó él.

Sarnax asintió.

—¿Qué es… qué son las Marcas?

Morgo suspiró.

—Los Antiguos preservaban el conocimiento con Marcas, de las cuales tenían muchas, y las combinaban para formar un sentido. No es tan excepcional en el mundo nuevo en el que vivimos, pues muchos saben leer Marcas hoy en día, y las usan con diversos propósitos.

Salvia abrió mucho los ojos.

—¡Por cierto! —exclamó—. Lo dijiste y no lo entendí bien. Aquella… revelación sobre la historia de la Hoja Negra. Dijiste que estaba grabada en piedra en Mor Nasur para que todos lo recordaran… ¿Está grabada con Marcas?

—Sí —confirmó Morgo, que había olvidado que había recitado la canción para ella—. Pero muchas gentes en muchos lugares las conocen y las emplean, y las interpretan con facilidad. En particular… —añadió, mirando a Sarnax— …los estudiosos y los… hechiceros…

Sarnax no dijo nada ni se movió.

—Tal vez lo que se aprendió entonces sobre la Hoja Negra fue preservado con Marcas —aventuró Morgo—. Que no era cosa usual lo que allí se aprendió, y de conocimiento estaba la ciudad llena, preservada en Marcas, de las cuales aprendían.

—Pues bien —intervino Lurdun—. Que conozco yo las Marcas y

las he visto, aunque no sepa interpretarlas. Pero esperar que vais a ir allí y encontraréis Marcas sobre la Hoja Negra, es demasiado esperar, según yo creo. ¡Con el corazón helado por los espectros y los ánimos hundidos por la desesperación que los rodea, no tendréis ganas ni de vivir, ni mucho menos de interpretar Marcas!

—En cuanto a eso —dijo Morgo, mirando a Sarnax de nuevo—, ¿acaso puedes tú darnos alguna esperanza si vamos allí? Pues los espectros son tus asuntos, como los resucitados y todo lo demás. ¿Podrás aliviar el pesar, y la pena, y las miserias de los espectros?

Sarnax sacudió la cabeza.

—Ya veremos —susurró—. Que sin estar allí y ver su alcance y su poder, no puedo yo decir que os salvaré la mano del fuego o arderéis en él.

Morgo movió la cabeza con decisión.

—Pues eso a mí me vale —dijo—. Iré a Caltha Celeste con Sarnax, que me parece que está decidido también, y allí veremos qué sucede. Mas… amigos… nuestro acuerdo acaba aquí —continuó mirando a Lurdun y a Salvia—. No hay motivo alguno para que vengáis vosotros también, he pensado yo en lo que dura esto del hablar, pues allí solo hay peligro para vosotros, y ni con juventud ni con hachas podréis hacer frente a los espectros.

El anciano aplaudió con los ojos encendidos por un brote súbito de alivio.

—¡La muchacha no va! —exclamó—. ¡Tan hermosa! ¡Volverá por donde ha venido y salvará la vida!

Pero Salvia se incorporó, arrastrando la silla con violencia, la tez encendida como si hubiera pasado un largo tiempo junto a un fuego.

—¡Pues gracias, y muchas gracias otra vez, por decidir por mí! —exclamó subiendo el tono—. ¡Que he pasado por cosas que no debía pasar, y he salvado la vida de algunos de los que aquí estáis, por cierto, con mi juventud como única herramienta! ¡Y que si pensáis que ahora me quedaré aquí sentada, toda lánguida y pensativa, mientras vosotros vivís el último tramo de esta peripecia, estáis más errados que el sol saliendo por el oeste y no por donde debería, mil tuétanos de vaca esparcidos por el suelo de un palacio en llamas!

Se produjo un profundo silencio en la cabaña mientras todos consideraban sus palabras, y luego, todos al unísono, arrancaron a reír. La vieja cabaña pareció recobrar un poco el viejo aliento que debió de haber tenido hacía ya muchas primaveras, y hasta el anciano pareció más joven.

Las carcajadas duraron un rato, excepto la de Sarnax.

Él no reía.

Sarnax Genta el Instructor, el Maestro, de la Orden del Cráneo, confabulaba en silencio.

2

Durante un buen rato todavía, Morgo y Lurdun, y también Salvia Túneles, estuvieron contándole al anciano el asunto de la Hoja Negra, pues él había oído las leyendas y estaba en disposición de decir si algo de aquello había llegado hasta sus oídos. No le sonaba nada de todo aquello, mas cuando mencionaron a Iana Delorne, sus viejos ojos cansados recuperaron algo de vitalidad.

—Iana Delorne… —susurró—. Delorne, Delorne, Delorne… Pues… ¡Pues por cierto, sí! —exclamó ahora con renovado entusiasmo—. Las buenas leyendas del lugar hablaban de ese sitio…

—Era una mujer —le aclaró Morgo—. ¿Aún la reconoces?

—Una mujer, un sitio… —respondió el anciano—. Tanto da, pues las leyendas hablaban de ese lugar de conocimiento que antes has relatado, que me quedé pensando yo en eso y recordé. ¡Las buenas leyendas, que las hubo, las historias buenas que hablaban de Caltha Celeste cuando era una ciudad luminosa, y buena, y prosperaba apartada del resto del mundo aun cuando sabéis lo difícil que es prosperar lejos de los caminos por donde marchan los comerciantes.

—Así es —confirmó Morgo.

—Pues existía un lugar, o una mujer en un lugar, que era una estudiosa, y allí dedicaba su larga vida a aprender del mundo como era antes.

—Mas… —intervino Salvia—. ¿Por qué precisamente en Caltha Celeste? Si tan apartada estaba, lejos de todo, ¿no le sería más difícil encontrar conocimiento del que aprender? Diría yo, si fuera a estudiar las cosas y aprender de ellas, que elegiría un lugar ubicado en medio de todo, que pudiera ir yo hacia el norte y encontrar cosas muchas de las que aprender, y luego al sur, y al este…, viajando cada vez un poco más lejos.

El anciano negó con la cabeza.

—No, no —repuso él—. Ese lugar donde esa mujer estudiaba… era un lugar de los Antiguos. Y en él había mucho conocimiento almacenado, del que ella tenía para servirse aun con todo lo que había vivido, que era mucho más del que se presta a todo hombre y mujer común.

—Así es —asintió Morgo, excitado—. ¡Son buenas novedades!

—No parece distinto a lo que ya sabíamos —opinó Lurdun, dubitativo.

—Pues espera —dijo Morgo, dirigiéndose al anciano—. Antes has dicho que Iana Delorne era un lugar, y no una mujer. ¿Sabes acaso cómo era tal lugar? ¿Se hablaba de ello en la leyenda?

El anciano asintió con gravedad.

—Por cierto que sí —afirmó—. Pues el sitio era diferente a todo

lo que el hombre ha construido, y hasta donde sé, debe de seguir allí, pues fue… construido por los Antiguos.

—¡Por mis bigotes! —soltó Lurdun.

—Caltha Celeste se levantó alrededor de tal sitio, pues era grande y ofrecía buen refugio. Una suerte de torre circular con escaleras para unir las diferentes plantas, con un hombre alado esculpido en la parte más alta. Estaba cubierta de plantas por entonces, y el viento y la lluvia habían hecho mella en la escultura, pero aun por entonces se veía majestuosa y hermosa a la vez, y muchos de aquellos hombres y mujeres lo consideraron un buen presagio. Mas escuchad ahora, pues el edificio, además de grande, era… celeste.

—Caltha Celeste —susurró Salvia sonriendo.

—Por las ánimas y los reaparecidos —exclamó Morgo—. No se menciona nada de eso en la leyenda de la Hoja Negra que llegó a Mor Nasur.

El anciano se encogió de hombros.

—¿Tenemos un objetivo entonces? —preguntó Lurdun—. Pues así se diría.

—Y así es —respondió Salvia.

Morgo miró a Sarnax.

—¿Nos ayudarás pues? —preguntó.

Sarnax estaba mirando otra vez por la ventana, sin que sus facciones revelaran nada de sus pensamientos.

—Como si pudiéramos hacer otra cosa más que lo que se debe hacer —fue su respuesta.

Durante un rato, ninguno dijo nada.

3

Era ya de día cuando se reunieron en la puerta de la casa, pues decidieron dormir un poco bajo el techo de madera mientras tenían oportunidad de hacerlo, pues en lo sucesivo tendrían que buscar oportunidades para hacerlo bajo el cielo descubierto. Sin embargo, la luz del día era extraña, pues el cielo estaba encapotado y la tonalidad del aire traía tintes inusuales, como violáceos, y una bruma densa se arrastraba entre los árboles secos y muertos.

Habían dormido bien, sin embargo, aun cuando lo hicieran en el mismo suelo y sin más abrigo que unas pocas ropas viejas. Pero a pesar de ello Salvia no las tenía todas consigo, pues la apenaba dejar allí al anciano, que no disponía más que de hierbas salvajes para roer.

—No te apenes —le dijo él con una sonrisa—. Pues estoy donde he decidido estar, y eso no es poco, dadas las vidas que llevan algunos. ¡Mucho he vivido, y he visto y hecho cosas! Mas aquí me quedo, sabiendo que me reuniré con los míos allí donde no hay hambre ni frío. Mas… ¡ay! no estaré muy feliz sabiendo que partes hacia un destino funesto, llevando contigo el regalo precioso de tu juventud. ¡Es cosa propia de jóvenes no valorar tal don!

—También yo he elegido —repuso Salvia—. Y como tú dices, hay dicha en la elección, que muchos no pueden. ¡Y si es funesto o no, está por verse, que estos hombres que ves aquí tienen recursos que no sospechas!

El anciano lloró y ocultó su rostro entre las manos.

—¡Adiós, anciano! —se despidió Lurdun.

—Buena suerte y que tengas un buen día —añadió Morgo—. Gracias te damos por el conocimiento que has compartido, pues nos será más que útil en lo que hemos de hacer.

—De lo que vais a hacer no he comprendido yo mucho, si acaso lo habéis dicho, mas debe de ser cosa importante para elegir Caltha Celeste como destino, pues nadie de los que saben lo que allí pasa elige dar con los huesos en aquel lugar. Mas está bien —añadió—. Que cada uno debe hacer y estar donde siente que toca.

—¡Dime tu nombre al menos, para que recordarte pueda! —le rogó Salvia.

—Lazo es mi nombre, y Ecentia el de mi familia. Que ese nombre dejo. ¡Pues si preguntáis por ese nombre en el hogar y la casa de muchos nobles y altos señores del mundo, os hablarán de los aromas que vendíamos, y de como muchos encontraron el amor con ellos!

—No es un mal legado —dijo Morgo sonriendo.

Sarnax se dio la vuelta y empezó a andar ya en la dirección que Lazo les había indicado antes, sin despedirse ni decir cosa alguna, y viéndolo partir, Lazo se aproximó al rostro de Salvia con el fin de

susurrarle al oído:

—Guárdate de ese —le advirtió—. ¡Que mirándolo a los ojos se siente uno sentado en la plaza de Caltha Celeste mirando de cara a los espectros!

Salvia soltó una pequeña carcajada disimulada.

—Razón no te falta, Lazo —le susurró—. Pues es un señor de los muertos… Y quieran las cosas que lo que asusta de él pueda ser quizá nuestro mejor valedor en tal sitio.

—¡Ve ahora! —se despidió Lazo—. ¡Que alcances tú mi edad en alguna otra parte, y estando así no recuerdes qué es la soledad!

Se dieron la mano, mas aun después de un rato caminando entre árboles, ella lloraba todavía aun con una sonrisa en el rostro.

—Mucho cariño le has tomado a ese anciano en muy poco tiempo —dijo Lurdun, que caminaba a su lado.

—Un hombre que regaló al mundo el olor de las flores, y que cuando perdió a su familia regresó al lugar donde la vio nacer y crecer para reunirse con ellos prontamente, aun cuando eso significa perder la vida propia, rodeado de frío y de oscuridad en sus últimos días… Dime, Lurdun, ¿sabes de un héroe más reconocible?

Lurdun pensó en ello durante un largo rato, mas no dijo nada porque no sabía, en verdad y pensándolo bien, designar un héroe con más méritos.

4

Caminaron a veces hacia el nordeste y a veces hacia el noroeste, tratando de encontrar un camino o senda que llevara hacia Caltha Celeste, pero si alguna vez lo hubo, había desaparecido. Pero para bien o para mal, la vegetación por allí no era demasiado abundante, pues la tierra estaba muerta y tan solo las raíces nudosas de los escasos árboles sobresalían del suelo como si, incapaces de hallar agua en el subsuelo, se retorcieran hacia arriba para alcanzar, quizá, un poco de lluvia, y el paso se hacía ligero.

—Pues quizá debimos de haber ido primero a una armería o a la casa de un herrero para armarnos con buenos hierros —dijo Lurdun mirando el hacha que llevaba en la mano—. Pues vamos por estos lugares prácticamente desarmados.

—Buen hacha llevas —observó Salvia.

—Más que hacha, ¡hachuela! —exclamó Lurdun—. Y nuestro amigo el Necronauta, ¿qué lleva? Una espada absurda con una hoja curvada no una sino varias veces, que parece hecha para sacar las esencias de los troncos de los árboles más que para combatir.

—¡Y mi cayado! —declaró ella. Y mirándolo, pensó alguna cosa y dijo—: ¡Qué descuido! Debí tal vez dejárselo al anciano, acaso le sirviera mejor que a mí.

—No le vi yo falta al andar —dijo Lurdun—. Mas su corazón quería marchar, ¡y ese bastón es demasiado útil y hermoso como para dejar que críe telarañas en una cabaña abandonada!

Morgo se les acercó en ese momento.

—Bajad la voz —advirtió con voz queda—. Tenemos ya demasiados ojos y demasiados oídos puestos sobre nosotros.

—¿Ojos, dices? —preguntó Lurdun con prudencia.

—Ojos, sin duda. Y oídos.

Lurdun miró alrededor. A la izquierda había un grupo de árboles retorcidos que en otro tiempo debieron de formar parte de una hermosa pieza en el conjunto de cuanto veían, y alrededor de estos había rocas desgastadas que formaban una suerte de río frío. Y del otro lado descendía el terreno por una pendiente suave hasta lo que debió de ser una antigua cañada, mas por allí no discurría agua alguna, ni al decir de Morgo la había habido nunca. Pero la bruma no permitía ver mucho más allá de todas maneras, y a cierta distancia, a lo lejos, vio cimas retorcidas de unas montañas bajas. Pero no vio ojos, ni oyó nada más que los pasos propios.

—Yo iré detrás de vosotros —decidió Morgo, y aminoró el paso para seguirlos de cerca.

Asintieron en conformidad y no dijeron nada. Mas en ese silencio miró mucho Salvia alrededor e incluso atrás, sin conseguir ver ojos. Ni

oídos.

La bruma era fría, y cuando comenzaron a subir por una loma pedregosa donde los árboles desaparecían de la vista, pareció que se cerraba alrededor de ellos. Uno podía tener a un compañero a algunas brazadas de distancia sin ser capaz de verlo, tan densa y tupida era. Tenían además el cabello húmedo, y una pátina de agua adherida al rostro que, por mucho que retiraban con el antebrazo de vez en cuando, volvía a salir. Por ello, agradeció Salvia el buen paso de la marcha, pues se dijo que si no estuviera en movimiento sentiría un frío tan atroz que terminaría por acusar un resfriado importante.

A Salvia no se le pasó que Lurdun no dejaba de mirar alrededor, inquieto.

—¿Has visto quizá alguna cosa? —le preguntó ella en voz baja.

Él negó con la cabeza.

—No —dijo—. Y ese es el problema: que no veo yo cosa alguna. No hay conejos, ni animales, pájaros, ni nada que podamos cazar. ¡Pues llevando mi honda nunca me ha faltado alimento a mí teniendo el cielo sobre mi cabeza!

Salvia miró la honda trenzada que llevaba colgando del cinto y asintió. También era una herramienta muy común entre las gentes de Puntapié, sobre todo para cazar animales.

—Sí —susurró—. Lo he advertido. El silencio aquí es tan grande que uno siente la respiración propia, como si…

—Como si uno estuviera encerrado consigo mismo.

Salvia asintió.

—Pues… ¿qué comeremos, entonces? —se preguntó—. Todo este sitio parece…

—Muerto —terminó Lurdun.

Pero más que la comida, a Salvia le preocupaba el agua. No había bebido nada desde hacía tiempo, y si ya en las lóbregas profundidades del nigromante tenía sed, ahora sentía que la lengua se le pegaba a los dientes después de hablar. Y diciendo eso, se pasó el antebrazo por la cara y lo lamió con discreción, pues un poco de agua era mejor que ninguna.

Pero sí, había algo ominoso en el aire, en el tono del cielo, en el silencio sepulcral y en la bruma espesa que parecía estar en todas partes todo el tiempo. Y era extraño, pensó Salvia, porque aunque no pareciera haber caza por parte alguna, sí que tenía la sensación de estar siendo observada.

En todo momento.

—Allí hay un paso —dijo Lurdun—. Pero mira… Sarnax el Inquietante ya se dirige hacia allí.

Salvia sonrió.

El apodo le pareció ocurrente.

Realmente todo en él era inquietante: su aspecto, su cráneo desprovisto de pelo, su altura, sus ropas; pero también su manera de andar, con los brazos ligeramente retrasados y su paso decidido, como si anduviese por una llanura en vez de trepar y trepar.

Pues se acercaban a un cerro rocoso que cerraba el valle por ese lado. Entre las rocas desnudas y puntiagudas había un brazo de tierra que lo dividía.

—Esperemos que el terreno descienda ahora —dijo con la respiración agitada—. ¡Que no hemos hecho más que subir y subir!

—Cierto es —asintió Lurdun en voz baja—. Parece que sabe muy bien a dónde se dirige, el nigromante este. Demasiado bien, me parece, para no haber estado jamás en estos lugares. Me pregunto si no habrá un camino en alguna parte, uno que hayamos pasado por alto. Que cuando el anciano dijo cuatro días de camino, tal vez se refería a caballo, y por senderos que alivien la marcha.

—Es buena inquietud la tuya —respondió ella—. Me pregunto si Morgo…

Mas cuando miró hacia atrás, divisó a Morgo parado en la pendiente, con la espada serpentina en la mano.

—Lurdun —le advirtió ella.

Lurdun se volvió a tiempo para ver cómo Morgo levantaba el brazo con rapidez y golpeaba algo en el aire. Salvia dio un respingo, pues ese algo se quebró en dos pedazos y se detuvo como por arte de magia, y distinguió ella en los pedazos los restos de una flecha.

Morgo gritó:

—¡MALICIAS!

Más flechas emergieron de la bruma, cruzando el aire a una velocidad tal que dejaron una estela plateada, como telarañas, y Morgo las paró todas dando estocadas tan rápidas como certeras.

Sarnax se dio la vuelta con repentina brusquedad, la mirada torva en el rostro impasible.

Salvia cayó al suelo con repentina violencia sin saber qué ocurría, pues Lurdun acababa de empujarla. Se quedó tendida, confusa, mientras varias flechas pasaban zumbando por encima de su cabeza, y en eso, Lurdun lanzó un grito a caballo entre el dolor y la rabia.

Pudo Salvia levantar la cabeza, apenas un poco, pues se daba cuenta de la situación, y vio a Morgo moviéndose como solo él sabía hacerlo, rompiendo cuantas flechas eran lanzadas contra él, fuera solo

una o de tres en tres. Mas del enemigo no se veía nada, oculto por la bruma como estaba.

De pronto, un golpe de viento tempestuoso le revolvió los cabellos mojados e hizo tremolar los restos del vestido andrajoso que aún llevaba, y cerró los ojos un momento porque el viento arrastraba polvo y tierra del suelo, mas cuando volvió a abrirlos, vio que la bruma se había dispersado en gran medida, y allí descubrió unas figuras encorvadas, delgadas como hombrecillos famélicos, los estómagos hundidos pegados a la espalda y los brazos delgados como los huesos, las cabezas desproporcionadamente grandes y desprovistas de pelo. Pero llevaban arcos, y algunos portaban espadas, y todos juntos conformaban al menos un número demasiado elevado para echarles cuentas.

—¡Ay! —gimió.

Morgo aprovechó para correr hacia ellos. Las malicias chillaron con voces agudas, y los arqueros intentaron huir saltando entre las rocas pequeñas dispuestas por el suelo como por capricho, mas Morgo las alcanzó con facilidad y les dio muerte con golpes certeros, letales y tan rápidos que aun muriendo comprendieron las malicias qué pasaba.

Otro golpe de viento alejó la bruma un poco más arriba, y mirando vio Salvia lo que ocurría. Era Sarnax, con ambos brazos extendidos, conjurando algún hechizo que dispersaba la bruma y la arrojaba lejos, y revelaba con ello a los enemigos.

Entonces oyó un jadeo dolorido cerca de ella.

—Lurdun —susurró.

Mas cuando lo localizó a su lado, estaba arrodillado en el suelo, y con la mano diestra quebraba una flecha incrustada en el hombro opuesto con una expresión de dolor en el rostro.

—¡LURDUN! —gritó.

Un buen número de flechas volaron hacia Sarnax, mas cuando estaban a punto de atravesar su cuerpo, se quebraban en el aire sin que nadie las tocara, como si el nigromante estuviera rodeado de un escudo invisible. Entonces lo vio Salvia aparecer por el margen de su visión, moviéndose a apenas un palmo del suelo, las piernas juntas, inmóviles, pero deslizándose a buena velocidad hacia sus enemigos, y con los ojos muy abiertos lo vio señalar a las malicias caídas, las que Morgo había matado, y estas se sacudieron con violentos espasmos y se levantaron entre temblores y estremecimientos, la carne parda como tierra volviéndose gris y descolorida, los ojos vueltos hacia arriba y las bocas abiertas congeladas en un grito de horror.

—¡Ay, no! —exclamó, y trató de concentrarse en Lurdun a pesar del miedo que experimentaba—. ¡Lurdun! ¿Te encuentras bien?

—Un escudo —rabió este entre dientes—. Debí traer uno cuando tuve la oportunidad. Pues por Drokk, ¡que un guerrero de Umbralia no se quedará dolorido si hay un combate delante!

Y diciendo eso se incorporó y se lanzó a correr hacia las malicias.

—¡Lurdun, no! —gritó Salvia.

Mas al cabo, se encontró mirando cómo los tres hombres luchaban, y vio cómo las malicias que el nigromante había resucitado se volvían contra los suyos y luchaban con ellos, mas no con armas, sino con garras y dientes. Y saltó la sangre y cayeron los cuerpos, y el hacha de Lurdun describió arcos en el aire para hundirse en la carne dura como el cuero, y Morgo se enfrentó a cinco, a diez de aquellas malicias sin mudar el rostro de expresión, hasta que los que quedaron salieron corriendo entre gritos, algunos abandonando el arma que llevaban encima y dejándola caer, y los resucitados de Sarnax fueron tras ellos, perdiéndose en la bruma.

—Por los senderos y los que cuidan de los senderos —dijo Lurdun, llevándose la mano al hombro atravesado por la flecha—. No esperaba yo esta emboscada.

—¡Os hablé de esto! —soltó Morgo—. ¡Mucho tiempo llevaban tras nuestra pista esas alimañas! Tardos salvajes del norte, me parece, más grandes y más fuertes que los que conocemos, y bastante más hábiles.

—¿Tardos con… arcos y flechas? —se extrañó Lurdun.

Morgo miraba uno de los cadáveres.

—Tardos —confirmó—. Reconocería sus feas facciones aquí, allí, y más allá aún.

—Pero… ¿qué… querían? —preguntó Salvia.

—Nuestra carne, para empezar —dijo Sarnax acercándose—. Mas sigamos ahora. ¡Ya casi hemos llegado!

—Espera —lo detuvo Salvia—. Lurdun está herido.

Morgo se volvió con rapidez.

—¿Cómo? —preguntó acercándose.

—No es nada —dijo el hombre con desdén—. Una flecha, pero en el hombro.

Salvia recordó de pronto que Lurdun la había empujado al suelo, al principio de todo, y que haciendo eso la había salvado de dos flechas que hubieran atravesado su cuerpo. De no ser por él, se dijo, estaría ella tumbada en el suelo, muerta, de vuelta en el Cenobio, preguntándose qué habría pasado. Le dedicó una mirada de gratitud.

—Has tenido suerte, luchador —dijo Morgo—. Sin embargo, la punta está dentro. Hay que sacarla o acabarás mal.

—Lo sé —susurró Lurdun apretando los dientes.

—Va a doler… —lo avisó Morgo—. Si tuviera algunas herramientas sería mejor. Pero sin ellas…

—¡Lo sé yo eso! —exclamó Lurdun—. ¡Mas hazlo ahora! Que puedo yo manejar el dolor, pero la anticipación de este me pone enfermo.

Morgo asintió, y con la punta de la espada serpentina empezó a hurgar en la herida mientras tironeaba del trozo de flecha con la otra. Lurdun apretó los párpados, ahogando un grito con la boca abierta. Sus piernas se movían como si tuvieran vida propia. Salvia, que no conocía esas prácticas tan habituales en los campos de batalla, se llevó las manos a la boca, horrorizada, mas cuando estaba a punto de gritar pidiendo que se detuviera, el fragmento de flecha abandonó el cuerpo, la punta horrible cubierta de sangre.

—Por los muertos y sus sepulturas —soltó Lurdun—. Creo que antes… cuando era más joven… soportaba mejor estas cosas…

Morgo negó con la cabeza.

—No te avergüences —dijo mirando la punta de flecha—. Esta pequeña bestia es más grande de lo habitual. ¡Mira! Tiene las puntas hacia atrás, para que se enganche en la carne y la desgarre al sacarla. ¡Mira te digo! Esos tardos salvajes nos querían muertos y bien muertos.

—Así dolía —manifestó el luchador—. ¡Que pensaba que me ibas a sacar el hueso por la herida!

—Hay que cerrar la herida —dijo Salvia mientras miraba la sangre manando abundante del agujero. Era aparatosa y corría por el brazo en líneas muy rojas, goteando hasta el suelo.

Se rasgó uno de los jirones que colgaban del vestido y terminó de arrancarlo con fuerza. Luego rodeó el hombro y compuso un nudo fuerte que mantenía la herida tan cerrada como era posible.

—A falta de otra cosa —dijo, soplando con fuerza para apartar los cabellos de su cara—, esto tendrá que servir por ahora.

—Que una muchacha se prive de su vestido, con el frío que hace, para que un hombre como yo se recupere —manifestó—. En verdad te digo que estoy en deuda contigo…

—No digas cualquier cosa por la boca tuya —replicó Salvia incómoda—. Aquí hacemos lo que hay que hacer para ayudarnos todos.

—En todo caso —terció Morgo—, toma un poco de bellasabia para recuperarte enseguida, que para cuando lleguemos a Caltha Celeste ni te acordarás de la herida. ¿La llevas contigo, o acaso la tenía Fendor?

—Conmigo la llevo —respondió—. En el cinturón.

Y hurgando con la mano sacó el valioso tesoro de Umbralia y lo sostuvo entre los dedos para que todos lo vieran.

—Tripas y órganos, sulfuros y maleficios —susurró Sarnax—. Que la sangre se me vuelva arena en el cuerpo si eso no es…

—El remedio del rey —lo interrumpió Morgo.

Sarnax inclinó la cabeza con una media sonrisa en el rostro.

—¿Cómo es que lo tenéis, y en tanta cantidad? —preguntó despacio.

—Una cosa te diré, Sarnax Genta de la Orden del Cráneo —dijo Lurdun de repente—, pues veo el brillo de la fascinación en tus ojos, por primera vez desde que nos conocemos, aunque haga poco de esto. Te digo pues: ¡Si esto acaba bien y conseguimos volver al hogar con el deber cumplido, yo mismo te diré cómo se produce! Hago juramento de ello, y Morgo Palis y Salvia Túneles son testigos.

Salvia asintió con gravedad.

—Tú… ¿me enseñarás? —preguntó despacio, confundido—. ¿Así que tú… conoces el secreto de su elaboración? —añadió, llevándose una mano a la barbilla—. Si es así… sin duda desconoces el verdadero poder de un poco de eso que sostienes con tanta irreverencia… pues en las manos adecuadas este prodigio podría…

—Lo conozco y te enseñaré —lo interrumpió Lurdun—. He hecho juramento.

Sarnax asintió, mas no parecía muy complacido.

Y Lurdun tomó un poco con el dedo y se lo pasó por los labios, los cuales acarició después con la lengua.

—Deberíais tomar un poco también —dijo entonces a los otros—. Pues no parece que haya por aquí cosa alguna que cazar y comer, y aún menos que beber. Y queda un largo camino por delante.

Sarnax abrió mucho los ojos, el rostro contraído por una mueca de disgusto.

—¡Vais a desperdiciar el remedio del rey en engañar a vuestras tripas, por no escarbar en el suelo y sacar gusanos y lombrices de él, o no asar uno de esos cadáveres para roer sus huesos y dejarlos limpios sobre la tierra! —bramó.

—¿Comer… tardos? —preguntó Lurdun, confundido, pues tal cosa no la había oído nunca ni se le había pasado por la cabeza.

—No comeré yo tal cosa, si puedo evitarlo —declaró Morgo—. Y antes que los gusanos prefiero la bellasabia, si se me permite.

—Es un ruego —dijo Lurdun con amabilidad, extendiendo lo que aún quedaba de aquella bola hacia él. Y Morgo y Salvia tomaron un poco con el dedo y se lo llevaron a la boca para alimentarse con eso.

Sarnax parecía furioso.

—Inconscientes… salvajes… ¡Sois como unos perros tragándose un delicioso manjar! Un buen filete de carne salpicado con sales del mar, de un solo bocado, ¡sin que haya tenido tiempo de masticarlo o saborearlo! —gruñó.

Salvia torció la cabeza y sonrió.

—¡Guau! —exclamó de repente.

Y ante esa ocurrencia rieron Morgo y Lurdun con ganas, y también Salvia, aun cuando la herida en el brazo del luchador protestaba con cada carcajada, mientras Sarnax se daba la vuelta y empezaba a alejarse.

Y dolía como hierbas curativas sobre una herida sangrante, sí, pues escocían como ascuas; mas a Lurdun no le importó. Prefería risas como aquellas, en particular en aquel sitio funesto, aun cuando doliese, pues como la propia Senepia Lucerna, la Primera Herbolaria de Umbralia, valedora del secreto de la bellasabia, decía siempre: «A falta de hierbas o vendajes limpios, las risas y las sonrisas son siempre la opción más curativa de todas».

Pero estando en eso, Salvia se interrumpió de repente, pues Sarnax se había acercado a uno de los cadáveres y, arrodillándose junto a él, había puesto su palma a escasa distancia de la frente del muerto.

—Mirad —dijo de repente.

—¿Qué está… ? —empezó a decir Lurdun.

—¿Puedes incorporarte? —le preguntó Morgo.

Lurdun asintió, y mientras lo hacía, el Necronauta y la muchacha lo ayudaron. Mas acercándose donde Sarnax estaba, lo oyeron decir:

—Vuelve a mí, rata.

—¿Sarnax? —lo llamó Morgo.

El nigromante no le hizo ningún caso.

De pronto, el cuerpo sin vida del tardo salvaje abrió los ojos y la boca a la vez, mas sus ojos eran blancos, y de sus dientes faltaban unos cuantos y el resto estaban amarillos y torcidos.

—¿Puedes hablar, bestia?

—Ssssí puedo —dijo el tardo de repente.

—Por toda la sangre que se ha derramado en el mundo —soltó Morgo.

—¿La criatura habla? —preguntó Lurdun casi a la vez, tan sorprendido como Morgo. Salvia no había visto nunca un tardo, ni había oído hablar de ellos, pero le sorprendió que una criatura tan extraña como aquella pudiera hablar con voz tan clara, por gutural y extraña que sonara, como si se expresara a través de un atasco de sangre en la garganta.

Se llevó las manos a la boca, vivamente impresionada.

—Háblame de Caltha Celeste —le ordenó Sarnax.

—Déjame irrrr, nigromante —lloriqueó la criatura—. He cumplido mi propósito aquí…

—Te dejaré ir cuando hables —exclamó Sarnax—. Que si no respondes a mis preguntas, te dejaré en este estado para siempre. Y ni aquí ni allí sufrirás tormento y serás extraviado.

El tardo se revolvió, gimoteando durante un rato, hasta que volvió a calmarse. Un hilo de sangre escapó de su boca inmunda y resbaló por el cuello.

—No la llamamos asssí —escupió—. Caltha Celeste. Ni siquiera reconocemos el colorrrr. Ya hace tiempo que no. Para nosotros es el Cono Púrpura, pues allí todo esssss púrpura.

—¿Qué hay allí en el Cono Púrpura? —preguntó Sarnax.

Los otros tres miraban tan fascinados como aterrorizados.

—¿En el Cono? Nunca vamos. ¡No se puede! El camino esssstá cerrado. Pertenece a un plan.

Sarnax arrugó el gesto.

—¿Qué plan es ese?

La criatura volvió a retorcerse, como si sufriera grandes dolores.

—¡Dolorrrr! —exclamó—. ¡Déjame ir, nigromante! Conocessss las reglas. ¡Las conoces! No se puede hablar del plan… aquí… entre los vivosss…

Sarnax inclinó la cabeza, como si pensara con rapidez.

—¿Cómo conseguimos entrar en el Cono? —preguntó.

—Cuando todo esté dispuesssto, no antes, ni despuésss, nigromante. Pues en el momento que Es, el Provecto ejecutará. Lo. Lo. Lo-lo-lo-lo sabesss.

—El Provecto —susurró Sarnax, pestañeando mucho.

Mas entonces la cabeza del tardo empezó a vibrar como el cascabel de una serpiente, y los ojos blancos se hincharon en sus cuencas y la boca se abrió más allá de lo que sería posible y se quebró con un crujido espantoso. La sangre manó abundante por las grietas de la piel, y los ojos resbalaron por la cara horrible convertidos en una gelatina espantosa, como clara de huevo podrida.

Salvia dejó escapar un grito breve y se dio la vuelta para no ver más.

—¿Qué… qué acaba de ocurrir? —preguntó Morgo.

Sarnax no contestó.

—¿Qué es el Cono? —quiso saber Lurdun mientras abrazaba a Salvia.

—Y dinos también…, ¿quién o qué es el Provecto? —lo interrogó

Morgo.

Sarnax se pasó una mano por la frente, como si acabara de recibir una noticia que no esperaba y que no fuera agradable, por añadidura.

—¿Sarnax? —insistió Morgo.

El nigromante suspiró.

—El Provecto… —susurró, como si hablara para sí mismo, intentando poner sus ideas en orden— …es el constructor de líneas maestras del Kuxtal. No es… alguien, ni algo…, no como pensamos —siguió diciendo—. O no que se sepa. Es como una fuerza, una regla. Es solo un nombre. Es algo que ocurre, como el Kuxtal. Es inevitable. El Provecto es guardián y protector, y si algo se sale de su eje, si algo se desvía…, el Provecto rompe, reconstruye, arregla. El Provecto puede hacer eso.

Morgo y Lurdun intercambiaron una mirada.

—Está bien, Sarnax Genta —dijo Morgo despacio—. No estamos seguros de entender tus palabras. Mas dinos, con sencillez, ¿cómo afecta eso a nuestro plan? ¡Dinos al menos eso! Pues pareces contrariado, y no creo yo que eso sea bueno.

Sarnax andaba ahora de un lado para otro, cavilando con la cabeza gacha.

—No estoy yo seguro, Morgo Palis —respondió al fin—. Pues igual que una oveja se come el pasto pero no entiende qué es lo que lo hace crecer, ni sabe nada de nutrientes en la tierra, o del círculo del agua en el mundo, o por qué las plantas necesitan el sol y cómo lo usan, esta prisión de carne donde estamos encerrados no puede comprender ciertas cosas. No es posible, y está planteado así. La estructura de nuestras entendederas y lo que cabe en ellas y lo que no es un cierre de precaución construido para preservar ciertos… secretos, así que ni pensando yo sobre ello durante cien veces cien primaveras podría yo decirte que tal cosa es tal cosa.

—Sigues saltando de una piedra a otra sin dirigirte a lado alguno —insistió Morgo—. Te lo preguntaré con sencillez: ¿Qué te ha hecho quedarte tan consternado?

Sarnax lo miró a los ojos.

—¿Qué te cuesta tanto entender, Morgo Palis? —exclamó ahora con algo más de enfado turbando su voz—. ¡Dices que lees las Marcas, pero así trace yo una en tu pecho usando un puñal que parece que no te vayas a dar cuenta! Lo que se nos dijo en el Cenobio no estaba completo. Pues nos dijeron… ¡Todo está cumplido! Y nos dijeron: ¡El Kuxtal tiene su camino! Y añadieron: ¡Aquí no hay nada imprevisible! Eso he oído yo siempre. ¡Pues escucha ahora! Si el Provecto interviene, es porque algo no está en el sitio suyo. Hay una línea que

se ha soltado, que no tiene final, no encuentra pareja, se ha salido del surco, hay un pez que no está en el agua… ¿Me entiendes ahora?

—Significa… —dijo Salvia entonces—. Significa que una línea del destino está… se ha quedado… ¿sin destino?

Sarnax la miró con cierta admiración.

—Así es, Salvia Túneles —asintió—. Por eso vine yo, pensando que éramos ejecutores de un plan maestro. Mas ahora…, ahora no sé cómo acabará esto.

—¿Que este asunto que nos traemos puede salir mal, dices? —preguntó Lurdun, y rompió a reír—. Pues para saber eso no hace falta… consultar con los muertos ni estudiar tanta hechicería. ¡Las cosas son como son! A veces salen, a veces no. Los Antiguos cayeron, lo perdieron todo. Ahora puede ocurrir lo mismo con la Hoja Negra y el demonio atrapado en ella. Mas escucha tú ahora: si sale mal y todo se destruye o desvanece, ¡te doy yo promesa de algo! Que en algún lugar, en alguna parte, alguien prevalecerá. Un hombre y una mujer sobrevivirán al desastre, venga como venga, y lo empezarán todo otra vez, así como la brizna de hierba arraiga en un muro y creciendo lo revienta y lo echa abajo con el paso del tiempo. Pues la vida persevera y prevalece sobre toda muerte. ¡Cree esto, pues es cierto!

Salvia, súbitamente maravillada por sus palabras, sonrió.

—Puede que tengas razón, luchador —susurró Sarnax el Instructor, de la Orden del Cráneo. Y mirando al pequeño paso de tierra en el cerro rocoso, añadió—: En todo caso, vamos a averiguarlo muy pronto, me parece. Muy muy pronto.

6

Cuando miraron todos hacia donde Sarnax señalaba una vez alcanzaron lo alto del cerro, casi caen al suelo hasta quedarse sentados en sus propios traseros, pues desde allí la vista les ofrecía un espectáculo inimaginable, tan aterrador como maravilloso.

Era, como el tardo salvaje había dicho, un cono púrpura, claramente definido en la línea del horizonte, como un tornado vuelto del revés, la parte gruesa cerca del suelo, la estrecha mezclándose con las nubes, y como congelado en el aire. La tonalidad violácea del ambiente parecía salir de allí, pues el tono en aquel lugar era mucho más predominante, y allí era, notoriamente, Caltha Celeste.

Rodeado de árboles, un grupo de edificios palidecía entre una neblina evanescente, y parecía desde la distancia estar como en llamas, pues lo que semejaban unas lenguas de fuego espectrales arañaba el cielo morado.

Entre ellos y Caltha Celeste, una suerte de bosque antiguo, ahora echado a perder, pues más se acercaban los árboles a los edificios, más asfixiados se mostraban, y sus pálidas ramas parecían quebradizas y frágiles, como si hubieran sido parcialmente devoradas por un fuego de carácter mágico.

—Cien veces cien aguijones me perforen el cráneo —soltó Morgo—. ¿Qué es…, qué es eso?

—Caltha Celeste, sin duda —susurró Sarnax con tono majestuoso—. Caltha Celeste la Condenada, si alguna vez he visto alguna condenación.

—¿Caltha… Celeste, dices? —inquirió Lurdun, dubitativo—. Mas no es posible… ¿Cómo puede ser, si llevamos andando poco más de medio día, y desde aquí hasta esa… cosa… hay otro medio día más? Pues Caltha Celeste debe de estar mucho más lejos, y no podríamos verla siquiera desde este cerro.

—Es Caltha Celeste, Lurdun de Umbralia —afirmó Sarnax con la voz profunda—. ¿Qué otra cosa podía ser en este lugar? ¡Pues mira los tonos del cielo! Todo parte de allí. Es centro y cosa notoria, y por nombre tiene el que hemos pronunciado ya demasiadas veces, dada su naturaleza. Pues mirando al anciano pensé… «¿cuatro días de camino para su ritmo o para el nuestro?» Y aunque fuera una especie de acuerdo entre las gentes que desde la zona fueran cuatro días, como suele ser habitual, pensé… «no es posible». Cuatro días de camino es mucha distancia. Algo tan grande no puede haber pasado desapercibido hoy en día en modo alguno, pues pensad: el mundo vuelve a llenarse y los caminos se transitan a menudo, y siempre hay clanes o familias dispuestas a ir más allá de los lindes conocidos para buscar una oportunidad, algo nuevo, virgen, ausente de gente.

—Entonces estamos a medio día de Caltha Celeste —exclamó Salvia, y dejó escapar una exclamación entre afligida y aliviada.

—Pero… ¿qué le ha pasado? —manifestó Morgo con sorpresa—. Jamás he visto ni oído hablar de algo como lo que ven mis ojos, que por inusual y descomunal me tiene la mirada clavada en ello aun cuando siento frío con solo mirarlo.

—Me pasa lo mismo, Necronauta —dijo Lurdun.

Sarnax suspiró.

—Es una infestación de espectros —proclamó—. O eso creo, pues jamás he visto yo nada parecido, ni tampoco de este tamaño. Pero reconozco señales. Los tonos morados. Las llamas que no son como las que conocéis, ni el fuego es fuego. ¿Cómo andáis de los ojos? ¿Tenéis buen ojo como de águila, o como anciano?

—Tenemos buena vista, diría —dijo Morgo.

Sarnax señaló.

—Mirad los edificios, y haciendo eso, ¡miradlos por un tiempo!

Hicieron eso, mas la distancia era mucha y tuvieron que entrecerrar los ojos y concentrarse para distinguirlos, pues por fortuna la bruma parecía haberse quedado atrapada al otro lado del cerro.

—Que me echen agua en los ojos míos —dijo Salvia de repente—. Que cuando quiero fijarme en algún edificio, se me mueve delante de los ojos y cambia por otra cosa…

—Eso lo veo yo claramente, y mi vista es tan buena como la mejor, que en el mar nos va la vida si no agudizamos las miradas —declaró Morgo.

—Entonces, ¿ves lo mismo que yo?

—Los edificios cambian su aspecto según los miras —afirmó Morgo—. Y lo que ahora es puerta luego es ventana.

—Eso me ha parecido a mí también —dijo Lurdun.

—¿Qué tipo de artificio es ese, Sanax? —preguntó Morgo.

—No es artificio, Morgo Palis —respondió el aludido—. Son consecuencias. Así como una pared de piedra se llena de musgo verde cuando está cerca del agua, ese cono púrpura es el efecto de la concentración de espectros. Tiene que haber tantos… que el mundo reacciona, pues sabed que un espectro es la gota que gotea de una jarra que anuncia rotura. Es una anomalía, y no la norma. Y hasta las plantas y los árboles lo acusan y enferman y mueren, así como la piel alrededor de una herida mal curada pica antes de volverse negra, quizá para advertir de que algo anda realmente mal.

Lurdun se tocó el hombro, incómodo.

—Entiendo —dijo Morgo.

—Queda pues saber… qué trajo tantos espectros. Pues de esa

parte el anciano no dijo gran cosa —intervino Salvia.

—Ciertamente —susurró Sarnax—. Esa es la parte que me preocupa. Pues observar al enemigo sabiendo quién es y los peligros que representa, aunque sean muchos, es una cosa. Pero observar algo que desconoces, con tantas preguntas alrededor como en este asunto nuestro, es cosa distinta.

—No parece un lugar muy seguro —opinó Lurdun—. Pues quiero revelar yo algo: si no estuvierais conmigo, no consideraría yo siquiera acercarme a tal lugar, ¡aún menos desde que sé lo que sé gracias al anciano, por cierto!

Morgo admitió para sí que tampoco él estaría muy seguro de lo que hacer si no fuera por la presencia de Sarnax, pues él entendía de espectros y lo había visto combatir y todo lo demás. Pero no estando él… se guardaría mucho de visitar semejante lugar, pues una cosa eran los vivos que morían cuando se los atravesaba con un hierro o se les hundía la garganta con un golpe, y otra muy distinta eran los espectros.

—Pues por cierto —dijo Salvia— que tampoco yo habría salido de Puntapié, ni habría hecho nada de lo que he hecho…, ¡y eso incluye morir un tiempo, ir al otro lado, y volver!

Sarnax no dijo nada.

—Está bien —decidió Morgo—. Podemos ponernos en marcha entonces, si estamos de acuerdo. Mas, ¿cómo lo haremos? Pues sabed esto: desde aquí oigo yo más ruidos que dedos de la mano tenemos en ese bosque de ahí abajo. Hay pisadas que no son de animales, hay susurros, y una fricción extraña, además de gruñidos que no he oído antes nunca. Hay criaturas que viven entre la ciudad y nosotros, y si entramos ahí es posible que tardemos un poco más de lo esperado, si tenemos que ir cortando brazos y cabezas de vez en cuando.

—No hace falta —exclamó Sarnax—. Pues quería yo subir a este cerro no solo para confirmar lo que ya suponía: que la Condenada estaba más cerca. Sino para poder verla, caso que tuviera razón. Pues viéndola con mis ojos puedo yo…

—Abrir un atajadero —lo interrumpió Salvia, con los ojos admirados por la posibilidad. Tenía que haberlo pensado antes, se dijo con tono de regaño, pues… ¡no era fácil involucrar las cosas mágicas en la cadena de pensamientos de una cabeza acostumbrada a la vida mundana!

Morgo también parecía encantado.

—¿Es eso cierto? —preguntó—. ¿Podemos… aparecer allí?

—Ahora que lo veo, sí. Allí mismo. En cualquier lugar.

—¿Es… seguro? —quiso saber Lurdun—. Pues… si funciona en

los dos sentidos… los espectros podrían venir hasta aquí.

Sarnax sonrió. Era una sonrisa torcida.

Lo señaló con el dedo y asintió.

—Eso es con exactitud, luchador de Umbralia —dijo.

—No lo entiendo —susurró Salvia.

—Abriré un atajadero un poco más abajo, dejando este cerro atrás —manifestó Sarnax—, y veremos a ver qué viene desde el otro lado. Espero que vengan unos cuantos. Pues sabed esto: hay tantos tipos de espectros como de tardos en el mundo. Los hay pequeños y maliciosos que gustan de hacer travesuras, aun cuando se entretengan en saltarte los ojos si les das la oportunidad. Y los hay salvajes y más grandes. Los hay de tez oscura, en las tierras del sur, y tienen estos los dientes grandes, son fuertes y feroces, y les gusta torturar los cuerpos de los hombres y las mujeres por gusto de hacerlo, sin alimentarse de ellos o darles muerte.

»Con los espectros ocurre lo mismo, o peor —afirmó—. Hay espectros, y espectros. Y la cuestión se complica dependiendo del número de ellos, pues una hormiga sobre la cara no tiene mayor importancia, pero cien veces cien hormigas se te meterán en los ojos, la nariz y la garganta, y sus picaduras te harán gritar de un dolor exacerbado mientras mueres asfixiado y ciego.

—¡De acuerdo! —soltó Salvia bruscamente—. ¡Pues lo hemos entendido! ¡Gracias y muchas gracias!

Lurdun sonrió.

—Está bien —dijo—. Parece ese un buen plan. Descubrir con qué tratamos antes de lanzarnos hacia allí y vernos rodeados o algo peor.

—Sí —asintió Morgo—. Si nuestros enemigos hubieran dispuesto de atajaderos en los combates, quizá habrían tenido una oportunidad contra los Necronautas.

—Mas…, ¿adónde iremos? —preguntó Salvia—. Pues la distancia hace imposible distinguir colores o tonos. ¿Cuál de esos edificios es azul o tiene un hombre alado como pórtico?

—Ninguno —respondió Sarnax—. Que en eso me he esforzado yo por ver. No debe de estar a la vista, pues la ciudad se extiende por detrás de aquel montículo —continuó—. Y sabemos que gran parte de la Condenada se alza por la pared de un abismo, el cual ni siquiera distinguimos desde aquí.

—Cierto —asintió Morgo.

—Abriré el atajadero por allí, cerca del montículo ese. Parece la zona menos afectada, por estar cerca del cono.

—Abajo pues —dijo Lurdun, poniéndose en marcha—. ¡Cerro abajo!

Antes de descender, miró Salvia hacia atrás, como para despedirse de la vista si acaso no volviera a verla, el cayado sujeto entre las manos como si sujetándolo así le trajera recuerdos del hogar. Y por un solo instante le pareció oír una risa suave y socarrona, ¡mas solo un instante!, pues cuando quiso darse cuenta, había desaparecido. Pensó en darse la vuelta y advertir a los demás, pero bajaban ya a buen trote por el cerro, que era difícil no ir deprisa por la pendiente, y decidió que no debía de ser nada.

Probablemente.

Capítulo 21

La inesperada colaboración de Iana Delorne

Sarnax Genta, el Instructor, Gran Maestro de la Orden del Cráneo, abrió el atajadero con mucha más dificultad que la vez anterior. Su frente se cubrió de sudor, y su cara reflejaba un enorme esfuerzo, y cuando movía los brazos parecía que tiraba de palancas invisibles, muy pesadas y atascadas, pues se movía como a cámara lenta.

Los demás lo miraban inquietos, sin atreverse siquiera a decir nada por no interrumpir su concentración. Pero los tres recordaban sus palabras: «Abrir un atajadero no es cualquier cosa. No se pueden abrir sin más, y solo los hechiceros muy capaces pueden abrir más de uno en poco tiempo».

—¡Preveníos! —exclamó entonces.

Salvia se puso tensa.

«Van a salir espectros por ese… esa cosa —se dijo—. ¡Y yo estoy aquí plantada esperando que tal cosa ocurra! O estás muy muy loca, Salvia Túneles, o no llevas puesto un vestido de buen tiempo en un lugar frío, andrajoso y raído y sucio por añadidura».

Habían descendido del cerro, lo cual fue más difícil de lo que habían previsto en los últimos tramos, y se hallaban ahora al abrigo de un muro de piedra y rocas que, con el tiempo, se habían desperdigado por todas partes. La tierra se había acumulado en la pared rocosa, formando un promontorio algo abrupto tocado por pedregales romos y deteriorados. El suelo donde estaban era una amalgama de hierbas bajas, pero duro y rocoso en general; sin embargo, era un buen lugar para abrir el atajadero, y este no tardó en llegar.

Se quedaron mirándolo, tan asombrados como la otra vez, pues en mitad de la naturaleza se percibía irreal, como si no perteneciera a ese momento y lugar: un remiendo feo en un fino trabajo de orfebrería, un bloque de paja en una pared de ladrillos de barro cocido.

Sarnax dio dos pasos atrás y se dejó caer al suelo, como desmayado, para quedar sobre sus rodillas.

—¡Sarnax! —exclamó Morgo—. ¿Estás bien?

—¡Mejor que tú! —soltó iracundo.

Morgo asintió, interrumpiendo su amago de acercarse. A veces se le olvidaba que Sarnax tenía un orgullo y un carácter algo difíciles.

Pero en ese momento Salvia lanzó un pequeño chillido y Morgo se volvió.

Eran los espectros.

Los espectros llegaban.

2

En su cabeza, Salvia se había imaginado que los espectros serían como sus propios cuerpos cuando pasaron al otro lado, celestes y luminosos como rayos en el cielo, como si un viento suave recorriera sus formas. Y pensando eso, se dijo que no sería para tanto. Se dijo que podría. Que podría soportar quizá su visión.

Pero cuando el primer espectro emergió a través del atajadero, Salvia no pudo evitar lanzar un pequeño chillido. Y cosa curiosa: gritó incluso antes de poder comprender lo que estaba viendo siquiera, como si algo invisible en su interior, la versión que era ella y que pasó al otro lado, la hubiera visto antes.

Pero el verdadero horror vino luego, cuando vio el cuerpo púrpura y ligeramente opaco del espectro moviéndose como una turbia corriente de agua, con algas de luz cimbreando a su alrededor, mojadas y podridas. Era sinuoso como cuerpo de serpiente y mantenía los brazos caídos a ambos lados, sus extremos trocados en garras con dedos tan alargados que parecían raíces. La peor parte era su cabeza: una especie de máscara espantosa, alargada, la boca muy abierta, los ojos vacíos y el cabello creciendo como dislocado en algunas partes y en otras no.

—Por Mogar el Padre —soltó Sarnax.

Pero mientras tanto, Morgo quiso probar qué sentiría si se ponía al alcance del espectro, pues de eso se trataba el asunto del atajadero, y avanzó resuelto unos pasos, la espada serpentina en la mano. Mas cuando lo hizo, descubrió que su presencia le estaba provocando efectos que no esperaba.

—¡Por Drokk! —escupió. ¿Acaso no le estaban fallando las piernas?—. No. Nonono —se dijo a sí mismo—. No es posible. Soy… Morgo Palis, el Necronauta, hijo de Mor Nasur, Custodio de la Hoja Negra, seguidor del credo de Madre, Segundo… Segundo Eovo del Clan… Palis por designación de…

Quiso seguir, pero la cercanía de aquel espectro espantoso, aquella pesadilla amoratada del color de los cánceres que matan los cuerpos sin advertencia, lo tenía hipnotizado.

—¡Morgo Palis! —gritaba Sarnax—. ¡Morgo Palis!

Pero un segundo espectro emergió del atajadero en ese momento. Se asemejaba al primero, mas este llevaba sobre la cabeza los restos etéreos de algo que pudo haber sido un yelmo, un casco de batalla, decorado con un cuerno de cabra en el centro que apuntaba al frente; y parte de su cuerpo parecía trocarse en un sudario. Su rostro era, de nuevo, la peor parte. Resultaba imposible no fijarse en sus facciones corrompidas, a través de las cuales se veían el campo y todas las cosas, como si estuviera y no estuviera allí a la vez.

«Por los celemitas y los norbascos —pensó Morgo—. Que no pueda yo moverme…».

Y diciendo eso consiguió retroceder un paso, tras lo cual quedó otra vez como trabado, incapaz de desviar la mirada. Le pareció entonces oír a Salvia gritar, y puede que a Lurdun, pero no estaba seguro. Todo lo que quería era poder levantar el brazo para asestar un tajo, a ver si el hierro podía deshacer aquella perversión, pero miraba a los espectros y sentía… no miedo, sino una especie de estupefacción fascinada…, y en el fondo de esa atracción fatal, un sentimiento que brotaba con fuerza y decía: «Da igual. Da lo mismo, Morgo Palis. Déjate llevar. Deja que la muerte te lleve y deja de luchar».

Deja. Que. La. Muerte.

Te. Lleve.

—¡Morgo Palis! —bramó la voz de Sarnax, cargada de desesperación.

Morgo sacudió la cabeza. «Qué… Qué está…», pensó, sin poder dar un final a ninguna de las frases que se formaban en su mente. Y entre las brumas de su incredulidad y de los alocados sentimientos de rendirse, oyó a Sarnax decir:

—¡MORGO PALIS! ¡NO NECESITAS OJOS PARA LUCHAR!

«Los ojos —pensó Morgo confundido—. No necesito los…».

Mas en ese momento, los espectros chillaron con voz aguda, y otras dos formas horribles irrumpieron a través del atajadero.

«No necesito los ojos», pensó entonces, pues era un hijo de Mor Nasur, y a los hijos de Mor Nasur se los priva de la vista cuando nacen hasta que alcanzan la madurez, de manera que un hermano que perdiera la vista y se quedara ciego seguiría siendo un luchador imbatible.

Y cerró los ojos, y haciéndolo, por el susurro crepitante de sus cuerpos y el aire que desplazaban al moverse, y el hedor que emitían por añadidura, supo a la perfección dónde estaban, y la sensación de angustia y bloqueo que lo había superado empezó a remitir rápidamente.

Y entonces, y solo entonces, dio un potente, rápido y cortante tajo con la espada serpentina.

Salvia estaba en el suelo, y mirando los espectros creyó morir. Se le paró el corazón en el pecho (o tuvo esa sensación) y hasta las tripas se le retorcieron en el interior, que si hubiera tenido algún alimento sólido dentro lo habría echado en ese momento. Había caído al suelo, con el cayado todavía en la mano, y no se había dado cuenta de cómo había llegado allí.

Mas cuando creía que iba a perecer de puro terror, oyó una voz en su cabeza:

ESCÚCHAME, SALVIA TÚNELES…

Salvia se estremeció, pues la voz sonaba como un grito en su mente, tan fuerte e inesperado que la obligó a cerrar los ojos.

NO ABRAS LOS OJOS.

—¿Qué? —exclamó, mientras se volvía por pura reacción a la voz. Mas sin dedicarle un solo pensamiento, abrió los ojos de nuevo y vio a Lurdun arrodillado en el suelo, la boca abierta como si estuviera lanzando un grito pero sin sonido, y las manos sobre la cabeza revelando la desesperación que sentía…

—Lurdun —lo llamó con lágrimas en los ojos.

CIERRA LOS OJOS, SALVIA, decía la voz.

—¿Qué…? ¿Quién…?

SALVIA. ESCÚCHAME.

—¿Quién?

ESCÚCHAME CON ATENCIÓN, SALVIA, Y SALVARÁS LA VIDA, Y CON TU VIDA SALVARÁS AL MUNDO.

Salvia cerró los ojos, el corazón palpitando con fuerza en el pecho y la mano temblorosa cerrada alrededor de su cayado, que ya no tenía mucho de rey, sino de ella misma.

«¿Quién me habla», preguntó entonces mentalmente.

SOY IANA DELORNE, SALVIA —dijo la voz—. *SOY LA PERSONA QUE HABÉIS VENIDO A BUSCAR*.

Salvia abrió tanto la boca que pareció que los dientes se le iban a caer sobre la hierba débil y enfermiza del suelo.

Sarnax miraba con repentino alivio cómo Morgo luchaba contra los espectros. La espada los cortaba y esparcía su entidad en varias direcciones, y aunque sabía que volverían a formarse al cabo de un tiempo, estaba consiguiendo mantenerlos a raya, cosa que era mucho. Debía de haberlo imaginado cuando lo vio con la espada serpentina de uno de sus discípulos principiantes, pues ningún arma convencional podía alterar la esencia incorpórea de los espectros: ningún hacha, ninguna espada o espadón, ninguna flecha fabricada en lugar alguno. Solamente las espadas serpentinas de hoja sinuosa que fabricaban en su casa bajo la montaña podían hacerlo, pues las hacían con las proporciones y medidas exactas, las recubrían con encantamientos y las untaban con recetas secretas. Las usaban para conducir las canalizaciones de fluidos de los cadáveres de la manera correcta, cuando los órganos estaban infectados por tumores y otras malignidades que podían afectar al futuro resucitado, pero también tenían otro uso; uno que nadie que no fuera un seguidor de Cancro Mogar podía saber: las espadas serpentinas de su casa cortaban los lazos entre el cuerpo y las ánimas que pudieran contener. Deshacían las cortinas neblinosas de la existencia más allá de la muerte, o dicho de otro modo…: afectaban a los espectros.

Salvia lo habría llamado las líneas del destino. Sarnax Genta lo llamaba el Kuxtal, algo que el mismísimo Provecto podía estar arguyendo: un luchador experto que no necesitaba usar los ojos, que eran la principal arma de los espectros, portando la única arma que podía deshacerlos y desligarlos, allí mismo, a la vista.

Sonrió.

Pues haciendo eso, le estaba dando un tiempo para recuperarse, y eso era cuanto necesitaba. Necesitaba recuperar el aliento; la creación del segundo atajadero le había requerido mucho más esfuerzo del que suponía, muchísimo más, y si hubiera tenido un cuerpo mortal común como el que tenía cuando era joven, sin duda habría caído desmayado y no habría sabido más de nada en al menos un par de días, cuando… cuando fuera demasiado tarde.

Pero Morgo era la oportunidad.

Y cuando se recuperara…

Cuando se recuperara podría intentar alguna cosa todavía.

Podía salir bien, pensó, por mucho que aquellos espectros fueran de los peores. No había intuido que Caltha Celeste estuviera condenada por algo tan poderoso y tan peligroso por añadidura, pues eran antiguos, muy antiguos, y bien formados. Miró a la muchacha en el suelo y a Lurdun rindiéndose a la desesperación, con las manos en la cabeza, y no le extrañó su reacción en lo más mínimo. Los dos solos

no hubieran durado un instante frente a los espectros.

Y se preguntó…

Se preguntó cómo encajaban ellos en el plan del Kuxtal.

O en el del Provecto.

Mas pensando en eso, en la anomalía que era la presencia de ellos dos, Salvia se incorporó de repente, dio dos pasos dubitativos y mirando al suelo, echó a correr.

Echó a correr hacia Caltha Celeste.

—No… —dijo ronco.

Se alejaba. Corría hacia un grupo de árboles y se perdía de vista. ¿Adónde…? ¿Adónde iba?, se preguntó. Los espectros debían de haberla anclado al suelo. Tendría que ser un grito viviente, incapaz de pensar. A menos que el terror hubiera puesto alas en sus pies.

«Está huyendo —pensó—. Volverá».

Y con un creciente y justificado temor, pensó también: «Pero está huyendo hacia Caltha Celeste». Y la pregunta rebotó en su mente una y otra vez: «¿Por qué huye hacia… el peligro?».

5

¿RECONOCES EL NOMBRE?

Salvia asintió.

Sí, conocía el nombre, por supuesto. Era la mujer que había examinado la espada, la que venían a buscar. Iana Delorne. A ella o a su legado, porque por puro razonamiento común habían supuesto todos que la mujer habría pasado al otro lado hacía ya tiempo.

Mas allí estaba, hablándole en su cabeza.

«¿Eres tú la que me ha hablado todo este tiempo?», pensó.

SÍ.

Por qué…, ¿por qué te hiciste pasar por mi padre?

NO TENÍA MUCHO TIEMPO PARA EXPLICARTE, SALVIA. LA DISTANCIA ERA MUCHA. TUVE QUE FINGIR QUE ERA ALGUIEN EN QUIEN CONFIABAS PARA LLEVARTE HASTA MÍ.

Salvia escuchó con atención y asintió levemente.

Pero… ¿Por qué me dijiste…?, ¿por qué me dijiste que Morgo Palis era una mala persona…? No… ¡No lo es!

ESCUCHA, SALVIA. MORGO MIENTE. ES UN NECRONAUTA. ENTIÉNDELO BIEN. QUIERE RECUPERAR SU ESPADA PARA RESTAURAR SU ORDEN, LA ORDEN DE MADRE. ES UN GUERRERO NATO. LO LLEVA EN LA SANGRE…

«No…», pensó Salvia con los ojos llenos de lágrimas.

HA ASESINADO A CIENTOS, MÁS AUN.

Pero lo hacía para…

Su cabeza daba vueltas y se sentía mareada; demasiada sangre bombeada demasiado deprisa hacia sus entendederas, y la cercanía de los espectros no ayudaba, pues incluso con los ojos cerrados sentía el frío atroz en el aire y su presencia abyecta, que llegaba hasta ella como el calor del rescoldo de una fogata.

HA MENTIDO, SALVIA. CONOZCO BIEN A LOS NECRONAUTAS. LLEVO OBSERVÁNDOLOS MUCHO TIEMPO. DEVUÉLVELE LA HOJA NEGRA Y SEGUIRÁ ASESINANDO. ¡VEN HASTA MÍ! —dijo—. *VEN HASTA MÍ Y TE DARÉ LA SOLUCIÓN COMPLETA A LA MALDICIÓN DE LA HOJA.*

—La… solución… —susurró de viva voz. Tan confundida estaba —. Pero…, ¿y Lurdun? ¿Y el nigromante?

La voz soltó una carcajada en su mente, pero tan fuerte y cercana que sonó como una cascada de piedras cayendo por un barranco. Salvia apretó los párpados y los dientes de manera instintiva.

EL NIGROMANTE QUIERE LA ESPADA PARA SUS PROPIOS ASUNTOS, COMO LOS DEMÁS. QUIERE TRAER DE VUELTA A CANCRO MOGAR, UN NIGROMANTE ATROZ QUE ATERRORIZÓ AL MUNDO HACE TIEMPO. ¿ES QUE NO LO VES? ¿HAS VISTO CÓMO TU

NECRONAUTA SE COMPORTA CON ÉL, SALVIA? CON NATURALIDAD Y EDUCACIÓN, Y SIN EMBARGO, LO SABES… PENSABA TRAICIONARLO.

Salvia arrugó la frente.

«Eso…, eso es cierto», se dijo de repente. Lo era. Morgo lo dijo, lo dijo de viva voz antaño en las cuevas, que el nigromante no tocaría la espada, y que teniendo la espada, él mismo se ocuparía de él. Eso dijo. Pero la voz tenía razón; se comportaba con él como si fuera un compañero fiel, y había aceptado su ayuda y hasta habían trabajado en equipo…

—No… —susurró, y las lágrimas escaparon de sus ojos y un dolor lacerante se apoderó de su corazón, tanto así que se olvidó del frío y de la desesperación que le llegaba desde los espectros, pues de repente se sentía ahogada en una tristeza tan honda que casi no pudo soportarla.

VEN A MÍ, SALVIA —dijo Delorne—. *ACABAREMOS CON LA MALDICIÓN, JUNTAS. VEN A CALTHA CELESTE Y YO TE PROTEGERÉ EN TU CAMINO. ¡VETE AHORA, ANTES DE QUE LOS DEMÁS TE VEAN!*

Y oyendo eso, incapaz de manejar la decepción y la pena que sentía, se incorporó de un salto, dudó unos instantes mientras la cabeza le daba vueltas, y echó a correr hacia el bosque dejando atrás un rastro invisible de lágrimas vertidas mientras su corazón se desmoronaba.

6

Los espectros seguían escapando del atajadero, incontenibles.

Morgo se movía con rapidez y eficacia. No se atrevía a abrir los ojos para ver qué ocurría, pero sabía, por los sonidos que le llegaban, que sus tajos, aunque no encontraran resistencia física, daban resultado. En un momento dado había un susurro casi imperceptible delante, y cuando terminaba de dar el mandoble el susurro había desaparecido.

Sin embargo, podía sentir el frío en el cuerpo y el corazón. Había un aura maligna delante, entre los espectros, y le llegaba… como un goteo incesante, constante, que empezaba a minar su ánimo.

—¡Sarnax! —gritó al cabo.

Empezaba a pensar que necesitaría ayuda pronto. Empezaba a pensarlo de veras. Cualquier ayuda.

—¡Sarnax!

Cambió la espada de mano con un grácil movimiento, pues el brazo empezaba a hormiguearle y él, como todos los hijos de Mor Nasur, era ambidiestro, y siguió deshaciendo espectros, mas no a la velocidad con la que aparecían.

Y llamó otra vez.

—¡SARNAX!

7

¡POR AHÍ NO, MUCHACHA!

Salvia siguió corriendo mientras lloraba.

¡DETENTE!

Sin embargo, no fue hasta un rato después que se detuvo, la respiración agitada y el corazón latiendo con fuerza en su pecho. Sentía tambores repicando en las sienes, y respiraba y exhalaba bocanadas tan grandes que parecía que se propusiese dejar el bosque sin absolutamente nada de oxígeno.

SALVIA… —dijo Iana Delorne en su cabeza—. *POR EL BOSQUE NO PUEDO PROTEGERTE. NO DESDE AQUÍ. NECESITO QUE CRUCES EL ATAJADERO.*

—El… ataja…

EL ATAJADERO, SÍ —dijo Delorne—. *REGRESA, CIERRA LOS OJOS Y CRUZA POR EL ATAJADERO. ¡YO TE GUIARÉ DESDE AQUÍ! ESTARÁS A SALVO.*

—Cómo… cómo voy a estar a salvo… —susurró, todavía respirando como un caballo desbocado — …entre esos…

YO TE GUIARÉ.

Y la voz se repitió como un eco en su mente: *YO TE GUIARÉ. YO TE GUIARÉ. TE GUIARÉ.*

Salvia dudó. Ya no sabía qué hacer, pues se encontraba cansada, agotada y exhausta. Solo quería beber un poco de agua, eso quería; y quería también regresar a Puntapié y ver qué quedaba del incendio, y pasear otra vez por los prados y los pastos, y buscar a Mona por el monte y pasar ratos hablando con ella mientras los pájaros, despreocupados, volaban por el cielo.

Pues… ¿qué hacía una muchacha como ella en este embrollo?

«¿Que cruce a través del atajadero —pensó—. Entre los espectros, a los que me ha bastado echar un vistazo para sentirme desesperar…?».

ESTARÁS A SALVO, SALVIA TÚNELES —repitió Delorne—. *SALVARÁS AL MUNDO Y A TODO LO QUE CONTIENE. CADA ÁRBOL, TODO RÍO, LOS ANIMALES TODOS, LOS PÁJAROS, EL AGUA DE LOS OCÉANOS, Y TODOS LOS HOMBRES, MUJERES, NIÑOS Y ANCIANOS QUE AHORA CAMINAN POR ÉL TE DEBERÁN SU EXISTENCIA, PUES SIN TI NO QUEDARÁ NADA.*

No…, gimoteó Salvia.

CONFÍA EN MÍ. ES UN RUEGO.

Yo…

NO TENGAS MIEDO.

Lo tengo. Yo…

TE GUIARÉ. HAZLO. HAZLO AHORA. YO SERÉ LOS OJOS TUYOS.

ACABARÁ ENSEGUIDA.

Y Salvia desistió. Apretó el cayado con mucha, mucha fuerza, entre sus manos, y echó a correr de vuelta.

8

Morgo pensó que debía de estar volviéndose loco, pues oía pasos de caballos en algún sitio a su espalda. Mas cuando confirmó lo que oía sin dejar de dar mandobles, su cabeza comenzó a desplegar posibilidades.

«Bandidos —se dijo—. Malicias a caballo, tal vez, pues si los tardos salvajes pueden usar arcos y flechas, seguro que han conseguido domar caballos y cuidar de ellos y vienen buscando venganza».

El problema iba a ser ocuparse de todo a la vez. De los bandidos, y de los espectros. Y pensó: «Mucha velocidad va a ser esa».

Mas el sonido de los caballos se detuvo a cierta distancia, y oyó relinchos y gritos y cascos pisoteando el suelo como si se encabritaran, y le llegó el sonido de voces de unos hombres dando instrucciones y lanzando exclamaciones soeces. Y pensó: «Eso no son tardos». Pero comprendía lo que pasaba: que los caballos habían percibido el aura de los espectros y se habían negado a continuar, encabritándose y lanzando a algún jinete al suelo. No eran voces de tardos, ni los tardos que vivían en esa zona habrían llevado caballos allí sabiendo que se asustarían.

Era otra gente.

Y antes de que oyera nada más, supo quiénes eran.

La única otra persona que sabía de los acontecimientos recientes y que conocía la leyenda de la Hoja Negra y de Caltha Celeste.

Otro hijo de Mor Nasur.

—¡MORGO PALIS! —llamó una voz a su espalda.

No tuvo que volverse para comprobar si era quien creía que era.

Su rostro se volvió rojo de cólera, de rabia, de ira y venganza, y su brazo pareció acelerarse al golpear, cada vez con más saña y contundencia. Y aprovechando ese margen de movimiento, se volvió abriendo los ojos.

—Narron Hojaparda De Calderos —escupió.

Ahí estaba. La ropa sucia y desgastada por las inclemencias del tiempo, con sus hombres moviéndose indecisos a varias decenas de pasos de donde él estaba, pues veían a los espectros y sentían el frío y el pavor letal que emanaban, y veían también el atajadero como algo terrorífico por desconocido, pues ninguno de ellos había oído nunca hablar de ellos ni los había visto con los ojos propios, y parecía cosa de la condenación que asolaba la zona.

—Sabíamos que erais vosotros cuando os vimos en lo alto del cerro en la distancia —dijo Narron, liberando el enorme mangual que llevaba a la espalda—. Rata cobarde. ¡Pues bien supuse que vendrías aquí, donde empezó todo, a ver si había algo que saber o descubrir

sobre la espada!

—¿Cómo has llegado aquí tan rápido? —preguntó Morgo mientras giraba el brazo hacia atrás para asestar un golpe a uno de los espectros. La entidad emitió un chillido agudo antes de desvanecerse en un centenar de partículas que revolotearon en el aire antes de extinguirse poco a poco.

Narron se detuvo. Estaba tan concentrado en su obsesión que no había reparado en los espectros, mas viéndolos ahora sintió un pellizco en el estómago y la sombra de una inquietud en el ánimo.

—¿Qué has hecho, loco? —exclamó—. ¿Has traído la… condenación a este lugar?

—¡La he traído para ti! —gritó, y diciendo eso, se lanzó hacia él a la carrera.

Sarnax seguía en el suelo, ignorado por todos. Necesitaba tiempo aún para recuperarse completamente, y mucho se temía que no tendría el suficiente, y pensó si invocar el atajadero no habría sido un grave error, pues ahora no podía contener a los espectros por mucho que lo intentara. Apretó los dientes y trató de decidir qué era lo mejor, pues Morgo parecía tener una deuda pendiente con aquel hombre, fuese quien fuese. Mas cuando los vio enzarzarse en combate, a solo unos pasos de los espectros, y los vio luchar y responder a los golpes el uno del otro, comprendió: era otro hijo de Mor Nasur, eso le había quedado claro, mas por qué luchaban, no lo sabía.

Pero era un… contratiempo. Y uno que podía ser grave o tal vez fatal, además.

Pero mientras pensaba en ello, vio a la muchacha volver corriendo de entre los árboles. Parecía una pastora caída en desgracia, el vestido todo roto y sucio, y su cayado en la mano. Mas antes de que pudiera prever qué iba a hacer y por qué volvía corriendo, la muchacha se encaminó hacia el atajadero y, con los ojos cerrados y la cabeza proyectada hacia delante a modo de ariete, se lanzó hacia él.

—¡NO! —bramó.

«Se ha vuelto loca», pensó. Pero cuando la vio desaparecer, supo que la muchacha estaría muerta en solo unos instantes. No podría resistir la concentración de espectros que debía de haber allí.

Endureció los rasgos de la cara.

«Parece que se está torciendo todo», se dijo. Y miró sus manos y se concentró en sentir el poder en sus dedos, y aunque era todavía muy débil, concluyó que tenía suficiente para intentar un par de trucos.

La cuestión era cómo utilizarlos de la manera más inteligente.

No los usaría, por cierto, para salvar a la muchacha. Estaba ya

perdida. Pero podría tal vez dar un poco de ventaja al Necronauta, pues él podría quizá abrirle paso hasta el lugar donde Iana Delorne había hecho sus investigaciones sobre la Hoja Negra, y averiguar al fin si todo aquello había servido de algo.

Y miró a Lurdun y lo desechó de inmediato, pues estaba encogido en el suelo, en la postura de un bebé, las piernas entre sus brazos, y pensó que ya debía de haberse desquiciado.

Se quedó mirando el combate, esperando el momento, y mientras esperaba, su poder se regeneraba.

9

Narron y Morgo combatían, y Morgo, usando un mucho de astucia, se cuidaba mucho de luchar de espaldas a los espectros, de manera que Narron los tuviera a la vista, pues él los oía acercarse a la legua y, si hacía falta, desviaba un mandoble hacia atrás para eliminarlos, pues la espada los cortaba como si fueran rulos de trigo hervidos.

Pero la argucia dio resultado, pues lidiando combate con él, notó que se distraía y la mirada se le iba hacia los espectros, y haciendo eso, su expresión se trocaba en otra de perplejidad.

—¡Qué maldita cosa has hecho para abrir esa condenada grieta a los inframundos, Palis! —exclamó. Mas estaba tan deslucido en sus movimientos que Morgo consiguió alcanzarlo en el brazo, y la armadura que llevaba se hundió como una fina lámina de metal y de ahí manó sangre en abundancia.

Narron saltó hacia atrás, enfurecido.

—¡Maldito seas, Palis! —bramó—. ¡No lucharé al amor de tus horrores, te digo!

—¡Ven aquí, cobarde! —rugió Morgo, y se le ocurrió alguna cosa y se inventó el resto—: ¡Pues estos que ves son los espectros nacidos de nuestros hermanos caídos, los Necronautas, que buscan venganza!

Y diciendo eso, se lanzó hacia delante dando un salto ágil y rodó por el suelo hasta ponerse a su lado, y allí empezó a hostigarlo con movimientos circulares del brazo, tan veloces, que cada impacto caía seguido del siguiente, y el mangual de Narron no era la mejor arma para deflectar esos ataques.

Se vio obligado a retroceder.

Ahora tenía Narron a los espectros a su espalda. Mas cuando lanzaba un ataque con el mangual, este los atravesaba sin que les afectara lo más mínimo.

—¡Qué dices! —gritó Narron, temeroso—. ¡Mientes! ¡Te lo inventas! ¡Tal cosa no es posible! ¿Por qué tu hierro los detiene y mi arma no?

—¡Pues te lo he dicho, Narron Hojaseca De Cabestros! ¡Vienen a por ti!

Narron apretó los dientes, moviéndose para alejarse de los espectros mientras se defendía.

—¡Dime ahora! —siguió diciendo Morgo, castigando sin tregua a su hermano y enemigo física y verbalmente para intentar romper su concentración—. ¿Para qué querías la espada? ¿Te compensa haber destruido a todos tus hermanos, los seguidores de Madre, así como nuestro hermoso barco hogar?

—Para qué quiero yo la espada no te incumbe, Palis —respondió Narron mientras luchaba mirando hacia atrás, temeroso de quedar al

alcance de los espectros. Pero sudaba por la frente y sus rasgos eran duros—. Mas eliminando a los tuyos conseguiré el apoyo de nuestros hermanos en Mor Nasur. ¡Yo los dirigiré a un futuro diáfano y brillante, y no tú, siempre embarcado en ese monstruo de madera y brea! ¡Pues ya no está! ¡Te lo he arrebatado!

—¡Eso querías! —gritó Morgo, rojo de rabia—. ¡Eso querías tú! ¡Narron el Incapaz! ¡Narron el Impotente! ¡Que si no es con trampas y traiciones no consigues ni un rayo de sol en una mañana sin nubes!

Mas con la rabia que sentía perdió Morgo el ritmo del combate, y Narron se las apañó para esquivar su embestida y alcanzarlo con un golpe en el rostro. Morgo cayó hacia atrás, súbitamente superado por el dolor insoportable en el centro de la cara, pues el mangual era desproporcionado en tamaño, y su cabeza una bola de acero pesada y recubierta de púas afiladas. Se llevó las manos al rostro dolorido, y al mirarlas las vio cubiertas de sangre. En verdad dolía como si le hubiera arrancado la nariz, mas no podía dejar que Narron se saliera con la suya, por mucho sufrimiento que padeciese, y se incorporó de un salto.

Pero cuando miró a su enemigo lo encontró delante, erguido y en calma, mirando sonriente la espada serpentina que había recuperado del suelo.

—¿Qué arma es esta, Palis? —preguntó—. Parece ir bien con esos espantajos, no como la mía. ¿Cuántas cosas sabes que yo desconozco?

«Drokk», maldijo Morgo para sí, lamentando haber perdido el arma, pues sin ella las cosas cambiaban bastante.

Narron se adelantó unos pasos, con la cabeza vuelta hacia un lado para no mirar directamente el atajadero, y golpeó con la espada a uno de los espectros. No tardó este en desvanecerse.

Narron rio socarronamente.

—Por la oscuridad de la noche —soltó—, parece que has estado jugando con ventaja.

—¿Qué harás con la espada, Narron? —preguntó Morgo colocándose en guardia. La sangre que le caía del rostro manchaba sus labios y empezó a notar el sabor metálico, como de cobre, en la boca.

Narron empezó a moverse, alejándose del atajadero. Allí flotaban todavía un par de espectros, pero no tantos como al principio.

—Alguien la quiere, Morgo Palis. ¿Qué te importa?

—Conoces la maldición que pesa sobre ella…

—La conozco —asintió Narron—. Por cierto, Palis…, te sienta bien toda esa sangre en la cara —añadió con una sonrisa torcida—. Cuando la herida cierre vas a estar mucho mejor que antes. ¿Quieres que te apañe también por detrás de la cabeza?

Morgo ignoró sus comentarios.

—¿Y qué harás con la espada? —preguntó otra vez—. ¿La alimentarás tú? ¿Seguirás bañándola en sangre para mantener al demonio Excessus preso en su Hoja Negra?

—¿Yo? —preguntó Narron sonriente—. ¿Por qué habría de hacer tal cosa?

Morgo arrugó la nariz y ello le provocó un agudo destello de dolor, mas meneó la cabeza para sacudírselo.

—Ah, ya lo sabía —masculló, escupiendo sangre, visiblemente enfadado—. ¡Lo sabía! ¡Narron Cabeza de Panal, con más agujeros que un campo plagado de topos! ¡Hablas de futuro! ¡Pero si no encontramos la espada y atendemos sus necesidades, nada quedará!

—¡Pues deja de resistirte! —bramó Narron—. ¡Si tú no la tienes, muere ya, y déjame a mí encontrar la espada!

Y diciendo eso, se lanzó hacia él.

—¡Acabemos con esto! —profirió—. ¡A ver cómo te defiendes sin armas!

—¡Cobarde! —exclamó Morgo, mas llegando ya su enemigo con el mangual en una mano y la espada serpentina en la otra, no pudo más que lanzarse a un lado y rodar por el suelo para esquivarlo.

Una. Y otra. Y otra vez.

—¡SARNAX! —gritó, y luego repitió—: ¡SARNAX!

Mas por mucho que miró alrededor, no lo vio allí.

10

SOBRE TODO NO ABRAS LOS OJOS, decía Delorne en la cabeza de la muchacha.

Tanto da si los abro o no —decía su propia voz en el interior de su cabeza—. *¡Si los tengo llenos de lágrimas y no distinguiría una oveja en medio de una caterva de sapos!*

Mas era tal el temor que sentía que, pasando por el atajadero y llegando al otro lado, los abrió por un momento.

Y su corazón se paró en seco.

Abrió mucho la boca, mas sin conseguir que entrara aire alguno, y sus ojos se secaron al instante.

Nunca, en todas las primaveras que había vivido, había esperado ver algo así, y que eso lo dijera ella, que había cruzado al otro lado y regresado de vuelta, era mucho decir.

Era una pesadilla onírica de tintes morados, como si los ojos suyos se hubieran vuelto amatistas y lo mirara todo a través de sus facetados prismas. Estaba en una especie de plaza rodeada de edificios, mas estos cambiaban según los miraba, y donde había una puerta ahora había una ventana, y una terraza elevada sujetada por pilares de madera o piedra desaparecía de repente para volverse un repecho de piedra, o una pared llana con vigas cruzadas. U otra cosa cualquiera. Esos cambios producían una sensación de vértigo abrumadora, como si estuviera mareada, mas cuando intentó no concentrarse en los edificios, descubrió las llamas violáceas de aspecto sobrenatural, que no quemaban nada ni arrojaban humo, sino que se adherían a las superficies y allí cimbreaban como estandartes, una suerte de marca de territorio de los nuevos ciudadanos de Caltha Celeste.

Porque por todas partes vagaban los espectros en gran número. Atroces, retorcidos, abyectos, translúcidos, de un intenso tono morado, las bocas abiertas en sus cabezas ansiosas, como si de manera constante buscaran alguna cosa en su vagar por las calles.

Salvia gritó y cayó al suelo, y el cayado produjo un sonido amortiguado al golpear contra la piedra helada, como si en ese lugar el sonido estuviera subyugado por la condición sobrenatural de condena que reinaba allí.

CIERRA LOS OJOS,
SALVIA TÚNELES.
LOS OJOS,
CIÉRRALOS
YA,
INMEDIATAMENTE.

Salvia cerró los ojos, mas demasiado tarde era. Sentía el estómago

revuelto, y después de varias arcadas intentó regresar al atajadero, pues ya no le importaba la espada, o Delorne o más destino que el suyo, y se sentía repentinamente tan enferma que solo quería regresar. Regresar y huir.

RESPIRA —dijo Iana Delorne—. *RECUERDA, YO ESTOY CONTIGO*.

«No…, no puedo», se dijo mentalmente.

Incluso con los ojos cerrados seguía viendo ella las formas abominables de los espectros, el movimiento sinuoso de sus cuerpos evanescentes, grabado ahora con hierro al fuego vivo en su retina.

«Nunca veré ya otra cosa —pensó mientras el terror se abría paso por su interior— si acaso consigo salir de aquí…».

RESPIRA, SALVIA —repitió Delorne con suavidad—. *RESPIRA*…

Eso hizo, aunque el aire olía a azufre, a incendio, a madera quemada, a pestilencia de agua estancada, a carne descompuesta como la que dejan los lobos en el bosque cuando desechan los restos de un animal, y eso de inhalar y exhalar no le resultaba cosa saludable ni que fuera a traerle alivio.

RESPIRA…

Pero los… los es… pectros…, dijo.

ESTÁS PROTEGIDA, SALVIA —dijo Delorne—. *MIENTRAS TE HABLO, TE PROTEJO DESDE AQUÍ. NADA VA A HACERTE DAÑO MIENTRAS ME HAGAS CASO. ¡MAS DEBES DARTE PRISA AHORA, PUES HAY COSAS MÁS INCONVENIENTES QUE LOS ESPECTROS! PONTE EN PIE, MANTÉN LOS OJOS CERRADOS, Y VE POR DONDE TE DIGA YO*.

—Ponerme de pie —susurró, sin darse cuenta de que hablaba de viva voz, y al hacerlo, los espectros que estaban alrededor chillaron al unísono, una algarabía estridente y demasiado aguda, tanto que hacía daño en los oídos, y Salvia volvió a caer al suelo y se llevó las manos a la cabeza para cubrirse las orejas, los párpados apretados y los dientes expuestos, recorrida por una sensación de terror tan lacerante que dolía físicamente en el cuerpo.

¡No puedo! —dijo—. ¡No puedo, s*olo soy una muchacha!*

Mas la voz no contestó.

Empezó a llorar de nuevo, sintiéndose impotente y desamparada. A su alrededor, sin que ella lo advirtiera, la ciudad cambiaba, y los edificios mutaban mostrando mil líneas del destino diferentes, mil veces mil permutaciones en todas las posibles combinaciones de cabañas y chozas y casas de piedra que una miríada de posibles ciudadanos hubieran construido en otras tantas vidas, y las llamas que no arrojaban calor fulguraban y crepitaban bajo el ominoso y aciago

cielo cárdeno.

No…, no puedo, repitió. Y empezó a sentir frío, frío de verdad, un helor terrible y doloroso que se apoderó de su cuerpo como si el más crudo de los inviernos hubiera descendido repentinamente sobre su cuerpo. Mas Delorne no le respondía, y se sintió desamparada y abandonada, y eso le trajo aún más desesperación.

Mas empezó a mover los brazos para tratar de moverse, sin ser muy consciente de lo que hacía o cómo lo hacía, y en esto palpó el mango del cayado y se agarró a él con fuerza.

¡NO SUELTES NUNCA EL CAYADO, SALVIA!, bramó Delorne en su cabeza.

Salvia dio un respingo, pues su voz era otra vez tan fuerte que el eco retumbó por sus entendederas un buen rato.

De… Delorne…

ESTOY USANDO EL BASTÓN PARA PROTEGERTE, SALVIA, PUES ES BASTÓN DE HECHICEROS, Y USO SU PODER PARA MANTENERTE A SALVO.

«El ba…, bastón…», pensó la muchacha. Pero debía de ser cosa cierta porque desde que lo tenía otra vez en la mano el frío horrible y desesperante que la había envuelto empezaba a remitir con lentitud. Y pensando eso sintió confianza, y lo tomó con las dos manos y lo apretó contra su pecho.

ESO ES —dijo Delorne—. *ESTÁS A SALVO. AHORA, SALVIA, DEBES INCORPORARTE. HAZLO, Y VERÁS QUE NADA MALO OCURRE.*

«Nada malo ocurre», pensó Salvia mientras la mandíbula se le movía en la cara por sí sola, como cuando uno está aterido con el hielo pegado a la planta de los pies. Y repitió: *Nada malo ocurre*.

SALVIA… ¡ESCUCHA AHORA! PUES EN VERDAD ESTOS ESPECTROS VIVEN ATORMENTADOS POR LA DESESPERACIÓN QUE EXPERIMENTAN EN SU CONDENA, PUES LA VIDA LA PERDIERON CUANDO ESPERABAN VICTORIA.

Esperaban… victoria, repitió.

MIENTRAS TE GUÍO, SALVIA… UTILIZA LOS RECUERDOS MÁS FELICES QUE ALBERGUES.

Los… recuerdos, pensó confusa, con el estómago aún revuelto y sintiéndose enferma y mareada, pero no era sencillo lo que decía Delorne, pues lo que ella pensaba en esos momentos era que estaba en peligro, y que en cualquier momento los espectros se le echarían encima y le robarían la vida entera, la del cuerpo y la otra, si tal cosa era posible.

SALVIA, ¿CONFÍAS EN MÍ?

Confiar…, pensó. Y varias docenas de voces, todas suyas, mas unas implorantes y otras asustadas y como entre lloriqueos, y otras enfadadas, gritaron al unísono en su cabeza. Y unas decían sí y otras decían no.

UN RECUERDO —susurró Delorne—. *INVOCA UN RECUERDO FELIZ*.

Un recuerdo… feliz.

INVOCA. UN. RECUERDO. FELIZ.

Su mente se transportó de manera automática a los prados de su aldea. Eran verdes, por cierto, tan verdes y lozanos que Salvia sentía a veces ganas de mordisquearlos como hacían las ovejas, pues parecían frescos, apetecibles y saludables como las hojas de lechuga, especialmente por la mañana, cuando estaban cubiertas de gotas de rocío y el sol tempranero las envolvía de tonos cálidos. Y mirando así los pastos sentía la brisa fresca que descendía de los montes cercanos, y el arrullo del agua del río; y con la sed que sentía y que le abrasaba ya la garganta, se concentró en una imagen del agua corriendo entre las piedras, tan transparente que podía verse el lecho como si no hubiera allí agua alguna.

«El… El agua», pensó.

Tumbada en el suelo, con el cayado firmemente sujeto entre las manos, los rasgos de la muchacha se suavizaron y se relajaron en su rostro cubierto de la suciedad del camino. Y ya no oía a los espectros revolviéndose inquietos alrededor, sino el dulce cantar del río, siempre entonando su vieja canción, y el croar suave de alguna rana, el viento entre los arbustos que le traía aromas de espliego y eneldo, y el chapoteo casual de algún pececillo que había emergido para alimentarse de una mosquita caída en la superficie. Se vio ella también con los pies sumergidos, moviendo los dedos, sintiendo las corrientes submarinas que le producían cosquillas, y el frescor que ascendía del agua y le aliviaba la cabeza bajo el sol.

ESO ES, SALVIA… —susurró Delorne en su cabeza—. *LO HAS HECHO TAN BIEN…*

Salvia movió los ojos de un lado a otro sin abrir los párpados. Se sentía como si despertara, y no desechó la posibilidad de haber caído inconsciente, aun en medio de aquel delirio. Pero en verdad se sentía mejor. Renovada.

¿ESTÁS LISTA?, preguntó la voz.

S-sí, pensó ella.

PONTE EN PIE —dijo Delorne—. *NO QUEDA MUCHO*.

«No queda… mucho», pensó Salvia.

Y ese pensamiento, a decir verdad, fuera para bien o para mal, le

pareció más revitalizador que el recuerdo del río de Puntapié.

Se incorporó.

11

Las cosas no iban muy bien para Morgo Palis. Sin armas para deflectar los ataques de Narron Hojaparda, solo podía hacer fintas y saltar de uno a otro lado contorsionando el cuerpo. Solo en una ocasión había podido asestarle un puñetazo en la cabeza, pero para un hijo de Mor Nasur que había entrenado el cuerpo duramente, tal cosa era apenas una caricia. Por lo demás, su resistencia empezaba a mermar rápidamente, y él lo sabía y Narron lo sabía también; quizá por eso sonreía con malicia, anticipándose a la victoria, pues parecía cosa de tiempo que acabara atravesándole el pecho con la espada.

Y como si se hubiera anticipado a los acontecimientos, en un paso en falso de Morgo el mangual se le estrelló contra el hombro, y las púas, que de largo medían un dedo, se clavaron en su carne con tanto ahínco que la bola permaneció adherida a su cuerpo durante unos instantes.

Morgo chilló con la boca muy abierta, pues el dolor fue espantoso. Cuando Narron tiró del mangual con saña y una expresión sádica en el rostro, ese dolor se elevó a cotas inenarrables, y Morgo sintió que le arrebataba la misma vida.

Se mareó, por mucho que estuviera entrenado para lidiar con dolores de heridas y desgarros, y una bruma blanca se interpuso ante sus ojos.

—¡Drokk! —gimió, cayendo al suelo. El ramalazo de dolor era tan potente que lo sentía incluso en el cuello, y a pesar de que el sufrimiento lo atenazaba como el mordisco de un lobo, pudo permitirse pensar: «Pues… ¡ya está! Se acabó». Verdaderamente no podía esquivar ningún ataque más, y era cuestión de unos instantes que el manglar o la espada atravesaran su cabeza. Y pensó también: «Espero que la muchacha y los otros lo consigan».

Se obligó a enfocar la vista, parpadeando varias veces y sacudiendo con violencia la cabeza, pues quería mirar a Narron antes de que le asestara el golpe mortal, echar un último vistazo al mundo aun cuando el mundo fuera aquel, desolado y desvaído por la condenación. Mas cuando pudo al fin ver algo, vio una mano casi esquelética, cubierta de sangre, los dedos extendidos, tan delgada y estilizada que parecía la mano de una mujer. Y pensó: «Salvia», pues hacía tiempo que no sabía de ella, pero después descubrió que la mano sobresalía del pecho de Narron; la mano lo había atravesado de parte a parte desde la espalda.

—¿Qué…? —susurró.

Narron Hojaparda de Calderos también miraba la mano emergiendo de su propio torso, totalmente rebozada en sangre suya. Su expresión era de sorpresa, también de consternación, y tenía la

cara hinchada, como si estuviera conteniendo la respiración, los ojos muy abiertos y la lengua apresada entre los labios.

«Pues pareciera que va a descomer», pensó Morgo entre oleadas de puro dolor, y ese pensamiento lo hizo sonreír mientras sentía que se desmayaba. Pero aguantó, y cuando el cuerpo de Narron cayó a un lado, privado de la vida, vio Morgo de quién se trataba.

La persona que le había salvado la vida no era una persona.

Era Masta Zhul el Impostor.

Lo había atravesado por detrás con su único brazo.

«Salir de las llamas para caer en las brasas», pensó entre delirios, y rio otra vez, aunque por lo bajo y en silencio.

—Morgo Palis —dijo Masta Zhul entonces, en tono quedo y solemne, el rostro metálico cubierto de suciedad y tierra de la intemperie—. He evaluado las opciones y creo que tengo una solución satisfactoria para nuestros asuntos.

«Una solución satisfactoria», pensó Morgo.

Y se desmayó.

Capítulo 22

Redención

Sarnax Genta había cruzado por el atajadero. Pensó en utilizar lo que había recuperado de poder de conjuración para ayudar a Morgo, pero luego decidió que, si lo hacía, volvería al comienzo del ciclo. Se quedaría trabado de nuevo, incapaz de usar su hechicería, y las cosas se habían desmadrado demasiado como para detenerse a descansar más tiempo.

Además, Morgo sin duda podía valerse solo; ya lo había visto luchar antes.

Pero mucho se había lamentado ya de su falta de previsión. Pudo haber calculado que abrir el atajadero en semejante sitio condenado drenaría toda su capacidad, mas ahora estaba hecho, y sus poderes podían conseguir cosas que ninguno de los otros podría obtener nunca. Él solo necesitaba saber qué había ocurrido allí, de dónde venía la condenación, pues sabiendo eso podría enfrentar el problema de raíz y llegar al edificio celeste con garantías.

Cuando llegó al otro lado, se sorprendió. Mucho sabía de espectros y de cómo su número podía modificar la sustancia misma de la realidad, como una enfermedad que comienza, tímida, en una verruga o una mancha en la piel, y acaba socavando la salud del cuerpo entero produciendo la muerte. Pero aquello superaba su experiencia.

Apretó el puño.

Tenía que darse prisa, porque no aguantaría demasiado en semejante lugar.

Entonces recordó algo:

La muchacha.

Miró alrededor, mas no vio su cuerpo por parte alguna, y eso le trajo un gran desconcierto. Lo esperable era ver su cadáver cerca del atajadero, su vida arrebatada por el terror, su corazón detenido por el

pánico y el helor que emanaban los muertos, pero no era así, y mucho se sorprendió de ello.

Mas entonces la vio en la distancia, caminando entre los muertos, sin apresurarse; la cabeza gacha, los extremos del bastón que llevaba siempre consigo asomando por delante de su cuerpo. Y un orbe de tintes rojizos, ligeramente opaco, a su alrededor.

—Por los Siete Sellos del Artema —soltó.

¿Qué estaba sucediendo?

«Aquí hay más cosas de las que se me han contado o la noche no sigue al día», se dijo ceñudo.

Entonces se concentró en lo que había venido a hacer, pues los espectros ya se acercaban a él con los brazos extendidos y levantó la mano para detenerlos.

—Nur Am Tym —exclamó.

Los espectros perdieron su color; lívidos y exangües, bajaron los brazos y sus ojos perdieron la expresión hostil que los caracterizaba. De repente, parecían consumidos por una tristeza insomne.

Sarnax se acercó a uno de ellos.

—Habla deprisa —dijo—. ¿Qué haces aquí?

—Vago —respondió.

—¿No puedes irte al otro lado?

—Prohibido —respondió el espectro.

Sarnax arrugó la frente. Aquel condenado llevaba tanto tiempo allí que estaba perdiendo su conexión con el mundo, llegando a olvidar algo tan básico como el habla. Casi le hizo sentir algo parecido a la pena.

Tendría que ser más preciso, pensó, mientras miraba a lo lejos para no perder de vista a la muchacha.

—¿Quién te prohíbe?

—Prohibido, ¡prohibido! ¡Prohibido!

—¡Habla, condenado! —insistió—. ¿Quién te veta el paso?

Mas entonces los cuatro espectros que se habían visto afectados por su hechizo hablaron a la vez.

—Excessus —dijeron.

Sarnax retrocedió dos pasos, tan sorprendido como se podía estar.

Y enseguida comprendió, y la comprensión penetró en su cuerpo como un estilete helado que lo dejó sin habla y sin capacidad de moverse por unos instantes.

—Por el Altar de la Compasión —masculló.

GIRA AHORA A TU DERECHA, decía Delorne.

Salvia caminaba con los ojos cerrados, temblorosa y exhausta, pues cada paso requería de ella una gran concentración, el cayado fuertemente asido en sus pequeñas manos. Con el dedo índice acariciaba su suave estructura, como agradeciéndole al bastón los servicios prestados, ya que la mantenía a salvo de los espectros, por mucho que no se diera cuenta conscientemente de lo que hacía.

Pues Delorne iba dictándole todo lo que tenía que hacer: girar a uno u otro lado, esperar, avanzar siete pasos (los cuales tenía que contar: uno, dos, tres, cuatro…) y a veces incluso retroceder, pues si giraba a un lado y al poco giraba de nuevo en la misma dirección Salvia pensaba que estaba retrocediendo, y en su delirio espeluznante por influjo de todo lo que la rodeaba, pensaba ella que retrocedía. Llegó a pensar que Delorne jugaba con ella, mas no pudo pensar en ninguna razón por la que aquella mujer, con tanta edad como debía de tener, pudiera querer hacer tal cosa. Y se preguntaba también qué edad sería esa: «Seis o siete veces la vida de un hombre, quizá», decidió entre pensamientos felices y enfermizos.

Pues seguir las instrucciones no era tan sencillo como suena, pues Salvia estaba obligada a recurrir a pensamientos felices. Era lo único que la mantenía en marcha, y lo único que parecía aplacar el frío lúgubre de la muerte que la rodeaba. Pensó en madre, pensó en padre, y por su mente circularon todo tipo de momentos especiales que había compartido con ellos. Pensó en sus vecinos, pensó incluso en Aldo Fuegoblanco, que había llegado a asegurarle que un día hablaría con su padre para que le permitiera empezar a formar una familia con ella, pero Salvia no quería otra familia distinta de la suya, y menos con alguien que sumaba muchas más primaveras que ella y que tenía manos grandes como palas. Las manos grandes descalificaban a un hombre de dar caricias y mimos, pensaba ella, y además ya tenía una familia, gracias muchas.

En todo eso pensaba Salvia a la vez sin desatender las instrucciones.

AHORA UNA ESCALERA. PELDAÑOS GRANDES. SIETE HACIA ARRIBA. CUENTA SIETE Y ES EL ÚLTIMO.

Pensó en tantas cosas que empezaba a temer que se le agotaran. Las tartas de melocotones de la señora Rosato, el olor de la lana nueva de los borregos, los colores hermosos de los pétalos de las flores, el prodigio casi mágico de la lluvia en los días quedos y apacibles, pues los días de lluvia, cuando eran muy seguidos, agotaban las tareas de la casa y podía ella sentarse a media tarde dedicada a malgastar el día.

Y mientras escuchaba la voz de Delorne y hacía lo que decía, se

repetía en su cabeza, como para reforzar el recuerdo, las cosas en las que iba pensando.

«Tartas… de melocotones… con crema agria… huele caliente, embriaga el aroma, el aroma… llena la casa… la señora Rosato… madre dice que hay que… ser amable con ella… más palabras amables le des, más tarta recibirás mañana… es… verdaderamente es… un trato justo… Melocotones calientes…».

En medio de todo eso, percibían su mente y su cuerpo y todo su interior el frío malsano que la rodeaba. Era como si caminara por una pequeña pasarela hecha de tablones tan delgados que podrían romperse en cualquier momento, y más allá de los tablones se abriera el abismo insondable donde esperaba no solo una muerte inevitable, sino dolorosa e inmisericorde. Pero además, sentía como si todo alrededor hubiera una maraña de rostros cadavéricos, garras espeluznantes y bocas abiertas, inmundas y hediondas, que la acechaban sin descanso. A veces incluso sentía la presencia de los espectros tan cerca de ella… tan cerca, tan cerca, que tenía que detenerse y hacer un esfuerzo supino por no perder la consciencia, pues las rodillas le flojeaban y los ojos se le iban hacia arriba aun cuando los mantuviera cerrados.

Pero pasaba.

La sensación pasaba a medida que Delorne la guiaba.

«Espero que lleguemos pronto —pensó, casi febril, la tez lívida en el rostro demacrado y casi deshidratado— porque no… no aguantaré mucho más».

Y luego seguía aferrándose a sus recuerdos.

«Las mimosas… las mimosas y su fragancia… mi favorita… Parecen cascadas de flores… cascadas de flores... el olor en mis manos... la fragancia en la ropa... madre con una corona de flores ri… riéndose… madre riéndose…».

No se había dado cuenta, pero seguía llorando. Las mejillas limpias por acción de las lágrimas.

De pronto, Delorne anunció algo:

SALVIA… —la llamó—. *ABRE LOS OJOS*.

Qué…, respondió.

ABRE. LOS. OJOS.

Salvia dudó unos momentos, pero finalmente se atrevió a abrirlos. Fue como si nunca los hubiera tenido abiertos; recibió la luz malva y enfermiza y se vio obligada a pestañear varias veces para comprender dónde estaba.

Se hallaba en el interior de un edificio, en una sala redonda y diáfana, pero el techo se había venido abajo y estaba todo

desparramado por los bordes, con vigas de metal, o de algo parecido al metal, llenas de herrumbre. La visión era impresionante: las paredes eran de metal, con grandes hierros cruzados formando una estructura vertical con varias repisas, y se entreveía el color celeste que había dado nombre al lugar.

«¿Es este sitio? —pensó—. El lugar de…».

Entonces miró alrededor y se alivió al descubrir que no había ningún espectro a la vista. Y era cierto…, allí empezó a sentirse mucho, mucho mejor. Se había… ¿Delorne la había alejado de aquella pesadilla?

Pero mirando arriba descubrió algo que la conmocionó. Allí ascendía en vertical el centro del cono espantoso que habían divisado a lo lejos. No sabía lo que significaba, y si era cosa buena o mala, pero estaba en el centro del cono. Estaba en el lugar que parecía haber provocado todo aquel desastre.

Daba vueltas mirando. Había demasiadas cosas que no entendía. Cosas pegadas a las paredes. Cajas y canalizaciones como las que hacían los granjeros con troncos para conducir el agua, pero de metal, y que subían hacia arriba por las paredes.

Y había una cosa más.

Algo que no había visto al principio.

Allí, delante de ella, en una repisa elevada por unos cuantos peldaños grandes y elegantes, había una extraña piedra negra.

De… Delorne —susurró mentalmente—. *¿Estás… aquí?*

Otra vez le pareció oír una pequeña risa en su cabeza, como aquella vez, no hacía tanto, cuando estaban en lo alto del cerro. Se estremeció. Mas enseguida la suave voz de Delorne volvió a hablarle…

SALVIA, SALVIA… QUÉ MOMENTO… QUÉ MOMENTO, SALVIA. ESCÚCHAME… ESTOY ATRAPADA AQUÍ CERCA, PERO TÚ PUEDES LIBERARME DE MI PRISIÓN. ES MUY SENCILLO. YA CASI HEMOS TERMINADO… YA CASI, YA CASI…

Salvia sacudió ligeramente la cabeza.

De repente, Delorne sonaba extraña.

Sonaba…

«Ansiosa», se dijo.

Delorne sonaba excitada. Ansiosa. Le recordó a cómo se reía Aldo Fuegoblanco cuando le decía que formarían una familia; y no era una risa agradable. Era una risa hacia dentro. La risa se comparte, es una suerte de regalo, pero cuando Aldo se reía… el único que lo hacía era él.

¿Delorne? —preguntó—. *Mas… ¿dónde estás?*

¡CERCA! ¡MUY CERCA! ¡SOLO TIENES QUE HACER UNA COSA!

Una cosa… Pues… De acuerdo —exclamó sin mucho convencimiento—. *¿Qué debo hacer? ¿Por qué no te veo?*

PORQUE ESTOY ATRAPADA. ¡PERO TÚ PUEDES CAMBIAR ESO! ¡AYÚDAME!

Sonaba ansiosa, sí. Pero Salvia se dijo: «Esa mujer debe de estar atrapada aquí desde ni se sabe. En este lugar frío, horrible, condenado, lleno de espectros y sensaciones de abandono, de angustia, de muerte. Si yo tuviera la salida cerca, como ahora, ¡también estaría ansiosa!». Y pensando eso, asintió con gravedad y determinación.

Sí… —dijo—. *Lo haré… ¿Qué debo hacer?*

Hubo un pequeño silencio en su mente.

COLOCA EL CAYADO EN LA PIEDRA QUE TIENES DELANTE.

Salvia miró el cayado en sus manos. Sus florituras y la decoración, su bello aspecto uniforme.

HAY UNA ABERTURA EN LA PIEDRA. COLOCA. EL CAYADO. DENTRO. DE LA PIEDRA.

Salvia se volvió para mirar la piedra. Una piedra negra con un cierto tinte rojizo. Descansaba en el suelo, tenía la altura de medio hombre y mostraba protuberancias irregulares en la parte superior, más estrecha que la inferior.

Se acercó despacio, mirando la piedra con curiosidad.

COLOCA EL CAYADO, dijo la voz en su interior.

Salvia sujetó el cayado ante sí.

COLOCA EL CAYADO —insistió la voz—. Y volvió a repetirse: *SALVIA, COLOCA EL CAYADO*.

Salvia dudó. La insistencia…

Hasta su voz sonaba estridente ahora.

Aquella piedra…

Aquella piedra se parecía demasiado a la que Morgo Palis había descrito, la misma que tenía en su barco para adormecer a la Hoja Negra.

Y recordó sus palabras.

«El demonio que habita la hoja de la espada, preso en ella, podía hablarme en mi cabeza con una voz tan alta y clara que en ocasiones no me dejaba pensar. Es una alimaña embustera y mentirosa, y sé que puede poner voces que tienes dentro, en el recuerdo, pues usa esos recuerdos para embaucarte, y a veces es tu amigo y otras es tu mujer o quien haga falta ser para que el engaño surta efecto».

Abrió mucho los ojos. La boca abierta.

«El cayado», pensó, transportada a un nuevo estadio de pánico.

Toda vez que alguien había oído su voz, estaba sosteniendo el

cayado. Ella, Fendor…, y lo encontró cerca de la lobera donde estaba Morgo, como si…

«Como si lo hubiera perdido allí mismo», pensó.

«Pero la voz nos ayudó —se siguió diciendo en su cabeza—. En la entrada de la mina, con el fuego contra los necrófagos…».

Además, Excessus estaba prisionero en una espada, y no en un cayado…

Y sin embargo… Sin embargo…

«Algún artificio para ocultar su aspecto —se dijo, entre otras muchas cosas que pasaban por su mente—, nos trajo hasta aquí. Todo el rato nos ha ayudado para llegar hasta aquí… Pero… ¿para qué? ¿Para qué si con seguir escondida se hubiera liberado?».

Su mente daba vueltas mientras Delorne callaba. Mas al retirar el brazo con el cayado en la mano, como si se arrepintiera de colocarlo en la piedra, oyó Salvia un gruñido animal en su cabeza, tan fuerte que casi la desgarra por dentro. Y ella chilló a su vez, y de manera instintiva abrió la mano para dejar caer el cayado, mas cuando el grito animal ensordecedor que se había instalado en su cabeza terminó, el cayado no había caído al suelo. Aún lo sentía en la mano.

Lo miró, y otra vez volvió a asombrarse por lo que veía en su mano.

—La… La… —balbuceó, mas no pudo terminar.

Pues allí en su mano estaba la Hoja Negra. La espada de Morgo Palis, la hoja maldita y condenada que había arrebatado la vida de tantas personas durante tantas primaveras. En su mano. Mas tenía los dedos abiertos y no caía, y asustada y atemorizada como estaba, sacudió la mano y el brazo mientras emitía un chillido, y siguió sin caer.

SALVIA, SALVIA, SALVIA…, dijo la voz en su cabeza, ahora oscura y terrible, ya no la voz de una mujer, sino de una suerte de animal, cargada de tonalidades y multiplicada en sus reverberaciones, como si fueran muchas voces hablando al unísono. Tenía el eco de la profundidad del espacio, y cuando las palabras llegaban se colaban por los vericuetos de la mente y lo removían todo; una voz que la hizo doblarse de pánico y caer de rodillas al suelo, la cara contraída de puro sufrimiento.

TE CONTARÉ LA VERDAD, terminó diciendo Excessus.

Salvia lloró de manera descontrolada.

«Sin duda es el destino», pensaba Morgo, asombrado y superado por los acontecimientos.

Caminaba ahora ayudado por Sarnax, el nigromante, Instructor de la Orden del Cráneo, que albergaba deseos oscuros en su corazón, y sin embargo lo sostenía para que caminase, pues el dolor del hombro lo tenía doblegado, y el influjo del lugar le llegaba muy hondo en el corazón, tanto que ni aun habiendo estado de una pieza habría podido él enfrentarse a todos aquellos espectros así hubiera tenido una espada serpentina en cada mano, o diez brazos con veinte espadas. De vez en cuando, Sarnax lanzaba un haz blanco cuando los espectros se acercaban demasiado por la espalda, pues él no sentía pánico alguno, y porque delante de ellos, el hombre falso reducía a los condenados con la espada sujeta en su único brazo.

Era todo muy oportuno, pensó. Casi delirante. El único hombre que podía caminar por allí sin que ningún espectro pudiera tocarlo, pues no tenía corazón, ni vida en su interior, ni ninguna otra cosa propia de hombres y mujeres, era… precisamente, entre todas las creaciones que habitaban en el mundo, era él. El hombre falso. El hombre de metal.

«Morgo Palis —le había dicho después de que volviera en sí—. Mucho tiempos os he estado siguiendo desde que estabais en los cubiles de Sarnax Genta. Os seguí por el atajadero hasta la cabaña del anciano y allí os escuché de nuevo, y luego os seguí hasta el cerro, donde también pude oiros».

«Imposible —había replicado él—. Pues te habría oído pulular a nuestro alrededor».

«Yo puedo oír a mucha distancia, Morgo Palis. Y puedo moverme como un gato si me lo propongo, que mi cuerpo construido, que no nacido, me permite hacer eso. Pues escuchando vuestra conversación, comprendí yo que todos estamos en realidad del mismo lado, y que trabajando juntos podemos todos tener lo que queremos y contar el buen final de esta historia. Yo, Morgo Palis, necesito el poder de la espada para recargar mi corazón, pues es antiguo, muy antiguo, y se extingue. Camino con el poder prestado de la energía de los cielos, pero no me queda mucho tiempo. Fui construido para observar, pero también prevalecer, y para prevalecer debo hacer yo lo que corresponda. Mas escucha ahora, Morgo Palis, y entiéndeme bien: pues absorbiendo yo el poder de la espada, la libraré del demonio que contiene».

Morgo no se encontraba demasiado bien cuando Masta Zhul pegó su rostro ensangrentado y metálico al suyo, el poder de las estrellas engastado en las cuencas de sus ojos, pero… entendió lo que quería

decir. Entre brumas de dolor, entendió.

«Hagamos un trato, Morgo Palis —le dijo—. Te conduciré hasta el edificio que buscáis y te ayudaré a descifrar las Marcas, si las hay, y a buscar e indagar. Mas si ello da pistas sobre el paradero de la espada, cuando la recuperes, si mi corazón se hubiera detenido, ponla tú en mi mano y cierra mis dedos alrededor, que mi cuerpo sabrá absorber la maldición y el demonio, y viviré con ello».

«Pues ¿qué pretendes hacer con la vida prestada que la espada te dará?», había preguntado él haciendo esfuerzos por mantener la coherencia, aunque balbuceaba y las palabras se arrastraban en su boca.

«Llevo existiendo desde el tiempo de los Antiguos, Morgo Palis. Mi tarea es observar las evoluciones del hombre, y almacenar ese conocimiento de cuanto hace y consigue sin interferir yo en ello. Pues para eso fui construido. No verás que haya hecho yo mal a nadie cuando he podido evitarlo».

Morgo asintió y le pareció cosa verídica y con sentido, pues nunca había oído él hablar de ninguna historia ni leyenda que involucrara a un Impostor, ni sabía de nadie que hubiera visto alguno en ninguna parte. Además de eso, por lo que sabía, tanto la muchacha como Sarnax Genta habían desaparecido, y por mucho que hubieran colaborado juntos no debía olvidar que el nigromante tenía sus propias intenciones y metas.

Y accedió, pues mucho él no podía hacer por sí solo, de todas maneras, y ya se vería luego, más tarde, qué ocurriría y en qué términos.

Mas una vez al otro lado encontraron a Sarnax. Acababa de descubrir algo importante que decía mucho de lo que allí ocurría, y viendo que la muchacha se alejaba siguiendo un camino muy determinado, se concentraron en seguirla sin que hubiera mucho más tiempo para explicaciones, como la presencia del Impostor.

Sin embargo, el tiempo se les acababa; Masta Zhul estaba gastando demasiada energía en mantener lejos a los espectros.

—Será mejor que lleguemos pronto —dijo con una voz extraña, como apagada, sin inflexiones.

—Allí está pues —proclamó Sarnax—. El edificio celeste.

Era una bóveda impresionante que se alzaba sobre paredes circulares de metal cruzado, y aunque la parte superior no existía ya, pudieron intuir la imponente presencia con la que debió de regalar al lugar en tiempos. Una estatua de un hombre alado con las manos juntas coronaba la fachada, en la que se abría un arco cuyas puertas habían desaparecido, seguido de unas escaleras.

—Por allí entró la muchacha —dijo Sarnax—. Quiera el Kuxtal que lleguemos a tiempo.

—Llegaremos —susurró Morgo con visible esfuerzo—. No hemos llegado aquí para que todo se trunque en el último momento. No sería eso muy razonable por parte de tu Kuxtal.

—Ya veremos —dijo Sarnax entonces—. Que el Kuxtal ya ha hecho cuenta nueva en el pasado, y lo ha limpiado todo antes de comenzar de nuevo, como el viento de una tempestad se lleva los árboles muertos y las ramas más débiles.

«Eso soy yo —pensó Morgo—. Una rama rota».

Mas ninguno dijo otra cosa mientras ascendían por las escaleras y dejaban atrás a los espectros, que los miraban feroces y hostiles, Masta Zhul subiendo por los peldaños como una anciana en sus últimos días.

4

Cuando entraron en el edificio recibieron mucha información a la vez, toda sorprendente. Morgo se dejó caer al suelo, pues no soportaba dar un paso más ya, pero a través de los trallazos de dolor vio algo que lo dejó atónito y sin aliento: a Salvia, de pie en un extremo de la sala circular, con algo que no esperaba ver en aquel lugar.

—La… la Hoja Negra… —exclamó—. ¡Por Drokk y por Madre y todas las luces del cielo…! Pero… ¿cómo… cómo ha llegado… a…?

Pero Sarnax, mirando las manos de la muchacha y no viendo en ellas el cayado que la había acompañado todo el tiempo, y haciendo cábalas sobre lo que se había dicho de él y de cómo la había guiado hasta ese sitio, como él mismo había visto, lo intuyó enseguida.

—No ha llegado, Morgo Palis —susurró—. La habéis traído vosotros. La Hoja Negra era el cayado…

—¿Que… el cayado…? Pero… ¿cómo?… No es… no es posible…

—Excessus es un demonio —exclamó Sarnax—. Maestro del engaño, la mentira y el disfraz.

—Yo… no sabía que podía aparentar ser otra cosa…

—Los buenos maestros nunca enseñan todos sus trucos.

Pero, pensando en ello, comprendió el Necronauta que estaba en lo cierto. Había estado cerca de la lobera desde el principio. Lo había tenido en las manos. Las voces. Sus misteriosos y oportunos poderes…

—Por todas las primaveras que he vivido… que me arranquen su recuerdo del cuerpo… —exclamó.

Mas en ese momento Salvia se volvía y, mirándolos, adelantó una mano hacia ellos, la palma levantada.

—¡Atrás! —dijo balbuceante, las mejillas brillantes por las lágrimas, pálida y deslucida, la belleza arrancada de su rostro joven por el puro agotamiento—. ¡No deis un paso!

—¿Qué…? —exclamó Morgo, confuso. Pues veía ahora la piedra detrás de la muchacha, y reconoció en ella una réplica casi exacta a la que tenía en el *Nessentia*, el buque Madre que había sido su hogar, pues allí hacía descansar la hoja cuando no se usaba desde tiempos inmemoriales.

—¿Qué ocurre, muchacha? —quiso saber Sarnax.

Pero Morgo seguía atando cabos, y recordó de pronto.

La Hoja Negra.

Si Salvia la tenía en sus manos, eso solo significaba que Excessus…

Que Excessus estaba hablándole a ella. En ese mismo instante, mientras hablaban. ¡Oh, la cantidad de trucos y engaños con los que debía de haber violentado su cabeza desde no se sabía ni cuándo!

—Salvia… —dijo con suavidad—. Deja la espada en el suelo…

no… no la toques más…

—¡No! —rehusó ella—. La espada… me lo ha contado todo. ¡Me ha contado la verdad!

Sarnax arrugó el gesto.

—Salvia —exclamó—. Estás tratando con un demonio. ¿Comprendes eso?

—Tal y como me ha dicho, habéis venido los tres juntos —dijo ella—. Eso demuestra cosas. ¡Pues… mirad: el hombre, la muerte y la falsedad! ¿No erais enemigos?

Morgo asintió.

—Lo éramos… —susurró—. Mas como sabes, hemos unido esfuerzos para salvar las cosas todas…

—¡NO! —gritó Salvia, la mandíbula casi desencajada en el rostro otra vez anegado por las lágrimas—. ¡Todos estos espectros —añadió— son las víctimas de la espada! ¡Me lo ha dicho la Hoja! ¡Tus víctimas, Morgo Palis, Necronauta asesino y terrorífico!

—Eso es cierto —terció Sarnax—. Y en eso no te ha mentido, Salvia Túneles. Pero han sido convocados aquí no por Morgo Palis, sino por Excessus, que no está en las capacidades de Morgo hacer tal cosa.

—¡Los convocó al darles muerte!

—Sí, Salvia —repuso Sarnax con suavidad—. Pero él no sabía que acabarían aquí. En el Cenobio los imaginaba él preparados para cruzar la laguna y ascender por la Escalera del Mérito allí donde le corresponda a cada uno, que es cosa distinta. Morgo…, tienes que entenderlo…, es otra víctima, alguien condenado a dar muerte con la hoja para mantener el mundo a salvo. ¡Y aun así eligió participar en guerras para ello, que no fue por las ciudades repartiendo muerte de manera indiscriminada y salvaje, sino que dio muerte a hombres que estaban decididos a morir! ¿Entiendes cuanto digo?

Salvia negó con la cabeza.

—Todos estos espectros… condenados… —exclamó ella, tan triste como enfadada—. ¡Me ha dicho lo que hay que hacer para terminar con la maldición! ¡Pues Excessus solo quiere ser libre, no devorar al mundo como me habéis hecho creer! ¡Niega tú acaso, Sarnax Genta, que quieres la espada para traer de vuelta al hechicero nigromante, el señor espanto, Cancro de los horrores!

—No lo niego —dijo.

—¡Y ese… asesino que nos dio caza e intentó matarnos, ese hombre falso! ¡Para qué tipo de horrores quiere una imitación tanto poder!

Masta Zhul no respondió. Ni siquiera se movía, pues sus ojos

centelleaban con un mínimo vestigio de imitación de vida, pálidos y exangües, y parpadeaban como si estuvieran a punto de extinguirse.

—Salvia…, escúchame… —le pidió Sarnax—. ¿Qué te ha pedido la Hoja que hagas? El demonio que hay en su interior, ¿qué te ha pedido que hagas para liberarlo?

Salvia lo miró, desafiante, con las facciones contraídas como si sufriera grandes calamidades en las entendederas suyas.

—Ya lo sé —susurró—. Ya lo sé.

Sarnax comprendió que Excessus estaba hablándole.

—Salvia… —dijo—. No escuches al demonio. Te contará lo que haya que contar para convencerte. Te dirá que eres hermosa, que eres importante, te dirá que el cielo será mañana de tu color favorito, te prometerá traer a tus padres de vuelta…

Salvia pestañeó de repente, inmóvil, el rostro contraído.

Sarnax sonrió con aflicción.

—Ya te lo ha prometido —susurró—. Te ha dicho que puede devolverte a tus padres, deshacer todo el daño. Te ha dicho que… todo será como antes…

—Todo será como antes —susurró Salvia, con las lágrimas escapando en torrente de sus ojos.

—¿Lo ves? —dijo Sarnax—. Mas… tú estuviste en el Cenobio. Allí tienen su propio reino, y no rinden cuentas a demonios, ni los demonios tienen poder allí. El Kuxtal no lo permite, y no hay fuerza más poderosa que el Kuxtal en toda la creación. Una vez se cruza con los barcos, Salvia, nadie puede regresar… Y el que te diga lo contrario, miente.

Salvia rompió a llorar.

Morgo, mientras tanto, pensaba de manera intensa y febril. Pensaba en la piedra.

La piedra, igual que la que tenían en el *Nessentia*.

La misma que Iana Delorne les entregó a los hijos de Mor Nasur.

Y comprendió. Creyó comprender, pues muchos días y muchas noches había tenido Delorne la espada con ella, y en ese tiempo Excessus debía de haberle hablado. La de conocimiento que debió de regalarle para ganarse su favor, pues ella estaba ávido de él, para convencerla de preparar un ingenio, una solución para su encierro. La piedra. De las cuales construyó dos, una para ella y otra para los hijos de Mor Nasur, de manera que cuando él hacía dormir a la hoja en sus entrañas, las almas que absorbía se canalizaban a la piedra que Delorne guardaba. La de engaños con los que tuvo que trabajarse a la pobre mujer, diciéndole que hacía lo correcto, que con eso salvaría al mundo, que cuando…, que cuando estuviera libre, juntos averiguarían

todas las cosas que había por averiguar en el mundo.

«Y por eso —pensó Morgo—, fueron apareciendo espectros en Caltha Celeste. La ciudad apartada. Donde nadie va nunca. Su repositorio secreto, escondido, donde las almas que iba absorbiendo se almacenaban, hasta que fueran suficientes para…».

Para liberarse.

Morgo abrió mucho los ojos.

Iana Delorne había sido la primera víctima de Excessus, y él y sus ancestros, todos los otros custodios de la Hoja Negra, sus segadores.

Para él.

Para el demonio.

Que insertando la hoja en la segunda piedra, con seguridad se cumpliría su plan. No sabía cómo, pues de esas cosas Sarnax sabía mucho más que él, pero si una piedra era la entrada, la otra debía de ser la salida. Y Excessus se serviría de todos aquellos espectros acumulados para cumplir su propósito.

—Drokk —murmuró.

Carraspeó brevemente, ligeramente mareado, pues Salvia tenía el brazo adelantado de manera que le faltaba poco para introducir la espada en la piedra.

—Salvia —la llamó con voz ronca—. Salvia. No lo hagas. No sé lo que te ha dicho ese demonio para que le prestes tantos oídos y te haya nublado el buen juicio que tienes, pero tú lo sabes bien. Tienes instinto. Intuición. Eres inteligente y tus entendederas giran a buena velocidad sobre tus hombros.

Ella lo miró.

—Te ha prometido cosas que no pueden pasar, y has pasado tiempo con nosotros. Nos conoces. Sarnax te lo ha explicado. Concédenos al menos el tiempo…, que seguro que Excessus te apremia a que termines, que no escuches, que no pienses, solo que metas la espada en la piedra. Pero escúchame, muchacha, te lo ruego. Haciendo eso le darás libertad.

Salvia lo escuchó, perpleja, pues en verdad Excessus le había prometido justamente lo que Sarnax decía que no se podía conseguir, y también era cierto que la apremiaba, con voz casi iracunda, ansiosa, impaciente, gritándole en la mente para que no escuchara, para que actuara.

Y recordó a su padre otra vez. Toda vez que había una disputa en la aldea, él se sentaba entre las partes y prestaba mucha atención en escuchar detenidamente a cada extremo, para lo que pedía una sola cosa: calma. Paciencia. Pues de cada problema, decía, había siempre dos versiones. «Y una cosa es segura, Salvia. El más impaciente, el más

ofendido, el más enfadado e iracundo…, suele ser el culpable».

Entonces bajó el brazo de nuevo, todavía llorando, incapaz de decidir quién tenía razón. Era joven, demasiado joven, y la responsabilidad de equivocarse, demasiado alta. ¿Quién tenía razón, después de todo? ¿Y si se decidía por una cosa o por otra? Se derrumbó, incapaz de sostenerse, y la espada tocó el suelo con un sonido grave y metálico.

¡¡¡TÚ LO HAS QUERIDO, NNNNNNNIÑA!!!, bramó Excessus, furioso e iracundo como la lava en un volcán que acaba de despertar, como la madre de todas las tormentas, como la furia elemental que castigó el planeta en los albores de su creación, todo en el interior en su cabeza.

Salvia gritó, pues la cabeza amenazaba con partírsele en dos, y se echó hacia atrás como si la hubieran arrollado con un ariete. Pero antes de que nadie pudiera hacer nada, descubrieron con horror que la protección con la que contaba el edificio, o acaso fuera la piedra, o la misma espada, sucumbía.

Una plétora execrable de espectros irrumpió repentinamente en la sala, no solo a través del arco de la entrada, sino a través de las paredes. Lo hicieron en tropel, como si hubieran estado esperando fuera del círculo de protección, acumulándose al otro lado. O quizá lo hicieron en respuesta a una llamada del demonio.

—¡Drokk! —masculló Morgo. Miró brevemente a Masta Zhul el Impostor, pero estaba inmóvil, inerte, como si su corazón se hubiera apagado del todo. Y en su puño crispado descansaba la empuñadura de la espada serpentina, la única cosa que podía salvarlos.

Tanto daba, pensó.

Ni aun usando el otro brazo podría él desenvolverse con suficiente rapidez ante ese ataque desmedido, desmesurado, incontenible; y Sarnax había dejado claro que había estado usando los restos de sus últimas capacidades…

Miró a la muchacha antes de morir, con el frío espectral de aquellos seres acercándose a toda velocidad, el corazón encogiéndose en el pecho, y le entristeció que Salvia hubiera tenido que pasar por todo aquello. Que él hubiera tenido que desembarcar en sus playas. En su bonita aldea tranquila. En…

… En …

Morgo intentó pestañear para asimilar el cambio, pero no tenía párpados. Miró alrededor…, un espectáculo anaranjado y sepia que reconoció enseguida, mas pese a reconocerlo y saber muy bien lo que iba a ocurrir, no dejó de sorprenderse.

Eran las arenas del otro lado, con el Cenobio visible en la distancia.

Se miró las manos semitransparentes recorridas por los vientos de energía azulados.

«Por Drokk —pensó—. Ya está. ¡He fallecido!».

Pensó que iba a ser más doloroso, pero había…, había ocurrido en el acto. De hecho no sentía dolor alguno en su cuerpo. Ni en su rostro, por cierto, ni tampoco en su hombro. Ni estaba velado por brumas ni se sentía mareado ni aturdido. Estaba despierto. Alerta. En plena forma.

Sonrió.

«Esto… no está tan mal», pensó divertido.

Trató de inspirar hondo, como aliviado, pero no pudo. No se había dado cuenta la otra vez, pero no existía allí respiración ni cosa parecida.

—No has fallecido, Morgo Palis —dijo una voz.

Se dio la vuelta y vio allí a Sarnax, y a la muchacha, incorporándose del suelo a su lado. Mas no usó los brazos para hacerlo, sino que se enderezó como si volara.

—¿Qué…?

—Que no has fallecido —dijo Sarnax—. Os he traído aquí como la otra vez, al otro lado. No te sorprendas. Es un truco que un nigromante con cierta experiencia puede hacer con facilidad, aunque reconozco que el área de efecto es una meritoria contribución mía…

Miró a la muchacha.

—Pensaba hacerlo, de todas maneras —continuó diciendo—. Pues trayendo a Salvia aquí podríamos dialogar sin que la espada estuviera hablándole en la cabeza, gritándole mentiras y engaños para minar su ánimo y su capacidad para pensar. Pero cuando el demonio liberó a los espectros…, no hubo más solución.

—Pero… ¿por qué? Si nuestros cuerpos siguen allí…, ¿no darán buena cuenta de ellos? Pues los hemos dejado a su merced… —quiso saber Morgo.

Sarnax negó con la cabeza. En verdad se veía más hermoso al otro lado que en el plano de la tierra y de la carne.

—Son espectros, Morgo Palis —explicó—. Atacan lo que hay entretejido en la carne, y no la carne en sí, pues su materia está allí y

aquí a la vez, y viendo los cuerpos vacíos en el suelo, como están ahora, no podrán hacer nada con ellos.

—Eso es muy inteligente… —dijo Morgo sonriendo.

Sarnax miró el Cenobio a lo lejos y frunció el ceño.

—Imagino a Excessus ahora mismo, viendo cómo hemos escapado de sus garras —comentó con tono alegre, y tanto lo divirtió la idea o el pensamiento que, por unos instantes, pareció brillar con más intensidad.

Luego miró a la muchacha.

—Salvia Túneles —dijo—, permaneces muy callada. ¿Cómo te encuentras ahora?”

La muchacha agachó la cabeza.

—Me… mejor —respondió—. Gracias, Sarnax Genta. En verdad te agradezco el silencio en la cabeza y poder ser yo sin tener que prestar atención al agotamiento del cuerpo o la sed en la boca, pues pensar sufriendo con todo eso me requería un esfuerzo que no podía yo manejar.

—Mas, ¿qué ha pasado? —preguntó Morgo—. ¿Por qué Excessus liberó los espectros contra nosotros? Esa parte aún no la entiendo.

—Se agotó su paciencia —explicó Sarnax—. Cuando Salvia bajó el brazo de nuevo, explotó. Los demonios pueden dejar pasar cientos de cientos de primaveras haciendo nada, pero cuando tienen un estímulo delante, su paciencia puede tener un palmo de largo. No iba a pasar otra vez por el periplo de intentar convencer a Salvia. No de nuevo. Lanzó a los espectros contra nosotros para acabar con la situación, para acabar con nosotros. Pues podía ponerse a dormir de nuevo y esperar a que otro llegara hasta allí, algún día, en algún momento, y se llevara la espada de nuevo. Entonces intentaría convencerlo para que dispusiera la Hoja Negra en la piedra.

Morgo sacudió la cabeza.

—No entiendo a los demonios —declaró.

—Ni estás hecho para entenderlos —repuso Sarnax.

—Entonces, Salvia…, ¿te has convencido ya? ¿Vas a dejar la espada y cejar en tu empeño de devolverla a la piedra? Pues escucha esto…

Le relató Morgo lo que había intuido sobre las dos piedras, y de cómo Excessus debía de haberlo planeado todo desde el principio. De cómo pudo haber engañado a Iana Delorne y de cómo los hijos de Mor Nasur habían seguido su juego inadvertidamente. Y le contó lo que el hombre falso le había contado: que sirviéndose de la espada podía él alargar su falsa vida y eliminar con ello al demonio atrapado en la hoja.

Salvia escuchó con atención, y comprendió cuanto escuchaba, pues le pareció cosa sensata, y Sarnax estuvo de acuerdo en validar sus pensamientos.

—Creo que eso es exactamente lo que ocurrió —afirmó—. Por lo que supe de los espectros cuando los obligué a hablarme.

—Sí —dijo Salvia—. Dejaré caer la hoja mentirosa cuando volvamos. Estoy… estoy segura.

Morgo asintió aliviado.

—Pues bien —dijo—. Mas… ¿cómo haremos? —preguntó preocupado—. Pues… pues si volvemos… ¿acaso los espectros no se nos echarán encima?

—En el acto —declaró Sarnax.

—Mas entonces…, ¿cómo solucionaremos ese brete?

Sarnax seguía flotando, a una altura un poco más elevada que la de ellos, mirando al Cenobio, que parecía estar más cerca aun cuando ellos no se habían movido.

—No haremos nada, Morgo Palis —dijo.

—¿Nada?. Pues… ¿qué quieres decir?

—Esperaremos. Un poco. A veces, Morgo Palis, las cosas se solucionan por sí solas.

Morgo arrugó la nariz.

—No creo yo eso, discúlpame, que todos los asuntos que he dejado sin atender se han complicado más allá de lo resoluble.

—Bueno —replicó Sarnax—. Este no.

Morgo se quedó en silencio, cavilando sus palabras.

Mas entonces, tan solo unos instantes después, comenzaron a ver figuras emergiendo entre las arenas anaranjadas de la vasta superficie que tenían alrededor. Un par de ellas al principio, luego diez de repente, luego… luego eran tantas que no podían contarse ya de manera alguna.

—¡Por los canastos y las cestas! —exclamó Salvia.

—¡Sarnax! —gritó Morgo—. ¿Qué está ocurriendo?

El nigromante sonrió aliviado.

—Esto, querido Morgo Palis… —dijo—, son las cosas solucionándose por sí solas.

El Necronauta y la muchacha miraban alrededor, asombrados y turbados. Eran hombres y mujeres, todos vestidos con armaduras, aunque fueran de cuero, todos de brazos fuertes y cuerpos proporcionados, y algunos llevaban un casco en la cabeza. Y al mirarse se sonreían y hacían amagos como de compartir un abrazo, y se veían en sus rostros limpios y despejados una alegría y un bienestar notables.

Salvia fue la primera en comprender.

—Los barcos —dijo, súbitamente alegre—. Los barcos que vimos la otra vez…, ¡eran para ellos! ¡Eran para ellos!

Empezó a irradiar tanta luz que parecía un pequeño sol en el desierto.

—¿Para ellos? ¿Para quiénes? —preguntó Morgo.

Sarnax Genta se acercó suavemente a él y lo miró con una sonrisa apacible.

—Todos estos, Morgo Palis…, son las entidades de aquellos a quienes tú y los tuyos habéis dado muerte a lo largo de generaciones. Los que estaban atrapados y condenados en Caltha Celeste, que por fin han sido liberados y viajan ahora al Cenobio y a los barcos, como ha dicho Salvia, pues todo estaba previsto. Esto… Esto era lo que determinaba el Provecto… Ahora lo veo…, el nuevo curso del Kuxtal.

Salvia emitió un sonido burbujeante y alegre, como una risa del alma.

—Es… es hermoso —balbuceó Morgo, recorrido por varias sensaciones dispares que se entrecruzaban en su interior. Pues todas aquellas entidades fueron gentes, y a todas les dio muerte él, por mucho que lo hiciera por un supuesto bien común. Pero allí había padres, y había hijos, y esposas y hermanas, y a todos ellos los había privado de alguien, y a esos, alguien los había privado de ellos, y a todos en su conjunto les había quitado los amaneceres, el amor, las risas, las fiestas y las alegrías que, ocasionalmente, proporcionaba la vida. El Kuxtal, se corrigió.

—No te aflijas —dijo Sarnax—. Hiciste lo que hiciste porque no podías hacer otra cosa. Y si piensas que los condenaste, piensa también que has ayudado a su liberación, y con ello has concluido y satisfecho una de las líneas entre nudos, que es mucho más de lo que muchos pueden decir.

Eso no ayudó a Morgo, que seguía mirando a aquellas gentes caminar hacia su descanso final, por mucho que sonrieran y parecieran otra vez dichosas.

—Pero…, por mucho que esto me alegre, y lo hace, no entiendo bien cómo han conseguido liberarse.

—Lo entenderás —fue la respuesta de Sarnax—. Pero miremos ahora la última marcha de los que estuvieron condenados, pues la contemplación de su última partida… ayudará a que el corazón de Morgo sane y no recaiga en el futuro.

Se quedaron allí un largo tiempo, viendo a la multitud celeste avanzar por la arena hacia el Cenobio. Morgo, adelantado a los otros, lloraba sin lágrimas, comprendiendo que si había hecho mal, ahora lo

había enmendado, y que al final las cuentas se resarcían de alguna manera, pues nunca fue su intención hacer mal a nadie.

Mas cuando los últimos de ellos se alejaban ya de la vista, Sarnax se adelantó para ponerse delante de ellos.

—Volvamos —dijo.

6

El silencio.

Eso fue lo primero que notaron.

Lo segundo, que el frío había desaparecido. El frío no es algo que pueda eliminarse con rapidez, pues necesita un tiempo para pasar de un estado a otro. Pero el de allí, que era sobrenatural y manaba de los resquicios entre la vida y la muerte, había desaparecido del todo.

Y el tono.

El color morado que lo tintaba todo ya no estaba. Se había ido. Era una sala normal, llena de restos y escombros, y las cosas en las paredes no parecían espectrales y terribles, sino solo cosas. Cosas de los Antiguos, pero inofensivas.

Tampoco había llamas. Ni espectros.

No quedaba nada de la antigua Caltha Celeste.

Salvia miró al suelo, mas la espada no estaba allí. Sin embargo, le bastó girar la cabeza para descubrir adónde había ido a parar.

Sarnax caminó hasta ponerse a su lado.

—¿Zhul? —dijo.

Salvia no se había dado cuenta de que Masta Zhul estaba allí, de pie. Era el único que podía permanecer allí cuando pasaron al otro lado. El Impostor. No tenía entidad propia en su interior, no sabía qué es la vida, ni la tuvo ni la contuvo. Así que cuando Sarnax, Salvia y Morgo pasaron y dejaron sus cuerpos, el Impostor utilizó sus últimas fuerzas en avanzar hacia la espada, muy lentamente, pues los espectros lo ignoraban como ignoran una mesa de madera o un yunque de hierro.

Salvia se llevó las manos a la boca, otra vez emocionada. Miraba al Impostor, que estaba de pie junto a la piedra. Mas estaba inmóvil, perfectamente impasible, como una elegante estatua de metal, una pierna ligeramente doblada hacia atrás y su único brazo levantado en el aire en señal de triunfo, y en la mano sostenía la Hoja Negra, mas ahora ya no era negra y fría y de aspecto lustroso como antes, sino cenicienta y pálida, como si no albergara ya poder alguno.

—Por Madre —exclamó Morgo—. Está… ¿está muerto?

—No puede morir lo que no ha vivido nunca, Salvia Túneles —dijo Zhul, mirándola con tono solemne.

Salvia examinó sus ojos. Lucía en ellos un brillo tan intenso que todo el contorno de sus oquedades estaba iluminado por un tono azul.

—¿Qué… ocurre, Zhul? —preguntó Morgo, preocupado—. Pues la espada ya no luce como antaño, y hemos visto los espectros pasar al otro lado…

—La espada es común ahora, sí —afirmó Zhul—. He absorbido al demonio en mi interior, y su entidad alimenta ahora mi corazón

interno. Por ese motivo, la condenación se ha extinguido, los espectros han sido liberados…

—Pues entonces, ¿qué ocurre?

Zhul siguió inmóvil, adoptando aún su particular pose.

—No… podéis siquiera imaginar la cantidad de energía que poseo ahora —manifestó con voz queda—. Mi corazón está henchido. Siento que podría funcionar para siempre, y que podría mejorar mi cuerpo más allá de lo que mis constructores soñaron jamás.

—Entonces… —dijo Salvia preocupada—. ¿Todo está bien?

—No lo sé —respondió Zhul.

—¿Por qué… por qué no te mueves como solías hacerlo? —quiso saber la muchacha.

Zhul tardó un rato en responder.

—Hay una… anomalía en mi corazón, Salvia Túneles. En mi interior. En mis entendederas. No me atrevo a moverme hasta que no comprenda mejor qué ocurre.

Sarnax arrugó la nariz.

—Excessus vivía en el metal de la Hoja Negra —dijo—. ¿Temes acaso que el demonio se sirva de tu cuerpo, que es también de metal?

Zhul no dijo nada.

—¿Zhul? —preguntó Salvia, temerosa.

Retrocedieron unos pasos, sin saber a qué atenerse.

—He concluido mi observación —anunció Zhul, aún inmóvil—. Parece que existe una posibilidad de que el demonio pueda acabar apoderándose de mi cuerpo y disponga de él como quiere. Oigo algo parecido a su cháchara interminable en mi interior, aunque no suena como voz, pero desde luego está vivo, y existe, como existís vosotros en el mundo.

Morgo arrugó el entrecejo.

—Dime… —dijo—, ¿qué podemos hacer?

Zhul emitió un par de ruidos extraños, musicales, muy claros y limpios, que no sonaban a nada que hubieran oído antes.

—Debéis saber lo que Excessus podría hacer con mi cuerpo si consigue entenderlo y servirse de él —dijo—. Ni todos los Necronautas del mundo, luchando juntos, podrían soñar con hacerme frente. No hay hechizos que pudieran detenerme, ni roca que me aplaste, o rayo que me parta. No hay océano lo suficientemente profundo como para lanzarme a él y perderme para siempre.

Sarnax y Morgo intercambiaron una mirada.

—Zhul —susurró Morgo—, ¿qué hacemos, pues?

Zhul se mantuvo otra vez callado durante un rato. En esa espera, los tres se estremecían de impaciencia.

—He evaluado las opciones y solo hay una manera de detenerlo —declaró, y luego, con una voz monocorde y arrastrada, añadió—: Apagaré mi corazón. Haciendo eso, contenido él en mi interior como está, morirá.

Salvia se llevó las manos a la boca.

—Pero…—titubeó, y luego se detuvo.

—¿Eso harás? —preguntó Sarnax—. Pues pensaba yo que tu prioridad era la preservación de ti mismo.

—Lo es —afirmó Zhul—. Pero la finalidad de la preservación es la observación de los seres humanos, y sin ellos la preservación no tiene sentido. He observado vuestros comportamientos, he escuchado vuestras palabras, y las conclusiones de vuestros actos y parlamentos son de una sencillez prodigiosa y contundente —dijo—. Morgo Palis ha luchado por mantener al demonio atrapado, y Salvia Túneles podría estar corriendo por sus pastos verdes en lugar de estar aquí, poniendo su propia existencia en gran peligro. Salvia Túneles, como los demás, encontraba que su preservación era irrelevante comparada con la posibilidad de salvar a otros seres humanos. Y el círculo de pensamientos que genera esa conclusión es redondo y perfecto en mis entendederas.

Salvia no supo qué decir.

—Así que… —susurró el hombre falso, y añadió—: Ya está.

Se quedaron expectantes, como esperando que el Impostor dijera alguna otra cosa, mas después de un rato, Sarnax se acercó a su rostro liso y uniforme, sin nariz, y miró a sus ojos.

—No hay brillo en sus ojos —anunció.

Morgo se llevó las manos a la cabeza.

—Significa… ¿significa eso que…?

Sarnax se llevó la mano a la barbilla, el ceño fruncido.

—Se ha… apagado como se extingue una fogata bajo una lluvia repentina y fuerte.

—¡Por Drokk! —exclamó Morgo.

Salvia agachó la cabeza, con las palabras del hombre falso aún en su interior.

—Zhul arguyó que representaba un peligro para el mundo —susurró Morgo—. Que un hombre falso, sintiendo eso, decidiera… desvanecerse, apagarse como se apaga una vida cuando le llega el momento, dejar de funcionar, cuando tantos hombres verdaderos se esfuerzan todos los días y todas las horas en destruir… Quizá este hombre falso de falsas entendederas hizo algo más valiente y meritorio que muchos hombres verdaderos con corazones reales, por mucho que para él no vaya a haber Escalera del Mérito.

Pensando en esas palabras, ni Morgo ni Salvia dijeron nada durante un buen rato. Permanecieron mirando a Zhul, que era ahora una estatua de metal que empezaba a ser alcanzada por los primeros rayos de sol que caían sobre Caltha Celeste a través de la bóveda destrozada y teñían su cuerpo metálico, sucio, raspado y ensangrentado de tonos dorados, como los que llevan muchos altos señores y héroes reales.

Y Morgo extendió su brazo sano hacia Salvia y la rodeó con él, y ella se aferró a su cintura con una sonrisa afligida en el rostro. Pero también aliviada. Se sentía triste y a un tiempo emocionada por la redención del hombre falso.

—Pues… ¿cómo ha dicho Zhul? —preguntó Sarnax.

—Pues… ya está —respondió Morgo.

—Ya está —repitió Salvia.

Mas en ese momento oyeron una voz a sus espaldas:

—Por la carne de cordero asada sobre piedras calientes, ¿acaso me he perdido alguna cosa?

Y cuando se dieron la vuelta vieron a Lurdun, con buen aspecto otra vez y rostro sorprendido, en el umbral.

Rompieron a reír a carcajadas, y durante un buen rato las risas resonaron en la silenciosa ciudad de Caltha Celeste, donde el cielo era de nuevo azul y se respiraba otra vez aire limpio.

Carcajadas otra vez. Las primeras desde antaño.

FIN

Guerrero

© Carlos Sisí, 2023
© Del diseño de cubierta e ilustraciones, Tomás Hijo, 2023
© De la tipografía utilizada en los títulos de interior, Igino Marini, 2018

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2023 Editorial Planeta, S.A., sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

ISBN: 978-84-450-1577-3 (eoub)
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en:
www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro Twitter: @minotaurolibros

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!